

# Lucky



Gloria Vilarino

*Lucky*



*Gloria Vilarinho*

LUCKY

GLORIA VILARIÑO

"Una persona que maltrata, a veces no desarrolla un comportamiento agresivo [físico o verbal] con el tiempo, sino desde el comienzo. El sentimiento de propiedad sobre la mujer ya existe, aunque a veces actúan de manera respetuosa al principio para manipular psicológicamente a la persona"

### **Nota de la autora:**

En este libro intento hacer una reivindicación sobre la violencia de género. ¡Basta ya!

A pesar de las situaciones románticas y entrañables que he escrito para suavizar el contenido de la novela, quiero que quede claro que bajo ningún concepto trato dicho tema con frivolidad sino con el respeto que me merecen las mujeres y los hombres, y en consecuencia y por desgracia muchos niños, que por un amor equivocado, hoy nos protegen y nos cuidan desde el cielo, convirtiéndose en simples números, porque nadie se acuerda de sus nombres sin tener en cuenta a las personas y familias que dejan atrás totalmente destrozadas.

Este libro está **completamente dedicado a ellos** y esperemos, que en un futuro no muy lejano, este cáncer sea totalmente erradicado de la sociedad.

“A mi madre, siempre tú, por enseñarme lo que es ser una  
MADRE”

“A mi marido y mi hijo, mis inspiraciones diarias. Gracias por enseñarme día a día lo que es el amor, el cariño y sobre todo el respeto”

“A Eli González y Arantxa Utrilla, todo empezó con un libro. Por las llamadas a tres, por las confidencias, por los desahogos, por las conversaciones fuera de tono, por las risas, sobre todo las risas... por estar ahí”

# 1.

¡Corre, corre, corre! Se decía a sí misma mientras las lágrimas estropeaban su maravilloso y cuidado maquillaje.

No podía haber caído más bajo, aquella noche la recordaría durante el resto de sus días. No. Lo que recordaría sería el haberse humillado, el haberse dejado llevar por las falsas promesas, por un amor que no era más que interés puro y duro, por un amor que la arrastraba a un pozo sin fondo, a una espiral de destrucción que jamás pudo imaginar.

Necesitaba llegar a casa, darse un baño y dejar que el agua borrara la impronta de las sucias y asquerosas manos que durante tan solo veinte minutos, recorrieron su cuerpo y lo llenaron de saliva, de babas por parte de un hombre repugnante.

Pero como era una idiota, que transigía manipular su voluntad por el hombre del que supuestamente estaba enamorada, saldó la deuda de juego entregando su cuerpo como si de una puta se tratara.

Resbaló en la calle debido a la humedad que la acera contenía debido a la niebla densa y húmeda que techaba la ciudad a esas horas intempestivas de la madrugada. Sus medias negras con una filigrana en forma de rosa con espinas desde el talón de Aquiles hasta el muslo se rompieron en la caída, originando un tremendo agujero en los pantys a la altura de la rodilla dando comienzo a un reguero de sangre que realizaba su camino hasta el empeine del pie.

Con los altos tacones no podía correr, huir con la celeridad que se proponía, así que los arrancó de los pies y con ellos en las manos

volvió a escapar por la gran avenida hasta que se quedó sin resuello.

¡Quién se lo podía imaginar! Ella, la gran Lucky Strauss, actriz desde los quince años, con un Oscar a sus espaldas, se hallaba atrapada en una vida sentimental que era todo lo contrario a lo que escenificaba en sus películas.

Decidió abandonar la interpretación cuando, el que creía el amor de su vida se lo suplicó. Ahora, convertida en una importante empresaria de la publicidad, dirigía con mano firme la agencia Strauss and Schäfer, conocida a nivel mundial como SYS, empresa fundada por sus abuelos después de la época nazi. Sus campañas a lo largo de cuarenta años aún eran alabadas por publicistas de generaciones posteriores.

Sus abuelos. Adler Strauss y Johan Schäfer se trasladaron a España después de que la Alemania nazi fuera liberada y allí conocieron a sus esposas, Jacinta Capdevila y Avelina Ribelles. Pese a que sus intenciones en primera instancia eran disfrutar de España como fieles guiris, encontrarse con las dos jóvenes catalanas les cambió la vida por completo, enamorándose de ellas perdidamente y escogiendo Barcelona para instalarse.

Lucky quería tan solo un ápice, una milésima parte del amor, del respeto que sus abuelos se profesaban. Aunque rondaban los ochenta años cada uno, aún se enternecía al ver como sus abuelos miraban a sus abuelas con ternura, como les pellizcaban los traseros con la consiguiente riña por parte de las ancianas y el siguiente beso en los labios a modo de disculpa.

Sin embargo, ella, con su preciosa cara y cuerpo, no había conseguido nada de eso con el que debía ser su compañero en el viaje de la vida.

Atrapada, exhausta y sin salida, se sentó en un arcén agotada por la carrera, esperando a que algún taxi apareciese para regresar a

su casa. Eran las cinco y cuarto de la madrugada del tres de febrero, uno de los meses más fríos en Barcelona. Cuando decidió mirar al frente se dio cuenta que estaba en el paseo marítimo de la Barceloneta. Vislumbró el Aquarium de Barcelona, el centro comercial Maremagnum y el Parc del Fòrum donde tantas tardes y fines de semana había compartido con sus primas, Elsa de cinco años y Elisa de catorce.

Intentó levantar el ánimo observando todo lo que ante ella se presentaba mientras esperaba la llegada de algún taxi. El paseo estaba repleto de bares, restaurantes, chiringuitos de playa y establecimientos de deportes acuáticos o de tierra. Desde la orilla del mar las vistas de Barcelona eran muy bonitas, aunque un buen lugar para saborear la ciudad era desde el “Moll de la Fusta”. Además, cerca del Port, se concentraban muchos de los locales de ocio nocturno de Barcelona.

La Barceloneta era un distrito muy característico por la distribución de sus edificios —pequeños y bajitos— y reflejaba el tipo de construcciones que se edificaron durante el período de la Ilustración. Actualmente, el barrio de la Barceloneta mantenía disputas por las actividades turísticas porque muchos de los pisos se alquilaban a visitantes que trasnochaban día tras día. Aun así, no dejaba de ser un barrio muy alegre y pintoresco y con una oferta muy amplia para hacer cosas y pasar un buen rato por la zona. Mirando a su espalda se fijó en la magnífica terraza sobre la arena de la playa, ideal tanto para comer o cenar como para disfrutar de una copa y buena música.

El frío y la humedad, en aquella posición estática sentada en la acera, inmovilizaba sus articulaciones, adentrándose en sus huesos y empezando a tiritar. Intentó aplacar el temblor abrazándose a sí misma recapacitando en lo que se convirtió su vida en el último año. Las lágrimas resbalaban volviendo a humedecer el rímel corrido, convirtiendo sus preciosos ojos azules, en los ojos de un panda, donde no se podía apreciar su belleza, su cara angulosa, sus labios



carnosos con un color rojizo natural herencia de una de sus abuelas maternas.

Llevada por el recuerdo de lo acaecido en la última hora, lloró desesperadamente hasta que una moto se detuvo a su lado y su conductor, un completo desconocido, se apeaba de ella y le prestaba ayuda.

## 2.

—¡Rafael de Sáez y Torres, eres un asqueroso y mamarracho!

—¡Dime algo que no sepa, guapa!

—¿Ya está? ¿Acabamos de acostarnos en los servicios de caballeros y ni tan siquiera me vas a invitar a una copa o a llevarme a tu casa?

—Patricia, sabes desde hace mucho tiempo que para mí la soltería es el mejor regalo que se le ha concedido al hombre.

Rafael dejó a su ligue en los servicios con la cara descompuesta y volvió con su grupo de amigos. Entre ellos se encontraba León, compañero inseparable desde la guardería hasta que ambos finalizaron económicas y ahora trabajan juntos, pero no revueltos, en la prestigiosa empresa SYS.

—Preciosa, ponme un vodka con lima —pedía Rafael a la camarera que exhibía su generoso escote en cuanto lo tenía cerca.

—¿No quieres algo más fuerte? —se insinuaba la barman.

—Esta noche no. Tengo que coger la moto y como me pille tráfico, me retiraran los pocos puntos del carnet que me quedan.

—Chico maaalo —rio tontamente—. ¿Te han dicho que te pareces muchísimo a Alex González, el protagonista de *El Príncipe*?

Rafael chasqueó la lengua en una burlona mueca con el ceño fruncido ya que estaba harto de que lo comparasen con el famoso actor. A pesar de que a él la serie de televisión lo enganchó desde el primer momento, aunque simplemente la veía por las escenas de sexo interpretadas por la bellísima Hiba Abouk, cada vez que contemplaba su reflejo en el espejo, debía admitir que con el pelo y los ojos castaños, su nariz peculiar y su cuerpo, el parecido era de lo más razonable. Pero Rafael tenía unas cuantas diferencias en cuanto al actor: era más alto, con más volumen en el cuerpo y el hoyuelo de su barbilla era su arma para conquistar a cualquier mujer.

—¿Te he molestado? —preguntó la barman al ver el semblante serio de su cliente.

—No preciosa, tranquila, estoy acostumbrado.

Rafael conversaba con sus amigos mientras ojeaba el panorama de la famosa discoteca barcelonesa. Las mujeres que iban a divertirse comprendían desde los veintiuno, edad a la que estaba permitida la entrada, hasta los cuarenta. Le encantaba admirar el género femenino, sobre todo en cómo se arreglaban, para salir bien solas o acompañadas de otras amistades o con parejas. Pero lo que más le gustaba eran los perfumes que emanaban. Se había convertido en un experto en la materia. Era capaz de pasar al lado de una mujer y reconocer el almizcle que llevaba puesto en un pispás.

—¡Esa zorra me está volviendo loco! —comentaba León a sus otros tres amigos—. El otro día salí dos horas tarde porque se le ocurrió la maravillosa idea, la gran idea para la nueva campaña de verano y tuve que ir al mercadillo todo trajeado para encontrar lo que me pidió.

—Pues no sé qué decirte. Trabajar para Lucky Strauss tiene que ser increíble. Es un bellezón —contestaba Salva, uno de sus amigos.

—Es un bellezón y todo lo que quieras, pero es una frígida de

cojones —respondió León casi escupiendo.

—¿Tú qué opinas Rafael? —le preguntó Salva.

—Por suerte no tengo el placer de conocerla. Me llega de sobra con la chapa que día sí y día también me da León cuando vuelve a casa. Además, yo trabajo dos pisos más arriba y nunca jamás me he topado con ella.

—¿No te gustaría conocerla? Sabiendo lo picha floja que eres, seguro que le quitabas esa cara de uva pasa que muestra a diario, por no hablar del pelo negro que lleva siempre recogido en un moño francés que hace que su expresión parezca que le han hecho un lifting o algo así.

—¿Moño francés? —rio Rafael—. Colega, lo tuyo es muy fuerte.

—¡Calla la puta boca! —recriminó enfadado León.

Patricia, la mujer que le sirvió como desahogo sexual para esa noche, no le quitaba la vista de encima. Estaba enamorada de Rafael desde hacía seis meses y no podía entender como él no se fijaba en ella, sino en lo que solo había bajo sus escuetas minifaldas.

Rafael llevaba por bandera su soltería, era lo primero que le decía a las mujeres con las que se acostaba. Estaba segura que alguna joven le hizo daño en su pasado y por eso él reaccionaba de esa manera. Necesitaba hablar con él, pedirle disculpas por el arrebatado de soltarle un “te quiero” cuando, una vez finalizado el acto sexual en el servicio de caballeros, su boca emitió las dos palabras sin darse cuenta de lo que estaba diciendo. La reacción de Rafael aún le hacía hervir la sangre. No solo se rio en su cara sino que las palabras: “gracias por dejar que me desahogara esta noche” todavía le pesaban en el pecho.

Se acercó al grupo de amigos y le pidió un momento a solas para hablar.

—No voy a ir contigo a ninguna parte Patricia y menos para hablar. Me conoces de sobra y esas ñoñerías de hablar después de follar no van conmigo.

—Es solo un momento. Me gustaría aclarar lo que te dije... yo... me dejé llevar...

—Creo que las palabras “te quiero” —Entrecomilló con los dedos— es más que dejarse llevar.

Los amigos de Rafael cesaron la verborrea al mismo tiempo, prestando atención a la charla puesto que a él no le importaba tener público en una conversación tan íntima.

—Rafael, por favor...

—¡Qué pesaditas os ponéis! No quiero que me quieras, no quiero que ninguna mujer me quiera, solo quiero una cosa y es mi libertad. Patricia follas muy bien pero...

Dos bofetadas le cruzaron la cara de parte a parte. Estaba sorprendido por la reacción, era cierto, pero siempre fue claro tanto con ella como el resto de mujeres con las que se acostaba.

—¡Eres un hijo de puta! ¡No tienes alma ni tienes corazón! ¡Acabarás solo, completamente solo!

Rafael, intentando recolar la mandíbula de manera teatral, haciéndole creer que lo había lastimado de verdad, se encaró a ella.

—Da gracias que eres mujer porque si no ahora mismo te estaría rompiendo la cara.

—¡Desgraciado misógino! Alguien, en algún momento de tu vida te pondrá en tu sitio y cuando ese día llegue me reiré en tu cara, Rafael de Sáez.

—Y Torres —apostilló—, no te olvides que tengo madre.

Patricia cogió dos cubatas situados sobre la barra que acababan de ser preparados por la camarera y se los tiró encima de su polo.

Cabreado como pocas veces en su vida, se despidió de sus amigos de mala manera, cogió la cazadora de cuero y se fue directo a la que era el gran amor de su vida, su Harley—Davidson Road King Classic. Escuchando el rugido de su moto, decidió dar un paseo por los cinco kilómetros que constituían el paseo de la Barceloneta para calmar un poco los ánimos.

### 3.

Tenía muy claro la ruta que recorrería a esas horas de la madrugada, aprovechando que el día siguiente era domingo y que la ciudad dormía, a pesar de la increíble vida nocturna de la que gozaba la ciudad condal. Se dirigiría hacia el Mirador de Colón, un símbolo destacado de la ciudad que se erguía al final de La Rambla, en la zona del Port Vell. Dejando atrás La Rambla ascendería hasta la plaza Cataluña, admirando la Plaza Real, el Gran Teatro del Liceo y el conocidísimo Mercado de la Boquería. Volvería atrás hacia la Plaza Urquinaona, para coger la Vía Laietana, una avenida que lo devolvería de nuevo al mar para que le fuese más fácil encaminarse hacia La Barceloneta, el barrio de pescadores. Entre las calles estrechas de la Barceloneta era muy fácil aparcar y la playa estaba justo al lado. Quizás, a pesar del frío febrero, se decantaría por desnudarse y darse un baño.

Recorriendo el paseo marítimo de vuelta para dirigirse a la Sagrada Familia, una sombra agazapada bajo la luz de una de las farolas con la cabeza entre las piernas, llamó su atención.

—¡Joder! Otra de esas chicas que no saben beber y que dejan tiradas —dijo en voz alta escuchando su propio bufido que retumbaba en el interior del casco.

A pesar de la amenaza de agresión que minutos antes le soltó a Patricia para sacársela de encima, Rafael era un hombre para el que la violencia de género no tenía sentido. Jamás le pondría una mano encima a una mujer, nunca. Cada vez que veía las noticias y

escuchaba que una mujer había muerto a manos de su pareja, las entrañas se le contraían y la bilis inundaba su garganta. La frase de *eres mía o de nadie* no tenía sentido para él. La misma pregunta se le venía a la cabeza una y otra vez, ¿por qué la has matado grandísimo cobarde? ¿Por qué te matas después? ¡Ten los cojones de suicidarte y dejarla a ella tranquila! Lo peor era el morboso relato por parte de los presentadores de las noticias, que con todo lujo de detalles narraban como el hombre asesinaba sin ningún pudor a su compañera delante de los hijos que tenían en común. ¿Es que no se daban cuenta del impacto psicológico que esos niños pasarían el resto de sus vidas? ¿No se daban cuenta del estigma que conlleva saber que tu padre ha matado a tu madre? ¿No querían darse cuenta que quizás, solo quizás, esos niños cuando se convirtieran en adultos, tomarían como ejemplo a su padre y pensarían que esa era la manera de tratar a las mujeres, a base de golpes, de faltas de respeto, de ridiculizarlas, de ningunearlas hasta la saciedad?

Con un resoplido desganado aparcó la moto justo delante de la chica. Quería irse tranquilo a la cama, con la conciencia limpia de que al menos a aquella joven no le pasaría nada. No fuera a ser que algún desgraciado se le acercara y le diera por violarla o secuestrarla. Él no era un caballero andante ni muchísimo menos, pero una cosa era dejar a una mujer a su suerte y otra muy, muy distinta con las que él se acostaba.

La mujer levantó la cara. Rafael contempló el maquillaje corrido, de hecho, casi toda su cara estaba tintada de rímel. La melena negra y lisa, con destellos azules bajo la luz de la luna llena que iluminaba la ciudad, estaba despeinada. Se fijó en que estaba descalza, que los zapatos de tacón descansaban perfectamente colocados a su derecha situados en el pavimento. Le llamó poderosamente la atención la media rota y la rodilla herida. Sí. Seguramente había sufrido un altercado con algún amante que finalmente la dejó tirada en la fría noche pero con el romanticismo de la playa a sus espaldas. ¡Hijo de puta!



—¿Puedes llevarme a casa? —Lucky notaba el frío alojado en sus huesos y no era capaz de entrar en calor, por mucho que se abrazara a sí misma.

—Dime, ¿prefieres que te lleve al hospital primero?

Lucky negó con la cabeza.

—¿Seguro? Esa rodilla no tiene buena pinta...

—He tropezado con los tacones.

—Ya. Y ¿los chorretones de rímel son por la caída también?

Lucky alzó la mirada y por primera vez se fijó en los ojos castaños que la miraban con expresión severa, enfadada tal vez, a través de la pantalla levantada del casco.

Rafael relajó los músculos de la cara que permanecían en tensión, al comprobar que a aquella chica le había sucedido algo malo. Los preciosos y enormes ojos azules que lo miraban, suplicantes, transmitían en un ruego silencioso la petición de que la llevara al lugar donde ella se encontraría a salvo y que dejara el tema correr.

Desmontó de la moto y le tendió la mano para que se levantara de la húmeda acera. Lucky casi no podía mantenerse en pie, primero por la carrera iniciada para dejar atrás el pago de la deuda de su exmarido llevando los diez centímetros de tacón y segundo, por haber permanecido tanto tiempo en aquella postura, lo que hizo que sus músculos se entumecieran.

—¡Estás helada! —dijo Rafael mientras le frotaba los brazos que ella estrechaba en torno a su propia cintura.

Rafael se quitó la cazadora y la ayudó a que se la pusiera, subiéndole la cremallera hasta arriba y disculpándose por el olor a

alcohol que la prenda emanaba.

—¿Crees que puedes volver a ponerte los zapatos? No puedo conducir descalzo como comprenderás.

Por primera vez en esa fatídica noche, Lucky se permitió el lujo de relajarse, de dejarse llevar por la amabilidad de un completo desconocido que la ayudaba. Levantó el mentón y contemplándolo, esbozó una tímida sonrisa. Con gran esfuerzo y apoyándose en él, se calzó sus Manolo Blahnik.

A pesar de las pintas que llevaba, Rafael se quedó hipnotizado por el brillo de los ojos y por una de las sonrisas más sinceras que había visto en su vida. No podía distinguir si la piel de la muchacha era blanca como la leche o tostada, si tenía pecas o algún lunar, el rímel tapaba las mejillas hasta llegar a la mandíbula. Era como ver a Heath Ledger en *Batman Begins*, sin embargo para él en ese momento, era la mujer más hermosa que había visto en sus treinta cinco años de edad.

Hizo amago de quitarse el casco para que ella se lo pusiera, pero una mano en su pecho lo frenó.

—No quiero verte la cara —espetó Lucky rompiendo el momento.

—¡Qué!

—No quiero verte la cara.

—Dicen que me parezco a Álex González, el protagonista de *El Príncipe*.

Lucky volvió a sonreír nuevamente, de manera más abierta y le explicó sus motivos.

—No quiero verte la cara por si algún día nos volvemos a

encontrar. La vergüenza... No podría mirarte a los ojos.

—Escucha. Hagamos una cosa. Yo me monto en la moto, tú te pones detrás y te doy el casco, así solo me verás el cogote, ¿te parece bien? —No quería presionarla ni asustarla más de lo que ya estaba, pero la seguridad era lo primero.

—De acuerdo. Pero cuando lleguemos a mi casa haremos lo mismo pero a la inversa ¿de acuerdo?

—Hay trato —respondió sentidamente Rafael una vez realizado el intercambio y notando la calidez del cuerpo que se aferraba a su espalda, así como las piernas que se agarraban a sus muslos para no caerse de la moto.

Lucky le dio a su conductor la dirección donde vivía y a Rafael la cara se le giró de inmediato para mirar a su acompañante. La desconocida residía en la zona más cara de toda Barcelona. Lucky, con un manotazo en el rostro para que mirara al frente, le pidió que emprendiera camino.

La Harley rugió e iniciaron el recorrido hasta llegar a la exclusiva urbanización de Pedralbes. La ubicación era fundamentalmente residencial pero con excelentes comunicaciones: metro, autobús, tranvía, la avenida Diagonal, Ronda de Dalt, a diez minutos del aeropuerto. La zona era muy tranquila y acogedora, rodeada de espacios verdes y parques, como el Parque de Cervantes ubicado al lado de la residencia de Lucky. Mientras llegaban a su destino, Rafael pudo leer el nombre de colegios internacionales, todas las universidades y varias escuelas de negocios de las más prestigiosas de la ciudad, entre las que se encontraba el SYS.

—Hemos llegado —Aparcó la moto en el número 100, poniendo la pata de cabra e inclinando un poco la moto, lo que hizo que su pasajera se aferrase más fuerte con sus piernas a las suyas para no caerse.

Lucky se quitó el casco y le pidió que se lo pusiera. Se mantuvo a su espalda y tras un ligero beso en la nuca a modo de agradecimiento, se bajó de la moto devolviéndole la cazadora. Se adelantó unos pasos para que ninguno de los dos se viese la cara y habló:

—Gracias por traerme a casa.

Sin embargo Rafael estaba perdido en el roce insignificante de los labios de la joven en su nuca. Nunca había sentido como las terminaciones nerviosas podían crispase produciendo una descarga eléctrica en su cuerpo con un simple beso.

—Ha sido un placer.

Lucky marcaba una combinación de números para entrar en su hogar cuando la pregunta realizada por Rafael la dejó parada con la puerta medio abierta.

—¿Volveré a verte? —se sorprendió a sí mismo queriendo saber más de la mujer que había rescatado.

Lucky cerró la puerta tras de sí, sin mirar atrás, sin contemplar al joven que la salvó de una posible hipotermia o de una posible violación aquel sábado por la noche. Prefería no saber nada de él. Tenía que guardar las apariencias, mostrarse fría, distante, inalcanzable.

Era perfectamente conocedora de que el amor, por ponerle nombre a lo que sentía por su exmarido, era una fantasía. Pedro solo la buscaba cuando tenía algún problema, sobre todo económico, pero eso ahora le daba igual. Por fin estaba en casa y se olvidaría de cómo vendió su cuerpo para saldar una puta apuesta de póquer.

Entró en la maravillosa y recién reformada propiedad donde el recibidor dividía la casa en dos partes. Hacia la derecha el salón de unos sesenta metros cuadrados cerraba la terraza dando una

sensación de luminosidad y amplitud. Hacia la izquierda la zona de las habitaciones, seis en total, distribuidas en cuadrado acabando en la cocina. Allí fue donde primero se dirigió para comprobar que sus primas de catorce y cinco años dormían plácidamente, ajenas a la oscuridad que envuelve al mundo. Dejando abiertas las puertas de ambas habitaciones, comprobó que la niñera dormía en el suntuoso sofá tapada con una manta nórdica hasta las orejas.

Se dirigió por el pasillo hasta llegar a la suite principal, no sin antes apagar la luz que seguramente su prima de cinco años se dejó encendida en el baño de cortesía. La suite con vistas al Tibidabo y al parque de Collserola disponía de un práctico vestidor con armarios empotrados así como un bonito cuarto de baño con jacuzzi y ducha amplia separada. La casa poseía dos habitaciones más con su propio distribuidor, ambas exteriores, con armarios empotrados y con grandes vistas así como luminosidad. Una quinta habitación doble con closet, una espectacular bodega climatizada y un baño para el servicio. A pesar de que la casa poseía una puerta propia de entrada de servicio con su ascensor, los cuales entran a la propiedad cerca de la amplia cocina con una práctica zona de aguas, Lucky no quería que sus primas crecieran en un ambiente snob e impersonal. Ella se levantaba temprano para hacer la compra, le preparaba a Elsa la ropa para el día siguiente y entre las tres se ocupan de las labores diarias de la casa.

Mientras el agua llenaba el jacuzzi Lucky se desnudó, metiendo toda la ropa, incluso la interior, dentro de una bolsa para tirarla a la basura. No quería poseer ningún recuerdo del hombre que la sobó y sometió durante la escasa media hora.

Relajándose con las burbujas, el recuerdo del motero se le vino a la mente. Desde luego fue muy amable al llevarla a casa sin ningún otro tipo de interés. Esbozó una sonrisa al recordar la breve conversación que mantuvieron. Tenía una Tablet en uno de los taburetes del lujoso cuarto de baño, accedió a internet y buscó al actor de "El Príncipe". Por su profesión, conocía perfectamente a

Álex González, un hombre guapo a rabiar, encantador y educado con el que coincidió en fiestas organizadas por los Goya antes de que él ascendiera como la espuma por la escalera de la fama al interpretar el papel protagonista de la exitosa serie de televisión. Riéndose sola por fin notó como sus músculos se relajaban al contemplar la mirada tan limpia del famoso actor.

## 4.

—¿Quién cojones llama a estas horas de la mañana un domingo? —se levantaba Rafael de la cama llevado por los demonios.

Había llegado al piso que compartía con León cerca de las siete de la mañana después de dejar a su desconocida en casa y tras dar una vuelta en su moto para tranquilizarse un poco. La sensación de que solo durmió media hora, se desvaneció al mirar el reloj de su móvil quien lo avisaba de que eran las cuatro de la tarde.

Poniéndose una camiseta y un pantalón de chándal fue a abrir a quien insistía en no sacar el dedo del timbre de la puerta.

—¿Si?

—Rafa, soy yo, me he dejado las llaves en casa.

León portaba en sus manos dos cajas de pizza, una de barbacoa y otra de *prosciutto*. La expresión de Rafael se relajó inmediatamente al oler la típica comida italiana y en un pispás ambos estaban sentados en el sofá, dando buena cuenta de la comida-merienda acompañados de dos cervezas bien frías mientras no prestaban atención a la película que emitían por televisión esa tarde.

—He quedado con Salva y Gustavo para jugar al billar ¿te apuntas? —preguntó León tras darle un buen trago a su cerveza.

—Prefiero quedarme en casa y descansar. Me duele mucho la

cabeza.

—Cuando te fuiste ayer de la discoteca ¿encontraste otro plan?

—¡Qué va!

Rafael le explicó lo ocurrido con la desconocida y como la dejó sana y salva en la lujosa zona residencial.

—Y no le viste la cara —comentaba pensativo León.

—Nop.

—Y ella tampoco quiso ver la tuya.

—Nop.

—¡Joder tío! Debe ser la primera vez que una chica no intenta llevarte a su casa.

—Y eso que le dije que me parecía a Álex González.

—Bueno, quien sabe... La vida da muchas vueltas y a lo mejor te la vuelves a encontrar.

—Aunque la volviera a ver no creo que la reconociera. Ya te he dicho que tenía todo el maquillaje corrido y que los chorretones de rímel le tapaban prácticamente la cara —suspiró recordando los ojos azules. Dejando atrás sus pensamientos, le planteó los planes para esa misma tarde—. ¿Qué haréis después del billar?

—Tomaremos una copa y nos recogeremos pronto. Mañana tengo que estar en el despacho a las ocho y eso que la arpía siempre llega tarde. Aunque no me extraña. A veces viene con un kilo de maquillaje y supongo que le llevará horas ponerse capa tras capa.

Lucky no se acostó después del relajante baño. A las ocho de la mañana, la niñera contratada aparecía en la cocina para que ella le



pagara y poder marcharse a su casa. Aprovechó el tiempo limpiando en silencio para dejar dormir a sus primas ya que era domingo.

Elsa fue la primera en despertar. Con su pijama esponjoso y sus calcetines polares, la niña aparecía frotándose los ojos intentando despertarse del todo.

—Buenos días Lucky.

—Buenos días cariño —se giró para saludarla mientras cocinaba unas crepes—. ¿Lo pasaste bien anoche con Juana?

—Es la niñera que más me gusta. Me dejó ver *Frozen* y *La bella y la bestia*.

—Y ¿qué hizo Elisa? —quiso saber de la adolescente que convivía con ella.

—Bueno, se dedicó a *whatsappear* con el móvil hasta que se fue a su habitación y no sé nada más...

—¿Tienes hambre? —preguntó Lucky contemplando como la niña no le sacaba los ojos de encima a las crepes.

—¿Puedo comérmelo con chocolate y nata?

—Por supuesto que sí —Y depositó un tierno beso en su cabecita mientras la niña se acomodaba en la mesa para darse el festín.

A las doce de la mañana Elisa daba señales de vida. Como toda adolescente, su máscara de pestañas aparecía debajo de los párpados dándole la famosa apariencia de ojos de panda.

Lucky le insistía en que no era nada bueno para la piel que se maquillase desde tan temprana edad, a lo que la joven le replicaba que ella llevaba maquillándose desde los doce años, edad a la que

debutó en el mundo de la farándula.

Elisa no quiso desayunar y esperó, con un rugido cada vez más que evidente y sonoro proveniente de su estómago, a que su prima mayor preparase la comida.

Tras discutir un par de minutos por las faenas que tenía que hacer ese día, Lucky se sumergió nuevamente en la cocina para hacer uno de los platos más sencillos a la par que famosos de la cocina alemana. Mientras cocinaba *Bauernsuppe con Semmelknödel*, una sopa campesina con albóndigas de pan para entrar en calor y recuperar fuerzas, le vinieron a la memoria las veces que su padre había cocinado el humilde pero reconfortante plato.

A pesar de su ascendencia alemana, tanto ella como sus primas habían nacido y crecido en España, lo que no implicaba que ciertas tradiciones no se llevaran a rajatabla en su casa.

Sus padres, al igual que los padres de Elisa y Elsa fallecieron en el terrible accidente producido por la colisión entre dos trenes en la localidad de Meerbusch, en Dusseldorf Alemania. En aquel suceso perdieron la vida más de cien personas. El accidente entre un convoy de mercancías de la compañía Deutsche Bahn y un tren regional de la línea RE7 provocó una explosión, que fue tan fuerte según los vecinos de la zona, que hicieron que las ventanas temblasen y provocaran que el tendido eléctrico se derribase. Por lo visto el conductor notó un obstáculo en la vía abierta e inmediatamente inició un frenado rápido.

La conmoción que los abuelos sufrieron tres años atrás fue tal, que Lucky se hizo cargo de sus dos primas que por aquel entonces contaban con once y dos años de edad para que sus abuelos pudieran recuperarse de la tragedia de perder a todos sus hijos en el mismo día y en el mismo accidente.

—¡A comeer! —llamaba la atención de las niñas para que

dejasen de ver la televisión y se sentaran a la mesa.

Ambas, tras oler el fabuloso plato, comenzaron a devorarlo bajo la atenta y orgullosa mirada de Lucky.

—¿A dónde fuiste anoche? —le preguntó Elisa mientras metía un trozo de pan en la boca.

—Eso no te importa.

—¿Has vuelto a quedar con el gilipollas de tu ex otra vez?

—Calla y come —le respondió en tono enfadado Lucky.

—Es que no entiendo por qué sigues viéndolo. ¡Joder, tiene que ser muy bueno en...!

—Solo te avisaré una vez Elisa. Tu prima de cinco años está delante y no te voy a consentir que saques esos temas en la mesa y menos que utilices un vocabulario tan soez.

—¡Eres injusta! —Típica reacción de adolescente—. Tú me sometés a un tercer grado para saber quiénes son mis amistades, a donde voy cuando salgo con mis amigos, que lugares frecuento... pero yo no puedo preguntarte por el desgraciado que te deja la cara marcada cada vez que lo ves.

—¡Recoge tu plato y vete a tu cuarto! —No iba a consentir que una cría le dijera la verdad a la cara.

—¿Pero?

—No repito las cosas dos veces Elisa Strauss Ripoll.

La adolescente dejando el plato casi vacío en el fregadero, se levantó con toda la rabia e impotencia propia de su edad, tirando la silla en la que estaba sentada al suelo. Sabía que ese comportamiento

traería consecuencias pero en ese momento estaba enfadada y no le importaba nada más que lo injustos que se mostraban los mayores con la juventud, pensando que por el mero hecho de darles un techo bajo el que vivir y poniéndoles un plato caliente en la mesa tenían el derecho absoluto, tal cual dictador, de dirigir sus vidas en todos los sentidos.

Elsa contempló la escena sin pestañear. Miró a su prima mayor y comenzó a sacudir su pequeña y rolliza manita en plan, "... madre mía la que se acaba de armar aquí" y decidió relajar la tensión del momento mostrándole a Lucky su mejor sonrisa con los dientes llenos de chocolate.

A las seis de la tarde, Lucky se dirigió a la habitación de Elisa para hablar con ella, una vez las horas habían pasado y el ambiente era más distendido.

Para ella las dos primas eran realmente sus hijas: las criaba, cuidaba, aconsejaba y castigaba como una madre, ya que las pobres criaturas no tenían a nadie más, salvo a sus abuelos, con los que pasaban dos meses al año y que las consentían desmesuradamente en el mismo grado que las querían. Lucky quería a sus abuelos como si fueran sus padres, pero era consciente de que la tragedia sufrida tres años atrás aún les pesaba mucho en el corazón y que necesitaban su tiempo para adaptarse a la situación.

Abrió la puerta de la habitación sin pedir permiso y encontró a la adolescente tumbada en la cama con los cascos puestos escuchando las maravillosas canciones de Pablo Alborán.

Elisa retiró los cascos de sus oídos y se dispuso a escuchar la reprimenda y el consiguiente castigo que, la que era su tutora legal, iba a imponerle sí o sí.

—Dime que castigo vas a ponerme y déjame sola —le dijo Elisa.

Lucky se sentó en la cama y le cogió una mano. No era una

bruja, eso se lo reservaba para el trabajo. Las quería con locura a los dos, pero no iba a permitir que cometieran los errores en los que ella incurrió. Quería convertirlas en mujeres respetables, que supieran sacarse las castañas del fuego sin depender de nadie, no en unas facilonas o malcriadas ricas herederas que no saben ni hacer una “o” con un canuto.

—Creo que me debes una disculpa —exigió Lucky.

—¿Por qué? ¿Por decirte la verdad a la cara? ¿Por ver como a veces vienes con la cara amoratada y tienes que pintarte como una puerta para ir a trabajar para que nadie se dé cuenta de que te han pegado?

—Eli...

—Sé que ayer quedaste con él. Tú nunca sales, no tienes vida social, no tienes amigas. Solamente te dedicas a trabajar y cuando te arreglas es porque ese gilipollas te ha llamado.

—Escúchame... —Las palabras de la joven la atravesaban como mil puñales.

—No, escúchame tú a mí —Elisa se puso seria, bien parecía que había madurado en los últimos minutos—. Estás separada de él. No le debes nada. Sabes que tiene problemas con el juego y sin embargo en cuanto te llama sales hecha un pincel para ayudarlo. ¿Por qué lo haces? ¿Es que te has olvidado del año que estuviste casada con él, de sus ataques de celos, de sus palizas, de sus vejaciones?

Lucky se levantó de la cama temblando. Se acercó al magnífico ventanal desde donde se atisbaba la zona ajardinada y la piscina y dejó correr las lágrimas en silencio. No podía romperse aunque cada una de las palabras de Elisa, eran ciertas. Se secó las gotas salinas de su inmaculada y limpia cara y se dirigió nuevamente a la cama.

—Eli, sé que lo que dices es verdad, y tienes razón, toda la razón

pero a veces el corazón hace cosas que la cabeza no entiende.

—¿Le sigues queriendo?

—Sí, bueno... creo que no. No. No es amor lo que siento por él. Él despierta en mí el sentimiento de protección. Pienso que quizás ayudándolo saldrá de la mierda en la que está metido —resopló cansada—. La vida es muy complicada. A veces tomamos decisiones que no sabemos tan siquiera porqué las tomamos.

La adolescente, comprobando cómo su prima mayor se abría a ella decidió zanjar el tema para no seguir viendo el semblante triste y apagado que mostraba Lucky cada vez que hablaba de su exmarido.

—¿Cuál va a ser mi castigo? —preguntó con voz suave.

Lucky sonrió por fin, al comprobar una vez más, que jamás se puede subestimar a una persona independientemente de la edad que tenga.

—Harás todas las tareas de la casa durante toda la semana empezando hoy.

—Pero, ¡el sábado es el cumpleaños de Juanra! ¡Si me dedico a hacer tooodas las tareas estaré tan cansada que me quedaré dormida en la fiesta!

—Quizás prefieras quedarte sin asistir a la fiesta —A negociar no la ganaba nadie.

—Vaaale, Vaaale —Discutir no iba a hacer que su prima regulara. La fiesta de Juanra era importante para ella ya que el cumpleaños, Juan Ramón Ponce la había invitado para celebrar su mayoría de edad.

—Buena chica.

—¿Por dónde empiezo? —protestó levantándose de la cama.

—Por la cena —le guiñó un ojo Lucky—. Creo que la mejor forma de que empieces a pedir perdón sea haciéndonos un increíble *Strudel*, sabes que te sale muy bien.

## 5.

El lunes a las diez de la mañana, León no podía más con las órdenes que su jefa le daba. Apostado en la encimera de la habitación habilitada para el personal para su media hora de descanso, León removía y removía su café, pensando en todas las formas de tortura de la Inquisición Española para hacer sufrir a Lucky Strauss. Porque la exactriz, ganadora de un Oscar, de belleza despampanante pero con la maldad de Darth Vader, el Joker, Hannibal Lecter y Freddie Kruegger todos ellos personificados en el ente de aquella mujer haría que diese con sus huesos en un manicomio.

Sin darse cuenta de que un par de ojos lo miraban, inició un soliloquio recordando todo lo que le había ordenado en las dos horas que llevaba de trabajo intentando imitar su voz con un tono bajo.

—Tráeme un café con leche de soja y sacarina, necesito tampones, vete a Calzedonia y cómprame un par de medias que tengan línea marcada por detrás desde el talón hasta el muslo, necesito estos informes en media hora, ñiñiñiñiñiii... ¡Odio a esa mujer! Las palabras por favor y gracias no existen en su vocabulario.

—Cualquiera que te escuche pensará que estás loco, colega —le dijo Rafael adentrándose en el pequeño cuarto.

—¿Qué haces tú aquí?

—Se nos ha acabado el café y aquí siempre os sobra —Rafael



fue a la cafetera que permanecía siempre enchufada con café caliente —. Creo que exageras cuando hablas de ella, no puede ser tan malo.

—Cualquier día dimito —resopló León—. Tengo que ir a buscar al de mantenimiento porque tiene el inodoro atascado y es tan pija y tiquismiquis que no es capaz de hacer sus necesidades en el baño de los empleados. ¡A lo mejor piensa que si sienta su precioso culo en uno de ellos contrae alguna enfermedad!

León apuró su café y dejó la taza dentro del pequeño lavavajillas.

—Hortensia, la chica de la limpieza nos ha traído un bizcocho. Sírvete tú mismo, yo voy a ver si encuentro al puñetero fontanero de los cojones.

Lucky se encontraba sentada tras la mesa de su escritorio, estrujándose el cerebro para las nuevas campañas que tenían que publicitar. Tres compañías les habían encargado los anuncios de un quitapolvos, un refresco y un restaurante y estaba de un humor de perros, intentando que se le ocurriera la “idea” para llevarlos a cabo.

Como en todo proceso creativo y teniendo en cuenta que ella era la publicista estrella, y no solo porque fuera la nieta de los mejores literatos propagandísticos de todos los tiempos, antes de que se le ocurriera “la idea” tenía que revisar anuncios de todo el mundo para no caer en la repetición o los denunciarían por plagio.

Como era su costumbre, siempre se sentaba cruzando las piernas de una manera elegante, era su postura de concentración. Pese a la posición, no podía aguantar más las ganas de orinar. Era muy eficiente en su trabajo pero en algunos aspectos era un completo desastre, la torpeza convertida en mujer. Cuando mandó a su asistente en busca del de mantenimiento, jamás admitiría que, mientras se retocaba las mejillas con el colorete, parte de las toallitas desmaquillantes cayeron en el inodoro, taponándolo una vez tiro de

la cadena de la cisterna.

Esa mañana se decantó por un conjunto de chaqueta negra con cinturón que marcaba su cintura y una falda tubo por debajo de las rodillas del mismo color, todo ello acompañado de unos impresionantes zapatos de tacón de doce centímetros de Manolo Blahnik. Con la falda caminaba con pasos cortos intentando mantener el equilibrio con los impresionantes tacones. Por eso, cuando fue a retocarse el maquillaje, una de las toallitas se le cayó al suelo y al intentar cogerla perdió toda la estabilidad, con lo que los pequeños lienzos cayeron al inodoro.

—¡Joder, me voy a hacer pipí encima! —exclamó en voz alta.

La simple y llana razón por la que Lucky no iba a los servicios de los empleados era porque eran mixtos. Cuando su abuelo Schäfer ocupó el mismo sillón en el que ella se encontraba sentada, un día se le ocurrió la brillante idea de hacer servicios comunes para tener encuentros furtivos con su esposa.

Decidida, ya que la vejiga estaba a punto de explotarle y notaba la dureza en el bajo vientre debido a la retención del dorado líquido, salió de su despacho y fue al baño resoplando por el camino.

Rafael se encontraba cambiándole el agua al canario. Desde que se incorporó esa mañana en su puesto de trabajo, privó a toda su planta sin una gota de café. La noche del domingo se la pasó en vela pensando en la chica que rescató el sábado de madrugada y esos pensamientos no le permitieron coger el sueño más que una escasa hora.

—Disculpe, ¿le falta mucho? —Una voz femenina le cortó la meada.

Lucky había abierto la puerta y vio que los baños estaban ocupados. Decidida, le preguntó al joven que estaba haciendo de aguas menores, cuanto tiempo le restaba para finalizar sus

necesidades y poder hacer ella lo mismo sin público. Una cosa era compartir los servicios comunitarios y otra muy distinta, subirse la falda y bajarse el *culot*, y que escuchara los horrorosos sonidos que emitía al orinar cuando el líquido amarillo se estampaba contra la pared del váter.

Rafael se giró con una sonrisa para ver quien había realizado tal pregunta, cuando se topó con unos ojos azules, inmensos y brillantes que lo miraban con total sorpresa.

—¿Tú? —Lucky no daba crédito. Era el chico que la llevó a casa. Desde luego el parecido con el famoso actor era innegable, salvo que era más alto, más musculado, con unos ojos color avellana increíbles y un hoyuelo en el mentón que convertía su rostro en una belleza clásica difícil de olvidar. Era guapísimo y exudaba sexualidad a raudales.

—¿Cómo dices?

—Perdona, quería decir... ¡Eh, tú! ¿Te falta mucho? —Ante todo pose, mucha pose. Era la jefa.

—Preciosa, me has cortado la meada. Así que sí, aún tengo para unos minutos. Si haces el favor de abrir el grifo para que corra el agua a lo mejor acabo antes.

—¿Disculpa?

—Si quieres que acabe pronto abre el grifo, se me están congelando los huevos.

Lucky no quería permanecer allí más tiempo del necesario, además tenía miedo de que en algún momento la reconociera, así que abrió el dichoso grifo y dejó el agua fluir. El problema fue que a ella también empezó a escapársele la gotita y tuvo que entrar corriendo en uno de los servicios para liberar por fin su vejiga.

Escuchó como el otro ocupante pulsaba el botón para adquirir jabón de una de las máquinas expendedoras y como se frotaba las manos. Cuando el agua cesó, imaginó que por fin se hallaba sola.

Se subió la ropa interior, pero al intentar bajar la falda comprobó que se había quedado enganchada con la cremallera y que si intentaba bajarla, seguramente la tela se desgarraría. Tal y como la llevaba puesta, la falda le cubría mitad de los muslos, haciendo una arruga horrorosa en la parte trasera.

—¡Genial! A ver cómo me presento yo delante de los dos jefes de marketing con estas pintas.

Al abrir la puerta del servicio se encontró con una gran sonrisa, una dentadura perfecta y unos ojos avellana que la atravesaban, hasta que se percató en cómo la mirada del joven descendía hasta sus muslos desnudos y la mueca de su boca se transformaba en una perfecta “o”.

—¡Deja de mirarme así, no soy un trozo de carne! —le espetó—. Pensé que ya habías acabado de hacer tus necesidades.

Rafael la miró de forma hambrienta. Tuvo que tragar saliva varias veces al contemplar a la belleza que tenía delante, que forcejeaba por desatascar la falda prendida, movimientos que no hacían otra cosa más que ir subiéndole centímetro a centímetro la dichosa prenda.

—Por favor, por favoor, desengánchate —suplicaba Lucky con voz queda.

—¿Quieres que te ayude? —Realizó la pregunta tragando nuevamente saliva porque tenía la boca seca.

—No necesito tu ayuda, lo único que quiero es llegar a mi despacho, y quitarme la falda para volver a ponérmela. En diez minutos tengo una reunión...

Lucky comenzó a girar sobre sí misma, como un perro que se persigue la cola, intentando encontrar el punto exacto donde la prenda se hallaba enganchada.

—¡Para! —La voz del joven frenó en seco sus movimientos giratorios.

Rafael se aproximó a ella y se puso a su espalda. Se acuclilló y tras observar las magníficas piernas, cogió el extremo de la falda e intentó tirar de ella hacia abajo para ver si conseguía algo. El sonido del rasgado de la tela los puso nerviosos a los dos ya que en ese instante, la falda cayó a los pies de Lucky dejando a la altura de la cara de Rafael un precioso trasero, cubierto con un *culot* y unas medias de liga.

En los servicios comunitarios solo se escuchaban las respiraciones entrecortadas de dos personas: una de ellas con la cara como un tomate y la otra, arrodillada a su espalda casi jadeando.

Recomponiéndose como mejor pudo, Lucky cogió la maltrecha prenda y la volvió a colocar en su sitio, fijándose en que la cremallera estaba destrozada.

—¡Lo has hecho a propósito! —se giró sobre los altísimos tacones para mirarlo a la cara, pero Rafael aún seguía de rodillas intentando respirar con normalidad.

—Lo siento de verdad, mi intención era ayudarte, no pretendía dejarte semidesnuda.

La transparencia de los ojos color avellana le hicieron entender que efectivamente solo quería prestarle ayuda.

—¡Qué voy a hacer! Dios Santo, no puedo presentarme así en la reunión.

—¿Tienes ropa de repuesto en el bolso o algo así?

—¡Claaaro! Tengo todo un vestuario esperándome por si a algún gilipollas se le ocurre destrozarme la ropa —soltó el sarcasmo de forma hiriente.

—Hagamos una cosa —En realidad se sentía muy culpable—. Saldremos los dos de aquí. Te cogeré de la cintura para que nadie vea que tienes la falda rota y te acompañaré a tu mesa. Luego, si eres capaz de retrasar media hora la reunión iré a Zara a comprarte otra falda.

—No me parece buena idea que nos vean... Además ¡este conjunto es de Gucci! —pensar en que podía ponerle las manos encima produjo que su estómago se contrajese de excitación.

—Escucha. Me importa una mierda que la ropa que llevas sea de marca. Te estoy ofreciendo una solución. Pero si quieres hacer el ridículo más absoluto, eso es solo cosa tuya.

Rafael se sentía ofendido por cómo le espetó en la cara que su ropa podía costar más de lo que él pagaba de alquiler al mes. Hizo amago de salir por la puerta de los servicios cuando Lucky se apostó a su lado.

—Si se te ocurre bajar la mano un poco más de donde la espalda pierde su noble nombre, haré que te despidan.

Salieron del baño y Rafael la agarró de la cintura, a la altura de la rotura de la prenda, apretándola un poco más de lo debido y llevando el paso al compás. Los trabajadores se quedaron estupefactos al ver la estampa de su jefa, acaramelada con un chico que no conocían de nada.

—¿Dónde está tu mesa? —quiso saber Rafael.

—No soy asistente, soy la jefa.

—¿La jefa? —La cabeza de Rafael iba como una locomotora

intentando encajar las palabras que ella había pronunciado—. ¿Eres Lucky Strauss?

¿Cómo no la había reconocido antes? Por supuesto que era ella. Estaba tan obnubilado por los preciosos ojos azules y por la figura esbelta, que jamás de los jamases concibió la idea de toparse con la actriz más guapa del mundo y con la que se desahogaba día sí y día también.

Perdido en sus pensamientos, aflojó el agarre y la prenda tocó tierra a unos pocos metros del despacho de Lucky.

El azoramiento que Lucky sintió en ese momento al verse expuesta, la hicieron hiperventilar. Lo que jamás se imaginó fue la reacción de su salvador, quien, subiéndole rápidamente la prenda, se la cargó al hombro, le dio una palmada en el trasero y se encaminó hacia el despacho dejando claro a la imaginación de los impertérritos trabajadores lo que se proponía hacer.

—Cariño, cariño... —esbozó su mejor sonrisa—, ¿cuántas veces tengo que decirte que no me trates así?

—¡Qué cojones estás haciendo! —exclamó Lucky quien colgada del fuerte hombro intentaba no colocar sus manos sobre el trasero que tenía enfrente.

—Salvándote ese precioso culo que tienes.

## 6.

La publicidad es una técnica de promoción o comunicación que consiste en dar a conocer, informar y hacer recordar un producto o servicio al público. Persuadirlo, estimularlo o motivar su compra, consumo o uso, a través de la comunicación y medios impersonales, como la televisión, la radio, internet... en períodos de tiempo cortos, repitiéndolos en las horas de audiencia máxima. Es la forma en que una agencia de publicidad puede cubrirse de gloria o acabar en el fango.

Tras la ardua reunión de casi tres horas, que por supuesto se tuvo que retrasar, Lucky se sentaba satisfecha por haber conseguido que los dueños de la empresa del quitapolvos “Presto” los hubieran contratado.

Ahora venía lo más difícil: pensar en una campaña publicitaria que fuera innovadora e impactante, con un eslogan atrayente para que los futuros compradores fueran derechos a comprar el producto según entrasen en los supermercados.

Lucky miró su reloj. Las dos de la tarde. Su estómago rugía de hambre y llamó a su asistente para que se personificara en su despacho.

—Señor Hernández Palacios, venga a mi despacho.

—Estaba empezando a comer —protestó León con el primer bocado de su milanesa pinchada en el tenedor que iba a meterse en la boca.

—¿Está comiendo en su mesa, señor Hernández Palacios?

—Siii... Bueno es que como la reunión ha terminado tan tarde, yo...



La comunicación se cortó.

—Cualquier día, después de estrangularla o meterle polvos picapica en las bragas, dimito, juro que dimito —mascullaba León mientras se dirigía al despacho.

Llamó a la puerta tres veces como era su costumbre y tras un seco “adelante” se quedó de pie a la espera de las órdenes.

—Quiero que vaya al bar “El Botijo” y me traiga un bocadillo de tortilla de patatas con un pimiento frito por encima, un yogur de soja, una cocacola zero zero y por supuesto un café de soja sin azúcar.

—Disculpe señorita Strauss, pero no sé dónde se encuentra dicho bar.

—Está en el Carrer dels Cavallers al lado de la biblioteca.

—Pero, ¿me llevará por lo menos veinte minutos llegar hasta allí andando?

—Lo quiero de vuelta en media hora —sentenció Lucky sin darle pie a una réplica—. ¡Ah! El pimiento que sea verde.

Mientras su asistente cumplía con su deber, analizó los acontecimientos ocurridos antes de la reunión.

Cuando el joven, del que ahora sabía el nombre, la dejó de pie frente a su escritorio, la conexión que sintió con él la hizo estremecer. Allí se encontraban uno enfrente del otro y Rafael no hacía amago de marcharse.

Como bien le explicó, si entraban ambos en aquellas condiciones e inmediatamente él se marchaba, los trabajadores pensarían que no era un hombre que cumplía sus promesas, aunque ella no tenía todavía seguro a que promesa se refería. Un cuarto de hora más tarde Rafael abandonaba el despacho y diez minutos

después regresaba con una bolsa de Zara en la que una preciosa falda tubo negra un poco más corta que su predecesora era puesta en sus manos.

—Creo que he acertado con la talla. Vamos, ve a probártela por si la tengo que ir a cambiar.

—No voy a probármela delante de ti —le respondió Lucky llena de vergüenza.

—Ya te he visto semidesnuda de cintura para abajo, no sé dónde ves el problema señorita Rottenmeier.

—¿Cómo me has llamado? —No daba crédito a las libertades que se estaba tomando con ella.

—El reloj corre, tic tac tic tac...

—¡Está bien, está bien!

Lucky se deshacía de la falda y se ponía la nueva bajo la atenta mirada de Rafael. La prenda le quedaba perfectamente ceñida a su cintura, pero en su parte trasera existía un corchete de seguridad a parte del botón, para que la falda no cediese.

Era incapaz de abrochársela sola.

Rafael le dio la vuelta quedándose a su espalda y, abrochando la falda y subiendo la cremallera, se demoró un poco más de lo normal dejando descansar sus manos en la cadera de Lucky. Se tomó su tiempo para acercar la nariz a la delicada nuca y comprobar que perfume consumía. La sorpresa de oler simplemente a jabón le impresionó. Estaba seguro de que una mujer tan guapa como ella, alta ejecutiva, estrella de cine y ganadora de un Oscar de la academia, por no comentar las perlas que su amigo y compañero de piso vomitaba sobre ella, lo más normal es que utilizara un perfume caro, pero caro de verdad: Chanel nº5, Imperial Majesty de Clive Christian

o un Cloves de Caron.

—No llevas perfume —le susurró al oído ya que todavía permanecía a su espalda.

Lucky se giró quedando a escasos centímetros de la sinuosa y carnosa boca de Rafael.

—No... no me gustan.

—¿Por qué? —quiso saber mientras trazaba círculos sobre la cadera.

—A veces... si alguien te besa en el cuello —carraspeó de lo nerviosa que estaba—, bueno... si luego te besan en los labios, notas el sabor del almizcle, no de los labios... de los labios de...

—¿Señorita Strauss? —Interrumpió la escena León—. ¿Qué estás haciendo aquí?

León se había quedado petrificado al ver a Rafael tan pegadito a su odiosa jefa y... ¿parecía que iban a besarse?

Lucky se recompuso, adoptó de nuevo la pose de ejecutiva agresiva y le dio pie a su asistente para que le dijera para qué la buscaba.

—Los dueños de la empresa del quitapolvos la esperan en la sala de Juntas para la firma.

—Lleve un buen surtido de cafés, té, azúcar, leche, refrescos y agua. En dos minutos estaré allí.

León le preguntó a Rafael con la mirada que estaba pasando y lo que obtuvo por respuesta fue el guiño de un ojo acompañado de una sonrisa cómplice y las palabras “luego te cuento”, gesticuladas con los labios sin emitir sonido alguno.

León abandonó el despacho para cumplir con el tedioso encargo dejándolos nuevamente solos.

—Gracias por tu ayuda Rafael —Observó que el joven no se había movido ni un ápice de su sitio—. Tengo una reunión urgente como te comenté en los servicios, así que si me disculpas...

—Me debes treinta euros.

—¿Perdona? —estaba confundida.

—Por la falda —Sacó el ticket del bolsillo de atrás de su pantalón y se lo tendió.

—¡Oh! Por supuesto, que tonta soy.

Cogió su cartera Louis Vuitton, que por supuesto iba en consonancia con el bolso de la misma firma y sacó un billete de doscientos euros.

—No tengo cambio de un billete amarillo Lucky.

Otra vez se tomaba las confianzas de llamarla por su nombre de pila. Lucky hizo oídos sordos a como pronunció su nombre e insistió en que cogiera el billete.

—No tengo menos dinero ahora mismo. Si no te importa mañana te lo pagaré.

—Era todo el dinero que llevaba en la cartera y por tu culpa no voy a poder salir a comer, ni a tomarme unas copas después del trabajo.

—Rafael, no tengo menos. Tengo que asistir a una reunión, de hecho, ya debería estar allí.

—Si me das un beso me daré por pagado.

—¿Estás loco? ¡No pienso besarte! Pero bueno, ¿quién te crees que eres para pedirme algo así? No te conozco de nada. Te agradezco infinito lo que hiciste por mí, aunque si lo piensas fríamente todo esto ha sido única y exclusivamente culpa tuya.

—Culpa mía ¿tendrás cara?

—Rafael, no tengo tiempo para estas chorradas de niños de chichinabo.

Al pasar por su lado, un firme brazo la detuvo, la acercó a él y sin más contemplaciones se vio perdida en un beso tierno y dulce, con la boca cerrada. Hacía mucho tiempo que nadie la besaba con esa ternura.

Sin embargo algo se cortocircuitó en su cabeza. A pesar de que la atracción era innegable, Rafael se excedió al tomar sus labios sin su permiso. Se separó de él y le dio una bofetada.

—No sé con qué clase de chicas estás acostumbrado a salir, pero no te he dado permiso para que me beses.

Rafael la contemplaba con ojos brillantes. No solo por la conexión existente entre ellos durante el breve beso, sino por el arrebató de Lucky al golpearlo.

—Mañana tendrás los treinta euros que te debo, ahora, sal de mi despacho.

—No te preocupes por el dinero. Solo por sentir como te estremecías, me doy por pagado.

En un local de ambiente, León tomaba unas cervezas a las nueve de la noche, junto con Gustavo, Salva y Rafael. Les refirió las juidadas de su jefa aquel día, esperando impaciente a que Rafael les relatase por qué se encontraba en aquella situación tan embarazosa con su jefa cuando entró en el despacho.

Por primera vez en su vida les explicó lo que querían saber. Rafael contó escuetamente como la salvó del ridículo más absoluto si se presentaba con una falda subida hasta mitad de los muslos y totalmente destrozada, guardándose para sí mismo lo que ocurrió cuando León abandonó el despacho.

Él no era un hombre que se enamoraba, no creía en la chorrada del cortejo, de sentar la cabeza, formar una familia, etcétera, etcétera, etcétera... Iba a lo que iba y si la fémina en cuestión no estaba de acuerdo, se daba la vuelta y a por el próximo objetivo. Con sus treinta y cinco años, era el mayor del grupo y la idea de casarse y formar una familia estaba muy lejos en su futuro. Había muchos peces en el mar y él era un depredador, un tiburón que quería comerse a todos los pececitos que encontrara en su camino.

El beso que le robó a Lucky por el contrario, no se lo podía quitar de la cabeza. Al igual que la impronta del simple beso que la joven a la que rescató le regaló en la nuca a modo de agradecimiento. De repente un calentón hizo que se pusiera a observar en el local en que se encontraban, alguna presa para aliviar sus necesidades fisiológicas. Atisbó a Patricia y su primera reacción fue huir. Ya se descargaría en casa.

Les dijo a sus compañeros que se retiraba sin ninguna explicación y se fue.

En su piso, en la calle González Tablas, que se encontraba cerca de la Facultad de Económicas donde cursó sus estudios, una vez se puso cómodo y cogiendo una cerveza de la nevera, la imagen de Lucky se le vino a la cabeza. Sin pensárselo dos veces, se dirigió a su dormitorio y se descargó la película "Roaming" donde una fabulosa Lucky Strauss cumplía la venganza de un malvado acostándose con el protagonista en las posturas más variadas que uno se podía imaginar. Nunca llegaba más allá de la mitad de la película. Su miembro adquiría vida propia y la masturbación era la solución a lo que la actriz, a la que ahora conocía personalmente y que por unos

segundos estrechó en sus brazos, le hacía sentir.

Aliviado por fin, con dos paquetes de Kleenex en un lateral de su cama que daban muestra de la calentura que había sufrido, cerró el ordenador personal y se acostó.

Lucky por su parte había regresado a casa a las seis de la tarde, una hora más tarde de lo que hacían sus primas aunque su jornada laboral terminaba a las siete. Bueno, era la jefa y podía irse cuando quisiera.

Tras hacer las tareas con ambas, duchar a la pequeña Elsa y mantener de nuevo una conversación con Elisa por las pintas con las que acudió ese día al colegio, se retiró a su habitación con un montón de detalles sobre el producto que tenía que publicitar.

Su móvil sonó a las once y media de la noche.

Su exmarido Pedro Vélez de Eza, hijo de una de las familias más ricas de toda España y cónyuge durante un año escaso, volvía a pedir su ayuda.

—Te dejé muy claro la última vez que no iba a ayudarte nunca más —fueron las primeras palabras que pronunció Lucky tras coger la llamada.

—¡Vaaamos cariñooo! Sé que lo que te pedí la última vez fue una putada pero... —El tono sosegado y cariñoso intentaba encubrir lo angustiado que se encontraba.

—¿Una putada? —Saltó de la cama con las mejillas encendidas sin saber por qué seguía manteniendo esa conversación—. ¡Me vendiste cómo a una puta, Pedro! ¡Tuve que acostarme con un hombre para saldar tu deuda de juego!

—Te juro que pensaba que llevaba un *full*, te lo juro.

—Voy a cortar.

—Lucky, preciosa, escúchame...

—Adiós Pedro.

—Tengo un arma apuntándome a la sien en estos momentos — soltó la terrible frase mientras el sudor perlaba su frente.

—¡Eres un hijo de puta! ¿Crees que me lo voy a tragar?

—Señorrrrita Strrrrauss —La voz ronca de un hombre con profundo acento ruso tornó la enrojecida cara en blanco níveo—. Su marrido nos debe cincuenta mil eurros. Tiene una horrra.

Contempló el móvil que emitía el pi,pi,pi,pi, de llamada finalizada.

Necesitaba acabar con todo aquello. Estaba cansada, hastiada de salvarle el pellejo una y otra vez. Ahora para más inri, debía entregar cincuenta mil euros si no quería cargar en su conciencia con la muerte de un hombre del que no estaba enamorada.

Poseía una caja fuerte detrás de uno de los cuadros del pasillo que conducían a la zona de servicio. Zona que nadie utilizaba porque no quería desconocidos en su casa, salvo las niñeras que contrataba para que, en momentos como aquel, velaran por los sueños de sus primas.

Solo tenía cuarenta y ocho mil en ese momento. No podía regatear con esa gente. Estrujándose la sesera intentó buscar una solución: no podía llamar a sus abuelos para que le prestaran el dinero porque si no debería dar muchas explicaciones, no tenía amigos o amigas íntimas a quien poder recurrir. Solo quedaba una persona a quien llamar. ¡Qué Dios la cogiera confesada!



## 7.

—Señorita Strauss —continuaba hablando el abogado de León en presencia de sus abuelos y del jefe del personal de su departamento—. Mi cliente no solo pide su dimisión sino una compensación económica por los desagrazos hacia su persona en el último año.

—Lo entiendo —Asumía cabizbaja Lucky ante la demanda de León.

—¡No voy a consentir que mi nieta dimita simplemente por exigir a sus empleados que sean tan eficientes como ella! —exclamaba el abuelo Schäfer.

—Abuelo, por favor no intervengas.

—Señor Strauss, señor Schäfer... —El abogado de León tras una pequeña pausa, juntó sus manos sobre la impoluta mesa de cristal de la sala de juntas y aclaró a los presentes por qué su cliente exigía la dimisión de su jefa—. Su nieta hizo salir de la cama a mi representado, a las doce de la noche del pasado lunes y le exigió que sacara de su cuenta dos mil euros para gastos personales.

La mirada recriminatoria de ambos ancianos hacia su nieta, calaron tan profundamente en Lucky como cuando el invierno apuñala ferozmente a una rosa hasta dejarla prácticamente muerta.

—No se imaginan lo que me costó ahorrar ese dinero —soltó de repente León envalentonado al ver a su jefa indefensa.

Una mano en alto por parte del letrado le pidió que no continuase hablando y que lo dejara negociar a él.

—Ustedes dos son el alma mater de esta empresa, sus

creadores, pero creo que es justo un castigo ejemplar. La dimisión de la señorita Strauss, al igual que la indemnización que pide mi cliente de cien mil euros, es lo más ecuánime y honesto que pueden hacer.

El mutismo que se generó en la sala de juntas fue roto por el abuelo Strauss quien pidió, de la forma más amable y educada, que los dejaran a solas con su nieta para poder hablar en privado.

Los ascendentes de Lucky, al oír la reveladora verdad del porqué los habían llamado el martes por la tarde para una reunión urgentísima el miércoles a las nueve de la mañana, acrecentó el miedo en ambos cavilando las posibilidades de que un subalterno pidiese la dimisión de su jefa.

Ambos, tanto Strauss como Schäfer se conocían demasiado bien. De hecho sus esposas realizaban la broma de que tenían que ser gemelos ya que, con una sola oteada el uno al uno, eran capaces de discernir lo que el otro pensaba y llegar a la misma conclusión sin articular palabra.

Que su nieta hubiera sacado de la cama a su asistente para que le prestara dos mil euros solo tenía una única y por desgracia triste conclusión: el exmarido de Lucky había contraído nuevamente una deuda de juego y ella, por una razón que se les escapaba, resolvió acudir en su ayuda una vez más.

Cuando la habitación se quedó simplemente con ellos tres, Lucky comenzó a ponerse nerviosa. Se levantó de su asiento y se dirigió hacia la ventana, centrando su mirada más allá de las impresionantes vistas que en ese momento le ofrecía Barcelona, esperando la reacción de sus abuelos.

—Lucky, *setz dich hin*.

—*Ich steh besser*.

A pesar del tono tranquilizador del abuelo Schäfer cuando le

pidió que sentara, acción que rehusó contestándole que prefería estar de pie, la ojeada del abuelo Strauss la hizo claudicar, ocupando nuevamente su asiento.

El rapapolvo que se le venía encima iba a ser glorioso. Cuando sus abuelos hablaban con ella o con sus primas en alemán, el tema de conversación era desde luego serio, muy serio. Quizás utilizaban el argot alemán por la dureza del propio idioma o simplemente porque se hallaban más a gusto. Lo que tenía claro era que no saldría impune de la sala de juntas.

—*Wie viel hat er dich diesmal gefragt?* —preguntó el abuelo Schäfer sin ningún tipo de miramientos.

—*Ich weiß nicht, wovon du redest* —respondió Lucky.

El abuelo Strauss se levantó de uno de los sillones presidenciales y se acercó lentamente a ella. A su espalda, puso sus envejecidas pero cuidadas manos sobre los hombros de su nieta y le habló en castellano.

—No nos tomes por idiotas Lucky. Nos hemos dado cuenta que el dinero lo necesitabas para ese parásito de exmarido que tienes. Contestarnos que no sabes de lo que te estamos hablando, cuando Schäfer te ha preguntado cuánto debía ese mequetrefe otra vez, no hace más que crecer en nosotros una profunda preocupación hacia tu persona.

Tocada y hundida. Sus abuelos no llegaron a ser los empresarios que eran por ser unos simples o ignorantes. De hecho, sus nombres eran reconocidos a nivel internacional y su huella en el sector de la publicidad era más que reconocida. Dejaron el pabellón demasiado alto, pabellón, que ella debía mantener a base de trabajo duro, de un gran esfuerzo y sacrificando a sus empleados por el camino, con sus malos modales para que nunca se olvidaran de quién mandaba.

El tema de las deudas de juego de su exmarido la incomodaba

mucho. No le gustaba hablar de ello, pero sabía que no podía mantener la farsa y menos delante de quienes la criaron y enseñaron todo lo que sabía.

—Cincuenta mil euros.

—¿Cincuenta mil euros? —Strauss apartó las manos de su nieta como si quemara. Inmediatamente se arrepintió de su acto y recuperando su asiento, tomando aire en el corto camino, respiró profundamente para calmarse—. ¿Cuánto tenías en casa?

—Cuarenta y ocho mil.

—Te has quedado sin nada —afirmó Schäfer.

No hizo falta contestación. La mirada dirigida al suelo fue respuesta suficiente.

—No puedo entenderlo Lucky, en serio que no puedo — prosiguió Schäfer —. Eres una mujer muy inteligente, mucho. No puedes seguir sacándole los higos del fuego cada vez que ese mamarracho se mete en un problema.

—Se dice sacar las castañas del fuego... De verdad abuelo, no sé cómo eres capaz de utilizar la palabra mamarracho y una expresión tan...

—Eres una increíble actriz pero conmigo no juegues, niña — recriminó el anciano al ver la pose altanera de su nieta al corregirlo —. Tu matrimonio duró ocho meses, llevas más de un año separada y aun así...

—Tengo la situación... controlada.

—¿Recuerdas lo que pasó dos semanas antes de tu boda? — Quien mostraba fiereza ahora en sus palabras era Strauss—. Te dio una paliza porque le echaste en cara unas fotografías publicadas con

otra actriz de Hollywood. La “situación”, se descontroló desde ese momento y jamás, por mucho que te engañes a ti misma, la tendrás bajo tu dominio.

Lucky notaba las respiraciones forzadas y contenidas de sus abuelos que no dejaban lugar a dudas del enfado que tenían.

—¿Ha vuelto a ponerte la mano encima?

Su garganta se secó por completo ante la inesperada pregunta. En ese momento hubiera dado lo que fuera para que la tierra la engullera. ¿Qué les podía contestar? ¿Qué seguía maltratándola cuando no lo ayudaba? ¿Qué la última vez pagó su deuda de juego acostándose con un completo desconocido? Sin darse cuenta su respiración se volvió rápida, el aire no le llegaba a los pulmones, se estaba ahogando y sus preciosos ojos azules expulsaron toda la frustración en un lloro silente por un matrimonio fallido, por un hombre que la dejaba marcada cuando no conseguía lo que quería.

—¡Un hombre deja de ser hombre en cuanto le pone la mano encima a una mujer! —Golpeó con tanta ira la mesa Schäfer que derramó el contenido de los vasos apostados como únicos espectadores de aquella conversación.

Lucky se dejó llevar, expulsando el aire de sus pesados pulmones, del corazón que le latía con fuerza con ganas de abandonar su cuerpo. Lloró desconsoladamente, escondiendo la cara entre las manos.

Se vio sorprendida cuando cada mano que tapaba su cara era apartada por cada lado por dos manos diferentes. Sus abuelos, uno a cada lado de la silla, estaban en cuclillas con los ojos anegados en lágrimas.

Se dieron un abrazo entre los tres mientras los abuelos, mirándose el uno al otro intentaban encontrar una solución al tremendo problema de su nieta con su exmarido. Pero decidieron

dejar el tema aparcado y centrarse en el rompecabezas de la dimisión de Lucky.

Una vez tranquilizados los tres, los genios creadores de la empresa SYS le propusieron a Lucky el remedio para su situación.

—Vamos a convencer a la directiva de que te de otra oportunidad. Al fin y al cabo somos los propietarios del sesenta por ciento de las acciones y tú del treinta por ciento. Le ofreceremos al joven un nuevo puesto de trabajo lejos de ti y le pagaremos el doble de la indemnización que pide —propuso Strauss.

—De acuerdo —contestó tímidamente Lucky, no era capaz de razonar con lógica.

—A cambio, te ingresaremos esta misma mañana veinte mil euros en tu cuenta para el colegio de Elisa y Elsa con la condición de que nunca jamás ayudes a ese... ese... malnacido hijo de puta —dijo Schäfer.

—Pero...

—No puedes salvarlo Lucky —le cogió la mano Strauss—. Lo que has hecho hasta ahora por él no ha sido por amor, sino porque tienes un alma noble y bondadosa y crees, que prestándole ayuda conseguirás liberarlo. Pero para un adicto al juego como él y utilizando una metáfora, las cartas están echadas y es solo cuestión de tiempo de que acabe bajo tierra o viviendo debajo de un puente.

Lucky simplemente asintió resignada. Sus abuelos tenían razón, toda la razón.

—Tómame unos días de vacaciones. Intentaremos encontrar otro asistente. Y por favor, cólmame de paciencia, sé transigente y trátalo bien. Ser una ejecutiva agresiva no es malo en este negocio, pero disfrutarás más de tu trabajo si la convivencia con tus empleados es cordial.

—No puedo coger vacaciones. En unas semanas tengo que entregar la campaña publicitaria de un producto y...

—Hablaemos con los dueños de la empresa y si es necesario una compensación económica, lo arreglaremos.

Reunidos de nuevo el abogado, el cliente y la familia Strauss-Schäfer, tras ser escuchadas las propuestas por parte de los fundadores de la empresa, firmaron el acuerdo.

Abandonaban la sala de juntas cuando Schäfer paró a León antes de que se marchara.

—Señor Hernández, ¿podría usted recomendarme un nuevo asistente para mi nieta?

## S.

—Espera, espera, espera... ¿Qué me has propuesto para qué? — preguntó un alucinado Rafael tras oír lo que su compañero de piso y supuestamente amigo le acababa de decir.

Tras salir de la reunión, León, un poco intimidado por Johan Schäfer, se quedó sin habla ante la pregunta del pionero de la publicidad.

En un principio la simple cuestión lo dejó descolocado y sorprendido, pero tras unos segundos de meditación, el nombre de su amigo salió a la palestra. Había sido testigo directo de la situación tan incómoda que Lucky y Rafael vivieron en el despacho de su ahora exjefa. La atracción era más que evidente entre ambos, así que, con la certeza de que los abuelos de Lucky le dieron más que un tirón de orejas y siendo conocedor de las andanzas de su amigo, vio las puertas del cielo abierto y a San Pedro despollándose. Cada uno pondría en su sitio al otro.

Rafael dejó la hamburguesa que estaba comiendo encima de la mesa y lo miró directamente a los ojos.

—No entiendo por qué me haces esta putada.

—Vaaamos... Es una oportunidad de oro. Trabajarás no solo con una bellísima mujer sino con una de las mentes más increíbles que he conocido.

—¿Tú te estás escuchando? —recriminó Rafael enfadado—. Por supuesto que es una mujer preciosa pero llevo más de dos años, escuchándote despoticar sobre ella. ¡Hasta tenías un plan para matarla, por Dios!

—Vaaale... Es una cabrona, frígida, insensible, maleducada y



harpía, pero he de admitir que pese a las putadas, he aprendido mucho.

—¿Te sacó de la cama a las doce de la noche, León! ¿Qué me estás container?

—Siempre estás hablando de ascender en tu trabajo, de salir de la planta de contabilidad, y ahora que te ofrezco la posibilidad de que avances, reculas.

—Yo no reculo es solo que... que...

—¿No vas a ser capaz de contenerte? —sonrió León al ver la cara de Rafael—. Vamos tío, oigo como te masturbas cada vez que ves su película.

Rafael paseaba por el piso bufando cada dos por tres. Era una oportunidad de oro sí, pero no estaba dispuesto a convertirse en el perrito faldero de nadie. Y hablando de falda... La escena de Lucky saliendo del baño con la prenda subida, el desgarrar de la tela, sus *gluteus maximus* tan cerca de su cara...

No podía pensar en ese “ascenso” como algo sexual. La empresa SYS no se andaba con tonterías en cuanto a su personal. Si metías la pata te despedían sin contemplaciones y volver a encontrar trabajo en empresas similares era imposible por no decir utópico.

Tres meses atrás en la quinta planta, dos empleados de recursos humanos iniciaron una relación. Al principio todo era muy discreto pero cuando la pasión llama, no hay manera de contenerla. Los dos empleados fueron pillados in fraganti en los baños comunes, despedidos de inmediato sin indemnización por comportamiento inadecuado, con una carta de despedido que ríete tú de Lucifer y ahora cada uno de ellos había cambiado el traje de corbata y los tacones por uniformes de un supermercado.

—A parte de que su belleza es innegable —comenzó la

conversación Rafael dándose por vencido—, cuéntame que sabes de ella.

—¿Empiezo por su vida personal o profesional?

—Capullo —Lo golpeó en el brazo.

—Lucky Strauss no solamente es una increíble actriz ganadora de la estatuilla dorada más cotizada en el mundo del cine. Posee una licenciatura en Publicidad y Relaciones públicas, una licenciatura en Económicas y Empresariales y una licenciatura en filología alemana, inglesa y china.

—La última son tres licenciaturas —estaba ojiplático.

—Es un portento. Por lo visto heredó la memoria eidética por ambos abuelos. Lo mejor es que poseía las cinco carreras a los treinta y un años.

—¿Cuántos años tiene ahora? —quiso saber Rafael.

—Treinta y tres.

—¡La virgen! Nadie diría que tras esa cara y ese cuerpo se esconde un cerebritito —Rafael se acomodó en el sofá para seguir escuchando a su amigo.

—Sé que te he rayado la cabeza con mis quejas durante mucho tiempo, pero si echas la vista atrás jamás ha sido en realidad por un motivo laboral sino por las chuminadas que me hacía comprar o resolver.

Rafael meditó un momento y ratificó lo que León acababa de decirle. Siempre se quejaba porque lo mandaba a comprar tampones, cafés, medias, desodorante... pero nunca lo escuchó desbarrar sobre números, campañas publicitarias o empresarios de algún lugar del mundo que requerían los servicios de la empresa SYS.

—¿Qué hay de su familia?

—¡Bribón! Sabía yo que no te ibas a resistir —sonrió León al ver como Rafael prestaba toda su atención—. Lucky convive con dos primas, una de catorce y otra de cinco.

—¿Qué?

—Déjame acabar. Por lo visto las tres primas perdieron a sus respectivos padres en un accidente ferroviario ocurrido en Alemania en 2013, no sé si te suena.

Rafael hizo un ademán con la mano, quitándole importancia al dato exacto del trágico accidente y los instó a que prosiguiera.

—Ella se encarga de pagar los colegios de las niñas... bueno en realidad, las cría como si fueran sus hijas. Si tu siguiente pregunta va a ser por qué los famosos abuelos no se hacen cargo de las niñas te lo contaré. Cuando los hijos de los fundadores tuvieron la mala suerte de perder sus vidas, los Strauss-Schäfer entraron en una profunda depresión. Fue en ese momento cuando dejaron a cargo de la agencia de publicidad a Lucky. A día de hoy no han superado el duelo por sus seres queridos.

—Pero, ¿por qué no refugiarse en sus nietas? ¿Por qué dejar semejante carga a Lucky?

—Lucky fue la que se quiso hacer cargo de ellas. Por lo visto la señorita Strauss fue quien regaló los pasajes de tren a sus padres y a sus tíos. Se siente en la obligación de ser ella quien las críe.

—¡Joder con Lucky!

—¡Qué mis palabras no te hagan perder el norte, chaval! Cuando me enteré me quedé tan flipado como tú, pero no es excusa para tratar a tus trabajadores como si fueran una mierda.

—Y dime —carraspeó—, ¿está casada o...?

—Está divorciada desde hace más de un año. Su exmarido es de lo peor que te puedes echar a la cara. Un tipo guapo y adinerado, putero como el que más y adicto al juego. Sale mucho en las revistas, Pedro Vélez de Eza.

—¿El exfutbolista al que apodaban “el veloz”? ¿El que nos hizo ganar el mundial de fútbol?

—Pues sí —contestó León—. Cuando se casaron él estaba para “jubilarse”, ya sabes que en ciertos deportes a determinada edad se supone que ya no rindes como un crío de veintitantos años.

Tras toda la información recopilada y dada por finalizada la conversación, los dos amigos decidieron ir a jugar un billar ellos solos.

Dos días después Rafael se encontraba en su nueva mesa. Conocía perfectamente el lugar ya que, al trabajar en el mismo edificio que León, solían ir a visitarse o a realizar el descanso juntos.

La planta donde trabajaría desde ese momento era muy diferente a la planta de contabilidad. La distribución “*open plan*” aprovechaba los grandes ventanales en las fachadas sur y este, mientras que los despachos cerrados de uso más íntimo como talleres, salas de reuniones, cocina y baño, se ubicaban en el centro del espacio, junto a las paredes interiores. Algunos despachos podían abrirse o cerrarse con cortinas en función de si se necesita más o menos confidencialidad, lo que les daba un carácter mixto y flexible, salvo el de Lucky, que tenía una puerta de roble macizo. Cuando se reformó la planta quiso quedarse con el despacho de uno de sus abuelos y reutilizar todo lo que fuese posible.

El vocabulario minimalista de la nueva construcción abrazaba el carácter del viejo edificio pero lo dotaba de una nueva estética visual mediante las nuevas texturas, el color y la luz. Una paleta neutra en

blancos y madera salpicada por un tono rosa buganvilla en algunas superficies, con el objetivo de dar sensación de profundidad. La madera de castaño, usada tanto en el panelado arquitectónico como en el mobiliario, añadía calor y naturalidad al espacio de pasado industrial.

Embriagándose del calor que desprendía su nuevo lugar de trabajo y mientras Lucky no se incorporaba de sus vacaciones obligadas, Rafael pudo conocer a los peces gordos. Lo que más le sorprendió fue que pese a que su nueva jefa era tachada de tirana e insoportable a nivel personal, como profesional no tenía parangón.

Descubrir que Lucky Strauss ejercía de directora de estrategias y directora creativa —función que suelen realizar al menos cuatro personas— despertó en Rafael una admiración inusual. Además muchos de sus nuevos compañeros le comentaron que cuando exponía sus ideas podía ser de lo más simpática, detalle que le ocultó León, bien de manera intencionada o no.

Por su parte Lucky intentó desconectar durante lo que quedaba de semana sin perder la costumbre de ir a su bar favorito a las siete de la mañana, para desconectar del trabajo y demás familia y tener un poco de tiempo para ella. Lo que más le gustaba de aquel local era que, al estar alejado de la urbanización donde vivía, llegar hasta él le proporcionaba un paseo de diez minutos con lo que podía contemplar las rutinas diarias de la gente que no poseían trabajos tan exigentes como el de ella, sin ánimo de ofender a nadie. Otro de los atractivos de “El Botijo”, que así era como se llama el bar, era su dueño: un hombre de cincuenta y tantos años, de ojos claros y calvo que no solo tenía una verborrea que podía dejar en evidencia a más de un cómico famoso, sino que su buen humor la hacía sentir como en casa. Llevaba acudiendo al establecimiento hacía casi un año y entabló amistad con la gente más variopinta: jóvenes cerca de los cuarenta años, adinerados pero que no tenían oficio ni beneficio, matrimonios que le contaban los quehaceres diarios, mujeres separadas con hijos que se desahogaban con ella porque su trabajo

no las llenaba, ancianos que iban a tomarse su copita de orujo y que entraban y salían del local casi al mismo tiempo, llamados Fernando Alonso por el tabernero...

Recordó que la primera vez llevaba puesto un vestido rojo, zapatos de tacón y un abrigo del mismo color que el vestido de Carolina Herrera. Los parroquianos se separaban de ella, como si fuese una delincuente, percibiendo las miradas recriminatorias y los cuchicheos. El segundo día, vestida con un traje de chaqueta y pantalón, con sus inseparables tacones y un blazer blanco todo ello de Hugo Boss, advirtió que, los que ya se conocían, habían juntado las mesas para hablar de ella interrogando al barman para saber quién era la pija. El tercer día, acudió vestida de manera informal, con vaqueros, un suéter, cazadora, el pelo en coleta y unas deportivas. Aquella indumentaria hizo el efecto deseado, ya que los presentes dieron su aprobación saludándola con un “buenos días, que frío hace” e incluso, cuando todas las mesas estaban llenas un “¿puedo sentarme contigo que quiero fumar?” fueron las palabras mágicas que conectaron a los consumidores con ella, consiguiendo tal proximidad que cuando Lucky no acudía al bar durante días, preguntaban por ella con preocupación.

—Buenos días Lucky —la saludaba Paqui esa fría mañana de febrero y se sentaba con ella.

—Buenos días.

—Veo que te has tomado tu café. ¿Te vas ya?

—Tranquila me tomaré otro para acompañarte —contestó una sonriente Lucky quien se levantaba de su asiento para hacerle una seña a Rogelio, el tabernero, tras el cristal desde el que se veía la terraza para que le sirviera otro café con leche.

Sí, café con leche y con azúcar. En el trabajo lo pedía con leche de soja y sacarina, pero en un bar de barrio obrero prefería tomar lo

que todo el mundo aunque después llegase a casa y tuviese que ir corriendo al baño ya que era intolerante a la lactosa.

—¿Has visto el periódico de hoy? —le preguntaba Paqui mientras se metía en la boca un *pa amb tomàquet*—. No sé dónde vamos a llegar. Podemos decir que casi ha comenzado el año y ya van diez mujeres asesinadas por violencia de género. ¡Hijos de puta!

—Es una lacra social sin duda —Lucky no quería entrar en ese tema, siendo ella misma una víctima de la violencia machista.

—¿Por qué no se matan ellos y dejan a las mujeres tranquilas? Jamás lo entenderé, primero las muelen a palos o las asesinan y luego se suicidan ellos. ¡Pues que empiecen por el final y así tendremos a un maltratador menos, coño!

Las palabras de Paqui llegaban altas y claras a los oídos de Lucky y debía darle la razón. El problema según ella era que a veces las relaciones de pareja no eran tan sencillas, bien lo sabía ella.

—¿Cómo va el trabajo? —Cambió de tercio—. ¿Conseguiste hablar con tu jefe?

—Es un gilipollas integral. Sabe que estamos saturadas de trabajo y no quiere dar su brazo a torcer, pero se va a enterar de lo que vale un peine.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó intrigada.

—Me voy a coger la baja. Como no me van a sustituir, mi compañera tendrá tantísimo trabajo que con lo mojigata que es, irá a su despacho llorando y seguro que aumentan el personal.

En ese momento llegaba Toño, uno de los asiduos del bar que se sentó con ellas. Tras pedir un café solo le cogió la mano a Lucky y como ya era costumbre en el hombre de cincuenta años, se la besó.

—¿Cómo estás hoy, princesa? ¿Preparada para dar guerra?

Lucky le regaló su mejor sonrisa. El mote le encantaba al igual que el gesto de cariño.

Todos sabían quién era ella, la actriz de cine ganadora de un Oscar. Conocían su trabajo cinematográfico y por supuesto a qué se dedicaba en esos momentos. Pero lo que más le gustaba era la cercanía que mostraban. No la trataban como una diva sino como a una joven de treinta y tres años, que vivía con sus dos primas y que era la jefa de publicidad más influyente del momento.

—Por desgracia no me incorporo hasta el próximo lunes.

Paqui y Toño dejaron sus tazas de café sobre sus respectivos platillos y la instaron con la mirada a que les contara que era lo que ocurría.

—Me extralimité con mi asistente pero no de la forma que pensáis —sonrió al ver las miradas picaruelas—. Total, que mis abuelos me dieron un tirón de orejas y me han obligado a coger vacaciones para que recapacite.

—Pues sí que debieron de echarte un buen rapapolvo —dijo Toño.

—Bufff, no os lo podéis imaginar. No me queda otra que resignarme, así que...

—Bueno piensa que puedes hacer muchas cosas, disfrutar de tus primas por ejemplo —comentaba Paqui.

—Con Elsa no tengo problema, tiene cinco años y la manejo bien. Elisa es otro cantar, catorce años, chicos, la tontería que se gasta... Madre mía, yo no recuerdo que fuera así a su edad.

El comentario hizo reír a los dos invitados a su mesa.



—Princesa, nadie se acuerda de cómo era a los catorce años —  
respondió Toño.

Tras su desayuno en el bar “El Botijo”, Lucky se dedicó a adecentar su enorme casa. Puso a trabajar “*el conga*”, el robot aspirador de última tecnología de la que ella misma había realizado la campaña publicitaria. Gracias a su sistema de navegación iTech 3.0, se adaptaba al entorno y limpiaba cada rincón del hogar: debajo de los muebles, encima de alfombras y evitando desniveles. Una vez que el aspirador recorrió la casa, vació el depósito y lo llenó de agua para que fregara el suelo con su mopa especial.

Las niñas tenían la obligación de hacer sus camas antes de irse al colegio. Entró primero en la habitación de Elsa y un sospechoso bulto bajo el nórdico hizo que Lucky tuviese que deshacer el lecho y rehacerlo.

Las tareas del hogar la relajaban mucho. Se puso sus cascos inalámbricos conectados por bluetooth a su móvil y pasó la mañana recogiendo habitaciones, poniendo lavadoras y planchando ropa.

Lucky heredó de sus abuelas el gusto por las películas clásicas, por la música española de los años setenta, ochenta y noventa así como la lectura. Sus abuelas, al ser mujeres de ricos magnates, dedicaban su tiempo libre a leer, ver cine y dar fiestas temáticas para olvidar el dolor de que no volverían a abrazar a sus hijos nunca más.

Guardando la ropa recién planchada cantaba a voz en grito el gran éxito de Tino Casal “Eloise”.

Es un huracán profesional  
que viene y va buscando acción,  
vendiendo solo amor.

Aniquilar,

pasar por encima del bien y el mal

es natural, en ella es natural.

En tiempo de relax

empolva su nariz,

Eloise, Eloiiiise...

Colgaba prenda tras prenda en la habitación de Elisa cuando de repente algo cayó al suelo. Un neceser abierto esparcía por el suelo el maquillaje de la adolescente con una gran variedad de laca de uñas, hasta que algo redondo y de látex en el fondo de la bolsa de tela abrieron sus ojos como platos. Tiró de él y una fila de doce condones de color verde pendía de su mano.

—Elisa, Elisa, Elisa... —se quitó los auriculares mientras hablaba sola—, ¿qué voy a hacer contigo?

## 9.

Lucky se incorporó a las siete y media de la mañana a su trabajo. Ese día no fue a “El Botijo”, no tenía ganas de pagar su mal humor con las únicas personas a las que podía considerar sus amistades.

Durante la semana de vacaciones obligadas, la tensión generada en su casa tras encontrar los profilácticos en el cuarto de Elisa, no solo era palpable sino que era tangible.

La discusión con su prima sobre por qué guardaba condones, el juramento sobre el pecho de la adolescente sobre su virginidad, los lloros de Elsa por verlas discutir, los portazos... hicieron de su hogar un infierno. Por suerte o por desgracia, ya que Elisa decidió que, cada vez que llegaba a casa se llevaba a su habitación el pan bimbo y la nocilla y no se dignaba a salir de su habitación en lo que restaba de día, Lucky pudo disfrutar de la inocencia y de las risas de Elsa mientras la ayudaba con los deberes o veía con ella los dibujos animados.

Aún no sabía quién iba a ser su nuevo asistente. Lo que tenía claro era que no podía tratarlo como al anterior.

A las ocho menos cinco los trabajadores empezaban a ocupar sus mesas, encendían los ordenadores y daban sorbos a sus cafés para empezar la jornada laboral con una buena dosis de cafeína.

La mesa que debía ocupar su nuevo subordinado todavía permanecía desierta, lo que hizo crecer en ella cierto enfurecimiento porque su nuevo o nueva asistente no fuese puntual.

Decidió ir al baño común para darle cinco minutos de margen. El encargado de mantenimiento seguía de baja y su baño personal todavía estaba averiado. Al abrir la puerta del baño comunitario se

topó con la persona que menos esperaba encontrarse.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó una desconcertada Lucky.

Rafael se aproximó al lavabo para enjabonarse las manos y con una enorme sonrisa le contestó.

—Buenos días señorita Strauss.

Lucky adoptó una postura que denotaba una respuesta inmediata.

—Soy tu nuevo asistente —respondió y observó cómo su nueva jefa empalidecía.

—¿Cómo que mi nuevo asistente?

—Así es. Su antiguo trabajador me recomendó para el puesto. Y ahora que estamos aquí los dos solos me gustaría dejar algunos puntos claros sobre mi trabajo.

—¿Cómo cuáles? —Lucky se hallaba fascinada esa era la verdad. La frescura de Rafael y sobre todo la forma de hablarle sin pelos en la lengua eran un aliciente más. Se fijó en la indumentaria de pantalón de pinzas y camisa almidonada abierta en tres botones sin corbata. Estaba guapo a rabiar y era sexy, masculino, guapísimo.

—No soy recadero, ni niñoero, ni *personal shopper*, ni ninguna de las tonterías que se te puedan ocurrir. Soy tu secretario. Mi horario laboral es de ocho de la mañana a una de la tarde y de cuatro a siete, por tanto fuera de ese horario mi móvil estará inoperativo, ¿queda claro?

—Cristalino señor...

—Rafael de Sáez y Torres —le tendió la mano para hacer por fin una presentación oficial.

—Muy bien —se estrecharon la mano—. Si ha terminado, le rogaría que acudiese a su mesa para empezar el horario laboral.

A las once de la mañana, Lucky estaba un poco cansada de visualizar determinados spots publicitarios sobre diferentes tipos de detergentes.

Debido a sus vacaciones obligadas, tenía una semana más de margen para preparar la primera de las tres campañas. Sobre su mesa cinco folios con los principales pasos para la campaña permanecían casi cubiertos en su totalidad, sin embargo la gran idea no quería hacer acto de presencia para publicitar el producto.

La familia Degener se dedicó toda su vida a productos de limpieza. Ahora querían probar algo nuevo, un limpia polvos tanto para madera como para cristal.

Lucky era de esas empresarias que necesitaba comprobar *in situ* la eficacia del producto que iba a publicitar, examinando desmaquillantes, aspiradoras, coches, vuelos... y ahora lo haría con el quita polvos en cuestión.

—Veamos —hablaba sola en su despacho repasando punto por punto la estrategia a seguir—. El objetivo de la campaña está claro: captación del cliente, lanzamiento y promoción del producto de stock. Tengo definido el *target*: edad, sexo, clase social, estado civil, nivel y una serie de hábitos esenciales que necesito tanto para el diseño como para la planificación de los medios, televisión y radio y los horarios de emisión. Solo me falta el diseño.

El diseño en cuestión lo desarrollaban los especialistas en marketing: los colores, las fotografías, el lenguaje del módulo o del spot, la forma en que se introducían los textos en la comunicación, el tipo de fuente, las texturas, los tamaños de los mismos, todos estos aspectos eran claves a la hora de conseguir comunicar el mensaje publicitario en forma exitosa.

Cogió un folio en blanco y llamó a su asistente.

—Señor de Sáez...

—Y Torres, no se olvide que tengo madre señorita Strauss — hizo el chascarrillo.

—Necesito que llame al departamento de marketing. Dígale al señor Muguruza que necesito hablar con él para comprobar cómo van con el diseño del producto.

—Ahora mismo señorita Strauss.

Lucky permaneció con el director de marketing cerca de una hora y media. Una vez más la dejó impresionada con el trabajo realizado aunque no estaba muy seguro del texto que utilizarían. A él la inspiración también le estaba dando largas.

A la una de la tarde su cuerpo ya pedía un café y algo de comer. No podía meter la pata con su nuevo ayudante y tras las condiciones que Rafael le enumeró, decidió que lo mejor sería salir a algún restaurante cercano para comer. Recogía su bolso dispuesta a abandonar su despacho cuando el teléfono de su mesa sonó.

—¿Señorita Strauss? Su abuelo por la línea uno.

—¿Qué abuelo? —preguntó escéptica.

—¿Cuántos abuelos tiene usted señorita Strauss? —Rafael se reía por lo bajini.

—Pues dos... como todo el mundo —Nunca la llamaban al despacho siempre a su móvil. Quizás le había ocurrido algo a alguna de sus abuelas.

—¿Quiere que le pregunte cuál de los dos es?

—¡Páseme la maldita llamada, señor de Sáez!

—Y Torres, no se olvide de mi santa madre —Rafael le pasó la llamada.

En el Carrer de Muntaner cerca del Hospital Clínic de Barcelona se encontraba el restaurante Rice, regentado por Jiménez Borrego, neurólogo de profesión y ahora cocinero por vocación. El médico hacía muchos años que trató a su abuela Avelina de los nervios, después de la pérdida de sus dos hijos. Entre la familia Strauss-Schäfer y el cocinero se germinó una estrecha amistad por la cual, siempre que querían ir al maravilloso restaurante, al cual había que pedir cita previa debido a las reservas que tenían durante todo el año, el médico convertido en restaurador siempre disponía de una mesa preparada para ellos.

La primera vez que Lucky fue al maravilloso restaurante y conoció al neurólogo la sorpresa por su pregunta a la hora de presentarse aún la hacía sonreír: "¿Por qué compras arroz y flores?" Confucio, hace mucho tiempo, respondió: "¿Preguntas por qué compro arroz y flores? Compro arroz para vivir y flores para tener algo porque vivir. La metáfora, cargada de sabiduría y previsión se convirtió en una especie de regla de vida y obra de Jiménez Borrego. Veinte años después de su cambio de vocación, la medicina seguía siendo el corazón de su nueva profesión, porque consideraba que su cocina era un vínculo entre la ciencia, la salud y el arte. La neurociencia le ayudaba ahora a poner en práctica una experiencia culinaria o emociones donde la memoria y el placer de la comida se orquestaban hábilmente.

Los dos abuelos y las dos abuelas, sentados a cada lado de la mesa dejándola a ella en el sitio del anfitrión, degustaban los exquisitos platos mientras Lucky les ponía al día de las últimas locuras de sus nietas.

—¿Qué tal tu nuevo ayudante? —interrogaba la abuela Strauss

—, me han dicho que es muy guapo...

Lucky casi se atraganta.

—¿Quién te ha dicho eso, abuela?

—Cariño, ¿crees que aunque tus abuelos están jubilados no nos preocupamos por ti? Tenemos al personal más que controlado.

—Yo también lo he visto y es un joven muy atractivo — comentaba la abuela Schäfer abiertamente—. El otro día llevaba una ropa fabulosa, unos pantalones vaqueros negros gastados, con un suéter de cuello cisne negro y una americana del mismo color. Parecía un modelo.

—Pero ¿bueno? ¡Se puede saber...! —Lucky no pudo terminar la frase.

—Lo que más me gustó, ¿sabes qué fue Jacinta?

Lucky no daba crédito a la verborrea de sus dos abuelas. Era como si ni ella ni sus abuelos estuviesen delante.

—Que se quitó la americana y se puso una... una... ¿Cómo se dice?

—Chupa de cuero —contestó con la mayor displicencia el abuelo Schäfer.

—Eso, una chupa de cuero y se subió en una moto enorme. Me recordó a ese momento en el que Dennis Hopper montaba en su moto, ya sabes en la película Easy Rider —lo pronunció Isi Rider por supuesto.

—La diferencia está en que la moto que Dennis Hopper usaba en esa película era una Harley-Davidson Capitán América y la de Rafael es una Harley-Davidson Road King Classic —aclaró el abuelo



Strauss.

—Si el muchacho tiene tan buen gusto para las mujeres como para las motos, desde luego tiene nuestro consentimiento — sentenció el abuelo Schäfer.

Lucky estaba literalmente alucinada. Sus abuelas hablaban de Rafael sobre su físico, los abuelos sobre la moto que usaba como medio de transporte y lo mejor de todo era que entre ellos algo se cocía, ya que las últimas palabras del abuelo Schäfer sobre que tenía su consentimiento la dejaron horripilada.

Rompiendo la dicharachera conversación que se entabló entre las dos abuelas, Lucky resolvió finalizarla para averiguar qué era lo que en realidad estaban conjurando esas dos.

—A ver... —Lucky cerró los ojos y se masajeó la sien—. Vamos por partes como dijo Jack el Destripador. ¿Habéis estado siguiendo a mi asistente?

—Sí —afirmaron los cuatro al mismo tiempo.

—¿Estáis locos? ¡Eso es acoso! Si se entera os puede meter una demanda...

—No hemos hecho nada fuera de la ley, puedes quedarte tranquila —dijo el abuelo Strauss.

—Además, creo que va siendo hora de que te olvides de tu exmarido después de los últimos acontecimientos, ¿no crees? —La expresión del abuelo Schäfer era seria.

—Que quede claro que no voy a volver con Pedro... —La voz se le entrecortó al decir la frase—, la cuestión es que no podéis hacer... ¿Qué es lo que estáis haciendo?

Los cuatro abuelos se miraron entre sí. La abuela Jacinta se

acercó a ella arrastrando la silla hasta estar bien pegada a ella y le cogió la mano.

—Cariño, eres una mujer joven y preciosa. Fuiste portada en muchas revistas y tuviste la mala suerte de casarte que esa mona...

—¿Mona?

—No me interrumpas —la cortó rápidamente—. Sabemos cómo es tu día a día. Tienes que darte una oportunidad y Rafael parece la clase de hombre que puede hacer que creas de nuevo en el amor.

—Abuela, tienes que dejar de leer a Jane Austen. Esto no es la Inglaterra victoriana sino la España del siglo XXI.

—Escúchame atentamente. Ese joven proviene de una de las familias más adineradas de Granada, los de Sáez de Vergara-Perderón. Toda su familia, desde su tatarabuelo se ha dedicado a la industria tabacalera.

—Pues él no tiene acento andaluz... —respondió Lucky quien iba procesando la información.

—Por lo visto Rafael no quería seguir con el legado familiar y se vino a Barcelona para estudiar y ser alguien por sí mismo. Estar bajo el yugo, no solo de su familia sino de los granadinos, no le dejaban la libertad que él quería. La empresa que sigue dirigiendo su padre pasará a manos de su hermana pequeña.

—Tienes que admitir que es un joven que se gana la vida por sí mismo y que no quiere depender de nadie —apostilló el abuelo Schäfer, sin estar todavía muy segura si lo decía con segundas en referencia a su exmarido.

Sus abuelas la contemplaban esperando una reacción que no tardó en aparecer.

—¿Por qué me contáis todo esto? Él es mi asistente y no tengo ninguna intención de comenzar una historia romántica con él. Además, según las normas de la empresa está prohibido fraternizar.

—Bueno..., nosotros seguimos siendo los dueños, así que... — Un sonriente Strauss, le daba a entender que tenía carta blanca.

Algo en el ambiente se quedó en suspenso. Sus abuelos la incitaban, no, la empujaban a que estrechara lazos con su nuevo empleado pero Lucky no estaba muy convencida. Rafael era un hombre guapo, muy guapo y sexy pero de ahí a intentar una relación...

Viendo la reticencia que la nieta de los presentes mostraba abiertamente en su semblante, el abuelo Strauss le preguntó por la nueva campaña publicitaria. A pesar de que ellos no acudían a la oficina diariamente sino en momentos muy puntuales ya que estaban jubilados, todo lo que ocurriese dentro de su empresa aún era responsabilidad de ellos por ser los accionistas mayoritarios.

De repente la abuela Jacinta cambió radicalmente de tema, hablando con Avelina sobre remakes de películas que se estrenarían durante el año. Aunque las dos abuelas eran grandes fanáticas de las películas clásicas, ninguna de las dos, se cerraban a la hora de ir al cine y ver lo más variopinto de la cinematografía actual, desde películas independientes hasta grandes éxitos de taquilla.

Inmersas ambas en su tema favorito, los presentes disfrutaban de su segunda ronda de cafés. Lucky permanecía callada dándole vueltas a varios temas en su cabeza: la dudosa virginidad de su prima, el tema de Rafael y la nueva campaña publicitaria de la que todavía no tenía ni idea de cómo enfocarla.

—¿Cuál es el nuevo producto que tenemos que publicitar? —La sacó de sus pensamientos el abuelo Schäfer.

—Un producto para limpiar el polvo —respondió Lucky.

—Escuchando a las dos cacatúas de tus abuelas —El piropo le hizo ganar un exabrupto por parte de las dos mujeres—, creo que sé cómo puedes enfocarlo.

—Te escucho.

Si los dos abuelos eran reconocidos a nivel mundial, no era únicamente por su inteligencia, sino porque observaban con atención lo que ocurría a su alrededor, fijándose en las necesidades de la gente de a pie.

—Como bien dice Jacinta, ahora se hacen remakes de películas antiguas al igual que de canciones famosas.

—No te sigo —Lucky prestaba toda la atención.

—En nuestro mundillo, sabemos que plagiar otro anuncio puede llegar a cerrar una empresa debido a la querrela que te pueden poner. Sin embargo, si se le pide permiso a la agencia que creo el anuncio original, tras una descomunal suma de dinero por los derechos de autor, se pueden rescatar los anuncios con los que crecimos cuando éramos niños o adolescentes.

El abuelo Schäfer aplaudió a Strauss por la maravillosa idea que se le había ocurrido.

—Strauss ha tenido una idea brillante. Remakes de anuncios. ¡Jamás se ha hecho una cosa igual! Seríamos pioneros una vez más.

Lucky les hizo una pequeña reverencia a modo de gratitud. Desde luego, si su empresa tenía fama a nivel planetario era por lo visionario de sus ascendentes. Era una idea increíble, brillante.

Terminada la comida, llamó a su asistente para comunicarle que no iría por la tarde a la oficina, sino que se iría a casa a trabajar.

Visionó cientos de anuncios emitidos en España entre los años

ochenta, noventa y la primera década del año dos mil, hasta que encontró la solución a su problema. Ya tenía las tres campañas publicitarias en su cabeza.

## 10.

La reunión para la presentación del primer producto se celebraría a las nueve de la mañana. Lucky, vestida perfectamente para dar la imagen de seriedad y profesionalidad que su cargo requería, se decantó ese día por un traje de pantalón negro de cintura baja, una blusa blanca con corbata negra y una rebeca que, aunque bien pareciese un traje de corte masculino, la sencillez y la elegancia del conjunto brillaban sutilmente. Como no podía ser de otra manera, el conjunto era rematado por unos altísimos zapatos de tacón y el pelo suelto, negro, brillante y con ondas, que le daban el aspecto juvenil que no conseguía con el moño francés del que decretó eliminar de su nueva imagen.

La semana anterior, apenas acudió a la oficina. Necesitaba concentración absoluta y varias pruebas para que los inversores aceptaran el planteamiento de su propuesta.

—Señor de Sáez y Torres —lo llamó por los dos apellidos para no entrar en una ridícula conversación.

—Dígame señorita Strauss.

—Acuda a mi despacho por favor.

Rafael entró en la oficina y la imagen masculina pero femenina al mismo tiempo que su jefa presentaba lo dejó con la boca abierta. Dice el refrán que quien tuvo, retuvo y aunque sabía que Lucky era un par de años más joven que él, en ese momento brillaba como la flamante actriz que desfilaba por las alfombras rojas de todos los eventos cinematográficos importantes del mundo.

—Necesito que vaya a la sala de juntas, pero no en la que nos reunimos los directivos, sino a la de proyección. Desocupe la mesa de todo objeto: vasos, jarras de agua, centros de flores, portafolios...

todo lo que haya sobre ella.

—Hecho —asintió acatando la orden.

—Cuando yo le diga, quiero que vierta este producto sobre toda la mesa —le tendió el envase que los de marketing le entregaron esa misma mañana para la presentación como prototipo del que se vendería en los supermercados y centros comerciales.

—¿Toda la mesa? ¿Esa consola no era la original de sus abuelos? Por lo que tengo entendido es de roble macizo y es muy delicada...

—Tranquilo, sé lo que me hago.

—¿Este bote llegará? Es muy larga... ¿Qué debe medir... casi cuatro metros de largo por dos de ancho?

—Señor de Saéz...

—Y Torres no se olvide de...

Lucky hizo un ademán con la mano para no entrar en esos derroteros.

—Me acompañara a la reunión, es imprescindible que se encuentre allí conmigo.

—De acuerdo.

Rafael se disponía a abandonar el despacho cuando Lucky le pidió que se quedara unos segundos más.

—Extienda esta tela.

Rafael se la cogió de las manos. Era el típico trapo para limpiar el polvo, amarillo con la línea roja como reborde pero de unas dimensiones industriales.

—Extiéndalo y póngalo frente a mí.

—¿Dónde has encontrado semejante manta? —quiso saber Rafael.

Clara, la esposa de Rogelio, el dueño de “El Botijo” era una mujer que a pesar de pasar tantas horas como su marido atendiendo a la clientela con una amabilidad extrema, era además una gran costurera. Lucky, tras entregarle cuarenta mopas le pidió que se los cosiera, pagándole por su trabajo generosamente.

—Está perfecta —dijo Lucky con una gran sonrisa al admirar el cuidadoso trabajo. No se veía ni una sola costura que diera a entender que se habían cosido cuarenta trapos juntos sino que parecía una única tela.

—¿Vas a explicarme de que va esto? —Las formalidades se las dejó fuera una vez entró en el despacho.

Lucky bajó la tela y con su mayor sonrisa le contestó:

—Ya lo verás. Solo espero no matarme en el intento.

Los directivos de la casa Degener, sus abuelos y tres directivos de marketing del SYS, se encontraban sentados en los cómodos sillones, esperando la presentación del producto frente a una mesa totalmente desnuda.

Lucky entró seguida de Rafael, quien portaba el gigantesco paño y el envase del producto a la espera de los acontecimientos.

En realidad, nunca la había visto en plena acción. León, su compañero y amigo solo despotricaba contra ella, sin embargo, la halagaba como empresaria y publicista sin desvelarle ningún detalle de las formas de trabajo de Lucky.

—Buenos días señores —saludó ante la atenta mirada de sus



abuelos quienes quisieron ir a la presentación para comprobar el fruto de la conversación mantenida días atrás con su nieta—. Bien. El producto que les vamos a presentar se llamará “Presto” un artículo que tras rociarlo sobre una superficie de madera o similares, no solo quita el polvo de la superficie sino que por uno de sus componentes en forma de aceite, les proporciona brillo a los muebles e impide que las partículas se depositen durante cuatro días.

Le hizo un gesto con la cabeza a Rafael y éste esparció la cantidad de producto que habían acordado.

—Caballeros, si me hacen el favor de alejarse un poco de la mesa les realizaré la presentación, el anuncio que se emitirá en televisión lo que queda de año.

Rafael se dio cuenta de lo que pretendía Lucky rememorando aquel spot publicitario de su niñez.

Lucky se recogió el pelo en una coleta improvisada, se quitó los tacones, se dirigió hacia la puerta con el paño extendido y tras coger carrerilla, se deslizó por la mesa al grito de:

—“Tu pasa el presto y yo el paño...”.

Lucky se deslizaba por la mesa con las mejillas ruborizadas por la expectación y porque estaba segura de que los presentes nunca habían visto a una directora de publicidad realizando semejante locura.

Como no podía ser de otra forma, cuando la mesa se acabó Lucky cayó al suelo con un estruendoso golpe. Sin embargo las carcajadas invadieron rápidamente la estancia. Lucky se moría de la risa mientras Rafael acudía “presto” a comprobar el estado de su jefa.

—¡Has estado fantástica, en serio, increíble! —le decía en un susurro, mientras la ponía en pie y la acercaba a su cuerpo lleno de

admiración sin darse cuenta del público que los miraba.

Los aplausos invadieron la sala. Los directivos se acercaron a ella para comprobar si se había lastimado. Encantados con la idea para publicitar su producto, sonriendo por la genial ocurrencia mientras Rafael era apartado sutilmente hasta quedarse al lado de los dos abuelos.

—Eres maravillosa, en serio —le decía Degener—, pero a pesar de la representación tan graciosa que has tenido, ¿no tendremos problemas legales?

Lucky se acercó a Rafael quien, con los zapatos de tacón en la mano era sorprendido con un gesto de lo más natural por parte de la actriz. Su jefa se apoyó en su hombro con total confianza y se calzó.

La cercanía de Lucky en ese gesto espontáneo dejó descolocado a Rafael quien la miraba embelesado, mientras Strauss y Schäfer eran testigos de la mirada del joven hacia su nieta.

—Está todo resuelto, pueden estar tranquilos. He negociado con ellos durante estos días y están encantados —le guiñó un ojo a sus abuelos.

Después de firmar el contrato vinculante y dar luz verde a que se rodara el spot publicitario, Lucky se dirigió a su despacho no sin antes ordenarle a Rafael que volviera a colocar los enseres encima de la lustrosa mesa.

Sentada en su sillón más que satisfecha, con una sonrisa de oreja a oreja, sin creerse todavía como no se había roto la cabeza tras la aparatosa caída comenzaba a planear la nueva campaña publicitaria.

La puerta de su despacho se abrió y apareció Rafael con una goma de pelo colgando de su dedo índice y cerró la puerta tras de sí.

Lucky se levantó de su sillón y se acercó para recoger el tirante recogedor.

—Has estado fabulosa ahí dentro —susurró Rafael ante su proximidad.

—¡Pensé que me mataba! —exclamó risueña.

—Eres increíble Lucky, eres...

No lo pudo evitar. La cogió de la cintura, la acopló a su cuerpo y la besó. Abrió los ojos unos segundos y al comprobar que ella los mantenía cerrados, la rodeó con sus brazos y profundizó el beso notando como Lucky se rendía ante la caricia de sus labios.

Pero todo momento mágico se rompe de la manera más inesperada. El móvil de Lucky sonó y tras separarse a regañadientes, ella atendió la llamada y Rafael abandonó el despacho con el sabor de sus labios impresos en su boca.

# 11.

La Vía Laietana es una de las calles más grandes de Barcelona. Sale de la Plaza Urquinaona hasta la plaza Antonio López que está cerca del mar. Separa los barrios de La Ribera, una parte del Born y del barrio gótico por el otro lado. La gente que viene a visitar la calle Laietana llega más que todo por los edificios Modernistas, Art Nouveau y Art Déco que se encuentran a lo largo de la calle y en las calles cercanas. Entre los edificios se encuentran y merecen una visita por fuera por lo menos, el conservatorio de música del Liceu, la Caixa Cataluña, el Edificio de correos, el de Tabacos o la Caixa de Pensions, construida por Sagnier en un estilo neogótico, parece una iglesia.

Sin embargo, lo que hizo abandonar a Lucky su despacho esa mañana y dirigirse a la extensa vía, no fue para dirigirse a uno de los magníficos edificios sino a la Jefatura Superior de la Policía Nacional, desde donde su exmarido la llamó para que fuera a recogerlo, rompiendo el sorprendente, intenso y maravilloso beso que Rafael le regaló.

Tras cruzar las puertas del edificio e identificarse —Momento aprovechado por el policía de turno para pedirle un autógrafo—, fue conducida al calabozo donde se hallaba Pedro detenido desde la noche anterior por alteración del orden público.

Solos los dos, la satisfacción por el trabajo bien hecho, los aplausos y las risas de los directivos y la caricia de Rafael, transformaron toda ilusión en una negra y cargada nube sobre la cabeza de Lucky.

—¿Qué has hecho esta vez? —interrogó Lucky.

—Tenía *Black Jack* Lucky, te lo juro. He pedido a los agentes que vayan al casino y lo comprueben en las cámaras de seguridad. No quisieron pagarme cuando tenía mano ganadora —Pedro se pasaba

las manos por el pelo, nervioso. Lucky no estaba al cien por cien segura si era por estar encerrado, por si mentía o si, en realidad tenía razón y no le quisieron pagar el premio—. Me líe a hostia limpia con el crupier.

—¿Para qué me has llamado?

—Joder Lucky, ¡pareces corta! —Escupió, mirándola de arriba abajo sin prestar atención a lo preciosa que estaba ese día—. Sácame de aquí.

—Creo que tienes que esperar a la vista judicial.

—Ya se ha celebrado y piden mil euros por desperfectos, nada más. Solo le di cuatro puñetazos y rompí la mesa de Black Jack. Por favor Lucky —usó una voz melosa—, te juro que es la última vez que te pido ayuda.

Las palabras de sus abuelos retumbaron en sus oídos alto y claro: “No puedes salvarlo. Es él quien tiene que quitarse de la mierda del juego”. Tenían razón, toda la razón sin embargo Lucky pecó de inocente.

Pagó la fianza y lo llevó a casa. Su exmarido vivía en otro barrio de alto standing que se encontraba muy cerca de Pedralbes, Sarrià. El barrio contaba con un encanto especial, ya que fue un pueblo antes de que la gran ciudad y su expansión lo absorbieran. Era algo que todavía se podía intuir al caminar por sus estrechas y peatonales calles que transmitían la sensación de estar en un pequeño pueblo en medio de la ciudad. En el centro de Sarrià existían edificios de muy poca altura, algunas calles peatonales, tiendas de toda la vida y un ambiente especialmente acogedor y familiar que curiosamente era donde su exmarido vivía. Un ambiente que no iba nada con él ya que ni Pedro era acogedor ni familiar.

Una vez en la casa, Pedro se dio una ducha rápida. Lucky lo esperaba sentada en el salón, aguardando a que cumpliera con la

devolución de los mil euros tal y como consensuaron en el coche.

Pedro se sentó a su lado portando en sus manos un talonario para devolverle el dinero. Inició una breve conversación, dándose cuenta de lo bonita que estaba ese día, maquinando como podía engatusarla para no tener que pagarle.

—¿Cómo va el trabajo?

—Bien.

Lucky estaba nerviosa. Quería largarse de allí.

—¿Te ves con alguien?

—No. Aunque no creo que deba darte explicaciones ya que estamos separados y tu harén de amigas es más que conocido — respondió sarcásticamente—. ¿Te importa hacerme el cheque? Tengo prisa.

Pedro apoyó la mano en la rodilla de Lucky y empezó a ascender hasta llegar al muslo. Quizás, solo quizás si se acostaban le perdonaría la deuda.

—¡No me toques! —le apartó la mano con un tono un poco chillón.

—Vamos cariño... por los viejos tiempos —Agarró con más fuerza el muslo para que no se alejara de él.

—¡Te he dicho que no me toques!

Una bofetada le cruzó la cara y Lucky se vio tumbada en el sofá, con su exmarido sentado a horcajadas sobre ella manoseándola.

—¡Zorra! ¡Te tocaré lo que me dé la gana!

El forcejeo entre ambos era un duelo de supervivencia. Pedro la

golpeó varias veces en la cara dejándola marcada, mientras rompía la blusa, esparciendo los botones por el salón y notando el pataleo de Lucky debajo de él intentando escapar.

—¡Estate quieta, coño!

—¡No me toques, hijo de puta! —Necesitaba escapar, huir. No iba a consentir que la maltratara nunca más.

Durante el forcejeo Lucky fue capaz de subir una pierna, quitarse el zapato de tacón y clavárselo en la cabeza, haciendo una fea brecha en la cabeza del monstruo en el que se había convertido su exmarido a causa del juego.

Pedro intentaba contener la sangre que le mojaba la cara, mientras Lucky serpenteaba para zafarse del agarre del exfutbolista.

Cayó al suelo tras ser cogida por una pierna y dio con la frente en uno de los muebles, provocándole una pequeña herida.

Pedro la alzó del suelo, cogiéndola de la maltrecha blusa, la golpeó dos veces más en la cara, a mano abierta y con toda su fuerza y después la soltó como si le quemara.

—¡Vete de aquí, puta! ¡Fuera!

Notaba la palpitación de la herida y el flujo caliente y viscoso de la sangre cayendo por su sien.

Lucky bajó las escaleras que accedían a la primera planta como alma que llevaba el diablo. Se metió en el coche y dejando que las lágrimas le impidieran ver el camino de vuelta a casa, metía marchas largas en el cambio del coche, ahogándolo, mientras intentaba tapar su desnudez.

Por suerte sus primas no regresaban del colegio hasta las cinco de la tarde, tiempo necesario para ducharse, dejar que el calor del

agua se llevase por el desagüe, los golpes, los insultos, las marcas del cabrón que la había vuelto a golpear. Sumida en el dolor y dejando que las lágrimas se mezclaran con el agua de la ducha, tendría que encontrar una explicación plausible por las marcas visibles que mostraría su cara.

—¡Nunca más! —gritaba dentro de la ducha—. ¡No vas a tocarme nunca más! ¡Te odio con todas mis fuerzas! ¡Te odio, te odio, te odio...!



## 12.

Sus primas llegaron a casa a las cinco de la tarde.

Su cara mostraba dos hematomas claros a lo largo de la mandíbula y sobre el ojo derecho, así como el pequeño corte sobre la sien izquierda. Por mucho maquillaje que se aplicara no iba a tapar las marcas de aquel malnacido. Usó una mascarilla para relajar la piel de color negro, que tapaban completamente los moratones.

—¡Buaaa, vengo reventada! —exclamaba Elisa tras depositar su mochila del colegio al lado de la puerta de entrada de cualquier forma.

Elsa venía detrás de ella y fue directa a la amplia cocina para merendar.

—¿Qué tal los exámenes de hoy? —Las recibió sonriendo Lucky, como si no hubiese pasado nada.

—Lucky, cada vez que te pones esa mascarilla me das miedo —decía Elsa mientras tomaba su sándwich de pavo y queso acompañado de un vaso de leche.

—Para lucir hay que sufrir —le contestó Lucky—. Merienda anda.

Elisa hizo lo mismo que su prima pequeña, se puso a merendar el calentito emparedado mientras Lucky cogía una CocaCola zero zero de la nevera.

—¿Y bien? —insistió.

—El examen de matemáticas me ha salido genial, el de alemán por supuesto lo he bordado. Del que no estoy muy segura es del de

lengua castellana.

—¿Por qué? La sintaxis de las frases, se te daban muy bien.

—Pues a mí hoy en el cole un niño me ha pedido ser su novia — se metió Elsa en la conversación.

—Y ¿aceptaste su propuesta? —preguntó Lucky.

—Soy demasiado joven para tener novio, no como otra que yo me séee —Elsa señalaba a Elisa con su pequeño dedo.

—No digas tonterías Elsa —Y le tiró un trozo de pan.

—No digo tonterías, mentir está muy mal —La niña la miró con desaprobación—. Hoy te he visto en el recreo dándote besitos con Juanra.

Lucky miró a Elisa, levantando las cejas en busca de una explicación, pero enseguida destensó el ceño fruncido por el dolor que sentía en la cara.

—¿Tienes algo que contarme, Eli? —La voz de Lucky mostraba su crispación. Elisa tenía que vivir amores de juventud, pero lo que la actriz no permitiría bajo ningún concepto es que se convirtiera en una facilona.

—¿De verdad te vas a creer a esta criaja antes que a mí? Además, no sé por qué te pones así, seguro que tú a mi edad...

—A tu edad yo rodaba películas. Mis padres eran tan estrictos que no tuve mi primera cita hasta los dieciocho años.

—Ahora entiendo porque te casaste con ese gilipollas —replicó Elisa arrepintiéndose al momento—. Perdona, no pretendía...

—Ya hablaremos más tarde.

El resto de la tarde, la pasaron entre deberes y películas Disney. Lucky notaba que la mascarilla le picaba pero no quería arriesgarse a quitársela y que sus primas vieran como tenía la cara.

—Vamos Elsa, hay que ducharse que mañana hay cole y hay que madrugar —dijo Lucky a la pequeña apagando el televisor.

—¿Cuándo vas a quitarte eso de la cara? Llevas con la mascarilla toda la tarde.

—Después de ducharme me la quitaré.

—¿Puedo ducharme contigo? Porfa, porfa, porfaaa —le pidió la niña entre puchereros.

—De acuerdo.

Lucky le daba la espalda a su prima mientras frotaba y frotaba para quitarse la mascarilla facial.

Elsa por su parte estaba encantada de ducharse con su prima mayor. No dejaba de cantar la canción de la serie infantil de las *Supernenas* y hablaba sin parar sobre el niño que le pidió ser su novio, el colegio y los besuqueos de Elisa.

Salieron de la ducha y Lucky tuvo que embadurnarse la cara con una buena capa de crema con aloe vera para paliar el picor que sentía. Acostó a Elsa que cayó en la cama como una losa y se dirigió a la habitación de Elisa para mantener la conversación que tenían pendiente.

—¿Puedo pasar? —Abría la puerta tras haber llamado primero.

—Claro, es tu casa —La adolescente no estaba de muy buen humor—. ¡Qué te has puesto ahora en la cara!

—Es aloe vera, me pasé con el tiempo.

—Ya veo. Bien. ¿Qué querías?

—Hablar contigo sobre el comentario que hizo Elsa en la merienda.

—Lucky soy mayor y tampoco puedes hacerle mucho caso a esa cría.

Lucky se sentó en la cama imitando la posición de Elisa.

—Cariño, sé que tienes las hormonas revolucionadas y todo eso. Lo único que quiero es que tengas cuidado —La miró a los ojos directamente para que supiera que realmente estaba preocupada y que no quería discutir.

—Sigo siendo virgen, ¿por qué no me crees? Además lo que más me ofende es que me tomas por tonta —Elisa vomitó lo que llevaba dentro—. Vaaale... encontraste condones en mi armario, pero no quiere decir que vaya a hacer algo.

—Lo sé, lo sé... —Pero Elisa no la dejó hablar.

—Tengo derecho a experimentar ciertas cosas. Sé que tu adolescencia en ese sentido no fue fácil pero créeme, sé lo que hago.

Lucky sabía que su prima era una joven inteligente y madura para su edad. Se lo había demostrado cientos de veces, pero en determinados temas más valía prevenir que curar. Zanjó la conversación y cuando abandonaba la habitación se fijó en el portátil.

—No sabía que te gustaba Britney Spears.

—Tiene canciones muy buenas aunque esté loca.

—Buenas noches Eli.

En su dormitorio las imágenes, pero sobre todo las sensaciones

que recorrieron su cuerpo ese día, hicieron que se hundiera en un momento de introspección.

La campaña para el quitapolvos fue un rotundo éxito, recordar las caras de los directivos, las risas, los aplausos... El semblante de sus abuelos eran de total orgullo, bien parecía que sin articular palabra le transmitían con la mirada un: "Bien hecho Lucky, sabíamos que no nos fallarías". El beso repentino de Rafael, cálido, entregado, apasionado, estar entre sus brazos... la cogió desprevenida. Era consciente de que sentía atracción por su nuevo asistente y cuando él la atrajo para que los dos cuerpos quedasen pegados, se dejó llevar disfrutando de un momento de paz y tranquilidad con un hombre, como nunca había experimentado. Sin embargo, como si la guadaña de la muerte rasgase el velo en el que ese sentimiento le encendía el pecho, la imagen de Pedro intentando forzarla, los golpes, los insultos... convirtieron la tranquilidad en desasosiego. Comenzó a respirar deprisa, se ahogaba, notaba los pulmones ardiendo. Contó hasta diez para respirar con normalidad y dejar su mente completamente en blanco para que Morfeo la llevase a un sueño profundo.

Las tres habitantes de la casa dormían con las puertas abiertas. Lucky sobre todo lo hacía por Elsa quien, en las noches de tormenta, necesitaba acurrucarse a su lado y sentirse segura.

La voz de Britney Spears llegaba alta clara. A sabiendas de que seguramente Elisa no eligió aquella canción en particular para hacerle daño, la letra de la canción *Lucky* se le clavaba en el pecho.

Early morning, she wakes up

Knock, knock, knock on the door

It's time for makeup, perfect smile

It's you they're all waiting for

They go...

"Isn't she lovely, this Hollywood girl?"

And they say...

She's so lucky, she's a star

But she cry, cry, cries in her lonely heart, thinking

If there's nothing missing in my life

Then why do these tears come at night

Lost in an image, in a dream

But there's no one there to wake her up

And the world is spinning, and she keeps on winning

But tell me what happens when it stops?

Lloró, se desahogó con la almohada abrazándose a ella, dejando las lágrimas correr, recordando parte de la famosa canción: "Ella es tan afortunada, es una estrella, pero llora, llora, llora en su corazón solitario, pensando si no me falta nada en la vida. Entonces ¿por qué estas lágrimas vienen en la noche?"

# 13.

Tres días después de la presentación de “Presto”, Rafael seguía acosándola para que le contara que le había ocurrido en la cara y por qué apareció al día siguiente de la triunfal actuación sobre la mesa de la sala de juntas con un corte sobre la sien cuando el golpe no fue tan grande.

Lucky hacía como que no lo escuchaba y se centraba en la nueva campaña para un refresco muy conocido, ordenándole que se dedicara a sus tareas.

Reunidos ambos en su despacho, intentando contactar con la agencia de publicidad original para la nueva campaña, concertando citas y hablando con los de marketing, Lucky recibió la llamada en su móvil de Elisa. Saltó de un brinco pensando que algo malo le había sucedido, o peor aún a Elsa, ya que la noche anterior se le ocurrió la brillante idea de mezclar mermelada de fresas con nocilla en un súperbocata.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Elsa está bien?

—No pasa nada, tranquilízate. Verás, te llamaba porque este fin de semana van a celebrar un cumpleaños y me olvidé de comentártelo. Como estamos en el recreo y están esperando a que diga que sí, por eso te llamo.

—¡Qué susto me has dado! Espera a que llegue a casa...

—Por favor Lucky, tengo que dar la contestación ahora.

—¿Dónde será?

—En la casa de Lucía Castellanos —Mintió Elisa ya que en realidad iría a la fiesta de Juanra, joven que alcanzaría la mayoría de

edad y por quien estaba colada hasta los huesos. El cumpleaños tuvo que posponer su propia fiesta semanas atrás porque cayó enfermo de gripe—. Conoces a sus padres... Vaaamos Lucky, déjame ir.

—¡Estáaa bien! Pero cuando llegue a casa hablaremos de a qué hora volverás y te quiero con el móvil siempre operativo.

—Graciaaas —Y cortó la conversación.

Lucky volvió a sentarse en su sillón ante la atenta mirada de Rafael.

—¡Adolescentes! —exclamó ante la penetrante mirada, y le regaló una sonrisa para que se olvidase de “el tema” —. Cualquiera me mata de un infarto.

—Los golpes que tienes en la cara son más propios de una pelea de adolescentes, sí —Dejó caer la lapidaria frase Rafael.

—¡Mira qué eres pesado! Pensé que el mamporrizo del otro día no había sido para tanto y resultó...

—Vale. Si no me quieres decir que te ha pasado no soy nadie para que me lo cuentes.

Tras acabar con la reunión, Lucky contactó tirando de influencias en el mundo del cine, con el representante de la artista Etta James. Su canción *I just wanna make love to you* para el anuncio de Coca-Cola quince años atrás, la catapultó a la gloria una vez más, siendo número uno en las listas de las radios internacionales con una de sus canciones más clásicas. No sabía que la famosa cantante había fallecido en 2012 a causa de una leucemia, pero su representante le dijo que su hija, cuyo parecido con la fallecida cantante de género R&B era exacto, no se quedaba atrás en talento en comparación con su desaparecida madre.



Acordaron reunirse en una semana en Los Ángeles, donde Lucky podría mantener una reunión con representante y cantante y confirmar si valdría para su propósito y así firmar el contrato.

A la una de la tarde el teléfono de su despacho sonó, sacándola de su concentrado estado.

—Señorita Strauss.

—Dígame señor de Sáez y Torres.

—Su abuela por la línea tres.

—¿Qué abuela? — ¿Para qué la llamaban ahora sus abuelas?

—Pues no lo sé —rio Rafael—. ¿Cuántas abuelas tiene usted?

—Pues dos como... ¡Páseme la llamada!

Su abuela Avelina la llamaba para recordarle que esa noche en concreto se celebraba la cena anual de empresarios y que pasarían a buscarla a las siete de la tarde.

—¿Te habías olvidado del Bizbarcelona? —preguntaba su abuela al otro lado de la línea.

—La verdad es que sí —respondió sinceramente—. Como siempre se celebra en verano se me pasó por completo.

—Bueno, no te preocupes. Sabes que nosotros vamos a la cena de gala así que espero que estés lista a las siete en punto. Pasaremos a recogerte en limusina. No quiero que ninguno de tus abuelos conduzca, acaban con unas copitas de más y...

—Vale, vale, a las siete estaré preparada.

El Bizbarcelona, el evento de referencia en el mundo empresarial, reunía a la flor y nata del mundillo publicitario entre

otros durante dos días en la ciudad condal. Se celebraba en el recinto de Montjuïc, donde los profesionales hablaban de financiación, oportunidades de negocio y asesoramiento. El evento era una plataforma que daba soporte a emprendedores, pymes y autónomos para ayudarles con su negocio. Actividades empresariales, exposiciones, networking y casos de éxito entre muchas otras experiencias era lo que uno se podía encontrar en ese evento. Durante las mañanas y las tardes, se daban conferencias y charlas de grandes empresarios y por la noche, los tiburones de las grandes empresas del país se reunían vestidos de gala para ponerse al día y muchas veces fusionarse.

Lucky cogió su agenda y llamó a las tres niñeras que solía tener por mano cuando tenía que salir para un evento como el de esa categoría. Su sorpresa fue mayúscula cuando le contestaron que no podrían cuidar de las niñas porque las tres tenían la gripe.

No podía dejar tirados a sus abuelos en un evento tan importante. Ahora que ella era la cabeza visible de la agencia de la publicidad sería un insulto para las personalidades que asistirían.

No se le ocurría a quien podía llamar y desde luego tenía muy claro que dejar a Elisa a cargo de Elsa no era muy buena idea en estos momentos. La adolescente tenía las hormonas revolucionadas y era capaz de escaparse un par de horas, dejando a la pequeña sola, para encontrarse con su noviete. O peor aún, podía traerse al novio a casa y no estaba dispuesta a que Elsa viera cosas que no eran propias de su edad.

Solo existía una solución al problema que se le presentaba. Así que tragándose el orgullo llamó a su asistente a su despacho.

Rafael entró sin llamar a la puerta esperando órdenes de su jefa. Le resultó extraño que lo invitara a sentarse e incluso que le sirviera un café de esos que si le das a la pestaña que tiene en el fondo, se calientan solos.

Carraspeó llevándose el puño a la boca y le hizo la petición.

—Rafael, necesito...

—¿Rafael? ¿Qué hay de señor de Sáez y Torres? —se repanchingó en la silla con una media sonrisa—. Uy, uy, uuuy... Me da que lo que me vas a pedir es cosa seria si me llamas por mi nombre de pila.

—Así es —Lucky estaba sudando ante la pose chulesca y la media sonrisa ¡Maldito hoyuelo! Mira que era guapo el canalla—. Verás, me olvidé por completo de que esta noche se celebra el evento del Bizbarcelona y necesito un canguro.

Rafael negó con la cabeza riéndose.

—Ya sé que me dejaste claro que no eras ni mi *personal shopper*, ni mi camarero, ni mi niñera pero eres a la única persona a la que puedo acudir.

—No.

—¿No? —se quedó pasmada ante la negativa. Su cabeza comenzó a trabajar rápido para poder convencerle—. Por supuesto te pagaré las horas que estés con las niñas. Dime tu precio.

Si el dinero va por delante, todos los caminos están abiertos pensó Rafael. Desde que la besó, la caricia aún le quemaba en los labios cada día que la veía y cuando llegaba a casa y ponía la película más famosa de Lucky, por supuesto no terminaba de verla.

Todo hombre tiene un precio dicen y el que le iba a poner Rafael no se podía estampar en un cheque.

—Quieres que te dé un precio —le siguió el juego.

—Sí. Las niñeras suelen cobrarme quince euros la hora, que al

ser dos niñas se convierten en treinta euros, pero estoy dispuesta a negociar.

Rafael se levantó de la silla fingiendo que se lo estaba pensando, mirándola de vez en cuando y comprobando que ella esperaba con vehemencia una respuesta.

—De acuerdo —contestó por fin.

—Bien, dime cuanto quieres.

—Un beso, nada más —Su semblante serio no dejó lugar a dudas.

—No te he oído bien. ¿Has dicho un... un beso?

—Eso he dicho —permaneció impertérrito.

—Rafael esto es inadecuado. Soy tu jefa y no podemos...

—Lo tomas o lo dejas Lucky. Tú me necesitas y has dicho que me pagarías. Mi precio es un beso.

¿Qué podía suponer besarlo... otra vez? Ella era actriz, una de las mejores, modestia aparte. Se lo tomaría como cuando tenía que besar a alguno de sus compañeros de rodaje, eso es.

Asintió con la cabeza para confirmar que estaba de acuerdo, se levantó de su sillón y se acercó a él.

Frente a frente, Rafael esperaba impaciente a que ella diera el primer paso. Quería un beso de verdad, no un beso fingido. Cuando Lucky le cogió la cara entre las manos, estando tan cerca ambos, Rafael le dejó una vez más las cosas claras.

—Eres una increíble actriz Lucky. No soy un famoso de Hollywood, soy Rafael. Quiero que me beses a mí siendo tú misma,

sino, no habrá trato.

Lucky acercó despacio sus labios para el primer contacto y se vio atrapada en los fuertes brazos que la sujetaban sintiendo el calor que desprendía Rafael.

Rafael inmerso en la comunicación sellada de sus labios deslizó un dedo por el mentón y la animó a que abriera la boca para sentirla por completo en un momento que se congelaría y se convertiría en eterno en su memoria.

Pegados como dos lapas, la lucha titánica de los dos en movimientos de cabeza, buscando los labios del otro en cualquier posición, los llevó a una vorágine de pasión que no podían controlar.

Rafael se dio cuenta en un instante de que amasaba uno de los pechos mientras que la otra mano la tenía ocupada manoseando el trasero de la actriz.

Lucky por su parte deslizaba sus manos por la estrecha cintura, palpando con ambas manos las nalgas firmes del joven, deslizándolas por la espalda y arqueando su pelvis en busca de contacto.

En un vals sincronizado, sin separar sus labios se hallaron de repente en el baño del despacho sin saber cómo llegaron hasta allí. Lucky comenzó a desabrochar la camisa de Rafael, mientras el joven tiraba de la blusa hacia arriba para quitársela por los brazos.

Estaban extasiados, entregados. La atracción era más que evidente.

Rafael desabotonó sus pantalones e hizo el mismo gesto para quitarle los pantalones a Lucky.

Unos golpes en la puerta frenaron en seco el intercambio de saliva. Conteniendo la respiración, escucharon la voz del jefe de

departamento de marketing quien entraba en el despacho, depositaba unos papeles sobre el escritorio y se volvía a marchar dando un portazo.

—Han estado cerca de pillarnos —susurraba Rafael semidesnudo mientras acariciaba con ternura el óvalo de la cara que mantenía entre sus manos.

—Sí... —Lucky notaba los labios hinchados por los besos, las mejillas enrojecidas por la pasión desatada y su pecho, subiendo y bajando con rapidez por la excitación—. Deberíamos arreglarnos.

—¿Por qué? —Rafael necesitaba acabar lo que habían empezado.

—Porque puede venir alguien más y...

—¿Y?

—Los baños de un despacho no son el mejor lugar para hacer lo que estábamos a punto de hacer —se colocaba la blusa y abrochaba el pantalón.

—Es uno de los lugares más eróticos para hacerlo, ¿no crees? —Rafael quería retenerla un poco más.

Lucky acabó de arreglarse y mirándolo con una sonrisa pícaro le contestó:

—Por supuesto que sí. Pero no quiero perder mi reputación —se rio.

Rafael la volvió a abrazar y la besó con ternura.

Como acordaron después de recomponerse, Rafael se dirigió en su moto a la dirección que Lucky le apuntó en un papel. Desde que ella abandonó la oficina para realizar varias compras para el evento,

el joven rememoraba una y otra vez la lujuria desatada entre ambos. Sin embargo cuando aparcó su moto en la acera de enfrente al portón de una de las casas de la calle de Pedralbes, una nube negra se posó sobre su cabeza.

No podría olvidar esa calle mientras viviera ni el número. Era donde dejó a la desconocida aquel sábado. Pero no podía ser, ¿o sí?

Eran las seis de la tarde y tras llamar al timbre y atravesar la puerta metálica, los inmensos ojos verdes de una niña de cinco años lo miraban con un brillo especial.

—Hola —la saludó Rafael.

—¿Eres mi papá? —preguntó Elsa.

—¿Qué?

—Que si eres mi papá —reiteró Elsa.

—No, no soy tu papá, soy el niñoero.

Ante la decepción de la respuesta, Elsa lo dejó entrar y ambos se dirigieron al salón. Rafael observó con detalle la casa, las fotografías de Lucky con su familia que inundaban muchos rincones del hogar hasta que se topó con Elisa.

La adolescente apareció de repente, y de pie junto a él con expresión de sorpresa total, empezó a dar saltitos de emoción.

—¡Dios mío! ¡Dios Mío! ¡Dios mío! ¡Eres Álex González! —gritaba histérica Elisa.

—Lo siento pero no soy él. Me llamo Rafael —la saludó sonriendo.

—Pues eres clavadito, clavadito.

—Sí, me lo han dicho un par de veces. Tú debes de ser Elisa, la prima adolescente.

Elisa afirmó con la cabeza.

—¿Lucky no ha llegado aún? —quiso saber Rafael al verse abordado por dos crías.

—Ahora saldrá —contestó Elsa.

Lucky tardó media hora en aparecer.

—Bien, ya estoy aquí, ¿qué os parece?

Lucky no contaba con que Rafael estuviese allí tan temprano. Tres cabezas la miraban por encima del respaldo del sofá a cada cual más estupefacta.

Elsa fue la primera que se acercó a ella para elogiarla.

—Estás súuuper guapa.

—Gracias cariño —contestó ruborizada por la mirada que Rafael le echaba de arriba abajo—. Veo que habéis conocido a Rafael.

—Si este señor no es mi papá, ¿quién es, Lucky?

—Rafael es mi asistente en el trabajo. Llamé a las tres niñeras que os suelen venir a cuidar pero las tres están con gripe, así que esta noche él os cuidará.

—Yo no necesito niñera y menos niño —contestó Elisa en el típico tono adolescente.

—Claro que lo necesitas. No me hagas recordarte el por qué —la amonestó Lucky ante el despliegue hormonal de la adolescente.

Lucky se acercó al sofá donde Rafael permanecía sentado con la



boca abierta. Estaba preciosa, elegante, sencilla... El vestido negro con escote en corazón, completamente de pedrería, con cola... el cabello negro en ondas y el maquillaje que resaltaban los ojos azules le hacían recapacitar a Rafael las horas de entrega que las actrices tienen que dedicar a su aspecto para desfilan por la alfombra roja.

Ante la atenta mirada de las dos niñas, Rafael volvió en sí. Se puso de pie y la contempló una vez más.

—Estás realmente guapa Lucky, preciosa.

—Muchas gracias —contestó tímidamente—. Me gustaría hablar contigo sobre unas cosillas con respecto a las niñas, si no te importa.

Después de comentarle ciertas rutinas de las niñas e intercambiarse los números de móvil por si pasaba algo, Lucky se marchó al evento en compañía de sus abuelos.

## 14.

Los gritos y las peleas en casa de Lucky aparecieron diez minutos después de que ella se marchara.

Rafael, quien toda su vida rechazó la idea de formar una familia, ya que su soltería era su tesoro, se encontraba separando a dos mocosas de distintas edades por el mando de la tele.

—¡Parad las dos ahora mismo! —gritó—. ¡Basta!

Las dos niñas se quedaron inmóviles en los lugares que ocupaban durante la riña: Elisa al lado del sofá y Elsa sobre el mueble para intentar estar a la altura de su prima.

—Lucky me ha dado una lista de las cosas que tenéis que hacer, así como la hora de la cena, del baño y las horas de televisión que os corresponden a cada una de vosotras. Así que metámonos en faena y no quiero escuchar una palabra más.

—¿Pero Elsa lleva viendo la tele desde que llegó y ahora empieza mi programa favorito? —se disculpaba Elisa.

—Elsa, ¿lo que dice Elisa es verdad? —Rafael puso las manos en jarra sobre su cadera con expresión severa.

—Sí es verdad —La niña retorció sus manitas ante la pose de policía de su nuevo niñoero—. ¡Pero es que el programa que ella va a ver yo no lo puedo ver y me voy a aburriir...!

—¿Tienes deberes por hacer? —le preguntó para saber si podía distraerla un rato.

—Los hice todos en el cole, incluido el castigo que me puso la profe.

—¿Te han castigado? —Elisa se reía—. Vaaaya... es la primera vez que te pasa.

Rafael la fulminó con la mirada al ver como a la pequeña se le llenaban los ojos de lágrimas.

—No fue culpa mía. Bueno sí lo fue, pero es que la profe hizo una pregunta y la contesté mal. Mis compañeros empezaron a reírse mucho y por eso me castigó.

—Cuéntame que pasó —pidió Rafael intrigado.

—Pues nos preguntó en que tiempo verbal estaba conjugado el verbo de la frase: "María corría con su perro por el campo" y yo contesté que en preservativo imperfecto.

Rafael y Elisa no pudieron aguantar la risa. Elsa ofendida porque dos adultos se rieran tan abiertamente de ella, la hicieron estallar. Cogió dos cojines del sofá y empezó a dar a cada uno en la cabeza pidiendo que pararan.

Una lucha campal se llevaba a cabo en el suelo del amplio salón. Los cojinazos volaban por todas partes, mientras las risas de las niñas inundaban la estancia, mientras él recibía la mayor parte de los golpes. De repente se vio acorralado en el suelo, con Elsa sentado encima de él y Elisa dándole cojinazo tras cojinazo.

—¡Me rindo, me rindo! —Levantó las manos en señal de derrota para que finalizaran la batalla.

Elsa con un cojín en alto a modo de amenaza le dijo:

—¿Estás seguro de que te rindes?

—Por favor, por favor... —se reía con ganas—. Vosotras ganáis.

Recompusieron el maltrecho lugar colocando cada cosa en su

sitio cuando a Rafael le asaltó una duda.

—Elsa, si solo tienes cinco años, ¿me puedes explicar cómo sabes la conjugación de los verbos?

—Pues no lo sé, es lo que damos en el cole —contestó la pequeña con la mayor naturalidad.

—Nuestro colegio es uno de los más elitistas de España. Se dan materias muy avanzadas a edades muy tempranas —Elisa le hizo un gesto con el dedo para que se acercara a ella y poder hablarle al oído—. La clase de Elsa es además especial. En su clase van los superdotados.

Rafael la miró incrédulo. ¡Joder! Vaya con la familia Strauss-Schäfer, eran todos unos genios.

—Elisa, ¿tú tienes deberes para hacer?

—Sí, pero te prometo que haré los deberes delante de ti cuando se acabe el programa que quiero ver.

La serie que tenía embelesada a Elisa era de factoría española, la típica serie de adolescentes, con sus rollos en el instituto, con líos amorosos, problemas de drogas...

—Menudo capítulo, ¡madre mía, madre míia! —hablaba sola Elisa mientras Rafael y Elsa acaban su partida de la oca—. Tengo que chatear con mis amigas para comentarlo.

—De eso nada monada —espetó Rafael—. Prometiste hacer los deberes delante de mí una vez vieras el capítulo.

—Pero, pero... ¡El capítulo ha sido la host... buenísimo, seguro que todos están comentándolo y yo...!

Rafael se puso en pie y cruzó los brazos delante del fornido

pecho. Con su envergadura, ninguna cría lo iba a torear.

—Treees... dooos... uuuno... —comenzó la cuenta Rafael con las cejas arqueadas a modo de amenaza.

—Está bien —Claudicó la adolescente—. Eres peor que Lucky. No, no, eres peor que mi padre.

Padre. Aquella simple palabra lo hizo reflexionar. A pesar de que solo llevaba en esa casa una hora y media, las rutinas y sobre todo los sacrificios que los padres hacen por sus hijos, no teniendo tiempo para ellos, para quizás ver algún programa de interés en la televisión ya que los niños se convertían en los amos del mando a distancia, tener cien ojos puestos sobre ellos para protegerlos, ayudarlos con los deberes, alimentarlos... en fin cuidarlos, hizo crecer en Rafael una sensación, un sentimiento que era completamente desconocido para él.

Tenía que concederle a Lucky que, dejar de lado su libertad, su carrera como actriz, su vida social para criar a dos niñas, la hacían meritoria de toda su admiración como mujer aunque no las hubiese llevado en su vientre.

Una pregunta lo asaltó de repente. ¿Por qué Elsa le preguntó si era su padre en cuanto abrió la puerta?

Elisa depositó la mochila del colegio sobre la mesa del salón. Como prometió, enseguida se sumergió en sus tareas mientras Elsa veía la película *Vaiana* en chino. ¡En chino! La pequeña de cinco años desde luego debía ser todo un portento.

—Rafael —lo llamó Elisa—, ¿puedes ayudarme un momento?

El joven se levantó del sofá y se sentó junto a la adolescente.

—Estoy con literatura francesa y tengo que estudiar las figuras literarias de este verso. ¡Se me da fatal!

—Déjame ver —respondió Rafael.

Sonrió al reconocer los versos del famoso autor de Cyrano de Bergerac al describir su prominente nariz.

—Si mal no recuerdo un grupo de personas se ve apabullado por el ingenio y la locuacidad de Cyrano. Como no son capaces de enfrentarse a él empiezan a insultarlo metiéndose con su enorme nariz. Cyrano les incita a que sigan diciendo más detalles de su protuberancia pero son incapaces. Entonces él comienza a crear una serie de comparaciones que parten del excesivo tamaño de ellas. Con lo cual les demuestra que no se siente acomplejado por tener esa nariz y al mismo tiempo les pone de manifiesto su falta de luces.

Elisa estaba impresionada.

—Busquemos en internet las figuras literarias. Nos será más fácil para hacer los deberes.

Mientras Elisa realizaba las tareas, Rafael le preguntó en bajito.

—Eh, Eli —la llamó cariñosamente por su nombre corto—, ¿por qué Elsa me preguntó si era su padre cuando abrió la puerta?

—Elsa no lo recuerda. Como figura materna tiene a Lucky pero tienes que pensar que cuando perdimos a nuestros padres, y me refiero a nosotras tres, Elsa solo tenía un año. No le des importancia. Siempre que viene un chico a casa le pregunta si es su papá.

—¿Vienen muchos chicos a casa? —De repente estaba celoso.

—Tú eres el primero. No. Me refiero al repartidor de pizzas, al del contador del gas, al electricista...

—Aaah —Respiró aliviado.

Un rayo iluminó el salón, preludio de una de las típicas

tormentas de febrero en Barcelona y Elsa saltó del sofá. Le tenía pánico a los ruidos estruendosos por la noche.

Para relajarla pidieron unas pizzas y después de cenar, ambas se ducharon y se fueron a la cama siguiendo las indicaciones de Lucky.

La tormenta seguía golpeando los ventanales con fuerza, dejando ver el vigor de la naturaleza en todo su esplendor.

Como cada niña permanecía en su cuarto, él por fin se pudo relajar un poco. Recogió la cena, lavó los platos y los vasos y se acomodó en el sofá, descalzándose, tumbándose en él y tapándose con una mullida manta que descansaba en el respaldo. Buscó el Discovery Chanel y se sumergió en un documental sobre motos antiguas.

Los ojos prácticamente se le cerraban cuando notó que algo le tocaba el dedo gordo del pie.

—¿Rafa? —lo llamó Elsa casi en un susurro por si el adulto estaba durmiendo.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Te ha sentado mal la pizza? —se incorporó de inmediato al verla despeinada y con un pijama de franela color rosa. Lo cierto es que estaba para comérsela.

—Solo tengo miedo, sí estoy bien y la pizza me ha sentado de rechupete —respondió a las tres preguntas.

—¿A qué tienes miedo?

—No me gustan las tormentas. Cuando hay una tan gorda como la que está cayendo Lucky me deja dormir con ella. Pensé... pensé que como ella no está... podía acurrucarme un poquito en el sofá... contigo.

—Ven aquí anda —Su voz sonó con una ternura que a él mismo lo sorprendió.

Rafael volvió a tumbarse y dejó que la niña se acoplara a él de la mejor manera para que estuviese cómoda. Tapó a ambos con la manta y continuó viendo el documental. Las respiraciones de Elsa no tardaron nada en hacerse rítmicas y alargadas. Una pierna se apoyó en su cadera y un brazo se apoyó en su pecho, mientras la cabeza de la niña reposaba en su torso, escuchando los latidos del corazón.

La contempló con dulzura. Se la veía relajada, tranquila, en paz. Morfeo se apoderó de él y con Elsa entre sus brazos, porque de manera instintiva la abrazó para protegerla, se quedó dormido.



## 15.

Lucky regresó a casa a las dos de la madrugada.

A pesar de que el evento bien podía alargarse hasta que el sol hiciese acto de presencia en el oeste, tenía los pies destrozados por los tacones y por haber bailado con ellos con grandes empresarios. Pero desde luego, de lo que estaba hastiada era del postureo, de la sonrisa forzada que mantenía con el consiguiente dolor en las mejillas, de los cuchicheos, de la exacerbada educación y de alguna mano que se apoyaba un poco más abajo de su cintura al danzar.

Entrando con sigilo en su hogar, se encontró con la candorosa imagen de Rafael y Elsa abrazados en el sofá en un profundo sueño. Con la tormenta que iluminó la ciudad condal aquella noche, Lucky estaba segura de que Elsa, muerta de miedo por los truenos y relámpagos, le pidió a Rafael que le permitiera dormir con él.

Se acercó despacio e intentó arrancar a la pequeña del abrazo protector de su asistente.

—Elsa, cariño —La despertaba suavemente y con voz casi inaudible—, tienes que ir a tu camita.

Elsa abrió un poco los ojos, y en estado de semiinconsciencia le contestó:

—Estoy muy a gustito en brazos de papáaa —Bostezó—, déjame... déjame... un poquito...

No acabó la frase. Volvió a acurrucarse en el firme pecho y se quedó dormida.

Rafael, que se despertó cuando Lucky quiso cogerla, le dedicó una sonrisa.

—Déjala dormir, estamos a gusto los dos.

—Gracias —contestó Lucky y lo besó en los labios.

A las siete menos cuarto de la mañana, Lucky necesitaba contacto con gente real. Amaneció a las seis de la mañana y tras una ducha, fue andando sin prisa hasta “El Botijo”. Sabía que el dueño del bar, aunque no abría las puertas del local hasta las siete y media, le comentó en más de una ocasión que él iniciaba su jornada laboral a las seis y media, para tener los croissants, las magdalenas y el pan recién horneados y así tenerlo todo preparado para la clientela.

Tabernero y actriz se hallaban solos en el local, a puerta cerrada, con la única iluminación de la televisión y de las máquinas tragaperras. Lucky disfrutaba del café mientras leía una revista del corazón, lo que siempre daba pie a alguna discusión entre los dos.

—Esta mañana te he visto en la tele —le comentaba Rogelio con su puro en la boca. Aunque estaba prohibido fumar dentro de cualquier local, era el único lujo que el barman se permitía antes de comenzar la jornada—. Estabas espectacular, Lucky.

—Muchas gracias Rogelio.

—¿Has leído lo de esa presentadora? —comenzaba el mesonero haciendo referencia a una entrevista que aparecía en la famosa revista—. ¡Esta gente está loca! Si siempre ha sido un botijo y está gorda, ¡coño pues que deje de comer, que se ponga a dieta! Ahora dice que se va a hacer una liposucción.

—En el mundo del espectáculo es muy difícil no caer en una depresión Rogelio. Date cuenta que hagan lo que hagan, vistan como vistan, si engordan o adelgazaban siempre van a ser criticadas.

—No te quito la razón. Pero esta gente está podrida de dinero, bien pueden pagarse un entrenador personal digo yo. Fíjate en ti, te mantienes igual que cuando rodabas películas. ¡Qué digo! Estás

muchísimo más guapa ahora que antes.

—Eres un adulator, ¿lo sabías?

—¿Consolador? —Ya estaba con sus vueltas de tuerca, lo que la hacía reír a mandíbula batiente—. Hablando de consolador, ¿ésta que aparece aquí no fue actriz porno? Ahora participa en una serie o no sé qué.

—Sí. Y la otra también lo era —explicó Lucky en referencia a otra actriz que se salió del mundo del porno—. Tuvo un romance con un comentarista deportivo... ¿Cómo se llamaba? Tenía un nombre corto pero en plan mote... Chiqui, Kiki...

—Uy, uy, uuuy... A estas horas hablar de kikis... No puedo con mi alma como para poder con dos.

Ambos se rieron ante la salida de Rogelio.

Lucky que tenía el nombre del comentarista en la punta de la lengua lo buscó en internet.

—¡Ves! Ya sabía yo que tenía nombre corto. Pipi Camino.

—Entre el pipi, el chiqui y el kiki... bueno con un pipi chiqui se puede hacer un kiki —se rio de su propia gracia.

A las siete y media el tabernero abría las puertas del local, momento aprovechado por Lucky para salir a la terraza, pedir otro café con leche y disfrutar un poco de la lectura en su e-book.

A los cinco minutos llegó Javi, agobiado porque tenía que entregar unos trabajos y ni los había empezado. Cigarro tras cigarro, consumido por los nervios, después de un café con leche y un croissant calentito, Javi pidió una Coca-cola y le pidió permiso para sentarse con ella.

—Estoy súper agobiado Lucky —iniciaba la conversación.

—¿Qué te ocurre? —Lucky cerró el e-book, lo guardó en su bolso y le prestó toda su atención.

—Me da vergüenza ir hoy a clase. Tengo que entregar unos trabajos hoy y... ¡Soy un desastre absoluto!

—No asistir a clase no es la solución y menos con tu edad. No eres un crío de trece años.

—Tienes razón pero... —estaba realmente agobiado.

—Escúchame. Vete hoy a clase y comprobarás que muchos de tus compañeros están igual que tú. Piensa que habrá quien ya los ha finalizado y es la manera de abordarlos, pregúntales cómo han enfocado el tema, como lo han estructurado... así tendrás unas directrices para comenzar.

—¡Es verdad! Gracias por el consejo... Hermosa Lucky.

—No hay porque darlas, tonto.

Eso era lo que necesitaba. Personas con problemas reales, que aunque en su opinión eran dilemas triviales como el de Javi, la hacían sentir útil.

Mantuvieron una conversación amena sobre otros temas hasta que Lucky se despidió. Debía regresar a casa para despertar a sus primas, prepararles el desayuno y llevarlas al colegio.

Al comprobar el reloj en su móvil se percató de lo tarde que era. Se lío más de la cuenta con Javi al hablar de política y de los temas candentes del país.

Abrió la puerta de su casa, respirando entrecortadamente ya que al final tuvo que correr. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio a

Rafael, Elisa y Elsa desayunando en la cocina. Su asistente tenía el pelo mojado, signo de que se había duchado y llevaba una ropa distinta a la del día anterior. Seguramente traía muda limpia en el baúl de la moto por si ella regresaba tarde del evento y así no debía pasar por su casa para cambiarse de ropa.

Lo que realmente la dejó estupefacta era la escena tan familiar que se llevaba a cabo en la mesa de la cocina. Rafael apremiaba a Elsa para que acabara su desayuno mientras le pedía a Elisa que lo pusiera al tanto del trabajo sobre Cyrano de Bergerac que realizaron juntos la tarde anterior.

Rafael, al verla, se dirigió a ella, la cogió de la mano para llevarla al lugar que hasta el momento él había ocupado, no sin antes dedicarle un “buenos días” con un efímero beso en los labios y le sirvió el desayuno.

<<Así que esto es lo que hace una familia normal. Un matrimonio con hijos que se levanta por la mañana y desayunan juntos, donde el cabeza de familia apremia a los niños para que acaben su desayuno y discute con los adolescentes>>.

—Eli, ¿cuándo te darán la nota del trabajo de literatura? — preguntaba Rafael, depositando delante de Lucky un café con leche calentito y tostadas con margarina y mermelada de naranja. Averiguó cual era el desayuno preferido de su jefa y se lo sirvió, recibiendo un gracias por parte de Lucky casi inaudible mientras observaba como tenía la situación controlada con las dos niñas.

—El viernes —respondió Elisa.

—Estupendo. Ya me contarás que tal te fue.

Tras el desayuno ambos se dirigieron a su puesto de trabajo, Rafael en su moto y Lucky en coche tras dejar a las niñas en el colegio.

Lucky tuvo que cambiarse de ropa. La vestimenta deportiva y cómoda elegida para ir a desayunar a “El Botijo” no era la adecuada para el puesto que ella dirigía.

Cuando apareció con el nuevo atuendo Rafael se quedó impresionado: unas mayas negras que resaltaban su trasero, un suéter de cuello cisne del mismo color, una chupa de cuero ceñida y las botas hasta el tobillo que se anudaban con unas correas llenas de tachuelas y el tacón en cuña, le daban una imagen de motera impresionante. El pelo largo y negro en una coleta alta completaba un total look negro en lo que destacaba por encima de todo era los inmensos ojos azules de la actriz adornados por las largas pestañas negras.

Antes de emprender camino, ya que los cuatro salían de casa al mismo tiempo, Rafael le pidió que le dedicara media hora durante la jornada laboral. En el estado REM en el que se sumió mientras abrazaba a Elsa, las imágenes de la joven que rescató aquel sábado, se hicieron nítidas en su mente, rememorando cada frase, cada palabra y el agitador beso en su nuca. Estaba seguro que la casa donde pasó parte de la tarde del día anterior y en la que había amanecido, eran la misma.

La mañana fue frenética. Tras el evento del Bizbarcelona, muchos empresarios la llamaron para ponerla en contacto con uno u otro propietario para que se hiciera cargo de la publicidad de su empresa.

A las once y media con la oreja enrojecida de tener tanto tiempo el teléfono pegado al pabellón auricular, Rafael entraba en el despacho sin llamar siquiera, con dos cafés con leche y un par de sándwiches vegetales.

—¿Creía que me habías dejado claro que no eras mi sirviente?  
—le dijo Lucky a la que el ruido estomacal la advirtió de lo hambrienta que estaba.

—Bueno, también te dije que no era niño y ya ves —le contestó con una amplia sonrisa—. Después de la mañana que estamos teniendo pensé que era la hora de hacer un descanso y poder hablar de algo que es importante para mí.

—Y ¿si llama alguien más? —Lucky ya le daba un sorbo al café que calmó de inmediato su desfallecimiento.

—He derivado las llamadas a Magda.

Se sentaron uno frente a otro y tomaron el tentempié en silencio. Rafael la vio devorar el desayuno y una vez finalizado, realizó la pregunta que lo carcomía por dentro sin miramientos.

—¿Cuándo ibas a decirme que eras la chica a la que rescate aquel sábado? Y no me digas que no eres tú —No las tenía todas consigo pero no quería darle pie a que se inventara alguna excusa.

Lucky resopló cansada y dirigió su mirada al suelo. Tarde o temprano iba a enterarse a sí que corroboró su afirmación.

—Sí, soy yo. Pero tienes que entender que jamás pensé que volveríamos a encontrarnos.

—Hasta el día que fuiste al baño comunitario y me viste, por eso reaccionaste así.

Ratificó cada palabra de Rafael con un asentimiento de cabeza.

—¿Qué te ocurrió? —quiso saber Rafael—. Tenías el rímel corrido de tanto llorar, estabas descalza y con las medias rotas. ¿Alguien te perseguía? ¿Intentaron atacarte?

—Es complicado —Fue lo único que pudo responder.

—¿Complicado? Yo creo que es bastante sencillo: ¿te ocurrió algo? sí o no, ¿te perseguían? sí o no, ¿intentaron atacarte?...

—No prosigas Rafael, por favor.

—Escúchame. Soy un canalla con las mujeres, salgo de fiesta, me las tiro y si te he visto no me acuerdo... Pero cuando veo a una mujer desesperada, desaliñada y en las condiciones en las que tú estabas, me transformo completamente. No puedo ver a una mujer sufrir y menos si es por un desgraciado.

<< ¿Acaso sabía algo de su vida marital? >> pensó Lucky.

Descartó la idea de inmediato e intentó despistarle, hablando de sus primas para que dejara el tema, pero Rafael era pertinaz como pocos.

Caminaba nerviosa por su despacho intentando no encontrarse con su mirada interrogante que esperaba una respuesta. Lo cierto era que estaba cansada de sufrir en silencio, de no poder contarle a nadie lo que su exmarido le hacía aunque la única y última responsable de consentirlo era ella misma. Quizás, sin que el destino lo pretendiera, Rafael podía convertirse en ese amigo, en el confidente, en el hombro donde llorar y desahogarse. Dispuesta a darle una oportunidad en ese sentido, por primera vez en su vida abrió su corazón y expulsó los demonios que la atormentaba.



## 16.

—Estoy esperando Lucky —La sacó de sus pensamientos Rafael.

Lucky decidió quedarse de pie para aliviar su alma y comenzó a relatarle su historia.

—Verás, desde bien pequeña mi vida ha sido complicada. No tuve una infancia, una pubertad, incluso una vida adulta como el resto de los mortales. Fui descubierta por un hombre a la edad de siete años. Convenció a mis padres para que yo anunciara todo tipo de juguetes, porque según él, era preciosa, así fue como empezó todo. En la adolescencia era modelo de ropa y realizaba anuncios tanto para la televisión como para conocidas revistas de moda. Ya ves, no solo llevo la publicidad en la sangre, sino que sé cómo se trabaja desde dentro —Hizo una mueca de resignación—. A los quince años mi agente me consiguió mi primer papel en una película alemana. Como bien sabes, soy políglota.

—No estás respondiendo a la pregunta formulada Lucky. Te estás yendo por los cerros de Úbeda.

—Quiero ponerte en situación hasta llegar a contestarte —Lo cortó amablemente y continuó con su propio relato—. Desde temprana edad mis padres controlaban absolutamente todo lo que hacía, con quien salía, quienes eran mis amistades... amistades que por supuesto no tenía debido a que trabajaba y estudiaba al mismo tiempo. A pesar de que no tuve mi primer novio oficial hasta los veintiún años, no tenía libertad para hacer lo que se supone que alguien de mi edad debía y tenía el derecho de hacer. Película tras película como actriz secundaria, me fui haciendo un nombre hasta conseguir ser la actriz protagonista. La prensa me adjudicaba romances con mis compañeros masculinos, que por supuesto eran

mentira. Pude liberarme del yugo paternal con veintiocho años, tras ganar el Oscar de la academia. Podía decidir que películas hacer, pero sobre todo tenía mi propia vida. Tras ganar el codiciado galardón decidí darme un tiempo para mí misma y regresé a casa, a Barcelona. No puedes llegar a imaginar el estrés que representa ir a festivales de cines de fama internacional, estar siempre perfecta, promocionar una película manteniendo siempre la sonrisa, como si fueses la mujer más afortunada del mundo. ¡Por mi última película recorrí diez países en una semana! Acabas destrozada física y anímicamente. Mis abuelas, que son muy dadas a las fiestas, quisieron celebrar una por haber ganado la famosa estatuilla dorada. Allí fue donde conocí a Pedro Vélez de Eza, futbolista de éxito dentro y fuera del campo de fútbol. Por él, España había ganado el último mundial así que me vi deslumbrada ante su carisma, su seguridad y su físico todo hay que decirlo. A Pedro le ocurrió lo mismo. Por aquel entonces, Pedro tenía treinta tres años y su carrera como profesional del fútbol llegaba a su zénit y nos casamos tras un breve noviazgo. Yo tenía casi treinta dos años y él treinta y cinco —En ese momento, Lucky se dirigió hacia el ventanal de su despacho para relatar lo que fue su vida marital. Rafael, que no quería perderse detalle, se puso a su lado contemplando las maravillosas vistas de una Barcelona que se extendía ante ellos—. Mis abuelos estaban a punto de jubilarse y me ofrecieron quedarme con la empresa, siempre y cuando decidiera dejar la interpretación. Pedro también estuvo de acuerdo, de hecho él fue quien más me incitó para que dejara el mundo de la farándula. Me merecía un tiempo de descanso y desde luego recién casada y enamorada como estaba no quería apartarme de mi marido nada más que las horas de oficina. Como sabrás, desde que llegué, el éxito de la empresa siguió creciendo y creciendo. Mientras yo copaba las portadas de las revistas por mi labor empresarial mi marido se hundía más en una depresión, por encontrarse jubilado y no saber cómo llenar las horas muertas. Así fue como se metió en el mundo del juego. Pasaba las horas frente al ordenador buscando estrategias para ganar al póquer, al Black Jack... A los seis meses de casados, tras perder en una partida de póquer diez mil euros, pagó su frustración

conmigo: me insultó, me faltó al respeto con insultos que prefiero no reproducir y me echó en cara que mientras yo triunfaba, él tenía que buscar la manera de divertirse porque su mujercita prefería trabajar en vez de dedicarse a cuidar de su marido.

Lucky tomó aire y tras un breve silencio y con adusto semblante miró a Rafael para proseguir.

—Esa fue la primera vez que me forzó a tener relaciones con él.

—¡Hijo de puta! —Rafael tenía los puños cerrados a cada lado de su cuerpo manteniéndose estoico frente a las revelaciones de su jefa.

—Los siguientes seis meses fueron a peor, me maltrataba física y psicológicamente hasta que no pude aguantar más y le pedí el divorcio. Como hicimos separación de bienes, mientras mis cuentas estaban exageradamente saneadas las de él estaban en números rojos con más de cinco ceros. De esto hace ya un año.

Rafael no quería hurgar en la herida abierta, pero necesitaba saber por qué, qué pasó aquel sábado en el que la ayudó.

Lucky, viendo la atención prestada por su oyente al relatarle su historia y tras tomarse unos minutos, resolvió la incógnita que reconcomía al joven.

—La noche que me encontraste estaba huyendo. Huía de mí misma por hacer lo que hice. Pedro me había telefoneado tres horas antes diciéndome que quería verme, solucionar lo nuestro, que era la mujer de su vida y que estaba arrepentido de lo que sucedió durante nuestro breve matrimonio. Yo, como una pardilla, caí en su juego — Para liberar tensión Lucky se sentó en uno de los sofás. Tensa por lo que narraba, se mantuvo rígida y continuó—. Llegué al hotel donde me había citado y mi sorpresa fue el encontrarme en la habitación a gente anónima pero también caras conocidas de la televisión y la radio. Alrededor de la mesa unas veinte personas observaban el

mano a mano. Solo dos de ellas permanecía con dos cartas en sus manos, mientras las otras cinco estaban extendidas en el tapete. Al ensañar las manos del juego, el presentador de radio llevaba una escalera de color y Pedro llevaba un *full*. La partida estaba perdida. El presentador de radio se levantó y me tendió la mano. Sin ninguna cortesía me metió en una habitación. No entendía que... que... —Sus ojos dejaron escapar dos lágrimas que enseguida secó.

—Tú eras la apuesta —escupió las palabras lleno de asco.

—Aguanté como pude todo lo que ese cabrón me hizo hasta que acabó. Me disponía a abandonar la habitación cuando me percaté de que solo una persona se hallaba en ella. Pedro necesitaba confirmar que su deuda estaba saldada. Salí despavorida. Me había vestido de manera sexy como a él le gustaba, con vestido ceñido negro, medias de cristal y tacones, me había arreglado el pelo y maquillado como a él le gustaba esperando... esperando... ¡Fui una idiota integral!

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué acudiste a su llamada?

—No lo sé... Es complicado.

—Estoy hasta los cojones de esa palabreja Lucky. Te maltrató durante tu matrimonio y aun así acudiste. ¿Por qué no saliste de allí cagando leches?

—No lo sé, en serio... no lo sé... es todo tan...

—Como vuelvas a decir complicado... —su exclamación sonó a amenaza y enseguida se arrepintió—. Lucky, un hombre que engaña a su mujer lo hará siempre y un maltratador no cambia nunca.

—Lo sé... de verdad que soy consciente, pero... algo en mi fuero interno pensaba que quizás, solo quizás...

—¡Qué! ¿Que podrías salvarlo? —Resopló llevándose las manos

al pelo—. ¡Con lo inteligente que eres no puedo creer que seas tan ingenua!

—¡Dios, parece que estoy escuchando a mis abuelos! ¿Por qué nadie me entiende? A lo mejor él se da cuenta de que no puede seguir por ese camino, si reflexiona y ve que solo intento ayudarlo, recapacitará.

—¿¡Tú te estás escuchando!? ¿¡Estás defendiendo a un maltratador, Lucky!? —Sus palabras eran como lava ardiendo escupidas por un volcán.

—¡No lo estoy defendiendo! —Explotó Lucky—. Tan solo digo que si se da cuenta del sacrificio que hago por él...

—¡No me lo puedo creer! ¡De verdad que no doy crédito a lo que oigo! —Rafael estaba fuera de sí al escucharla—. No eres su salvadora Lucky, ya no le perteneces. Jamás lo salvarás. ¡No puedes hacerlo si él no quiere salir de la mierda!

El tono de la discusión estaba llegando a un punto de no retorno.

—Pero ¿quién te crees que eres para juzgar lo que hago o lo que dejo de hacer con mi vida? Tú, el que se ha definido como un canalla con las mujeres.

Rafael se acercó lentamente a ella, con los ojos brillantes al contemplarla vestida de motera y con las mejillas ruborizadas por el calor de discusión.

—Hay una gran diferencia Lucky, no me compares con ese cabrón, haz el favor de respetarme. Soy un canalla sí, me gusta el sexo, mucho, disfruto de las mujeres, pero cuando una me dice que no es no. Jamás he tomado a nadie por la fuerza, ni tan siquiera a una puta.

Lucky, ofendida e insultada, le cruzó la cara con todas sus fuerzas.

Si quería descargar con él su frustración, su cara se convertiría en un saco de boxeo. Tenía que hacerla comprender que no podía continuar por ese camino y lo único que se le ocurrió fue vejlarla, ofenderla, mortificarla de la peor manera para que reaccionase.

—Ahora entiendo por qué traías la cara marcada el día después de la presentación del quitapolvos. Ahora entiendo por qué defiendes lo indefendible, que en el momento en que un hombre le pone la mano encima a una mujer se convierte en un cobarde, en un ser vil, un desgraciado que con la diferencia de fuerza golpea, insulta y viola al más débil. Ahora lo entiendo perfectamente.

—¿Qué es lo que entiendes? —estaba perdida en aquel razonamiento.

—Lo defiendes, no porque estés enamorada de él sino porque creo que te encanta ser una víctima, una mártir que se erige como ángel guardián, como la salvadora de las causas perdidas, cuando la realidad es que te encanta que te aticen hasta dejarte marcada, que te rebajen, que te insulten, que te tomen por la fuerza como si solo fueras un pedazo de carne. Estás encantada de ser una más. Quieres engrosar las estadísticas de la violencia de género pero con una diferencia abismal. No te convertirás en un número porque eres la gran Lucky Strauss —se mofó de ella—. Quieres que la gente recuerde tu muerte, con tu preciosa cara destrozada, amoratada y que te conviertan en una santa por haber aguantado palizas, vejaciones y todo lo que tu cuerpo sea capaz de soportar, porque realmente es lo que te gusta...

Lucky se abalanzó sobre Rafael, tirándolo al suelo, dejando que las lágrimas estropearan su cuidado maquillaje, golpeando con el puño cerrado el torso del joven que la había herido en lo más profundo de su ser, haciéndola sentir como una mierda

insignificante.

—¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Grandísimo hijo de puta! ¡Cómo puedes llegar a pensar algo tan horroroso de mí! ¡Cómo te atreves a pensar que me gusta que me peguen, que me marquen! ¡No sabes de lo que estás hablando mamón de mierda! No sabes... No sabes... —Lucky golpeó con todas sus fuerzas, llorando profusamente, apaleando el cuerpo de Rafael hasta quedar satisfecha. Se sentó a su lado, y dejando salir todo el odio, todo el asco que sentía consigo misma, porque sabía que las palabras emitidas por Rafael eran ciertas, se abrazó a sus rodillas y permitió a sus lágrimas fluir libremente.

Rafael la puso en pie y la abrazó con ternura, acariciándole el pelo mientras ella seguía llorando.

—¡Chsss, ya pasó! —Intentaba tranquilizarla con voz candorosa—. No lo he dicho en serio Lucky, solo quiero que te des cuenta de que eres una mujer extremadamente inteligente y preciosa, por la que cualquier hombre mataría por tener entre sus brazos para amarla y adorarla, no para... Un hombre enamorado trata a su mujer con respeto, la ama con sus defectos y virtudes, no la degrada ni la golpea.

Lucky levantó la cara del pecho de Rafael y con el rímel corrido y un poco más tranquila profirió:

—¡Qué sabrás tú del amor si nunca has estado enamorado!

El rostro que lo miraba era el mismo que el de aquel sábado noche. ¿Rafael de Sáez y Torres enamorado? Hasta las trancas. Cupido se había dedicado durante sus treinta y cinco años a pasar de largo, hasta la noche que rescató a la joven anónima, tensó su arco e hizo diana en su corazón. Jamás imaginó que la faz desfigurada por un maquillaje corrido pudiera llegar a perseguirlo durante tantas noches, preguntándose quien era la desconocida. Tampoco imaginó conocer a la protagonista de la exitosa película con la que se

masturbaba sin acabar de ver el film, como tampoco imaginó, que ambas eran la misma persona. Enamorado concluyó, de una mujer de carne y hueso, con sus propias tragedias y sus propios demonios.

La llevó sin dilación al cuarto del baño que poseía el despacho y que aún permanecía estropeado. Buscó en el neceser que descansaba sobre el lavabo toallitas desmaquillantes y sin prisa y con mucha calma, la desmaquilló, apareciendo ante él la cara más bonita que había visto en su vida.

Observaba como Lucky lo dejaba hacer, impertérrita ante el gesto espontáneo, alzando el mentón para que le desmaquillara el cuello, mientras instantáneamente se aferraba a su estrecha cintura para mantener el equilibrio. El *gloss* de sus labios, fue lo último que Rafael retiró y no lo hizo con el lienzo perfumado, sino con su propia boca.



# 17.

Tras el dulce y tierno beso el volcán despertó.

Rafael la desnudaba con urgencia y Lucky hacía lo mismo, sin apartarse, comiéndose la boca de manera que se llamaban, se deseaban y provocaban. La lengua de Rafael exploraba la cavidad de Lucky sin piedad.

La actriz emitió un gemido de placer al notar dos dedos que se introducían en ella. Instintivamente enrolló una pierna en la estrecha cadera de Rafael para que tuviese mejor acceso a su interior.

Rafael, con la mano que tenía libre la cogió de las nalgas y la alzó un poco. La poseía con sus largos dedos como un troglodita, avasallando sus labios que estaban hinchados por los besos.

—Voy a follarte Lucky y me da igual si alguien entra por esa puerta.

—Estamos desnudos... creo que no tienes que pedirme permiso.

Rafael cogió una de las manos de Lucky y se la puso en su miembro, para que notase su excitación, lo que sentía por ella. Estaba completa e irremediabilmente perdido, enamorado.

Rafael volvió a depositarla en el suelo y fue esparciendo besos desde la clavícula, pasando por los pechos, su plano vientre hasta llegar a la vagina. Pasó la lengua por el inflamado clítoris, cuando el monosílabo de Lucky lo frenó en seco.

—No.

—¿No? —Rafael se puso en pie y sintió el temblor de Lucky. No

lo miraba a los ojos y eso le preocupaba—. ¿Quieres que paremos?

Lucky negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—Me da vergüenza —se tapó la cara con las manos.

—Espera, espera que me acabo de perder. ¿Te da vergüenza que te de placer oral?

—Es que... es que...

<<¡Eres tonta del culo Lucky Strauss! Con treinta y tantos años y verte en esta situación>> Se reprendió a sí misma.

Rafael le alzó el mentón para averiguar que ocurría. Lucky no hablaba, no emitía ningún sonido. Rafael recuperó su bóxer y cuando se lo iba a poner escuchó la explicación más bizarra de su vida.

—No te vistas.

—Lucky, no voy a forzarte. Cuando quieras hacerlo, dímelo. Te prometo que estaré dispuesto.

—Nunca... nunca... me han besado ahí. ¡Ya está, ya lo he soltado! ¿Contento?

Rafael dejó la prenda íntima sobre la tapa del inodoro y estrechándola en sus brazos con una sonrisa burlona e incrédula por otra parte realizó la pregunta del millón.

—Eres Lucky Strauss, una de las actrices más bellas del mundo. ¿Me estás diciendo que en todas las relaciones sexuales que has podido tener nadie te ha lamido, ha introducido su lengua o jugado con tu clítoris?

—A ver... solo he tenido dos relaciones en mi vida...y... y...

bueno a veces las partes íntimas huelen a sudor o a pis.

—¿Solo dos? —¿Cómo era posible? Ella era ella. Podía tener a quien quisiera a sus pies con tan solo chasquear los dedos.

—El novio con el perdí la virginidad y mi exmarido. Te he contado que mis padres controlaban todos mis movimientos.

La mirada de Rafael cambió en una décima de segundo. Sus ojos castaños la contemplaban como un depredador, como el cazador que le daría la estocada final a su presa. En ese mismo instante Lucky mostraba una expresión tan tierna e inocente, que su pasión por ella creció hasta volver a empalmarse.

Sin mediar palabra, bajó lentamente hasta su monte de Venus, puso una de las piernas sobre su hombro y antes de lamerla la tranquilizó.

—Te advierto que soy muy bueno en esto. Agárrate fuerte Lucky.

Pasó su lengua de manera lenta y pausada para un primer contacto. Miró hacia arriba y vio como Lucky echaba la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y arqueaba la espalda.

Le dio un nuevo lametón, esta vez más lento. Tomándose su tiempo en saborear el dulce botón, arrastró su lengua por la cavidad hasta que perdió el control. Puso la otra pierna sobre su hombro y, deslizándola por la pared, él se quedó completamente de pie, con Lucky a horcajadas sobre su boca.

Metió la lengua dentro de la vagina con fuerza, como si estuviese besando sus labios notando el fluido espeso, los gemidos por parte de la actriz y como hacía fuerza con las caderas para tener más contacto. Se llevó una mano a su pene y empezó a masturbarse mientras amasaba las nalgas de la actriz.

—¡Dios mío Rafa! Sigue... sigue...

La devoró con todo su ser hasta que su miembro le pidió que se clavara en ella.

Cogiéndola por las piernas la arrastró nuevamente por la pared y enredando las piernas en su cintura la penetró hasta el fondo. Esa primera estocada, lo dejó tocado y hundido. Nunca había notado tanta conexión con una persona.

—Abre los ojos Lucky, quiero que me mires.

Lucky abrió despacio sus párpados y se encontró con la cara de un hombre que la miraba ardiendo de deseo por ella, con semblante serio mientras permanecía en su interior sin moverse.

Rafael pasó sus dedos por los labios de Lucky, despacio, sensual.

—Eres preciosa —le dijo en un susurro íntimo.

Y se desató el caos. Rafael, tirando de su labio inferior hacia abajo le abrió la pecaminosa boca y volvió a pelearse con ella mientras comenzaba a embestirla sin piedad. Clavaba, clavaba y clavaba. Quería que lo sintiera completamente, hasta el fondo.

—¿Te gusta? —le preguntó Rafael.

—Sí... sí...

—Nadie va a follarte como yo Lucky. Quiero hundirme en ti, hacer que te corras, sentir como te estremeces...

—Rafa...

Estaba en éxtasis, llevado por una pasión que jamás había sentido. Lo quería todo de ella, su cuerpo, su alma, su amor.

Salió de su interior y con un movimiento rápido la apoyó en el lavabo mientras él se posicionaba a su espalda y volvía a penetrarla. Ver la imagen de ambos reflejada en el espejo, era la escena más erótica que había visto en su vida. Se ciñó a sus riñones mientras Lucky se ponía de puntillas para que su trasero quedase en la perfecta altura de las estocadas que recibía.

—Me encantan los lunares de tu espalda —Acariciaba la columna vertebral Rafael mientras la contemplaba ruborizada por el momento, con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

Rafael insertó un dedo en la boca imaginando que era su polla.

Comenzó un ritmo frenético, profundo, llenándola por completo con su erección. Llevó una de sus manos hacia el clítoris y el gemido de Lucky se hizo más ronco y más sensual.

—¿Te gusta Lucky?

—Dame más Rafa... ¡más!

Y Rafael se lo dio, explotando ambos en un increíble orgasmo, mientras recuperaba el aliento apoyado en la alunarada espalda de Lucky.

—¡Ha sido increíble Lucky! —Salió de ella y como seguía necesitando su contacto, se sentó en la tapa del inodoro y le pidió que se sentara a horcajadas sobre él.

—¿Sabes lo que te haces? —Lucky le retiró un mechón de pelo de la frente con una preciosa sonrisa tras el coito.

—Te lo advertí —le contestó con cierto aire de chulería.

Llevados por el momento Rafael se dio cuenta de que no usó protección.

—Lucky... no me he puesto un condón...

La mirada de la actriz se tornó triste y agachando la cabeza, en una situación tan vulnerable como la que se encontraban, desnudos uno en brazos del otro, se confesó.

—No puedo tener hijos Rafa.

—¿Qué?

Lucky negó con la cabeza y se abrazó a él sintiendo el calor que emanaba su cuerpo.

—En una de las palizas Pedro me golpeó tan fuerte en el estómago que... desde ese momento no...

—¡Chsss! No quiero saberlo, ya has sufrido suficiente. Quiero estar contigo Lucky, sentirte, follarte... el pasado, pasado está.

—Gracias Rafa.

—De nada, pero te aseguro que puedo hacerlo mucho mejor, sobre todo en una cama... —Quería que se olvidase de ese mal recuerdo y que mejor manera que hacerla reír.

—¡Eres tremendo Rafael de Sáez y Torres!

—Lucky, tus primas no llegan hasta las cinco de la tarde. Tomémonos lo que nos queda de mañana libre hasta que ellas regresen. Necesito estar dentro de ti y demostrarte... lo tremendo que puedo llegar a ser—Y volvieron a fundirse en un tórrido beso.

Lucky cedió al deseo de Rafael y se dirigieron a la casa de la actriz para entregarse de nuevo a la pasión.

## 18.

A la mañana siguiente, Rafael fue el primero en llegar a la oficina. Durante el resto de la tarde y parte de la noche quedó con sus amistades para jugar a los dardos y al billar y poder despejar su mente. El olor natural que emanaba del cuerpo de Lucky aún embotaba sus sentidos. Su miembro, cada vez que evocaba la imagen del cuerpo desnudo de Lucky crecía y crecía, teniendo que ir a desfogarse cada dos por tres al baño y su piso de soltero, de repente se le antojó vacío y sin vida.

Su amigo del alma, León, después de recibir la más que generosa indemnización se había marchado a Tailandia, para disfrutar según sus propias palabras, de todo tipo de sexo sin compromiso alguno. Aunque los dos compañeros discutieron hasta la saciedad ya que, por desgracia la prostitución y el turismo sexual forman parte de facto de la economía del país, debido a un medio cultural combinado con la pobreza y la tentación del dinero fácil que han causado que la prostitución y el turismo sexual se hayan convertido en un medio de subsistencia para muchos jóvenes, Rafael mostraba abiertamente su repulsión ante la decisión de León.

Rafael durmió poco aquella noche. Recordaba el sexo practicado en ella, las risas entre ambos y las revelaciones por ambas partes. Estaba deseoso de verla y poder hablar con ella. El soltero de oro había comprendido que era hora de sentar la cabeza. La cuestión era si Lucky también querría.

La planta donde trabajaba se encontraba desierta cuando aterrizó en su mesa. Se dedicó a abrir el ordenador para comprobar la agenda del día e ir avanzando un poco en su trabajo. Los minutos en el gigantesco reloj de diseño parecían perezosos, pues tardaban más de la cuenta en recorrer la circunferencia que marcaba el paso al nuevo minuto. Crispado por los nervios decidió poner un poco de

música y se decantó por la que más le recordaba a la mañana y parte de la tarde anterior pasada con Lucky.

Los acordes de AC/DC sonaban a todo volumen en el silencioso lugar y llevado por la guitarra del finado Malcom Young, se puso a cantar a voz en grito.

She was a fast machine, she kept her motor clean  
She was the best damn woman that I ever seen  
She had the sightless eyes, telling me no lies  
Knocking me out with those American thighs  
Taking more than her share, had me fighting for air  
She told me to come, but I was already there  
'Cause the walls start shaking, the earth was quaking  
My mind was aching, and we were making it  
And you shook me all night long  
Yeah, you shook me all night long...

Subido en su mesa, sin darse cuenta que un grupo de personas lo miraba, se desgañitaba intentando imitar la increíble voz de Dave Evans. Los aplausos rompieron la calma en la que se hallaba la planta siete del edificio, hasta que sus oscuros ojos localizaron la cara de una sonriente y arrebolada Lucky.

—Buenos días señor de Sáez —lo saludó sonriendo como una tonta por la canción cuya letra la dejaba en muy, muy buen lugar.

—Y Torres, recuerde que tengo pedigrí —se bajaba de la mesa mientras escuchaba los halagos de algunos de sus compañeros



quienes aplaudían el espectáculo. Rafael, hizo una reverencia a modo de agradecimiento y acto seguido siguió a su jefa al interior del despacho.

Lucky que aún sonreía por lo que la letra de la canción decía, se sentó detrás de su escritorio instando a que Rafael también lo hiciera.

—¿Veo que te has levantado de muy buen humor esta mañana?  
—Lucky miraba su ordenador esquivando los ojos avellana.

Rafael la giró en su sillón de ejecutiva y, apoyando las manos en los reposabrazos le dio un beso en los labios.

—Quedamos en que no haríamos nada en la oficina Rafael —le recriminó Lucky acariciándole la mejilla.

—Solo quería darte las gracias por lo de ayer y los buenos días simplemente —Rafael regresó a su asiento frente a ella—. Soy hombre de palabra. Así que pongámonos a trabajar. Tú eres mi jefa y yo tu asistente, aunque tengo que admitir que...

—¡Qué! —Lucky estaba encantada.

—Que este jueguito me fascina.

La mañana pasó deprisa. Para ser viernes la agenda de Lucky estaba llena de llamadas telefónicas y reuniones, tanto con nuevos inversores como directores de otros departamentos.

Tan solo eran las once cuando Rafael se dirigía con Lucky a la sala de reuniones para entrevistarse con unos agentes chinos. A pesar de que los orientales hablaban perfectamente el español, las cosas no iban como Lucky había planeado. La inversión que querían hacer era mínima para publicitar tres productos.

Como bien le explicó Lucky antes de entrar en la reunión, el consumidor chino, afincado en cualquier país del mundo, es un tipo

de cliente para el que la notoriedad de la marca es cada vez más importante y la publicidad sofisticada comienza a tener un rol clave para atraer al comprador. China es una sociedad "colectivista", donde el grupo prima sobre el individuo. En consecuencia, los consumidores chinos se "ajustan" a las normas y reglas del grupo al que pertenecen. La gran pasión por el golf surgida en los últimos años en China da fe de esa necesidad de pertenencia a un grupo —el de los ricos— y de la consecuente conformidad de los individuos a las expectativas de ese grupo. De esta forma, la publicidad en China se suele dirigir más a grupos que a individuos. Hoy, la generación del hijo único quiere vivir bien, vivir mejor y, en consecuencia, gasta en educación, productos de lujo, bienes de consumo, sobre todo en las grandes ciudades. Al mismo tiempo, una vez que el grupo de referencia adopta un producto, el entusiasmo se propaga rápida y ampliamente. El consumidor chino es muy sensible a las marcas. Creen además que el precio es una indicación de la calidad del producto. Los criterios de elección más importantes son el precio y el servicio de los vendedores, al contrario, la garantía o la posibilidad de devolución de los productos tiene menos relevancia. La principal fuente de información es la circulación de boca en boca. A los consumidores chinos les gusta ver qué hay disponible, sobre todo cuando se trata de productos extranjeros. Sienten mucha curiosidad por los productos foráneos pero siguen prefiriendo los nacionales.

—Señorita Strauss —comentaba el señor Zhao—, ¿ha tenido en cuenta la diversidad de grupos que hay en mi país?

—Sé que se distribuyen en grupos según lo que tengan en la cuenta bancaria, pero tiene que entender que publicitar la marca Samsung de telefonía dentro de un coche de alta gama como es un Lexus, no es viable con las condiciones que me pide.

—Tenemos el contrato de Lexus para su nuevo modelo, un híbrido XS en el que toda la tecnología sea Samsung.

—Dos marcas de alta gama a un precio que a mi entender, señor

Zhao, es imposible de pagar.

—Nǐ yǐwéi shì shénme nǚrén? (¿Qué te esperabas de una mujer?) —le comentó Li, unos de los ejecutivos de Zhao al oído.

—Tā de míngqì zài tā zhīqián, zhè shì zuì hǎo de. (Su fama la precede, es la mejor.) —contestaba Zhao en el mismo tono de secretismo.

—Nǚrén bù zhīdào jìshù huò qìchē..... Zhǐyǒu zài jiàshǐ tā de rén de qiánbāo lǐ. (Las mujeres no saben de tecnología, ni de coches... solo se fijan en la cartera del hombre que lo conduce) —Seguía en sus trece Li.

Rafael, perdido en aquel idioma en las que todas las palabras le sonaban exactamente igual, chichaochufu... se sorprendió al ver como Lucky se levantaba de su asiento y apoyando las manos en la preciosa mesa de roble, se arrancaba con impresionante fluidez en dicho idioma.

—Lǐ xiānshēng, wǒ bù yǔnxǔ nǐ zài wǒ jiālǐ wǔrǔ wǒ. Wǒ shì nǚrén, shì de, yīnwèi wǒ suǒ kàn dào de, bǐ nǐ cōngmíng dé duō. Jiù wǒ ér yán, wǒ hé nǐmen zhī jiān méiyǒu rèn hé jiāoyì, suǒyǐ rúguǒ nǐmen bāngmáng, wǒ de zhùshǒu huì gào sù nǐ chūlù. (Señor Li, no voy a consentir que me insulte en mi propia casa. Soy mujer, sí, y bastante más inteligente que usted por lo que veo. Por mi parte no hay trato entre mi empresa y ustedes, así que, si hacen el favor, mi asistente les enseñará la salida.)

Tras acompañar a los orientales a la puerta, Rafael entró de nuevo en el despacho de Lucky. ¡Qué adjetivos podía utilizar para definir lo que acababa de vivir! Impresionado, catatónico, orgulloso... Lucky, según le explicó, los había puesto en su sitio tras el insulto a su género.

La actriz desgastaba el suelo del despacho, enfadada. Estaban en el siglo XXI y por desgracia, aún existían países en los que la

mujer no tenía ni voz ni voto, eran simples adornos o máquinas de echar al mundo cinco o seis bebés para continuar con un linaje que seguiría siendo machista y retrógrado.

Rafael se puso tras ella y le masajeó los hombros.

—Has estado fantástica ahí dentro, aunque no entendí nada de lo que decíais hasta que me lo aclaraste.

—Un poquito más a la izquierda —pedía Lucky—. A pesar de que estoy enfadada no te preocupes. Aún tenemos que trabajar en dos spots publicitarios, que es lo más importante.

Rafael le dio la vuelta y, a pesar de que se prometieron no confraternizar en la oficina, el acto de atraerla hacia él cogiéndola de la cintura, fue tan natural como respirar.

—¡Qué los zurzan! —soltó de repente Rafael e inmediatamente la cara de Lucky se relajó—. Eres una publicista increíble y si solo ven en ti tu físico pues...

Unos golpes en la puerta de su despacho los separaron *ipso facto*.

Un florista traía un precioso ramo de girasoles. Lo que los dejó atónitos fue conocer a quien iba dirigido el precioso manojito de mirabeles.

—¿Señor de Sáez y Torres? —preguntaba el repartidor.

—Yo mismo... —Rafael miró a Lucky y ésta negó con la cabeza con el ceño fruncido.

—Firme aquí si es tan amable.

Cuando el repartidor se fue, cogió la tarjeta escondida entre las seis enormes flores amarillas y mostrándosela a Lucky, ambos la

leyeron.

*“Es la primera vez que le regalo flores a un chico, espero que no te importe. ¡He sacado un 10 en el trabajo de literatura francesa!*

*Vielen Dank, Elisa Strauss”*

Lucky suspiró aliviada, pues unos súbitos celos se apoderaron de ella cuando entró el mensajero con la media docena de flores.

En ese momento justo el móvil de Rafael sonó.

—¿Te han llegado las flores? —preguntaba la adolescente.

—Sí —No sabía que contestar—. ¿Cómo es que sabes mi número?

—Lo apunté el otro día mientras os los intercambiabais Lucky y tú.

—A sí que un diez ¿eh? ¡Buen trabajo Eli! —El pecho se le hinchó como un pavo lleno de orgullo.

—La profesora estaba impresionada. No he superado nunca el cinco raspao. Bueno te dejo, que ya ha sonado el timbre y tengo clase de mates. Ciao.

Lucky lo observó mientras guardaba el teléfono en su bolsillo con cierta admiración. Lo cierto era que Rafael, mientras hablaba con su prima, mostraba un brillo especial en su mirada, como un padre satisfecho por haberla ayudado.

—Gracias por lo que has hecho por ella —le dijo Lucky.

—No se merecen. Estoy orgulloso de ella. Por cierto —Cambió radicalmente de tema—, creo que nos han interrumpido...

—Rafael, prometimos...

No pudo terminar la frase. Se fundieron en un tórrido beso que ninguno de los dos quería finalizar.

—¿Qué vas a hacer hoy por la noche? —Rafael necesitaba con urgencia estar con ella.

—Quedarme en casa con las niñas. Las niñeras están con la gripe y no las puedo dejar solas.

—¿Y si paso la noche con vosotras? —Rafael estaba resuelto a pasar tiempo con ella.

—No es buena idea Rafael.

—Claro que lo es —sentenció.

## 19.

El día anterior, es decir el viernes, después de terminar su jornada laboral, Rafael llevó a Lucky a casa y se quedó parte de la tarde y toda la noche. Con una adolescente y una niña de cinco años, estaba seguro de que no practicarían sexo, pero necesitaba sentir el calor de hogar, el calor de una familia.

El viernes a las siete de la tarde, los cuatro fueron al Parque de atracciones Tibidabo de Barcelona, situado en el monte Tibidabo y con unas vistas impresionantes de la ciudad condal. Rafael y Lucky se turnaron con Elsa, montándola en trenes en miniatura y carruseles; subieron a la noria y volaron sobre Barcelona en el emblemático avión o en la Atalaya. Lucky no fue capaz de montarse en el tobogán acuático, en las sillas voladoras del Diavolo o en la montaña rusa, con lo que Rafael disfrutó del subidón de adrenalina acompañado de Elisa. Redujeron el ritmo con atracciones más suaves, como el teatro de marionetas o el fascinante Museo de Automatas y finalizaron la tarde cenando en uno de los numerosos restaurantes.

Tras llegar a casa, casi a las diez de la noche, Elsa no tenía ganas de dormir, estaba hiperactiva y los retó a la Wii.

Eran las doce de la noche cuando un eufórico Rafael se alzaba como triunfador hasta que notó un peso sobre su brazo. Elsa dormía plácidamente con la boca entreabierta y una respiración suave.

—La llevaré a la cama —Lucky se levantaba para coger a la niña.

Elsa, se despertó y se aferró al fuerte brazo de Rafael en señal de que no quería moverse. Abriendo un poquito más los ojos, se dirigió a él:

—Ya sé que no eres mi papá... ¡Aaaah! —Bostezó—, pero hoy me lo he pasado chachi piruli contigo, y me he sentido como si

fuéramos una familia.

Los dos adultos y la quinceañera enmudecieron. Dicen que solo los borrachos y los niños dicen la verdad así que, Rafael henchido como un pavo real le pidió permiso a Lucky para que le permitiera acostarla. Lucky la desvistió y la metió en la cama. Cuando se iban de la habitación, Elsa, con los ojos cerrados habló:

—Rafa, ¿puedes quedarte conmigo solo un poquito? La cama está muuuuy fríia...

Y así amaneció el sábado, en una cama de noventa, en posición fetal con un cuerpecito aferrado a él. Se levantó despacio y al estirarse se dio cuenta de lo agarrotado que se encontraba. Para su metro ochenta de estatura y acostumbrado a una cama grande, había dormido como nunca.

Levantándose del reducido lecho, fue directo a la cocina, no sin antes parar en la habitación de Lucky que permanecía con la puerta abierta y la cama hecha. Le extrañó no verla allí y consideró la idea de que quizás se había levantado temprano para hacer deporte o quizás ir a comprar.

Con la cafetera de cápsula estuvo cinco minutos peleándose para entender cómo funcionaba mientras las tostadas reposaban en un plato gigante.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al sentir unas manos apoyadas en su cintura y el inolvidable beso depositado en su nuca. Se dio la vuelta y se encontró con una Lucky despampanante, con la cara sin un ápice de maquillaje y vestida de manera informal. Suavemente la atrajo más hacia él y la besó en los labios.

—Eres muy sigilosa —le dijo con su frente apoyada en la de ella.

—Estoy acostumbrada a no hacer ruido mientras las niñas duermen. ¿Has dormido bien? —le cogía de una mano mientras



sacaba la taza llena casi hasta la mitad de café y ponía otra debajo mientras cargaba una nueva cápsulas.

—Aunque no te lo creas, he dormido muy bien, aunque... —la volvió a atraer hacia él—, me hubiera gustado más haber dormido contigo.

—Y a mí —le respondió tímida—, pero no quiero arriesgarme a que las niñas escuchen lo que no deben, sobre todo con una adolescente en casa.

En la mesa de la cocina desayunaban como un matrimonio más, un sábado por la mañana mientras las niñas descansaban. El deseo de Rafael por Lucky crecía a cada momento pero no sabía en qué rincón de la casa podría volver a sentirla sin la intrusión repentina de Elisa o Elsa.

Iniciaron una conversación de lo más normal, preguntándose el uno al otro que tenían planeado para ese sábado. Lucky le contó que le había prometido a Elisa ir de compras y a la peluquería ya que esa noche tenía una fiesta de cumpleaños y en compensación, pasaría el resto de la tarde con Elsa en Çukor, un taller infantil de chocolatería creativa para que los niños aprendan a elaborar su dulce favorito.

—No hay imagen más tierna, divertida y entrañable que la sonrisa de un niño enmarcada en chocolate —soltó de repente Rafael imaginándose a Elsa con un delantal ensuciado de cacao.

—Lo peor será llegar a casa y lavar la ropa, ya lo verás. En ese curso manipulará el chocolate jugando con él y acabará con la ropa hecha un desastre.

Aun así Lucky estaba encantada de llevar a Elsa al curso, ya que como tutora de la pequeña chef, podía compartir con ella sus primeros pasos como maestra chocolatera.

—Y tú ¿qué vas a hacer hoy? —curioseó Lucky.

<<Me encantaría pasar el fin de semana contigo, en la cama, eso es lo que quiero hacer>> pensó para sí mismo Rafael. Pero era más que evidente que para los planes de ese día no había sido invitado.

—Es sábado así que supongo que saldré con los colegas a algún pub.

—Tienes suerte. Jamás he disfrutado de una noche de sábado como Dios manda —dijo suspirando Lucky, quien desde bien temprana edad no pudo hacer lo que realmente le apetecía.

—Bueno eso tiene solución. Cuando las niñeras se reincorporen o puedas dejar a las niñas con los abuelos saldremos por ahí y te presentaré a la tropa. Te lo pasarás bien.

—¿En serio? —Lucky estaba emocionada como si tuviese quince años.

A media mañana Rafael se encontraba en su casa muerto del asco. Comprendió mientras intentaba ocupar las horas todo lo que se había perdido años atrás. Llevar como buque insignia la soltería, era una auténtica chorrada. Necesitaba estar con Lucky y sus primas. Sin saber muy bien por qué, ellas llenaban un vacío del que no era consciente que existía en su vida, claro que jamás conoció a ninguna mujer con la que quisiera sentar la cabeza. No podía apresurar las cosas, aunque se moría de ganas. Además estaba el *handicap* de que era su jefa y si alguien se enteraba de su relación, por muy buena directiva que fuera el escándalo podía ser mayúsculo, y los echarían a los dos a la calle.

A las nueve de la noche se encontraba en un pub con Salva y Gustavo compitiendo en una partida de billar. La noche se puso interesante cuando unos tíos lo retaron, creyéndose los dueños del local. La testosterona es una mala consejera para un hombre. Así que allí se encontraban los seis hombres disputando una partida para demostrar quien tenía los cojones más grandes o quien meaba más

lejos.

—He visto muchas partidas de billar y de cualquier modalidad: Snooker, pool americano, carambolas... Algunas de ellas sensacionales, espectaculares, sublimes. Pero hacía mucho, mucho tiempo que no veía una partida de Bola 8 tan increíble como la que te acabas de marcar —le decía Mario Muñiz, un especialista en dicho deporte al que Rafael conocía muy bien.

De repente el comentarista se vio rodeado de un grupo de jóvenes que escuchaban atentos la proeza de Rafael.

—Este cabrón —Agarró a Rafael del hombro— lo tiene todo: estrategia, creatividad, riesgo, una pizca de suerte y auténticos bolones al alcance de muy pocos jugadores. Por eso la considero una de las mejores partidas de la historia, si no la mejor. Ese primer tiro por banda fue la clave, lo que marca la diferencia. Porque en vez de defender fue al ataque con la bola 4. Y lo hizo con una jugada inteligente que a muy pocos se les habría ocurrido. El nivel de riesgo era alto, sí, pero a esas alturas de partido —nada más empezar— se lo podía permitir. Después de salvar el primer tiro de forma brillante, se queda tapado. Muy típico tras un bolón. ¿Solución? Hacer un *massé*. Pero no una curvita fácil, sino una señora curva larga y controlada para entrar la 2, una de esas que te obliga a levantar el taco hasta ponerlo casi vertical. Un *massé* estratosférico, vaya. Visualizar ese tiro antes de ejecutarlo es muchas veces la clave para que se cumpla el objetivo. Y así se cumplió. Un golpe seco, la 1 viaja por toda la mesa esquivando el tráfico, toca cuatro bandas y entra justo por el centro. Lo dicho, será difícil encontrar una partida de billar más completa y espectacular que esta, ¿no creéis?

Los parroquianos del bar jalearon a Rafael como un auténtico héroe y dos chicas vestidas con escasa ropa y mucho maquillaje se colocaron a ambos lados de él, restregándose.

No podía negar que las dos mujeres, eran guapas y que desde

luego le dejaban las puertas abiertas de sus piernas para hacer con ellas lo que quisiera. Pero por una vez en su vida no se tiró de cabeza a la piscina, una sola mujer ocupaba sus pensamientos y sin desmerecer a los dos féminas que se colgaban de sus brazo, Lucky les daba veinte vueltas a cada una de ellas sin despeinarse.

A las once y media de la noche, harto de tanto falso halago y tanta caliente braguetas, el grupo de amigos se dirigió al paseo marítimo. Entraron en su pub preferido y Rafael por fin se encontró como pez en el agua, hablando con gente conocida y bailando, sin acompañante, para relajar la tensión.

Patricia se le acercó al oído para hablar. La música estaba muy alta y la joven se tuvo que apoyar en el pecho del joven y ponerse de puntillas, a pesar de los tacones que llevaba, para susurrarle al oído si quería echar un polvo con él.

—Patricia, no quiero que te ofendas, pero esta noche quiero estar solo.

—¡Eres un capullo integral! —exclamó Patricia.

—No, soy sincero contigo. No me apetece acostarme contigo ni con ninguna otra esta noche.

—¡Cabrón! ¿Por qué me tratas así Rafael? Lo hemos pasado muy bien juntos. Quizás podríamos... podríamos salir en serio.

Rafael no quería herirla. Sabía desde hacía tiempo que Patricia estaba enamorada de él, pero entre ellos solo existía atracción física. A Rafael no se le revolvían las entrañas cuando la veía aparecer, cuando la tenía cerca, eso solo le ocurría con Lucky.

—Escúchame atentamente. No hay un futuro juntos grábatelo en la mollera. Follas muy bien pero...

El móvil de Rafael sonó con violencia. Cuando leyó el nombre

de la persona que lo llamaba, una fría y terrible desazón se apoderó de su cuerpo y salió con urgencia del pub para contestar la llamada.

—¿Eli?

—Ra... Rafa —sollozaba la adolescente al otro lado, intentando emitir las palabras seguidas sin que se le cortaran por el llanto.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? —se movía por la acera observando a cada transeúnte pensando que a lo mejor la vería aparecer.

Silencio absoluto.

—¿Elisa? ¡Contéstame joder! ¿Dónde estás?

—Ven a bus... buscarme... por... por favor.

La Harley de Rafael era capaz de alcanzar los ciento ochenta kilómetros hora, velocidad que jamás llegó a comprobar hasta ese momento.

## 20.

En la avenida de Josep Vicenç Foix, muy cerca de Pedralbes, Rafael encontró a Elisa sentada en la acera, bajo los neones de un Domino's pizza. La imagen era idéntica a la de su prima mayor aquel sábado que la rescató. Aparcó la moto justo a su lado y, quitándose el casco lo dejó colgado del manillar para llegar a su encuentro. En cuanto Elisa lo vio corrió hacia él y lo abrazó dejándose llevar por la vergüenza y el ultraje que había sufrido no hacía ni quince minutos.

Rafael dejó que se desahogara, abrazándola con fuerza y acariciando su espalda en un gesto paternal. Al remitir el desasosiego, Rafael la cogió de la cara e hizo que le mirara directamente a los ojos.

—¿Estás mejor?

Elisa asintió con la cabeza pero volvió a abrazarse a él.

Rafael mantuvo su mentón apoyado en la cabeza de la joven, esperando a que se calmara por completo y le contara que le había ocurrido.

Elisa le pidió ir a los Jardins de Vil·la Cecília, donde se celebraba parte de la fiesta de cumpleaños de Juanra, el homenajeado. No es que quisiera volver allí pero ya que dicho parque estaba situado al lado de los de Vil·la Amèlia, con los que originariamente constituyeron un único jardín, los jardines de Vil·la Cecília eran además de un espacio verde magnífico con numerosos árboles centenarios, uno de los centros neurálgicos de las actividades del distrito.

Se dedicaron a caminar contemplando las vallas de ciprés, altas y tupidas, que hacían de antesala de los jardines. Una vez dentro, a la izquierda de la "muralla" verde, yacía la desdichada Ofelia en un

canal de agua. A la derecha, un camino con tramos de escaleras los condujo al interior. En frente, un camino daba acceso a los jardines, a la pieza central para la que fueron creados: una plaza circular con el edificio del Centro Cívico Casal de Sarrià al fondo. Llegaron hasta otro de los atractivos de este parque que estaba dedicado a las personas mayores. Disponía de un espacio lúdico para ejercitar las articulaciones y favorecer la agilidad con barras de diferentes alturas, tornillos para ejercitar los dedos y rampas suaves, entre otros recursos, unos ejercicios que enriquecían los paseos diarios.

Sentados los dos en un banco, Elisa comenzó a relatarle lo ocurrido.

—La fiesta iba de maravilla ¿sabes? Me gusta mucho Juanra así que cuando me pidió que lo acompañara hasta el centro cívico, pensé que por fin se había fijado en mí. Hoy cumple dieciocho años...

—¿Cómo? —A Rafael no le gustaba nada lo que estaba escuchando—. A ver, dime porqué te encuentras en este estado porque me va a dar un soponcio.

Elisa se puso de pie y Rafael se fijó en el púber cuerpo, que con sus catorce años, dejaba vislumbrar en lo que se convertiría. Pese a la curva del pecho que asomaba y una figura recta, Elisa iba vestida como van las niñas de su edad y maquillada de la misma forma, sobre todo con la línea negra dentro del ojo.

De repente, algo le llamó poderosamente la atención. ¡Un pecho era un poco más grande que otro! ¿En serio que aún seguían poniéndose relleno las crías de catorce años para parecer que estaban bien dotadas?

—Sácate el relleno de las tetas por favor —le pidió sin ningún tipo de escrúpulo viendo cómo se ruborizada—. ¿Qué has hecho?

—Te juro que no he hecho nada, te lo juro. Quería hacerlo pero... no pude.

—Querías ¿qué? ¿Ibas a perder la virginidad en un parque?

—¿Y dónde querías que la perdiera? ¡Joder Rafa, los tiempos cambian!

—Dos cositas: primero no se te ocurra ponerte chulita conmigo porque te pongo las braguitas de Hello Kitty de sombrero y segundo, ese tío acaba de convertirse en mayor de edad. ¿Te has parado a pensar que lo que estabais a punto de hacer es delito?

—Si ambas partes consienteen... —Elisa enseguida bajó la mirada al suelo ante la expresión adusta de Rafael.

—¡Eres una inconsciente! ¡Tener relaciones sexuales en un parque! ¡Tú primera vez nada menos! —Rafael se subía por las paredes y le dio la espalda para no asustarla con su enfado. En realidad no comprendía a esa generación, que amparados por la ley del menor, les daba el poder de hacer los que les viniera en gana y encima podían llegar a denunciar a sus padres protegidos bajo dicha la ley.

El sonoro llanto lo aplacó inmediatamente. Pese a la juventud y a la revolución hormonal, los temores y las inseguridades seguían siendo los mismos, siglo tras siglo. Las lágrimas de Elisa le dieron a entender que algo no había salido como ella previó. La arropó bajo su brazo, dejando que apoyara la cabeza en su hombro y más tranquilo le preguntó:

—Cuéntame que ha pasado.

—Cómo te he dicho Juanra me pidió ir con él al centro cívico. Comenzamos a enrollarnos y me dijo que quería sexo conmigo —se secó los mocos con la palma de la mano—. Yo estaba en una nube, porque soy la única de la clase que aún soy virgen, así que le dije que sí.

Rafael apretaba la mandíbula ya que no necesitaba tanto



detalle, pero la dejó proseguir.

—Mis amigas me dijeron que lo mejor que podía hacer era hacerle una mamada para que se empalmara de todo, así que se la chupé. Pero no debí hacerlo bien porque me dio un tirón de pelos y enseguida me apartó.

<<Primera agresión>> pensó Rafael a quien el corazón le latía deprisa con las únicas ganas de partirle la cara a ese proyecto de hombre.

—Me pidió que le pusiera un condón y luego que me quitara las medias y las bragas. Me sujeté con las piernas a su cintura e intentó penetrarme, pero me hacía daño, mucho daño.

—Es lo que pasa la primera vez Eli, hay que romper el himen para penetrar completamente a una mujer —explicaba de mala gana Rafael.

—¿Qué hay que romper el qué? —La cara de susto era propia de una película de terror.

—Continúa —La sangre fluía por las hinchadas venas conteniendo las ganas de vomitar.

—Bueno, pues él lo intentaba pero me hacía daño. Le dije que parara que no quería hacerlo, pero él seguía intentándolo. Lo intenté apartar, le pegué en la cara pero él hacía más fuerza para penetrarme. Se agarró a una de mis tetas y cuando se dio cuenta de que llevaba relleno empezó a reírse de mí, llamándome puta cría, mojigata, plana... pero no paraba.

—Solo voy a hacerte una pregunta —Rafael con las fosas nasales aleteando inquirió la odiosa cuestión—. ¿Cuántas veces le dijiste que no?

—Más de una docena.

La locura se apoderó de Rafael al escuchar la respuesta de boca de Elisa. Iba a demostrarle a ese gilipollas su primera lección como hombre adulto aunque tuviese que partirle la cara o acabar en comisaría.

Rafael cogiendo de la mano a Elisa, recorrieron el trayecto por el precioso parque casi corriendo. Necesitaba llegar al punto exacto donde se llevaba a cabo la celebración. Llegados al lugar, con tanto adolescente bebiendo botellón, con los móviles a tope de música y alguno en un estado lamentable por la ingesta de alcohol, Rafael le pidió que le señalara al cumpleaños. Una vez identificado, Rafael se acercó a él y lo llamó, perdiendo las formas.

—¡Tú, Juanra! ¡Ven *pacá* chavalote! —le hizo un gesto con la mano para que se aproximara.

—¿Y tú quién eres, tío? ¿Qué quieres? —preguntaba un gallito e imberbe joven que era tan alto como él, pero sin formar.

—Lo que quiero es enseñarte tu primera lección como hombre adulto que eres.

Un corrillo de jóvenes se agolpó entre los dos.

Juanra vio a Elisa, con los dedos entrelazados a modo de oración, la cabeza agachada y como trazaba círculos en la gravilla del suelo con la punta de uno de sus zapatos. Juanra miró primero a sus amigos y después, con una sonrisa burlona en la cara se enfrentó a Rafael.

—¿Eres su padre? —Miró al resto de sus amigos otra vez con una sonrisa de oreja a oreja.

—Para ti como si lo fuera —Rafael lo cogió de la chaqueta y lo apartó del grupo, que gritaba que lo soltara mientras los seguían hasta donde se encontraba Elisa.

—Creo que le debes una disculpa —lo soltó bruscamente, haciéndolo caer de rodillas frente a la chica.

—Tío, ¡se te va la pinza o qué te pasa! No he hecho nada malo.

—Maaal, maaal, maaal... —lo volvió a coger Rafael de las solapas para encararse con él—. Dime listillo, ¿te dijo que pararas en algún momento?

Juanra miraba a sus amigos buscando ayuda ante el abuso del adulto, pero se mantenían paralizados ante lo que acababan de escuchar, esperando con la mayor expectación una respuesta. Respuesta que podía acabar con su reputación, su vida social o lo que fuese importante para ellos en ese momento.

—Acabo de hacerte una pregunta muy sencilla y voy a volver a repetírtela por si no la has oído bien... ¿Te pidió que pararas?

Juanra notaba la vejiga llena. Era tan alto como el padre de Elisa, pero el hombre que lo aferraba por las solapas de la chaqueta estaba muy mazado y sus ojos brillantes lo tenían acojonado.

—Bueeeno... ellaaa...

—Sí o no Juanra. No hay más posibilidades.

—Bueeeno, sí... ¡pero ella quería!

—Pero continuaste —Nariz con nariz. Rafael iba a hacer que se mease en los Denim que llevaba puestos.

Juanra no sabía dónde meterse. Acobardado ante la mole de adulto que tenía delante giró la cabeza para encontrarse con la mirada de Elisa y no le quedó más remedio que claudicar.

—Elisa, perdóname. Lo siento.

Rafael miró a Elisa y esta afirmó con la cabeza, signo de que aceptaba las disculpas.

Lo soltó con brusquedad y Juanra cayó al suelo, clavándose la gravilla en la mano pero aguantó el dolor de las pequeñas agujas que se clavaron en su palmar. Bastante avergonzado se sentía por hallarse en esa tesitura.

Rafael por el contrario no iba a permitir que se fuese de rositas con tanta facilidad. Debía dejarles claro, no solo al cumpleaños sino a los que estaban allí, un par de cosillas. Agarró a Juanra de la nuca y con una voz amenazante dijo alto y claro:

—Grábate a fuego estas palabras que pueden salvarte de convertirte en un agresor: si una mujer dice no, es no. Por mucho que creas que ella quiere sexo contigo, por mucho que os comáis la boca, aunque su respiración sea entrecortada, aunque la notes caliente y húmeda... ella y solamente ella es la que manda, la que te dará permiso para meterte entre sus piernas. ¿Te queda claro? Y dame las gracias por no partirte la cara o denunciarte, porque lo que acabas de hacer es un intento de violación, capullo.

—Gracias señor —respondió un acojonado Juanra quien el calor del líquido amarillo empapaba su pierna izquierda.

—Repite las palabras mágicas para que vea que lo has entendido.

—Cuando una chica dice no es no. ¡No es no!

Rafael acercó su boca al oído de Juanra antes de soltarlo. Le dejó claro que si ridiculizaba a Elisa en el instituto, si contaba algo sexual de lo que habían hecho, si ponía su reputación en entredicho, la próxima vez lo molería a hostias y con la mayoría de edad recién cumplida, nadie le libraría de una paliza bien dada o de pasar una noche en el calabozo.

Lo soltó bruscamente y cogiendo a Elisa de la mano, desanduvieron el camino hasta llegar a la pizzería donde dejó aparcada la moto y se fueron a casa.

## 21.

Lucky permanecía sentada en el sofá mirando cada cinco minutos el reloj. El toque de queda eran las dos de la madrugada y aunque estaba segura que Elisa regresaría a casa a su hora, era la primera vez que le permitía salir hasta tan tarde.

El sonido de una moto a las doce y media de la noche la alertó. Miró por el ventanal y comprobó como Rafael y Elisa se bajaban de la moto y se adentraban en la casa.

Lucky abrió corriendo la puerta con el corazón en un puño: ¿Qué había pasado? ¿Por qué aparecía con Rafael? Dios mío, necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

Elisa entraba cabizbaja y se dirigía a su habitación cuando la voz de Rafa la frenó:

—Elisa.

La niña se dio la vuelta comprobando la cara de preocupación de Lucky y la expresión severa de Rafa. No sabía si le iba a contar algo a su prima mayor y tutora legal, lo que tenía claro era que recibiría un castigo aunque no sabía de parte de quien.

—Dime Rafa —Caminaba hacia él mostrando el respeto que se merecía por haberla rescatado.

—Sobra decir que estás castigada un mes, sin televisión, sin portátil, sin conexión a internet y sin móvil.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntaba una angustiada Lucky que no comprendía nada.

—De acuerdo —contestó Elisa quien hacía amago de volver a su

habitación.

—No he acabado —Rafael se acercó a ella—. Este mes te ocuparás de Elsa para que Lucky y yo podamos salir por ahí.

—Pero... ¿es injusto? Con todo lo que me has castigado y ahora tengo que hacer de canguro.

—Te parece injusto. ¿Quieres que le cuente a Lucky lo que ha pasado? —la amenazó en voz baja.

—No por favor, por favor... no se lo cuentes.

—Vete a la cama, hablaremos mañana con más calma.

Elisa se retiró a su habitación y Rafael aprovechó para llevarse a Lucky al dormitorio. Sabía de sobra que dormía con la puerta abierta por si Elsa se despertaba en mitad de la noche, pero como necesitaba intimidad cerró la puerta tras de sí para poder hablar con ella.

—¿Vas a contarme lo que ha pasado? Tengo el corazón a mil por hora —pedía explicaciones Lucky.

—No ha pasado nada grave, quédate tranquila.

—¿Tranquila? ¿Cómo me puedes pedir algo así cuando Elisa tenía que volver a casa a las dos de la mañana, aparece contigo y la castigas severamente? —Lucky se mantuvo firme con intención de no dar su brazo a torcer hasta recibir el esclarecimiento de lo ocurrido.

—Ha hecho una tontería pero ya está en casa, sana y salva.

—Rafa, por favor, dime qué ha pasado.

Rafael le contó brevemente, sin ahondar en detalles, como la joven estuvo a punto de perder su castidad y como puso en su sitio al jovenzuelo haciendo que se orinara en los pantalones.

Lucky se sentó en la cama, llevándose una mano a la frente perdida ante la situación de criar a una pubescente.

—¡Qué ganas tengo de que se le pase la edad del pavo! No puedo controlarla.

—Lo estás haciendo estupendamente Lucky, no seas tan dura contigo misma —Rafael se sentó a su lado.

—Yo no estaría tan segura —le contestó abstraída.

—Escúchame. Llevas toda tu vida haciendo lo que los demás te han impuesto y ahora, te dedicas a criar a dos niñas, que pese a que son familiares no son tus propias hijas aunque estoy seguro de que las quieres como tal. Has sacrificado tu infancia y estás haciendo lo mismo con tu juventud. Nadie puede reprocharte nada.

—¿Tú crees?

Rafael acunó la preocupada cara con ambas manos para que se grabara las palabras que le iba a decir.

—Eres una mujer fantástica Lucky. Hay muchas madres biológicas que no se preocupan tanto de sus propios hijos como lo haces tú.

Llevada por las dulces palabras y por la caricia del pulgar en su rostro Lucky lo besó, arrastrándolo con ella e iniciando una tanda de caricias y tocamientos por ambas partes, hasta quedarse totalmente desnudos.

No hablaban, no se decían ni una sola palabra. Los cuerpos hablaban por sí mismos.

Rafael cogió un condón de su billetera e hicieron el amor apasionadamente, entre jadeos, gemidos y pronunciación de sus nombres llevados por la lujuria y el deseo.



El domingo por la mañana ambos se levantaron temprano y desayunaron juntos, intercambiando miradas llenas de deseo. Las niñas no tardaron en amanecer y mientras Rafael les preparaba el desayuno a las pequeñas, Lucky aprovechó para darse una buena ducha. No quería quitarse el olor que impregnaba su piel del hombre que la poseyó dos veces más durante la noche que se hizo corta, muy corta, pero si quería aprovechar el día debía arreglarse.

El timbre de la puerta sonó y la algarabía en forma de gritos por parte de Elsa al ver allí a sus abuelos, deshizo instantáneamente los planes que Rafael tenía con Lucky.

Por supuesto los cuatro abuelos sabían perfectamente quien era el joven sentado en la mesa de la cocina con su nieta intermedia. Lo saludaron presentándose formalmente hasta que Lucky apareció.

—¡Menuda sorpresa! —comentaba Lucky vestida de manera deportiva, con el pelo recogido en una cola de caballo y sin una gota de maquillaje.

—Hemos pensado que podíamos pasar el domingo con nuestras nietas —decía Jacinta—. Por supuesto Rafael estás invitado a pasar el día con nosotros también.

—No quisiera ser una molestia... —respondió Rafael incómodo.

—¡Tonterías! —Lo cortó el abuelo Strauss—. Eres el novio de Lucky y por supuesto ya perteneces a la familia.

Lucky y Rafael se miraron al oír como los etiquetaban sus antecesores, ruborizados ambos.

Elsa por su parte los contemplaba atónita, mirando a uno y a otro con una euforia que la hizo gritar.

—¿Vas a ser mi papá de verdad?

—Elsa cariño, no... Quiero decir, Rafael es... —Menudo atolladero en la que la metieron sus abuelos.

—Tu novio, el abuelo lo ha dicho claramente —respondió la menor con el mentón alzado.

—Bueno, que os parece si pasamos el día en Disneyland —dijo el abuelo Schäfer.

—¿Síiii? —contestaron las niñas.

—Discúlpeme señor —se atrevió Rafael—, ¿Disneyland Paris?

—Son solo 853 km y no tardaremos ni dos horas —respondió el abuelo Strauss.

—Tenemos avión privado hijo, así que ¡a vestirse rápidamente!  
—Las apremió la abuela Avelina.

Rafael, acompañado por Lucky hasta el dormitorio principal, le comentaba que quizás fuese mejor dejar ese momento familiar para los Strauss-Schäfer. A fin de cuentas, aunque fueran “novios”, él se encontraría incómodo por no saber cómo tratarlos o qué tipo de conversación podía mantener con ellos.

Con una confianza propia de una pareja, Rafael se ducho ante la atenta mirada de Lucky. El momento íntimo fue utilizado por ambos para llegar a solventar la situación que se les planteaba.

—Rafael, lo que decidas a mí me parecerá bien, en serio.

—No quiero insultarlos o que pienses de mí que soy un aprovechado —Rafael se enjabonaba el torso.

—Hablaré con ellos si te quedas más tranquilo y les expondré la situación.

Rafael salió de la ducha, y totalmente mojado y con una erección más que evidente, la besó con efusión. Se enredaron en aquella caricia más tiempo del que debían sin importarles quienes los esperaban para emprender tan maravilloso viaje. Ambos necesitaban la conexión de sus almas, pero no podían demorarse porque si no, las dos pilluelas, que seguramente los esperaban echas un manojo de nervios los interrogarían por su tardanza.

Lucky no fue capaz de convencer a sus cuatro abuelos sobre el engorro que podía suponer para Rafael el ir con ellos al famoso parque de atracciones.

En cuanto Rafael apareció, los abuelos le pidieron hablar con él unos minutos a solas, con caras de pocos amigos, lo que todavía puso más nervioso al joven.

—Rafael, no vamos a claudicar en esto. Vienes con nosotros y punto —comenzó el abuelo Schäfer.

—Se lo agradezco muchísimo, de verdad. No quiero que piensen que rehusó su oferta porque vaya a aburrirme o algo parecido es solo que...

—Primero vamos a tratarnos todos de tú. Deja de llamarnos señor y por el apellido. Yo soy Johan —dijo el abuelo Schäfer— y él es Adler. Dicho esto, quiero agradecerte de antemano el haberle devuelto la sonrisa a Lucky, gracias. En segundo lugar, tu actuación ayer con ese *meicotrudo* de tres al cuarto que casi le arrebató la virtud a mi nieta... ¡Yo le hubiera pegado dos hostias bien dadas!

—¿Meicotrudo? ¡No querrás decir mequetrefe! —¡Con lo bien que hablaba ese hombre el castellano y no era capaz de...! — Y ¿cómo sabes....? — algo se le escapaba.

—Hijo —explicó Strauss—, sabemos lo que hacen nuestras nietas a cada hora del día. El que no intervengamos no significa que no estemos preocupados por ellas, simplemente tenemos que

dejarlas crecer, que cometan sus propios errores y que encuentren el camino para solucionarlos.

—Entiendo.

—Cuando apareciste en tu moto ayer, nos dimos cuenta que en el poco tiempo que llevas en esta familia te has convertido en alguien imprescindible para ellas, sino Elisa no te hubiese llamado. A lo mejor piensas que lo hizo para que Lucky no se enterara, pero si conocieras a Elisa como nosotros la conocemos, entenderías que es muy difícil ganarse su confianza —Las palabras de Strauss fueron continuadas por la de Schäfer.

—El día que ejerciste de niñero, hiciste un trabajo increíble con ellas. Nunca habían pasado tantas horas con un hombre. Rafael, te respetan y obedecen porque ven en ti la figura paterna que jamás y por desgracia han tenido. Así que déjate de tanto remilgo y permítenos disfrutar de nuestras nietas en tu compañía. No sabemos el tiempo que nos queda en este mundo.

Y allá se fueron. Pasaron un día increíble, donde las niñas disfrutaron de las atracciones, de las exposiciones, de los desfiles de los más emblemáticos personajes de la factoría Disney. Rafael y Lucky, cogidos de la mano se hacían confianzas y algún arrumaco cuando pensaban que nadie los veía.

Los abuelos disfrutaban por fin de un entorno familiar que les fue arrebatado por las muertes de sus hijos en el trágico accidente de tren y tras el calvario que supuso para Lucky su matrimonio y posterior separación.

Pero siempre hay una sombra que se extiende sobre la felicidad de los demás. Una sombra, negra y oscura que goza marchitando cualquier tipo de alegría o cualquier momento de paz y tranquilidad que alguien puede llegar a vivir.

## 22.

—¿Tú crees que acabarán casándose? —le preguntaba Elsa a Elisa mientras las dos hacían los deberes.

—No lo sé, pero no me importaría.

—Pues a mí me gustaría que Rafael fuese mi papá. Es muy guapo y está muy cachas —comentaba Elsa—. El otro día cuando vino a la reunión de padres porque Lucky no pudo asistir, ¡las mamás ponían unas caaaras...! —Agitaba su manita.

—¡Mira que eres! —se rio Elisa.

—¿Cuánto te queda de castigo? —Cambió de tercio la pequeña.

—Tres días, pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Me he dado cuenta de la clase de amistades que tenía en el colegio. Hace casi un mes me pasó una cosa muy fuerte que no te puedo contar, por eso me castigó Rafael. Nadie se ríe de mí ni se mete conmigo, pero reconozco que mis notas han mejorado mucho y aunque estoy deseando salir el próximo sábado, he aprendido una valiosa lección.

—No te enfades, pero no he entendido ni una sola palabra de lo que has dicho —dijo Elsa, y ambas acabaron sus tareas.

—Cuando seas mayor lo entenderás.

—Cuando sea mayor seré como Lucky —apostilló Elsa—. Encontraré un novio guapíisimo y tendré mucho éxito en mi trabajo.

—Elsa, ¿qué te gustaría ser de mayor?

—Criadora de niños —contestó toda seria.

—O sea, maestra —clarificó Elisa.

—Nooo... criadora de niños. Lo que hace Rafael básicamente y Lucky.

—A ver... creo que estás confundiendo conceptos. Criar... criar... —No se veía capaz de explicarle a Elsa lo que implicaba esa palabra.

—Y ¿tú? —interrogó Elsa.

—Pues no lo tengo decidido para que te voy a mentir.

—Si se casan y tienen un hijo ¿qué grado de parentesco tendremos con él? —Elsa y sus cambios de tema—. Porque si Lucky es nuestra prima y todas somos primas, el bebé será...

—¡Mira que te da por pensar, chica! Anda vamos a acabar los deberes que tengo muchas cosas que hacer mientras tú te diviertes viendo la televisión.

Acabaron las tareas y Elisa empezó a hacer las faenas de la casa mientras su prima pequeña se sentaba cómodamente en el sofá y ponía el canal Neox para ver los dibujos mientras comía patatas fritas.

—No tires las patatas en el sofá —le recriminó Elisa—. ¿No ves que así me das más trabajo?

—Elisa...

—Diiime —La adolescente limpiaba el polvo de las estanterías.

—Solo espero que sí tienen un bebé no se olviden de nosotras.

Elisa paró en seco dejando la faena que estaba haciendo y se

sentó junto a ella al comprobar la expresión triste de Elsa.

—Eso no va a pasar.

—¿No?

—No. Y ¿sabes por qué? —Elsa negó con la cabeza esperando a que Elisa le contestara—. Porque Rafa me defendió hace un mes como si fuera mi padre. Creo que le gustamos mucho, mucho.

—¿Le gustamos como le gusta Lucky?

—No tontina. Me refiero a que nos quiere y nos protege como si fuese nuestro papá, por eso no se olvidara de nosotras.

Lo que Elisa no sabía al pronunciar aquellas palabras, es que muy pronto comprobarían en sus propias carnes que el cariño de Rafael hacia ellas no eran palabras vanas, sino tangibles en demostración.

Como Rafael ordenó, Elisa cuidaba de su prima pequeña mientras su relación con Lucky se consolidaba día tras día.

Comprendió que la intimidad que compartían era simplemente suya y por ello, durante las horas de trabajo ambos se comportaban como jefa y asistente, aunque en algún momento de la jornada laboral le encantaba robarle algún beso. Receloso de su idilio, no permitiría que nadie pusiese en tela de juicio su profesionalidad.

Rafael pasaba algunas noches en casa de Lucky, sobre todo los viernes y sábados. Lucky no quería correr, aventurarse en una relación seria por si algo salía mal entre ellos y no fuese ella la única que sufriera en la ruptura. Por ello Rafael seguía teniendo una vida social activa con sus amigos, con los que salía a jugar a los dardos, al billar o a tomarse unas copas en su pub favorito.

No le importaba nada asistir como “padre” a reuniones

escolares, siempre que Lucky por motivos de trabajo no podía asistir. Las niñas se convirtieron en su prioridad. Aterrizaron en su corazón haciéndole saber que lo querían, lo respetaban y depositaban en él su total y absoluta confianza. Además, sabiendo el increíble y tedioso trabajo que Lucky tenía, la forma de demostrarle que era el hombre de su vida era ayudándola en todo lo que pudiera, así fuera asistir a reuniones de la AMPA.

Esa semana concretamente, Rafael se mudó a casa de Lucky. La actriz viajaba a Los Ángeles para reunirse con el representante de la hija de Etta James para la próxima campaña publicitaria. En cuanto salía del trabajo, se iba a casa y, una vez que las niñas tenían finalizadas sus tareas aprovechaba para ir con ellas al supermercado para hacer la compra, ir a pasear o al parque.

Gozaba en ese momento de una tranquilidad que jamás pensó que alcanzaría ejerciendo de padre.

Eran las once de la noche cuando un cuerpecito pequeño se acurrucó con él en la inmensa cama de Lucky. Entrado abril, y con la primavera en pleno auge Elsa le cogió el gusto a dormir con él.

Elisa mantuvo con su prima pequeña una conversación, de mujer a mujer, haciéndole entender que no podía entrar en la habitación de Lucky si la puerta permanecía cerrada, ya que los adultos necesitaban dormir juntos. Pero como aquella semana Rafael estaba solo en la cama, la niña que no encontraba postura para conciliar el sueño, fue bien recibida entre los brazos de Rafael.

A las dos de la madrugada, Rafael se vio sorprendido por otro cuerpo que se apostaba en su lado izquierdo. Elisa tenía la cara húmeda de haber llorado y necesita consuelo.

—¿Qué te pasa cariño? —habló bajito para no despertar a Elsa.

—Mi vida social es una mierda —Sorbió los mocos.



—¿Por qué?

—Desde que pusiste en su sitio a Juanra, me he convertido en la virgen intocable. Cuando nos metemos unos con otros, noto como mis amigos se cortan para no soltar cualquier gilipollez que me pueda ofender, no vaya a ser que se lo diga a mi papaíto...

—¿Eso es lo que dicen? —Rafael la apretó más contra su pecho al ver que comenzaba a llorar y depositó un tierno beso en su coronilla.

—¡No sé qué hacer! Antes era popular y guay. Ahora soy una apestada.

—Eli, no eres una apestada es solo que la gente no quiere herirte.

—El sábado hay una fiesta. Es el cumpleaños de Ekaterina y no me han invitado —soltó un sollozo un poco más alto de lo que pretendía—. Me encantaría ir, de verdad pero...

—Habla con ella. Pregúntale que motivos tiene para no invitarte y así sabrás si la respuesta que te da es válida o no. Quizás descubras si es de verdad tu amiga.

—En cuanto se me acabe el castigo le mandaré un whatsapp o hablaré con ella por Skype.

—No —se puso serio Rafael—. Coge al toro por los cuernos. Nada de mensajitos ni chorradas de esas con emoticonos. Apártala y habla con ella cara a cara, así no podrá tener ninguna excusa para escapar si no sabe que contestarte.

Elisa se lo pensó unos minutos, se limpió las lágrimas y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias.

—No hay porque darlas, chiquitina.

—¿Puedo quedarme a dormir con vosotros dos?

—Contaba con ello —Y la despeinó en un gesto infantil que hizo soltar a Elisa un ¡jo tío! propio de su edad.

—Rafaaa —Cerraba los ojos tranquila escuchando el latido cardíaco.

—¿Mmm?

—Gracias papá.

Durante ese mes en el que Rafael se trasladó a la casa de Lucky, bajo orden de los abuelos Strauss-Schäfer, ejercía de jefe sustituto, ocupando el lugar de Lucky comentándole todo lo que ocurría vía Skype.

Por supuesto ambos hablaban durante el día para ver qué tal le iba con las niñas o lo que se cocía en la oficina en su ausencia.

Debido a la diferencia horaria, y ya que Elisa y Elsa habían tomado como rutina dormir con él, a las siete de la mañana hora española, Rafael cogía su portátil para ir a la zona de servicio que no se usaba en la casa y conectaba con Lucky en Los Ángeles a las diez de la noche. Tras ponerse brevemente al día, ambos comenzaban sus juegos eróticos por la red, realizando *streaptease* y acabando masturbándose con sus propias manos mientras se decían todo tipo de palabras eróticas para excitarse, hasta que ambos llegaban al orgasmo pero sin quedar satisfechos. En ese plano ambos quedaban totalmente insatisfechos, sin embargo llegar a realizar cyber sexo los unía más como pareja y el deseo del uno por el otro crecía a pasos agigantados.

Varios días después, Rafael se encontraba con los abuelos Strauss y Schäfer en la sala de juntas, reunidos con sus abogados. Por

videoconferencia, Lucky y el representante de la hija de Etta James aclaraban los puntos del contrato de la agencia SYS con la cantante así como llegaban a un acuerdo por los derechos de autor de la primera agencia de publicidad que había realizado el exitoso anuncio del refresco.

Rafael avisó al colegio de que necesitaba hablar con Elisa y la puso al corriente de que, debido al trabajo, no llegaría a casa hasta cerca de las nueve de la noche, pues con la diferencia horaria la reunión se fijó para las seis de la tarde.

En plena reunión el teléfono de Rafael comenzó a sonar. En él aparecía la palabra “casa” nombre con el que guardó el número fijo del hogar de Lucky. Pensando que quizás Elisa o Elsa querían hacerle alguna consulta con respecto a sus deberes optó por poner el móvil en modo vibrador para no ser interrumpido y centrarse en la reunión. Sin embargo, el móvil siguió sonando. El molesto *prrrr, prrrr, prrrrr* del modo vibrador lo estaba sacando de quicio así que lo silenció por completo. Diez minutos después el sonido de un silbido, lo avisaba de un whatsapp. Era Elisa quien se lo enviaba y lo que leyó lo dejó intranquilo: Ven a casa.

No podía abandonar la reunión así como así y más teniendo a Lucky delante, quien si veía como abandonaba la importante asamblea se preocuparía en exceso. Un nuevo silbido en su móvil hizo que los presentes se giraran mirándolo con cara de enfado. Leyó lo que escribió Elisa y sus manos empezaron a temblar: “Llámame urgente, es cuestión de vida o muerte”.

Sin saber muy bien cómo actuar, tras tocar la pierna de Schäfer, le pasó el móvil al abuelo de Lucky para que leyera lo que Elisa le envió. El hombre lo miró con preocupación y le reenvió un whatsapp a Elisa: Soy Schäfer, Elisa, ¿qué ocurre?

La respuesta hizo que suspendieran la reunión de inmediato, inventando una mentira creíble: que una de las abuelas de Lucky se

había roto una pierna en el club de campo. Debían llegar a tiempo y salvar a las niñas del malnacido exmarido de la actriz.

## 23.

“Pedro tiene amordazada a Elsa”.

Esa frase bullía como la lava en el cerebro de Rafael quien conducía su moto a toda mecha por la cuadrícula de Barcelona, para pillar a ese desgraciado que se había tomado la libertad de “secuestrar” a dos niñas en su propia casa.

Aparcó su moto y el chirrido de los frenos de Jaguar en el que venían Strauss y Schäfer, le hicieron comprender, que frente a la vida de sus nietas, por muy octogenarios que fueran, nadie iba a detener a los ancianos.

Los tres entraron como un vendaval en la casa y la imagen que contemplaron les heló la sangre que corría por sus venas. Elsa, sentada en una de las sillas del comedor, con las manos atadas a la espalda, y un trapo de cocina como mordaza, dejaba fluir no solo las lágrimas por su cara sino que un pequeño charco amarillo, les anunciaba que estaba muerta de miedo. Al otro extremo de la mesa Elisa con su móvil entre las apesadas manos, contemplaba a su prima pequeña infundiéndole una fuerza que ella no tenía, mientras Pedro se mantenía entre las dos en el lugar que solía ocupar Rafael mientras desayunaba con las pequeñas, con un cuchillo clavado de pie en la mesa.

Seguramente, tras convencerlo de que Lucky estaba en EE.UU, Pedro decidió que la mejor opción era que Elisa emitiera un mensaje de socorro para conseguir lo que había ido a buscar.

En cuanto las niñas vieron a Rafael, flanqueado por sus dos abuelos respiraron con tranquilidad.

Rafael les pidió con un gesto que se mantuvieran calladas mientras ellos solucionaban el gran problema que tenían en las

manos.

—¿Cuánto tiempo sin veros, viejos? Ya veo que aún no habéis tenido la decencia de morir —Pedro se levantó de la mesa y se acercó a ellos—.Y este, ¿quién es? No será un poli ¿verdad?

—Suéltalas ahora mismo Pedro y hablemos.

Pedro comenzó a negar con la cabeza mientras una sonrisa burlona se apoderaba de su cara.

—Las condiciones las pongo yo, Strauss.

—Estamos aquí, ellas no pueden ayudarte en nada —Dio dos pasos al frente Schäfer para encararse al exmarido de su nieta.

—Necesito diez mil euros en una hora —exigió—, o sino...

—Si no ¿qué? —Strauss quería averiguar si aquel malnacido iba de farol o tenían que llamar a la policía.

—Me he fijado en que Elisa está empezando a desarrollarse... carne tierna... —se llevó tres dedos a la boca.

Rafael se abalanzó sobre él al escuchar las palabras de aquel demente. Nadie retenía a sus niñas y desde luego no le iba a consentir que la mancillara. Pero la jugada le salió mal. Se vio apuntado con una pistola que Pedro sacó de su espalda y tuvo que retroceder. Miraba a las niñas, pidiéndoles con la mirada que se mantuviesen calladas y tranquilas.

—Quietecito, guapito de cara —Seguía apuntándolo—. Me importa una mierda quien seas y no me temblara el pulso para matarte a ti primero, luego a Elsa y finalmente a Elisa si no tengo el dinero en... —Miró su reloj—, cincuenta minutos.

—¡Eres un hijo de puta! —exclamó Rafael.

—El tiempo corre viejos, tic toc tic toc... ¡Ah! Y si por una casualidad venís acompañados de algún policía, os encontraréis con tres cadáveres.

Llegaron a un acuerdo tácito. Los abuelos salieron de la casa para conseguir el dinero mientras Rafael se convertía en un rehén más dentro de la casa.

A Pedro no se le escapaban las miradas cómplices entre las niñas y el joven que apareció con los abuelos de Lucky. Había que matar el tiempo y sentándose frente a Rafael, con lo que la estampa no podía ser más bizarra, con las dos niñas apresadas en los asientos de honor y ellos en los asientos libres, Pedro quiso saber quién era.

—¿Eres policía? —preguntó el secuestrador.

—No.

—¿Guardia civil? ¿Mosso d'Esquadra?

—No.

—¿Algún matón de los Strauss-Schäfer?

—Porque no dejas esta conversación de besugos y las sueltas. Johan y Adler estarán aquí en menos de una hora para darte el dinero —respondió apretando la mandíbula Rafael.

A pesar de que Lucky le contó con pelos y señales cómo fue su vida marital y su divorcio, no podía comprender como una mujer tan inteligente seguía ayudando a ese monstruo.

—¡Hostias! ¡Los llamas por su nombre de pila! ¿Qué eres Strauss o Schäfer?

—¡Es el novio de Lucky, cretino! —soltó de repente Elisa, aterrorizada por la situación.

Las tres personas que ocupaban la mesa la miraron con los ojos desorbitados por diferentes motivos: Rafael les pidió que se mantuvieran calladas y Elsa, aunque no podía hablar, jamás se le ocurriría desobedecer la orden de un adulto y menos en una tesitura como la que se encontraba. Rafael por su parte no quería que Pedro se enterase de quien era por temor a represalias contra su propia persona o contra Lucky y Pedro, sorprendido porque su exmujer hubiese rehecho su vida, lo que significaba que aconsejada por una nueva pareja, no lo volvería a ayudar frente a alguna deuda de juego.

—¿Has dicho novio?

—No les hagas caso... son niñas... En realidad soy el niño de las dos —Debía resolver el entuerto como fuera.

—El niñoooo... ¿Crees que me chupo el dedo o algo así?

—¡Es cierto! —Elisa siguió con el juego de Rafael—. Lucky está en Los Ángeles y Rafael es nuestro niño. Las anteriores tres niñas cogieron la gripe al mismo tiempo y él es quien nos cuida.

Pedro no sabía si creerla o no. Desde luego Elisa hablaba con total convicción, así que quizás era verdad aunque no acababa de tragárselo del todo. El joven que estaba enfrente debía tener su edad, quizás metro ochenta u ochenta y cinco de estatura y bastante musculoso. Para ser hombre admitió que el joven era muy atractivo y le costaba creer que su exmujer no se hubiese fijado en él o mejor dicho a la inversa. Sabiendo la cantidad de fans que Lucky tenía, a lo mejor Rafael era uno de esos fanáticos que quieren estar cerca de su ídolo.

Algo no cuadraba y tenía la intuición, como buen jugador de póquer, de que estaban echándose un farol.

—Déjame tu móvil —le dijo Pedro.

—Es propiedad privada y no tienes derecho...



—Dámelo y desbloquéalo —amartilló la pistola.

A regañadientes Rafael se lo tendió y comprobó como Pedro se metía en la galería de fotos para finalmente acabar con las conversaciones de whatsapp. Su niñoero ¡y una mierda! Aquellos dos tenían una relación, reciente eso sí, pero bastante física. El rubor comenzó a extenderse desde el cuello hasta las mejillas de Pedro, signo inequívoco de su enfado. Lucky era suya, simple y llanamente suya. Bajo ningún concepto iba a consentir que se la quitaran. Era su salvavidas, podrida de dinero, con fama internacional, lo que le abría las puertas de muchos casinos pero sobre todo de partidas privadas que eran a las que más le gustaba jugar.

—Folla muy bien ¿verdad? —Tiró el móvil de Rafael al suelo y le pegó un tiro para destruirlo—. Cuando imita las escenas eróticas que ha rodado en sus películas los celos pueden llegar a volverte loco.

—Estás enfermo —escupió Rafael quien contabilizaba mentalmente los minutos para que se terminara la pesadilla.

—Voy a decirte una cosa guaperas. No intentes convencerla de que se aparte de mí porque acabarás igual que tu teléfono.

—¡Eres asqueroso! —Elisa necesitaba liberar tensión y fue lo primero que se le ocurrió.

—¿Asqueroso? —se rio con fuerza—. Seguro que si te meto en tu cuarto podrías comprobar lo asqueroso que soy, putilla.

Le agarró la cara con las dos manos y Elisa le escupió. Craso error. Pedro la abofeteó tirándola de la silla y partiéndole un labio. En ese momento de euforia por el sometimiento de la adolescente, le dio la espalda a Rafael quien aprovechó la oportunidad, para pegarle una patada primero a la pistola y luego un buen rodillazo en los huevos y poder liberar a Elisa y a Elsa y pedirles que corrieran a esconderse.

Pedro respiraba con mucho esfuerzo por la patada recibida en

sus partes nobles. La pistola estaba lejos de él y vio el cuchillo clavado en la mesa. Intentó cogerlo pero un cuerpo lo placó tendiéndolo en el suelo y dándole la paliza de su vida.

Rafael, con toda su fuerza, frustración, asco y ganas de sangre, machacaba sin piedad la cara del hijo de puta que raptó a las niñas en su propio hogar.

No se dio cuenta de que los abuelos estaban de pie contemplando la escena.

Rafael lo puso en pie, pues Pedro no mantenía el equilibrio, la cabeza le daba vueltas por los golpes recibidos y juraba por lo bajo por haber sido tan incauto de darle la espalda.

Rafael empujó el maltrecho cuerpo hasta donde estaban los abuelos y salió corriendo buscando desesperadamente a las niñas. Las encontró en la zona de lavandería, donde él mantenía sus conversaciones eróticas y sus masturbaciones matutinas con Lucky. En cuanto abrió la puerta las dos se abalanzaron sobre él, en un abrazo de alivio absoluto. Rafael de rodillas, buscó los ojos de Elsa para ver cómo se encontraba pero la pequeña no decía nada, estaba en shock, completamente en shock, con la mirada perdida.

Rafael miró a Elisa, le tocó el labio partido, le retiró la sangre y la adolescente se echó a llorar silenciosamente, tapándose la boca intentando parar la sangre que volvió a manar de su labio, muerta de miedo por el momento vivido y por ver a su prima en ese estado.

Discurriendo rápido, postrado ante la pequeña, pronunció las palabras que la chiquilla anhelaba oír desde que lo conoció. Tenía que hacerla reaccionar, sacarla de ese trance.

—Elsa, mi vida, ya pasó. La persona mala se ha ido y no va a volver. Cariño... papá está aquí, yo estoy aquí y no voy a dejar que nadie te haga nada malo nunca más.

Elsa lo miró con los ojitos anegados de lágrimas, se tiró a sus brazos y lloró desconsoladamente liberando el terror, el desasosiego que la invadía.

—¡Papáaaa... Papáaaa! ¡Tengo mucho miedo, me he hecho pipí encima!

—Lo sé mi vida, pero te has portado muy bien, lo has hecho muy bien. Estoy muy orgulloso de ti, de las dos —Estiró un brazo para que Elisa también se arrodillara y poder abrazarla—. Os juro por mi vida que jamás os pasará nada. Os quiero mis niñas.

Los llantos de las dos mocosas alertaron a los dos abuelos que los buscaban por la casa, donde se escondían.

Salieron del lavadero y se dirigieron al salón. Rafael cargaba con Elsa en brazos y Elisa lo agarraba de la mano para sentirse segura.

—Ese mal nacido, a parte de la paliza que le has propinado, se llevará el escarmiento de su vida —hablaba el abuelo Strauss mientras recogía las sillas tiradas—. Nos encargaremos personalmente de él. ¡Tocar a mis nietas, amordazarlas! *Hurensohn! Hurensohn!*

Rafael dilucidó que lo estaba insultado en alemán aunque no sabía que apelativo cariñoso utilizaba.

El abuelo Schäfer, fregona en mano para limpiar la evidencia en forma de orina por el miedo que recorrió el cuerpo de Elsa, hizo una petición.

—Nadie, absolutamente nadie tiene que enterarse de lo que ha pasado hoy aquí. Ni Lucky ni vuestras abuelas, porque si no correrá la sangre y no estoy dispuesto a que nadie de mi familia se manche las manos asesinando a ese cerdo cabrón.

Recogida toda prueba y haciéndoles jurar a las niñas por sus

padres que estaban con el Creador, que jamás revelarían el secreto, los abuelos decidieron marcharse para terminar con la conferencia y tranquilizar a Lucky, prometiendo que pasarían a cenar y que desde ese momento, se ocuparían de sus nietas mientras Lucky y Rafael no regresaban a casa desde la oficina.

—¿Papá? Necesito ducharme porque huelo mucho a pis y...

Los vómitos provenientes del baño del pasillo hicieron que Rafael saliese corriendo, con Elsa en brazos, para ayudar a Elisa. La adolescente vomitó y vomitó y Rafael, le sostuvo la cabeza hasta que la niña expulsó toda la comida.

—¿Estás mejor? —preguntó a Elisa al verla abrazada a la taza del váter.

—Creo que sí, papá —respondió.

—Escuchadme las dos. Vamos a darnos un buen baño en el jacuzzi de Lucky para relajarnos un poco, luego cuando vengan los abuelos pediremos la cena, veremos un poquito la tele y a dormir — Necesitaba tranquilizarlas y que olvidaran aunque solo fuera por unos momentos, el espeluznante suceso.

—¿Tú te bañarás con nosotras? —quiso saber Elisa llena de vergüenza.

—No cariño. Yo soy un adulto y tú una adolescente, sería delito. Cuando acabéis, secaré a Elsa y la vestiré.

—¿Pero papá? ¿Por qué no puedes ducharte con nosotras? —preguntó Elsa.

—Mi vida, aunque te quiero como si fueras mi hija, no lo eres ¿comprendes? Podéis llamarme Rafa o papá siempre que queráis, pero hay cosas que no puedo hacer.

Rafael dejó que Elisa y Elsa disfrutaran del jacuzzi, escuchando como la prima mayor razonaba con la pequeña ya que se mostraba cabezota como una mula en el tema del baño. Escuchó tras la puerta como las dos llegaban a un trato: solo lo llamarían papá cuando estuviesen los tres solos para que ni Lucky ni sus abuelos se enfadaran.

Tras una cena a base de pizza y el acuerdo de que al día siguiente las abuelas irían a buscar a las niñas a la salida del colegio, Rafael y las dos pequeñas se encontraban en la cama de Lucky. La noche fue muy larga. Rafael no pegó ojo por las pesadillas que ambas tuvieron durante la noche, pero se mantuvo estoico. Sus niñas lo necesitaban y no les iba a fallar. Lucky regresaba en cuatro días, tiempo suficiente para mitigar el trauma y darle una lección al bastardo que osó ponerles la mano encima.

## 24.

Lucky se encontraba en la sala de juntas del SYS, con Rafael, parte del equipo creativo, el representante de Iovanna James, la propia cantante y el actor Álex González, a quien la propuesta de Lucky le hizo mucha ilusión y aceptó sin reservas después de que la famosa actriz le propusiera el anuncio.

A pesar de que nunca había rodado una película en España, y eso que sus padres eran medio españoles, Lucky siempre era invitada a eventos de la talla de los Goya o los premio Forqué. Siempre declinaba la invitación con suma educación, lo que no quería decir que no fuera a las fiestas previas o posteriores a tan prestigiosos eventos, antes de que su vida se paralizara por su divorcio y la muerte de sus padres. Se codeaba con lo mejorcito de la farándula: Almodóvar, Amenábar, Coronado, Bardem, Verdú... los conocía a todos y recordaba lo bien que se lo pasaba con sus compañeros de profesión.

En un momento dado, miró a Rafa que estaba sentado a su lado y le cogió la mano. Simplemente le apetecía hacerlo y lo hizo. Rafael, encantado con el gesto secreto debajo de la mesa, le acarició la mano sin variar su expresión de concentración absoluta.

Tras su regreso, cuatro días atrás, Lucky seguía en la inopia con lo acontecido con su exmarido. Las niñas se mostraban como habitualmente aunque la sorpresa fue que Rafa se había mudado a su casa y sus cuatro abuelos pasaban más tiempo con sus nietas, lo que dejaba a la pareja más tiempo para ellos, sobre todo en el plano íntimo.

Aunque la noche anterior, los dos compartieron un sexo alucinante, rememoraba con exactitud el día que llegó a casa. Esperaba encontrarse a sus primas allí, sin embargo tan solo estaba

Rafael, esperándola con una rosa roja y con un hambre voraz por ella. Ni tan siquiera se saludaron. Rafael la atacó directamente, llevándola a la cama, desnudándola en décimas de segundos y se dedicó a pasear la encarnada flor por todo su cuerpo, excitándola al máximo. Lucky seducida como nunca, le pedía que se introdujera en ella, sin embargo él se demoraba en su petición. Tomó su vagina con la boca lamiendo y chupando el inflamado clítoris mientras pellizcaba sus pezones hasta que gritó de puro placer al llegar al orgasmo. No satisfecho con eso, le puso la polla en la boca y Lucky pudo masturbarlo a placer, apretar y amasar las fabulosas posaderas mientras comprobaba la excitación de su amante, quien la poseía embistiendo su boca con fuerza.

—Voy a correrme en tu boca —le había dicho—. Trágate lo Lucky y juró que te follaré toda la noche.

Recordar esas palabras, en un momento como aquel, en el que la firma de los artistas los comprometía a un contrato vinculante, hizo que se moviera incómoda en la silla, cruzando las piernas al notar que tenía las bragas mojadas.

Se aproximó a Rafael y le susurró al oído:

—Tengo un problema.

Rafael se dio cuenta de su inquietud y tras mirarla se dio cuenta de que seguramente estaba recordando algo. Lucky, soltando las manos entrelazadas, arrastró la mano de Rafael por su muslo deslizándola bajo la falda tubo que estaba medio subida, hasta llegar a sus braguitas. Los ojos de Rafael, totalmente dilatados por la excitación, le pidieron a Lucky que todos los presentes hicieran un receso.

Ambos salieron de la sala de juntas y se dirigieron hacia el despacho de Lucky. Rafael cerró por dentro y la besó con ímpetu, metiendo su lengua en la boca que tanto lo hacía disfrutar.

—¿En que estabas pensado diablilla? —le dijo con voz susurrante mientras le desabrochaba la blusa.

—Rafa no podemos hacer esto aquí.

—Estás muy, muy caliente y voy a liberarte —La arrastró con él hasta el escritorio—. Desnúdate y siéntate sobre la mesa con las piernas abiertas —demandó.

—Rafa por favor, vamos al baño...

—No, no... te quiero aquí.

Lucky se desnudó e hizo lo que Rafael exigió, sentarse en la mesa con las piernas abiertas. Estaba totalmente expuesta a él.

Notó como Rafael se bajaba la bragueta y pensando que por fin iba a sentirlo dentro para apaciguar la calentura que la consumía, sus palabras aún la encendieron más.

—Quiero que te masturbes mientras yo también lo hago. Quiero ver cómo te das placer.

—Rafaaa...

—No tengo condones Lucky, así que mientras yo me hago un cinco contra uno observando cómo se humedece más tu coño, tú podrás llegar al orgasmo que tanto deseas.

Lucky se echó hacia atrás apoyando los talones en su costosa mesa mientras se introducía un dedo y comenzaba el vaivén.

—Métete dos dedos Lucky, estás acostumbrada a mi polla y no conseguirás correrte.

Rafael estaba muy excitado al tenerla así, a su merced, mientras su miembro, hinchado y lubricado pedía a gritos una fricción más



rápida e intensa.

Lucky arqueaba la espalda intentando llegar al punto donde su orgasmo había decidido ocultarse. Sin que Rafael se lo pidiera se metió un tercer dedo y al levantar la cabeza, vio la cara de asombro del joven. Esta vez sí emitió un gemido más alto de lo que pensaba y los ruidos de la respiración de la única persona que estaba con ella en el despacho la animaron a introducirlos más adentro y a aumentar la velocidad.

Rafael no aguantaba más. Estaba a punto de correrse ante la imagen tan erótica que su actriz favorita desarrollaba delante de él.

—¡Maldita seas, mujer! —le retiró los dedos y la penetró con todo lo que tenía—. Te juro que estoy tan cachondo, que si pudiera te metería hasta los huevos.

La mesa se iba moviendo poco a poco por las acometidas del cuerpo de Rafael contra el de Lucky. La poseía sin piedad, embestía hasta el fondo tocando la pared del útero.

—Voy a correeerme... —exclamó Rafael.

—Sí, sí, síii...

—¡Jodeer! ¡Jodeer Lucky!

Rafael recostado sobre el vientre de Lucky parecía un pez fuera del agua, boqueando por llenar sus pulmones de aire, esperando a que su corazón mitigase los latidos por la forma tan salvaje en que se habían corrido. Un poco más tranquilo, fue al baño a por un poco de papel higiénico y tras limpiarla, la ayudó a incorporarse, dejándola sentada, totalmente desnuda y él encajado entre sus piernas.

—No he podido salirme a tiempo.

—Reza para que en tres días me baje la regla —se reía Lucky

mientras abandonaba su asiento. Ambos eran conscientes de que un embarazo era improbable... pero ¿posible?

—Le pondré una vela a Santa Rita, patrona de los imposibles.

Ambos se fueron al baño y se adecentaron para volver a la sala de juntas.

Todos los presentes hablaban distendida y amigablemente tras haber firmado los contratos. Al día siguiente se llevaría a cabo el rodaje del anuncio y quedaban muchos pormenores que solucionar y preparar.

Lucky trabajaba en su mesa sin poder concentrarse tras lo ocurrido hacía menos de dos horas sobre ella. Le pidió a Rafael que se fuera a casa a descansar por el arduo trabajo que le quedaba por delante: hablar con los cámaras, maquillaje, peluquería, vestuario...

Solo esperaba que ese nuevo anuncio hubiese sido aceptado igual de bien como el de "Presto", por el que recibió muchas felicitaciones y elogios al relanzar un producto en el mismo formato de hacía treinta años. Agotada tras la dura jornada de trabajo abandonaba el edificio a las ocho y media de la noche. Una voz conocida la llamó y se encontró con una pálida y ojerosa Silvia, una habitual de "El Botijo", con la que había coincidido pocas veces, pero en las escuetas ocasiones que hablaron se entendieron muy bien.

—¿Ahora sales de trabajar? —preguntó Silvia—. Estás muy muy guapa Lucky, me gusta cómo vas vestida hoy.

—Gracias. ¡Qué! ¿A duchar a las chicas y a hacer la cena?

Silvia comenzó a llorar. Lucky se atrevió a sugerirle que se tomara un café con ella en su bar favorito por si la joven necesitaba desahogarse, a lo que Silvia aceptó.

Llamó a Rafael y le comentó brevemente el estado en el que se

encontraba la pobre mujer. Le explicó que quizás tardaría en volver ya que su intención era tranquilizarla tomándose un café o dos. Le dio la dirección de “El Botijo” para que se quedara tranquilo, y como una chica normal finalizando su jornada, se fue a tomar la bebida estimulante a su bar preferido para poder ayudarla.

—¡Qué raro verte por aquí a estas horas Lucky! ¿Dónde has estado? Muchos de los parroquianos me han pregunta... Silvia, ¿qué te pasa, hija?

—Rogelio, ¿tienes algún sitio donde podamos hablar tranquilas? —le pidió al mesonero.

Rogelio escogió una de las últimas mesas cerca de los baños, donde tendrían más intimidad. Tras sentarse, Silvia con una tila en las manos se desahogó.

—Jamás imaginé que podría estar tomándome algo y menos hablando de mi vida personal con alguien como tú. Mi marido es un gran fan tuyo y debo decirte que eres la responsable de mi última hija.

—No sé cómo tomarse eso, la verdad —se sentía halagada sin embargo los ojos de su acompañante la miraban de una manera que no comprendía. No recordaba en las breves conversaciones que mantuvieron que le tuviera inquina.

—Cuando supe que venías aquí, te odié con todas mis fuerzas —espetó de súbito Silvia haciéndole un gesto ante la incredulidad de Lucky, ante aquellas espantosas palabras—, después me di cuenta de que eres una persona como las demás. He leído todo a cerca de ti: tus éxitos, tu increíble vestuario en la alfombra roja, tu matrimonio con el futbolista... Siempre parece que vivís en un mundo de cuento de hadas y he de admitir que cuando leí lo de tu separación, me burlé de ti con ganas.

—Otra cosa no, pero franca y directa eres un rato Silvia —estaba

incómoda ante los reproches de la mujer a la que intentaba ayudar—. No debes creerte todo lo que la prensa del corazón publica. Si estás ilusionada, resulta que te vas a casar y si te separas, se rompió el amor de tanto usarlo como diría Rocío Jurado y enseguida te buscan novio. Dejando ese tema a parte, quiero que me cuentes, si tú quieres, que es lo que te pasa.

—Me separé de mi marido hace un año y me está volviendo loca. No nos pasa la pensión alimenticia, me mato a trabajar y encima me acosa o acosa a las niñas. Estoy llegando al límite.

—Lo siento —contestó Lucky animándola a que prosiguiera.

—Hoy me he enterado de que va a volver a casarse con una mujer más joven que yo. Solo tengo treinta y ocho años y se va a casar con una chica de veinticinco.

—¿Sigues enamorada de él, verdad?

—A ratos lo echo de menos y otras veces lo odio con todas mis fuerzas. No soy capaz de entender por qué, si va a rehacer su vida no me deja en paz. Jamás le he puesto ningún impedimento para que vea a las niñas, no lo acoso a llamadas para que me pase la pensión porque trabaja en temporada en un hotel. ¡Si ni tan siquiera le he echado en cara cómo es capaz de quemar el dinero en las máquinas tragaperras! —Silvia cogió aire—. ¿Tan ciega he estado Lucky?

Lucky, al saber que el exmarido de Silvia también era un adicto al juego, la cogió de ambas manos para inculcarle fuerzas. Ella jamás hablaba de su vida privada, pero pensó que quizás si abría un poco su alma, los demonios que ambas compartían desaparecerían.

—Pedro, mi ex, es jugador de póquer. Se vale de mi fama más que de la suya para que lo dejen jugar en partidas privadas de alto nivel. Ese fue el motivo de mi separación aparte de... bueno eso no importa. Hasta hace poco pensaba que si seguía ayudándolo en sus deudas, podía llegar a salvarlo pero una persona me ha hecho abrir

los ojos y sé que cuando alguien te quiere joder la vida, lo conseguirá si se lo consientes.

Silvia no podía creerse que la famosa actriz de cine le hubiese revelado un secreto tan grande. Saber de primera mano que el bombón de su exmarido también tenía adicciones, hizo crecer en ella un sentimiento de respeto absoluto hacia Lucky.

—Eres joven y muy bonita Silvia, la vida continua. Si él quiere volver a casarse que lo haga, pero sigue adelante.

—Para ti es fácil Lucky. Por cierto tu nombre se escribe como el paquete de tabaco Lucky Strike, ¿cómo se pronuncia en realidad tu nombre?

—Mucha gente lo pronuncia como Luki, pero es Laki, significa afortunada en inglés —se rio.

Silvia avergonzada porque ella la llamaba Luki, le pidió disculpas por su ignorancia.

—¿Puedo preguntarte algo? —quiso saber Lucky para relajar a Silvia—, ¿a qué te dedicas?

—Soy limpiadora. Ahora mismo tengo cuatro casas y un banco que limpio de lunes a sábado mañana y tarde.

—La pregunta que te voy a hacer ahora es muy personal, si quieres contestarme bien, sino no me parecerá mal —Silvia asintió con la cabeza para que realizase la cuestión—. ¿Cuánto cobras a final de mes?

—Sobre mil quinientos euros —Agachó la cabeza la limpiadora. Sin embargo cuando la volvió a erguir observó una preciosa sonrisa en la cara de Lucky. ¿Se estaba riendo de ella?

—Mañana quiero que te pases por mi empresa, el SYS, ¿sabes

dónde está? —Silvia asintió—. Hay una limpiadora que está a punto de marcharse porque quiere pasar más tiempo con sus nietos ahora que ha enviudado. Pásate a las diez de la mañana para ocupar su vacante. Pero avisa en las casas que vas a adecentar que dejas el trabajo.

—¿Te has vuelto loca? ¡Tengo tres hijas menores de edad que mantener! ¡No puedo dejar de un día para otro mi...!

—Cobrarás tres mil euros al mes —sentenció—. Mañana a las diez de la mañana tendrás el contrato para firmar y ponerte a la faena, en horario de lunes a viernes de ocho de la mañana a cuatro de la tarde.

La cara de Lucky no admitía un no como respuesta. Veía la duda en la cara de Silvia, mirando con ojos nerviosos a todo lo que estaba encima de la mesa: un café, una tila, la carta de sándwiches...

—Y tengo algo más que proponerte...

—¿Más? —Alucinaba ante la generosidad de una persona a la que había envidiado y odiado a partes iguales.

—Verás... Hace poco he comenzado una relación con un chico. Se llama Rafael y es mi asistente. Por supuesto nadie debe enterarse en la oficina que estamos saliendo porque si no nos echarían a los dos a la calle. Bueno, pues él está decidido a que salgamos por ahí, conozca a sus amigos, y como lectora de revistas del corazón sabrás que conmigo viven mis dos primas pequeñas.

—Elisa y Elsa, una de catorce años y la otra de cinco. Siento mucho la pérdida de vuestros padres, de corazón te lo digo —Ahora era Silvia quien le cogía de las manos.

—Me gustaría que tú y tus hijas pasarais algún fin de semana con ellas para yo poder salir un poquito. Por lo que sé tus hijas mayores tienen quince y trece años, ¿verdad?

—Sí, la pequeña tiene cuatro.

—Mi prima Elisa está pasando por la edad de pavo y aunque va a uno de los mejores colegios bilingües de Barcelona no sé cómo controlarla. Creo que si tuviera amistad con gente... como decirlo sin ofenderte...

—¿Niñas que viven en la realidad?

—Sí, la podrían encaminar un poco.

—Dalo por hecho.

Estuvieron media hora más hablando de cosas que a Silvia le interesaban de su vida como actriz y entre ellas se entabló una amistad. Lucky nunca tuvo amigas de verdad por eso, cuando llegó a casa, casi a las doce de la noche, se acurrucó tras el cuerpo de Rafael y se durmió con una sonrisa en los labios.

## 25.

Toc, toc, toc... llamaban a la puerta de su despacho.

—Adelante —dijo Lucky tras su escritorio.

Silvia se presentó a las diez y media, con su uniforme de limpiadora y con su contrato guardado en el bolsillo.

—Te sienta muy bien el uniforme —le dijo y la hizo pasar.

—Quiero agradecerte lo que has hecho por mí. Mis hijas están como locas por conocer a una celebridad como tú, pero tengo un problema.

—¿Qué ocurre? —Lucky se levantó de su asiento un poco nerviosa.

—Hoy es día veintiséis de abril y el jefe de personal, que por otra parte está como un queso, me ha dicho que mañana cobraría mi primera nómina. Lucky, empiezo a trabajar hoy y me vas a pagar mañana todo el mes. No puedo aceptarlo.

—No sé de qué me estás hablando... —le dedicó una pícaro sonrisa.

—Lucky, por favor, déjame estar a prueba y demostrarte que hago bien mi trabajo.

—Te repito que no tengo ni pajolera idea de lo que hablas.

Silvia, viendo que su jefa indirecta no iba a dar su brazo a torcer, la abrazó y la besó en la mejilla.

—Eres un ángel, Fortu.



—¿Fortu? —Las carcajadas resonaron por todo el despacho.

—Las amigas se ponen motes —le guiñó un ojo.

—Vete anda, que creo que primero tendrás que hacer un recorrido con ese tío bueno de jefe de personal para conocer el edificio.

En ese momento entró Rafael, quien intrigado porque una limpiadora estuviese hablando con ella a puerta cerrada y tras las carcajadas que escuchó necesitaba saber que ocurría.

—¿Va todo bien? —quiso saber.

—Perfectamente. Silvia te presento a Rafael, mi asistente.

—Hola, ¿qué tal? —Silvia le estrechó la mano y tras soltársela le dijo a Lucky al oído—. ¡Joder Fortu, tú sí que tienes gusto para los hombres! Menudo Ferrero Rocher...

Lucky volvió a reírse como Rafael no la había visto hasta ahora.

Cuando Silvia iba a abandonar el despacho, Lucky la paró pidiéndole si ese mismo sábado podía ir a su casa con sus hijas para que ellos dos pudiesen salir como una pareja normal.

—¿Qué me he perdido? ¿También confraternizas con las limpiadoras?

—Es una larga historia, luego te la contaré. ¿Está todo listo para la grabación del anuncio?

—Sí —respondió Rafael.

—Pues vamos.

La primera planta del edificio SYS, concretamente la parte este, daba para unos jardines. Allí es donde se rodaría el anuncio del

refresco, con el consentimiento del personal de dicha planta, quienes recibirían una comisión por aparecer en un anuncio de televisión. Entre el personal, se encontraba la hija de Etta James, quien en un momento determinado comenzaría a cantar la famosa canción de su madre.

Coca-Cola cumplía más de 15 años y por ello la marca contrató a la agencia SYS, para volver a promocionarla. Esta marca desde sus inicios le ha dado mucha importancia a la música, consciente de que es un gancho muy potente para el público al que se dirige. Todas las canciones que se han utilizado en sus campañas destacan por su calidad y por su capacidad de conectar con el espectador. Elton John, Louis Armstrong, Julio Iglesias y la versión de Mecano "Hoy no me puedo levantar" son claros ejemplos de la importancia que esta marca le da a la música.

Una de las campañas más brillantes y de más éxito de esta marca, fue "La hora Coca-Cola Light" creada por la agencia Lowe & Partners, que se lanzó en la década de los 90. Se hizo famosa por la idea creativa, pero lo que ayudó a que esta campaña fuera memorable fue la elección de la canción de Etta James "I just wanna make love to you". Un spot claramente dirigido al público femenino. Por primera vez en la publicidad aparecía la figura del hombre como un deseo carnal y se mostraba la sexualidad de la mujer de forma natural, al mismo nivel que la de los hombres. Lo brillante de la idea es que en el anuncio es el hombre quien está consumiendo el producto y es deseado por las mujeres. El mensaje está claro, "las 11:30, hora Coca-Cola Light".

La hija de Etta James comenzaba el anuncio con un "¡Girls, 11:30!" y todas la mujeres se acercaban a la ventana para admirar a un increíble Álex González que se quitaba la camiseta dejando su torso al aire con unos vaqueros de talle bajo, mientras al son de:

I don't want you... to be no slave

I don't want you... to work all day

But I want you... to be true

And I just wanna make... love to you

Love to you, ooohooo

Love to you...

El sexy actor ingería la famosa bebida, la descendiente de la gran cantante seguía cantando y las mujeres administrativas de la primera planta se lo comían con los ojos. El anuncio finalizaba, con un Álex González mirando para la primera planta y dedicándoles la bebida hasta el día siguiente.

Los aplausos ensordecieron al personal, dentro y fuera del edificio, pues en una única toma, el anuncio quedó impecable.

Lucky, seguida por Rafael, felicitó a Iovanna James por su grandiosa voz, por el homenaje a su madre y por haber colaborado con ellos.

El actor subía a la primera planta para firmar autógrafos y con la amabilidad que lo caracterizaba y su increíble sonrisa, se hizo *selfies* con las trabajadoras, recibiendo besos, algunos inesperados en la boca y tocamientos varios.

—Has estado increíble Álex —le decía Lucky acercándose a él.

—Gracias por la oportunidad. Cuando se lo conté a mi madre, se partió de la risa. Siempre le gustó mucho ese anuncio.

Una persona de grabación le tendía una camiseta porque aún estaba semidesnudo.

—Estás en la ola ahora mismo. Por cierto, felicidades por tu

nominación al Goya.

—Y hablando de los Goya... ¿Por qué no me acompañas como mi pareja? Sabes que eres muy querida en el gremio y a muchos les gustaría volver a verte.

El actor se acercaba a ella y la cogía de la cintura, lo que a Rafael, que había permanecido detrás de ella todo el tiempo como su asistente que era, no le gustaba nada de nada.

—¿Es este sábado verdad?

—Sí —contestó el artista.

—Tengo planes y no los puedo cambiar.

Rafael sonrió al ver la cara del protagonista de “El Príncipe” ante la negativa.

—Está bien. Tienes mi número de teléfono personal por si algún día te apetece quedar —Y la besó en los labios.

Lucky se separó de él y con un simple adiós se dio la vuelta. Rafael no estaba allí y consciente de que había sido testigo de la escena, salió disparada hacia su planta para poder esclarecer las cosas.

Rafael no estaba en su mesa y tampoco dentro del despacho. Silvia en ese momento se encontraba con el jefe de personal al otro extremo de la amplia oficina. Quizás lo hubiese visto.

—Silvia, ¿has visto a mi asistente?

—Sí. Debía estar cagándose vivo porque entró como un vendaval —Señaló Silvia a los servicios.

—Gracias Silvia.

—De nada Fortu.

Lucky se dirigió a los baños comunitarios y vio a Rafael sobre el lavabo echándose agua fría a la cara. Solo existía una respuesta a ese comportamiento y eran celos. Lucky por una parte estaba encantada por dicha reacción, pero también sabía de sobra que los celos en un hombre podían transformarlo.

Rafael la miró directamente a los claros ojos con cara de pocos amigos. Estaba exultante en ese momento hasta que el increíble actor la besó y ella no hizo amago por separarse. Sí. Los celos lo comían por dentro, por eso huyó disparado hacia los lavabos para intentar respirar con normalidad y no salir tras el galán de cine y partirle la cara.

—¿Te encuentras bien? —Lucky no las tenía todas consigo, así que se mantenía a distancia.

—¿Tengo pinta de estar bien? Ese...Ese... ¿Te ha gustado el beso Lucky? ¿Qué has sentido? ¿Has mojado las bragas?

—Estás sacando las cosas de quicio...

—No, no, no... No te ha dado un beso de película, te ha besado porque le apetecía y tú le has respondido.

—¡No voy a consentirte que me faltes al respeto! Es un compañero de profesión y...

—¿Y? —Rafael estaba enfadado. Él estaba con Lucky Strauss, la estrella de cine. Era un idiota por pensar que los hombres no se fijaban en ella y ahí radicaba el problema. No sabía que había realmente entre ellos, se sentía utilizado y su ira crecía por momentos—. Que yo sepa estás retirada y ahora te dedicas a la publicidad. ¿Siempre te despides así de los actores con los que has trabajado?

—¡Eres un hijo de puta! ¡Rechacé la invitación a los Goya para poder salir contigo, ese beso no ha significado nada para mí!

Rafael se acercó a ella lentamente. Quería besarla, marcarla. Ningún galán de cine iba a volver a tomarse la libertad de tomar su boca, porque sus labios le pertenecían.

Algo cambió en el rostro de Lucky mientras se acercaba. Los ojos inyectados en ira, el rubor por la discusión... parecía un cordero a punto de entrar en el matadero.

Rafael frenó su avance, respiró hondo y al comprobar como ella hiperventilaba, alargó una mano para acariciarle la mejilla. Las palabras pronunciadas en ese momento por Lucky, le hicieron entender que su actitud la habían asustado hasta tal extremo que lo que irradiaba era miedo.

—¿Vas a pegarme? —dijo en un susurro—. Lo siento, lo siento de verdad. No sabía que iba a besarme, yo no lo pude evitar... yo...

—¡Que cojones estás diciendo! —Ahora sí que la abrazaba—. ¡Jamás te pondría la mano encima! Mírame Lucky, por Dios soy yo, Rafael... Por favor, perdóname, perdóname cariño...yo... Los celos me comían por dentro... Eres Lucky Strauss. Soy un gilipollas al pensar que te hayas fijado en mí, que esté compartiendo tu vida y tu cama...

—Te quiero Rafael... No pretendía ofenderte delante de tus narices... yo...

—¿Qué has dicho? —Rafael la agarró del mentón y le alzó la preciosa cara.

—He dicho que te quiero.

Se fundieron en uno. Rafael la arrastró con él hasta la puerta principal del baño en un húmedo beso y puso el pestillo para no ser

molestados. Acto seguido la apoyó contra el lavabo en el que él se había refrescado la cara, le bajó los pantalones y las braguitas y contemplándola por el espejo se abrió en canal introduciéndose en ella.

—Has puesto patas arriba mi vida Lucky Strauss. Me enamoré de la desconocida que rescaté aquella noche por un simple beso en la nuca y resultó que tú eras esa mujer —le quitó la chaqueta, la blusa y el sujetador porque quería ver el vaivén de sus pechos mientras la penetraba con fuerza—. Todos me tachan de mujeriego, de libertino. Yo, que llevaba con orgullo mi soltería, gritando a los cuatro vientos que ninguna mujer me haría claudicar. Y aquí estoy, enamorado de ti y masturbándome cada vez que no puedo poseerte, recordando los lunares de tu espalda que tengo grabados en 3D en mi retina.

Lucky respiraba con dificultad. La declaración de amor le resultaba tanto o más placentera que el sexo que estaban compartiendo en los baños comunitarios.

—El único dolor que sentirás por mi parte será el que te dé cuando me clave en ti, hasta el fondo —Y le dio una cachetada en las nalgas.

—Raaafaaa... —estaba en éxtasis.

—Dime que quieres... pide y te lo daré —Notaba su miembro hinchado como pocas veces, no quería parar.

—Voy a... ¡Oh, Dios bendito!

Llegaron al orgasmo juntos, en una brutal cabalgada que los enrojeció por el esfuerzo.

Limpios y arreglados, Rafael peinó el cabello despeinado de la actriz y la besó.

—Te quiero Lucky.

## 26.

León, el compañero de piso de Rafael regresaba esa semana de sus vacaciones. Le extrañó no encontrarlo en casa, claro que a las dos de la tarde, seguramente estaría hasta los topes de trabajo ahora que servía a su exjefa.

Era sábado y sabía que sus amigos se reunirían en algún pub del paseo marítimo. Se duchó tras el largo viaje, durmió unas horas y a las diez de la noche emprendía camino hacia el local preferido de Rafael.

Como era de esperar allí los encontró: Salva, Gustavo, Rafael y ¿Lucky? No entendía que hacía su antigua jefa con ellos. Buscaría explicaciones más tarde pero lo que ahora necesitaba era beber, emborracharse y ligar con alguna chica.

Fue aclamado por sus amigos en cuanto lo vieron llegar, fundiéndose en un fuerte abrazo. Cuando Rafael lo saludó no pudo evitar realizar la pregunta que lo reconcomía.

—¿Qué hace ella aquí?

—Es mi novia —le dijo un sonriente Rafael quien le pedía a Lucky que se acercara ya que se había quedado atrás, en un segundo plano.

—¡No jodas! —La miró con total sorpresa.

—Luego te pongo al día.

Los amigos en común de Rafael y León estaban en una nube al tener tan cerca a una de las celebridades del cine. Rafael por supuesto les advirtió de que, si querían bailar con ella no pondría objeción alguna, pero deberían tener bien guardadas sus manos sino



querían tener problemas con él.

Lucky se estaba divirtiendo como nunca. En un local normal, con gente totalmente desconocida, de su edad, que bebían, se emborrachaban, se liaban y hasta practicaban sexo en los servicios. Por una vez en su vida se sentía como una mujer de su edad, que tenía amistades y de las que podía disfrutar una noche de sábado.

Muchos de los que se encontraban en la pista de baile la reconocieron pero no se acercaron a ella, lo que agradeció. Con lo bien que se lo estaba pasando tener que hacer caso a algunos fans podía ser un trabajo arduo y ella quería divertirse.

—Así es como ocurrió —finalizaba su relato Rafael poniendo al corriente a León de su relación con Lucky.

—No sé si alegrarme o darte el pésame.

—¡Capullo! —le pegó en el brazo Rafael—. Es una mujer increíble, en serio. Muchas veces hemos hablado de ti y se siente mal porque como te trató. Creo que deberías darle la oportunidad de que te conociera.

—Bueno, por el momento lo que le voy a dar es el beneficio de la duda. Si ha sido capaz de someter al mismísimo Rafael de Sáez y Torres, por el momento lo que tiene es todo mi respeto.

—Gracias León.

—¡Oh, oh, problemas a la vista! —Señaló con un dedo a una mujer que se acercaba a ellos.

Hacía casi dos meses que Patricia no veía a Rafael por aquellos lares y en cuanto lo avistó, decidió ir a hablar con él. En su última conversación, en la que ella le pidió algo más, salió escaldada. Estaba enamorada de aquel hombre y aunque solo fuera para practicar sexo, se conformaría.

—¿Cuánto tiempo sin verte? ¿Me invitas a una copa?

—Claro —Rafael llamó al camarero y con un gesto pidió una consumición. Puede que hubiese sido un calavera en un sentido, pero en otros sabía comportarse como un caballero.

—¿Qué te cuentas? Estás desaparecido del mapa —entablaba conversación Patricia mientras Rafael no le sacaba los ojos de encima a la chica de pelo largo que bailaba con Salva.

—Ya veo que tú también te has dado cuenta de que la estrellita del cine está aquí —resopló con asco—. No sé qué le ven.

Rafael le echó una mirada asesina.

—Vamos Rafa, ¿no pensarás que te la puedes follar, verdad? Seguro que es una calentabraguetas que está encendiendo al personal y luego resultará que es una estrecha.

—Patricia, ¿por qué no te callas? —exigió León reproduciendo la famosa pregunta del Rey emérito a Hugo Chávez.

—Podemos pasarlo muy bieeen... —se restregó contra él como una gata en celo.

—Escúchame bien Patricia, porque solo te lo voy a decir una vez. Tú y yo nunca hemos tenido una relación y jamás la vamos a tener. Eres una mujer libre y puedes follar con quien te dé la gana al igual que yo. Déjame tranquilo de una santa vez.

—¡Capullo insensible! —le espetó con la cara enrojecida—. Te arrepentirás, te juro que te arrepentirás.

Patricia se marchó, dejando solos a León y a Rafael. Los dos amigos la conocían demasiado bien y como hija de uno de los diputados en el Govern Catalán, cuando Patricia se encaprichaba de alguien, podía y le hacía la vida imposible hasta destruirlo.

A Rafael dichas amenazas se las traían al paio. Siempre supo defenderse solo. Nunca necesitó del influjo de su familia para resolver algún problema o conseguir lo que quería, siempre lo consiguió por sí mismo. Con Patricia se lo pasó muy bien, era buena en la cama, pero como toda mujer pija que depende de su papá para todo, cuanto más lejos la tuviese, mejor.

Se acercó a la pista y decidió hacer lo que se había propuesto: pasar una noche inolvidable con Lucky, disfrutando como una pareja de novios una noche de sábado, bailando y tomando copas con los amigos.

Patricia los contemplaba desde una esquina de la barra del bar. Estaba enfadada consigo misma por el enamoramiento hacia Rafael y que él se la sacara de delante sin paños calientes, como si lo sucedido entre ambos no hubiese ocurrido nunca.

Ver como Rafael se apretaba contra la actriz mientras bailaban, como acercaba su boca besándola por el cuello y escote, como sus manos acariciaban los muslos desnudos por el corto vestido, la sacó de sus casillas. Rafael jamás bailó con ella ni la tocó de esa manera. Simplemente se iban a un rincón apartado, exento de luz donde solían realizarse los actos sexuales dentro del local y compartían una media hora de sexo increíble y luego, si te he visto no me acuerdo.

Verlo con esa sonrisa tan sincera, el brillo en los castaños ojos cada vez que la miraba y por otra parte comprobar que la actriz, estaba tanto o más enganchada de él, hizo que tomara una decisión. Se vengaría de él y Rafael volvería a ella.

El domingo por la tarde, las hijas de Silvia continuaban en la casa de Lucky. Congeniaron a la primera con Elisa y Elsa y mientras Silvia le pidió permiso a su jefa para que las niñas se quedaran, tiempo que ella aprovecharía para adecentar la casa, las cinco niñas se encontraban en el salón hablando de sus cosas.

Arantxa, la mayor de las hijas de Silvia de quince años, era para su edad, una joven que iba de frente sin pelos en la lengua y que hablaba sin ningún tipo de tapujos de lo que había hecho o lo que quería hacer. Elisa en ese sentido estaba encantada, porque podía preguntarle todas las dudas típicas de su edad.

Jessica, la segunda hija, era un poco más retraída pero igual de independiente que su hermana. Con sus trece primaveras, tenía muy claro que quería estudiar para no ser una fregona como su madre y en cuanto a los chicos... bueno, por el momento no tenía mucho interés en ellos.

Jenny, la pequeña de cuatro años, se encontraba jugando con Elsa, con unas muñecas de las que no se separaba y las dos pequeñas se lo estaban pasando realmente bien.

Eran las nueve de la noche cuando Silvia llamó a Lucky para decirle que se retrasaría un poco, ya que aprovechando el domingo, puso tres lavadoras y aún tenía que tender la segunda y poner una tercera colada. Lucky le dijo que se quedase tranquila y que si quería desconectar un poco, sus hijas podían quedarse a cenar con ellos e incluso dormir y que a la mañana siguiente, Rafael y ella las llevarían al colegio.

—Muy bien chicas —las callaba Rafael—, ¿qué os apetece cenar?

—Yo quiero comida japonesa pa... Rafa —contestó Elsa.

—Que sofisticada es la canija —Clavó Arantxa sus ojos en Elsa—. A mí me gustaría pizza.

—¿Eli? —le preguntó Rafael.

—Me da igual.

—Muy bien pues lo haremos a votación —Lucky lo miraba

desde la cocina sonriendo por ver como manejaba a cinco niñas—. Los que quieran pizza que levanten la mano.

Solo lo hicieron Arantxa y Jessi.

—Las que quieran kebab, que levanten la mano —Nadie levantó el brazo—. Las que quieran japo... —Elsa la levantó inmediatamente—. Me lo estáis poniendo muy difícil chicas, ayudadme un poquito.

Lucky apareció en el salón, vestida cómodamente e hizo una proposición culinaria a la que las niñas respondieron con un sí sonoro.

—Creo que lo tienes un poquito difícil —le dijo Lucky a Rafael mientras se apoyaba en su hombro—. ¿Quién quiere hamburguesa?

La unanimidad en la respuesta dejó a Rafael fuera de combate.

—*Touché* —le dijo sonriendo y le dio un beso en los labios.

Lucky no iba a encargarse de las típicas hamburguesas grasientas que menos carne traen de todo. Las adquirió vía telefónica al Big's Al y como cliente vip al hablar con el dueño, se las traerían a casa. El Big Al's cuyo dueño, Alan, tras el éxito de su primer local en Sitges con hamburguesas 100% americanas, decidió clonar y traer la especialidad de Big Al's al centro de Barcelona. Sus platos, completamente caseros estaban hechos con recetas americanas. El tamaño de las hamburguesas también era a la americana, ¡a lo grande! La hamburguesa Widomaker, la Three-Way o la Five Way eran algunas del amplio abanico de opciones que tenían para escoger. No obstante aunque el fuerte de Big Al's eran las hamburguesas, en cuanto a postres no se quedaban cortos en variedad y proporción.

Tras dar buena cuenta de las hamburguesas y de los postres que las acompañaban, las siete personas que en ese momento ocupaban el salón se encontraban espatarradas en el amplio sofá con el estómago un poco hinchado por la opípara cena.

A Jenny, la más pequeña de todas, le estaba entrando el sueño y como era costumbre en su casa, pidió que le contaran un cuento.

—¡Siempre estamos igual, Jenny! —le dijo su hermana mayor y habló para las caras que la miraban—. Mi madre siempre le cuenta un cuento antes de dormirse.

Rafael haciendo oídos sordos, le preguntó a la pequeña que cuento quería que le contase.

—Blancanieves es mi favorito.

—¡Qué rollo! —contestó Jessi—. Te lo sabes de memoria y has visto la película cientos de veces.

Rafael tuvo un ligue gótico a la que le encantaban las historias tenebrosas. En realidad se lo pasaba mejor con ella escuchándola que practicando el sexo. Tanteó el terreno y atrayendo a Elsa y a Jenny a cada lado de su cuerpo preguntó:

—¿Te gustan las historias de miedo Jenny? —De repente el resto de las niñas, incluida Lucky lo miraban con total atención.

—Bueeeno, si voy a tener pesadillas prefiero que no me lo cuenten.

Rafael se rio y en un acto reflejo besó la coronilla de la niña.

—No vas a tener pesadillas, te lo prometo. Voy a contarte la verdadera historia de Blancanieves. Eres una niña muy valiente, ¿a que sí?

—Sí —respondió orgullosa porque un adulto la llamó valiente.

—Además, ya que nuestra anfitriona y sus primas tienen ascendencia alemana, seguro que les gustará mucho.

—¿Qué es astendente Rafa? —La niña no había entendido bien el palabro.

—La ascendencia es de donde tú vienes: tus padres, tus abuelos, tus bisabuelos... ¿Comprendes? —le explicó Lucky, que estaba muy interesada en que Rafael comenzase con el cuento.

—¿Preparadas? —Todas respondieron con un gesto de cabeza—. No soy muy bueno pronunciando apellidos alemanes, así que... mejor uso los nombres en castellano y todos nos enteramos. Bien, la historia comienza con el príncipe Felipe conde de Kurmainz. Su única hija María Sophia, era ciega parcialmente a causa de una viruela y perdió a su madre siendo ella muy niña. Sus desgracias personales y su carácter bondadoso, hacía que la población adorara a la princesa. Tras dos años viudo, su padre se casó con Claudia, condesa imperial de Reichenstein y aspirante a madrastra cruel. La segunda esposa de Felipe, que ya tenía dos hijos, dio más importancia a sus hijos que a María Sophia. Los hermanastros de nuestra princesa la maltrata... la trataban muy mal —Rafael debía moderar su lenguaje si no quería traumatizar de por vida a Jenny y Elsa—. La madrastra de María Sophia en realidad no era mala ni perversa, era solo que el pueblo quería más a la princesa que a ella. En uno de los muuuchos castillos que tenía Felipe existía un «espejo parlante», que repetía todo lo que le decías.

—¿Era como grabadora? —quiso saber Jenny que se aferraba con fuerza al brazo de Rafael.

—Exactamente. El famoso espejo fue lo que inspiró el ingenio de los hermanos Grimm para el cuento de «Blancanieves» que todos conocemos.

—Ahora se pone interesante, ya verás —le decía Arantxa a Elisa que estaban cogidas del brazo.

—Por razones que se desconocen, María Sophia entró en

contacto cotidiano con un grupo de mineros de la región. Dado que las minas del país alemán, que se llama Bieber como el cantante...

—¿Qué cantante? —preguntó Jenny.

—Justin Bieber mocosa —la reprendió Jessi—, deja que Rafael continúe.

—Os decía que las minas eran muy estrechas y algunos túneles casi inaccesibles. El trabajo lo tenían que hacer personas pequeñas o incluso niños que llevaban gorras y capuchas de colores chillones para protegerse de los golpes, al igual que en el cuento. Pero no todo era magia en las minas de Bieber, donde el trabajo resultaba brutal y muchos morían... enferma... se ponían malitos siendo niños. La salud de la princesa tampoco era buena, lo que pudo dar lugar a alguna enfermedad que la obligara a guardar cama en distintos períodos. Lo que sin embargo no ocurrió es que fuese envenenada por una manzana o quedara en coma a la espera del beso de un príncipe en su ataúd de cristal.

Rafael se colocó en posición del indio en el sofá mientras le dedicó una preciosa sonrisa a Lucky que lo miraba con completa devoción.

—En lo referido a este ataúd de cristal, ¡existió de verdad! La reina malvada tenía tanta, tanta, tanta envidia de Blancanieves porque era más hermosa que ella que intentó matarla. Su primer intento fue contratar a un cazador para asesinarla y le pidió que le trajera sus pulmones y su hígado. El cazador no pudo matar a Blancanieves y le dijo que huyera. Es aquí donde la princesa se encuentra con los enanitos, que le permiten quedarse en su casa si les ayuda con las labores domésticas.

—Ya estamos con el machismo de marras —espetó Arantxa.

—¡Chsss! —la silenciaron las cuatro niñas al mismo tiempo.



—El cazador le entrega a la reina los órganos de un jabalí y ella se los come hasta que se da cuenta que no eran de la princesa. La reina intenta matar a Blancanieves dos veces más con un corpiño y un cepillo, pero no tiene éxito. Finalmente, intenta matarla con la manzana envenenada. Al principio, todos creen que lo ha logrado y los enanitos la ponen en un ataúd. De repente, llega un príncipe y se enamora de Blancanieves. Aunque cree que está muerta, le pide a los enanitos que le den el ataúd para que al menos la pueda ver el resto de su vida. Al llevársela, los sirvientes del príncipe tropiezan y el movimiento consigue sacar el pedazo de manzana atascado de la garganta de Blancanieves. Ésta se despierta y va al palacio del príncipe para casarse con él.

—¡Alaaa! ¡Qué chulo! —decían Elsa y Jenny.

—¿Y qué pasó con la reina? —preguntó emocionada Elisa.

—Lucky, Arantxa, tapadle los oídos a Elsa y Jenny por favor —Ambas hicieron lo que les pidió—. Sin saber que se trataba de Blancanieves, la reina fue a la boda. Cuando llegó, la obligaron a ponerse unos zapatos de hierro al rojo vivo y bailar con ellos hasta que cayó muerta.

Gracias a Dios Jenny y Elsa yacían dormidas, con las cabezas apoyadas en los anchos hombros de Rafael y no escucharon lo sádico y tenebroso del cuento.

Por el contrario, Lucky, Elisa, Arantxa y Jessi estaban perplejas, por la narración del cuento y por enterarse de datos que no conocían.

—¡Qué! ¿Os gustó el cuento?

—¿Te sabes más Rafa? —indagó Arantxa.

—Por supuesto, pero ahora nos vamos a ir todos a la cama que mañana hay que madrugar. El próximo día os contaré el de la cenicienta, o el de la sirenita... o el que queráis.

## 27.

Lucky estaba en su mejor momento tanto personal como profesional. La convivencia con Rafael era muy diferente a la que compartió con Pedro, al igual que las noches de pasión una vez las niñas estaban completamente dormidas.

Profesionalmente, estaba exultante.

En sus manos portaba la carta oficial que la nominaba a ella personalmente y al SYS en las categorías de mejor publicista y mejores anuncios del 2016.

El también conocido como Festival Internacional de Publicidad, el Festival Cannes Lions, daba a conocer su palmarés del 2016 al completo. Y entre los anuncios galardonados, destacaba “Presto” y el último spot de “Coca-Cola” que podían alzarse con el llamado Grand Prix, el mayor premio.

El festival tendría lugar en el Palacio de Festivales y Congresos de Cannes en Francia, dentro de siete meses, donde se otorgarían los galardones a los mejores anuncios del año anterior. Sus abuelos tenían en sus despachos más de sesenta leones de oro, plata y bronce, estatuillas que denotaban el primer, segundo y tercer premio.

—¿Señorita Strauss? —la llamaba Rafael por el teléfono. Ante todo mantenían la profesionalidad en el trabajo siempre que pudiesen dejar la lujuria para el lecho que compartían.

—¿Si, señor de Sáez y Torres? —Cómo les gustaba ese juego.

—Su abuela por la línea dos.

—¿Qué abuela? —La risa de Lucky invadió la línea.

—Tiene dos abuelas como todo el mundo. Se la paso —sonrió.

Su abuela Jacinta, esposa de Adler Strauss, en cuanto se enteró de la nominación no tardó ni dos minutos en coger el teléfono y llamarla.

—¿Qué te cuentas abuela?

—¡Madre mía! ¡Madre mía! —Si la pudiese ver en ese momento, saltando como una colegiala no se lo creería—. ¡Tú primera nominación y en categoría doble! Estamos muy orgullosos de ti, Lucky.

—Gracias abuela.

—Vamos a hacer una fiesta por todo lo alto dentro de quince días, aquí en nuestra casa de la playa. Tus abuelos ya están con los pormenores para la fiesta.

—Abuela, estamos en abril y la entrega de los premios no es hasta noviembre. No corras tanto...

—Tonterías. Los móviles de todos nosotros no dejan de sonar para felicitarnos y todo el mundo quiere verte.

El recuerdo de su nominación al Oscar de la academia se le vino a la cabeza. Si sus abuelas querían preparar una macrofiesta nada ni nadie las detendría, ¡menudas eran aquellas dos!

—La fiesta será de etiqueta, así que dile a Rafael que se compre un esmoquin. ¡Ah! Elsa y Elisa, como acaban esta semana las clases porque es Semana Santa, se quedarán con nosotros. También hemos invitado a las hijas de tu amiga Silvia, ¡que majas son y que buena influencia para mis nietas! Puedes invitar a quien quieras, a quien quieras, es tu fiesta...

—¡Abuela por favor, coge aire que te va a dar un síncope! —

Lucky estaba feliz como una perdiz.

—Bueno te tengo que dejar que el móvil no hace otra cosa que avisarme de que tengo llamadas y whatsapp y...

La abuela Jacinta cortó la comunicación y Lucky empezó a desternillarse de la risa. Rafael entró en el despacho y al verla comenzó a reírse también.

—¡Cualquier día le da un infarto! —Intentaba respirar con normalidad.

—Son tremendas —Rafael recordó como la semana anterior los abuelos habían pasado la tarde con ellos y lo que se pudo llegar a reír cuando, Avelina al jugar con Elsa, se le enganchó la falda en una de las aristas de la mesa y se quedó con la faja al aire—. ¡Enhorabuena preciosa!

—Gracias Rafa, gracias. La verdad es que ha sido una sorpresa.

—Has trabajado duro y recibes la recompensa —La atrajo hacia él y la besó en los labios—. Estás preciosa cuando te ríes así. Bueno, la verdad es que eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—¿Sabes que vamos a tener quince días para ti y para mí, los dos solitos? —le dijo con voz picarona.

—¿A síiii? Cuéntame cómo es eso.

Lucky le comentó brevemente los planes de su abuela para los festivales de Semana Santa y a Rafael los pantalones, concretamente la bragueta, le pedía a gritos que liberara la erección que se le generó pensando en todo lo que podían llegar a hacer.

Ese día Lucky llevaba puesto un vestido vaporoso color azul turquesa que resaltaba mucho sus increíbles ojos. Fundiéndose en un tórrido beso, donde las lenguas se peleaban y cada vez les costaba

más respirar, Rafael ascendía sus manos por los muslos de Lucky para encontrar el tanga y poder bajárselo o rompérselo mientras Lucky desabrochaba la bragueta del pantalón con urgencia.

La necesidad de la conexión, de que sus cuerpos fueran uno era increíble. Lucky quería que la hiciese suya, quería sentirlo dentro, muy dentro. Estaba muy excitada y comprobó si él se encontraba en el mismo estado que ella, metiendo las manos dentro del bóxer, comprobando lo hinchado y duro que tenía su pene y lo masturbó.

—Joder Lucky, me vuelves completamente loco —La volvió a atraer hacia él mientras apoyaba su mano en la de la actriz y la acompañaba en la masturbación—. Te la voy a clavar hasta el fondo... como a ti te gusta... Quiero perderme en... ¡Jodeer! ¡Para, para, para!

—No quiero parar Rafa... —Lucky aferraba sus genitales continuando con el vaivén.

—Si sigues así voy a correrme... ¡Aaaah! ¡Lucky ten piedad de...!

—¡Fortuuu! —De repente se abrió la puerta. Silvia entraba como un huracán sin previo aviso, pillándolos en una posición nada apropiada—. ¡Perdón, perdón, perdón!

—Silvia ¡sal de aquí! —Rafael abrazaba con fuerza a Lucky para tapar a ambos.

—Puedo venir en ¿quince o veinte minutos? —No les iba a quitar el gusto de un polvo rápido.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó el joven mientras la limpiadora salía a toda mecha por la puerta—. Vale que es tu amiga pero joder... ¡Qué hacemos para arreglar esto! —Señaló su miembro erecto y brillante.

—Lo siento de verdad —Lucky se recomponía rápidamente—.

No te masturbes... —se puso a su espalda y lo besó en la nuca—, estaré contigo en diez minutos. Espérame en el baño comunitario.

Rafael giró la cara y la besó con ansia, saliendo con presteza del despacho para esperarla en el susodicho baño.

—No tardes —Y se fue, echándole una mirada asesina a Silvia quien esperaba sentada sobre su escritorio.

Silvia entró cohibida por haber estropeado el momento de los amantes. Se dijo a sí misma que les haría un regalo en compensación, a lo mejor algo de lencería picarona o algún juguete sexual para que ambos disfrutaran del momento que ella les había privado.

—Lo siento mucho Fortu, debí llamar a la puerta. No sabía...

—Al grano, que tendré que aplacar el enfado de Rafael.

—¡Enhorabuena chiquitina! —se abalanzó sobre ella para abrazarla—. No se habla de otra cosa en el edificio y los parroquianos de “El Botijo” están como locos de alegría desde que se lo conté.

—Gracias Silvia. Mi abuela va a dar una fiesta en mi honor y estás invitada tanto tú como tus hijas. Si quieres comenta en el bar que el que quiera venir está más que convidado.

—Dios mío, ¡me ha tocado el gordo contigo Lucky! ¿Y cómo hay que ir vestido? —La cabeza de Silvia ya comenzaba a discurrir.

—Como si fueras a una boda de alto copete. Silvia, voy a reunirme con Rafael, procura que nadie nos moleste.

Salía por la puerta cuando su móvil sonó.

—¡Cuando pille a Silvia se va a enterar! —hablaba solo en el baño comunitario ya que llevaba veinte minutos esperando a Lucky y no aparecía.

Unos golpes en la puerta despejaron su mente sobre lo que le haría a la limpiadora. Sin embargo cuando la abrió no se encontró con Lucky, sino con Silvia, quien, portando en una mano el mocho y en la otra el móvil de Lucky, le explicaba que su jefa salió pitando del edificio rumbo al hospital.

—¿Elsa o Elisa! —exclamó como un poseso esperando la respuesta.

—No lo sé —tartamudeaba Silvia.

—¿Alguno de sus abuelos?

—Yo... no... Rafael, no sé...

Rafael arrancó el móvil de las manos de la *rompecoitos* que se encontraba pálida como la patena frente a él y le dio a rellamar.

—Buenos días —Inició la conversación Rafael—. Verá acaban de llamar a ... a ... mi mujer y quería saber...

—¿Su esposa es Lucky Strauss Utrilla? —dijo una voz madura al otro lado del teléfono.

—Sí. Por favor, ¿ha ocurrido algo con las primas de mi esposa o con sus abuelos? Salió escopeteada de casa sin decirme nada y se olvidó el móvil —Debía mentir para parecer convincente.

—No sé quiénes son esas personas. La llamada a la señorita... perdón, a la señora Strauss era por su exmarido, Pedro Vélez de Eza. Acaba de despertar y pidió que la llamaran a ella.

Lívido, pálido, descolocado. Lucky recibía una llamada de su exmarido y salía corriendo, sin decirle absolutamente nada.

—¿Oiga, oiga? ¿Sigue ahí? —preguntaba la mujer.

—Sí, sí, disculpe. ¿Puede decirme en que hospital está ingresado, por favor?

Rafael salió pitando del edificio y en menos de diez minutos aparcaba su Harley en la entrada del hospital. Tras preguntarle a la chica de admisión donde se encontraba ingresado el exfutbolista, se dirigió a la planta, con la adrenalina intentando salir de su cuerpo, para llevarse a la mujer que amaba de allí y pedirle explicaciones.

La puerta de la habitación 203 de la planta de traumatología estaba entreabierta. Vio a Lucky sentada en la cama y como poco a poco se aproximaba a los labios de su exmarido. Su paciencia se agotó, no iba a observar como ella vendía sus besos a tan bajo precio. Con él no se jugaba. El dolor por la traición y la humillación le hicieron tomar la decisión más difícil de su vida. Desde que el sexo fue fácil de conseguir, el amor era más difícil de encontrar. Rafael la amaba, la amaba con locura pero quien ama no traiciona ¿o sí?

Lucky llegó a la oficina casi una hora más tarde, pero no encontró a Rafael por ninguna parte. Lo llamó al móvil quince veces y siempre estaba apagado o fuera de cobertura.

Silvia dispuesta a realizar su media hora de descanso se topó con Lucky que la interrogaba inquieta.

—¿Has visto a Rafael? —preguntaba nerviosa.

—Pensé que estaba contigo. Verás te dejaste el móvil y yo se lo llevé. Dio a rellamar y le contaron lo que había pasado.

—¿Fue a buscarme? —Los ojos de Lucky no se quedaban quietos en ningún objeto en particular, ni tan siquiera en su interlocutora.

—Como alma que lleva el diablo. ¿Quieres un café?

Pero Lucky se marchaba a su casa con la esperanza de



encontrarlo para explicarle los motivos de su reacción al saber que su exmarido estaba ingresado.

La casa estaba vacía, sin un ruido, nada. Se dirigió hacia su habitación y encontró los armarios abiertos de par en par y la poca ropa y enseres que Rafael se había llevado ya no estaban. La había abandonado sin dejar que se explicara.

Lucky, sentada en la cama lloró desesperadamente. Debía encontrarlo y rápido, pues cuanto más se deja pasar el tiempo las explicaciones menos valor tienen y el amor comienza a hacer aguas.

## 28.

La fiesta en casa de sus abuelas tendría lugar en cuatro días y Lucky seguía sin noticias de Rafael. En esos diez días no apareció por el trabajo, no había dimitido ni pidió vacaciones o días de asuntos propios, claro que el edificio estaba vacío por la festividad de Semana Santa.

Lucky estaba desesperada pero no sabía que más podía hacer. Se puso en contacto con León quien le dijo que no sabía nada de su amigo, que su cuarto se hallaba vacío pero que dudaba mucho que hubiese regresado a Granada, ya que no tenía ningún tipo de relación con su familia.

La actriz se dedicó durante ese tiempo lleno de horas interminables y silencios abrumadores en trabajar a destajo en la tercera campaña publicitaria. Era la única manera de sacárselo de la cabeza, de borrar cualquier recuerdo de su piel, de las conversaciones divertidas, de olvidar, que por un breve período de tiempo, su vida había encontrado una normalidad. Pensaba mucho en sus primas, en el cariño que le tenían a Rafael y, aunque pensaran que ella no se daba cuenta, las pilló en más de una ocasión llamándolo papá sin ser conscientes de que ella escuchaba.

Debía tratar el tema con mucho tacto. Elisa podía comprenderlo pero Elsa, aunque fuese una niña superdotada, siempre necesitó una figura paterna. Ahora que Rafael decidió marcharse, hacérselo entender sería hartamente complicado.

Rafael aprovechó los días festivos para alejarse de todo y de todos.

La decepción sufrida por parte de Lucky lo dejó tan abatido que no necesitaba contacto humano alguno. Tampoco quería regresar al piso que compartía con León, tendría que dar demasiadas

explicaciones y debido a la frustración que sentía en ese momento, porque la mujer de su vida saliese corriendo cada vez que el maltratador de su exmarido la llamaba, podía hacer que volcase su ira, su fracaso o su desilusión con quien no la merecía.

Después de cerrar la puerta de la habitación del hospital donde aquel miserable se encontraba ingresado, cogió su moto, se fue a casa de Lucky y después a la suya e hizo una maleta. No era hombre de grandes lujos, pero pensó que trasnochar en un buen hotel en donde, quizás, con sesiones de masajes y de spa pudiesen templar sus nervios, sería la mejor opción.

Como buen canalla, recordó que uno de sus ligues trabajaba en el hotel Mandarin Oriental. Llamó a Eva y tras varias preguntas de rigor, se le reservó cuatro noches a un precio especial de amigo.

Con una ubicación ideal, próxima a las principales atracciones de Barcelona, el hotel gozaba de un fantástico emplazamiento en el famoso Passeig de Gràcia. Con interiores contemporáneos, lujosas habitaciones de hotel, restaurante con estrellas Michelin y fantástico spa, el hotel era la base perfecta desde la que explorar la capital catalana, aunque él no tenía intención de moverse de allí.

Después de dejar sus cosas sobre la cama, abrió la maleta y se puso ropa deportiva. Tenía que golpear, machacar algo o la tensión se apoderaría de él. Bajó al gimnasio y un joven de su edad le preguntó que quería practicar en ese momento.

—Necesito golpear —contestó Rafael.

—Tenemos sacos de boxeos muy...

—No, no —respondió secamente—. Me gustaría pelear contra alguien.

—Señor... aquí no tenemos cuadrilátero para practicar boxeo y por supuesto tampoco tenemos *sparring*.

Los ojos de Rafael centelleaban, casi se podía apreciar la rabia que emitían. Decepcionado, sobre todo consigo mismo, pateaba en cada paso lo que encontraba a su alcance. Ni tan siquiera podía escupir el dolor que le atravesaba el alma, atizando a alguien, aunque, si le daban una buena paliza, la cordura se apoderaría de él, dejaría atrás los sentimientos profundos por Lucky y por sus primas reconvirtiéndolo en lo que siempre fue, un ruin y miserable canalla al que no permitiría que ninguna mujer volviese a traicionarlo como ella lo había hecho.

El jefe del gimnasio, contemplando el estado en el que se encontraba Rafael, se acercó a él.

—¿Se encuentra bien?

—De coña —escupió las palabras.

—¿Quiere hablar de ello? —se ofreció el joven musculado aunque si se fijaba bien en Rafael tenían más o menos la misma complexión.

—¡Joder, lo que me faltaba! ¿Ahora también eres psicólogo? Vete a darle clases de yoga, spinning o lo que sea a las ricas adineradas.

—No hace falta que me falte al respeto, señor —Fede, que así se llama el joven, mantenía las formas pues es bien sabido que el cliente siempre tiene razón.

—¿Respeto? ¿Respeto? —Rafael en pose chulesca y cegado por la tortura a la que estaba sometiendo a su corazón, no se le ocurrió otra cosa que empujar a Fede con todas sus fuerzas.

Si no podía practicar *sparring*, provocaría una pelea y por fin podría desfogarse. Pero la jugada le salió mal. Fede, tras responderle al empujón con otro que lo tiró al suelo le hizo una llave de bloqueo transversal de la pierna inmovilizándolo transversalmente, con la

pierna izquierda encima de su propio tobillo derecho, dejando a Rafael con una de sus piernas totalmente tensa, provocando sobre la pantorrilla de Rafael una compresión muy dolorosa.

Rafael totalmente bloqueado en el suelo se encontraba con los ojos color miel de Fede, quien parecía que no ejercía ninguna fuerza sobre su cuerpo. Pero el entrenador sabía lo que se hacía, presionaba su pierna contra el pecho de Rafael dejándolo casi sin aliento y con la otra pierna lo inmovilizaba.

—El odio, es la venganza de un cobarde intimidado —habló en susurro Fede—. No creo que seas un cobarde pero estoy seguro de que alguna mujer te ha hecho mucho daño.

Rafael tuvo que respirar hondo y darse por vencido, asintiendo con la cabeza. Despojando del agarre, Fede le tendía una mano para ayudarlo a levantarse.

—Me llamo Fede.

—Rafael, el cobarde intimidado.

—¡Vamos a partirnos la cara, nenaza! —Y sonrió viendo como Rafael lo seguía con gran expectación.

Se dieron de lo lindo, en un baile cuerpo a cuerpo en el que Rafael pudo liberar casi toda la tensión acumulada en ese aciago día.

Repitieron la gesta los tres días siguientes, decidiendo que se quedaría toda la semana, ya que no solo podía descargarse después de las clases de Fede, sino que además el profesor le sirvió como paño de lágrimas, contándole todo lo vivido con Lucky y su familia en los dos meses que llevaban juntos.

Fede se daba cuenta de que Rafael no ponía toda la carne en el asador. Se controlaba en determinados golpes bien porque no quería lastimarlo o bien porque contenía parte de su rabia. Cuando el

profesor supo que estaba saliendo con Lucky Strauss, se quedó perplejo. Como muchos hombres, admiraba a la actriz y se había consolado otras tantas pensando en las escenas eróticas de la película que la ensalzó a la gloria.

Debía hacer que Rafael se soltara por completo, finalizando así esas peleas consentidas para que pudiera comenzar de cero y darle una nueva oportunidad a Lucky.

—Hoy quiero probar algo nuevo —comenzaba Fede cuando lo vio entrar por la puerta.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Nos vamos a dar de hostias al son de la música —Fede conectaba su móvil a un dispositivo bluetooth para que se oyese en toda la estancia. Le dio al botón en el que la canción se repetiría una y otra vez y dio al play.

Who are you to say that I didn't love you?

'Cause I didn't like the way you wanted

And who am I to blame?

When I didn't trust you enough to let you in the way I wanted

Stop, okay

Vodka on my lips

Took too many drinks

Makes me reminisce all the way down

To my happy place, you're my happy place

I can't handle us now

If I'm lucky I'll meet ya, flip side of the graveyard

'Cause things didn't work out in this life, but someday

If I'm lucky I'll met ya, head in the high water

'Cause things didn't work out in this life, but maybe

If I'm lucky, eh

If I'm lucky, eh

Get your loving...

If I'm lucky

If I'm lucky (if I'm lucky)

Get your love in sweet safe, 'cause I really miss it babe

'Cause things didn't work out in this life, but someday

I'm selfish for you

I'm selfish for you...

Rafael, entre el ritmo de la canción, lo que su letra decía y las veces que escuchaba el nombre de Lucky le pegó con fuerza, mirándolo con cara de asesino. Sabía el motivo por el que Fede estaba haciendo lo que hacía, para que se diera cuenta de la gilipollez tan grande que había cometido. No podía ensañarse con él. No, después de haberse convertido en un gran amigo.

—¡Sigues pegando como una nenaza, Rafa!

—¡Quita la puta música! Me desconcentra.

—Voy a hacer algo mejor a ver si reaccionas de una puta vez...

—Fede buscó el móvil y puso la versión instrumental, para cantarla él mismo. Mientras, intentaría escapar de los posibles golpes que Rafa pretendiese darle.

—¿Vas a cantar tú? —se desternilló de la risa. Hasta que las palabras que pronunció Fede a continuación le hicieron hervir la sangre y atizarle con todo lo que tenía dentro.

—No, yo no. Quien va a cantar es Pedro Vélez de Eza, el exmarido, porque va a intentar recuperarla y tú, como eres un

mamón cobarde, que va llorando por las esquinas... te vas a joder mientras vivas sabiendo que se la follará, una y otra vez, y otra vez — El tono de burla junto a la gesticulación mientras pronunció las demoledoras palabras, hicieron reaccionar a Rafael.

— ¡Hijo de puta!

Corrió tras el profesor hasta que lo atrapó intentando callar aquella voz e imaginando que era a Pedro a quien quería dar caza. Cuando finalmente lo atrapó, lo tiró al suelo y le dio la paliza de su vida.

Fede, conseguido su propósito, se defendió poco para que Rafa sacase por fin toda la mierda que llevaba dentro.

Tirados ambos en el suelo, uno al lado del otro, Fede con un ojo que empezaba a cerrársele y Rafa con un feo corte en el labio, comenzaron a reírse sin medida.

— Ahora estás listo para escucharla.

— No pienso ir tras ella. Lucky me ha traicionado y no pienso dar mi brazo a torcer.

— Ya, por eso no apagas el móvil y lo miras cuando tienes ocasión, para comprobar lo desesperada que está buscándote — le recriminó el profesor.

Se dirigían hacia una de las esquinas del gimnasio donde una enorme botella de agua los aguardaba para calmar la sed de tanto golpe.

El móvil comenzó a sonar e inconscientemente fue a ver quién era. El nombre que aparecía en él lo dejó boquiabierto.

— ¿Elsa?



## 29.

—Hola Rafa, ¿dónde estás?

—¿Desde cuándo tienes tú móvil y cómo tienes mi teléfono?

—Siempre lo he tenido lo que pasa que no me lo preguntaste. Tú número se lo cogí a Elisa.

Estaba totalmente descolocado.

—¿Ocurre algo? —El corazón le latía con fuerza mientras Fede bebía su vaso de agua con una sonrisa burlona en los labios.

—Sí y no. Verás, Lucky no nos coge el teléfono y estamos metidas en un lío, bueno yo no, Elisa.

—Cuéntamelo ya que me va a dar un pataflús.

—Estamos en casa de los abuelos por las vacaciones de Semana Santa y hoy nos han dejado venir al centro comercial a las dos. Nos lo estábamos pasando muy bien hasta que, cuando nos levantamos de la mesa donde comíamos unas hamburguesas, Elisa se dio cuenta que había dejado manchada la silla —Si pudiera verla ahora mismo se troncharía de la risa, porque muchas de las chicas que entraban en los baños del centro comercial la miraban sorprendidas por su locuacidad—. Le pregunté qué pasaba y cuando corríamos para ir al baño me dijo que se había hecho popó, pero eso es imposible.

—¿Qué Elisa se ha hecho popó encima? —empezó a sonreír.

—Eso mismo le dije yo, que era imposible, que los adultos controlaban sus esfínteres no como los bebés.

<<¿Cómo una niña podía hablar de esfínteres y llamar a la caca,

popó? Era maravillosa>>

—¿Qué pasa? —quiso saber Fede.

—Espera un momento cariño, no cuelgues —le respondió con ternura Rafael.

Puso al tanto a su profesor rápidamente sin saber que estaba ocurriendo.

—¿Qué años tiene Elisa?

—Catorce —respondió Rafael.

Fede amartillaba su mentón con un dedo hasta que de repente se le ocurrió.

—¡Hostia Rafa! ¿A ver si le ha bajado la regla? Piénsalo. Por lo que describe Elsa...

—Elsa tesoro, quiero que entres en los baños y le pases el teléfono a Elisa.

—Voy.

Rafa puso el manos libres a esas alturas la conversación dejó de ser privada. Escucharon los pasitos de Elsa que se adentraban en el baño de mujeres y voces femeninas.

—Elisa, papá quiere hablar contigo —Escucharon los dos hombres mientras el móvil cambiaba de manos por debajo de una puerta.

—¿Papáaaa? —lo interrogó Fede sin articular palabra solo moviendo los labios.

—Hola Rafa. No me puedo creer que esta cría te haya llamado —se le notaba la tensión en la voz.

—Elisa, ¿te ha bajado la regla? —preguntó con tranquilidad.

—¿No podía haberme bajado en otro momento que no fuera comiendo una hamburguesa y llevando unos pantalones oscuros? ¿Qué voy a hacer?

—Escúchame. Dime en que centro comercial estáis. Te compraré un pantalón oscuro y unas compresas ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó aliviada dándole la dirección y quedando en treinta minutos, tiempo necesario para que él llegara.

—Por cierto, hazme el favor de dejar entrar a Elsa al baño. Tiene cinco años y si la ven tanto tiempo sola van a pensar que la han abandonado.

—Vaaale... papáaa.

Fede lo convenció para llevarlo a las afueras de Barcelona mientras mantenían una conversación de hombre a hombre. Quedaron en que le llevaría la moto a la mañana siguiente así como algo de ropa a la dirección que Rafael le mandaría por whatsapp.

—¿Vas a explicarme que acaba de pasar?

—Sabes de sobra porqué me llaman papá, no te hagas el listo — Rafael estaba deseando llegar hasta las niñas.

—Estás jodido tío, muy jodido.

—¿Cómo dices? —Rafael esperaba con vehemencia una explicación ante aquella exhortación.

—No estás así solamente por la traición de Lucky, si no que separarte de esas niñas te duele tanto o más que la supuesta infidelidad.

Rafael no se había parado a pensar en ello. La ceguera ante lo que vio en el hospital no le dejaba vagar sus pensamientos más allá. Fede tenía razón, las niñas eran, sin ningún atisbo de duda, una parte muy, muy importante de su vida. Le encantaba que lo llamaran papá cuando estaban a solas, ayudarlas en sus problemas diarios. Lo que jamás haría sería volver con la actriz por las niñas. No eran sus hijas aunque en el fondo de su corazón las sintiera como tal.

Recorriendo lo que faltaba de trayecto en completo silencio, Fede concentrado en la carretera y Rafa meditando sobre las palabras de su profesor. Se apearon del coche y Rafael llamó a Elisa para decirle que estaban en el centro comercial y que hiciera salir a Elsa para poder comprarle el artículo de higiene femenino y unos pantalones.

En cuanto la pequeña de cinco años lo vio se abrazó a él, inundándole la cara de besos y llamándolo papá continuamente.

Diez minutos más tarde Elisa salía con sus pantalones nuevos del baño de señoras. Tras hacer las presentaciones oportunas se dirigieron a la dirección donde residían sus abuelos, donde al día siguiente Fede haría llegar su moto.

Llegaron a Sant Vicenç de Montalt, en la costa norte de Barcelona y la casa que contemplaron los dos adultos los dejó boquiabiertos. La belleza estructural de la vivienda, con el inequívoco trazado minimalista de líneas puras y la nobleza de los materiales utilizados no pegaba en absoluto con los Strauss-Schäfer. Entraron en el interior, donde el mobiliario italiano y la paleta cromática que daba completo protagonismo al blanco era el denominador común de todos los espacios. Los múltiples planos transparentes, en forma de grandes ventanales, difuminaban los límites entre el interior y el exterior.

Las abuelas Jacinta y Avelina, los saludaron y les enseñaron el resto de la casa. La planta principal se componía de las zonas

comunes: estancias amplias y diáfanas se sucedían con armonía y se convertían en un mirador que preservaba las vistas al mar desde cualquier rincón de la casa. Los dormitorios todos en suite, con terraza y vestidor completaban la planta superior. Poseía además porches y terrazas orientadas a disfrutar al máximo del cálido clima mediterráneo durante todo el año. Comedor de verano con cocina integrada, y un jardín de diseño presidido por la lujosa piscina climatizada cubierta y salina rodeada de madera de Ipe y travertino con cascada de agua. Junto a ésta un jacuzzi.

—Fede, espero que te quedes a cenar —le dijo Avelina.

—No me vendría mal comer algo. Aunque solo estamos a treinta y cinco kilómetros de Barcelona, ya es un poco tarde.

—Hecho —Avelina le pidió a las niñas que fueran a buscar a sus abuelos que se encontraban jugando al billar. Una vez solos, la anciana no pudo evitar preguntar por los golpes que ambos mostraban en sus rostros.

—Aquí el John Rambo que sufre mal de amores —contestó Fede.

—¿Te has peleado con Lucky? —preguntó confundida la anciana.

—Es largo de contar —contestó Rafael con cara de pocos amigos.

Los ascendientes de Lucky entraban en el salón principal y tras estrecharles las manos y ser presentados, decidieron sentarse para charlar un poco mientras se preparaba la cena. Johan y Adler querían preguntarle a Rafael por el feo corte que presentaba en el labio y a su compañero por el golpe que presentaba tanto en la sien como el color berenjena de su ojo izquierdo. Como las niñas estaban sentadas con ellos, decidieron acabar la partida de billar para tener una conversación de hombres y que les explicaran porque había traído

ellos a sus nietas a casa.

La sala de billar era grande y espaciosa, con un minibar y chimenea, iluminada desde varios ángulos para ver perfectamente el recorrido de las bolas. Como no podía ser de otra manera, una Star Snooker presidía el centro de la estancia, sin duda la mesa más famosa y deseada, la que se emplea en los torneos del circuito profesional y en el World Snooker Championship. Si el diseño era simplemente espectacular, Rafael se preguntaba cómo debía ser jugar algunos *frames* en ella.

—¿Vas a contarnos por qué tienes la cara como la dividida Alemania? —preguntó Schäfer.

—Yo soy el culpable señor —contestó Fede.

—Explicáte muchacho —lo alentó Strauss.

Fede relató lo acontecido una semana antes, cuando Rafael se presentó con ganas de bronca. Además, soltando la lengua más de la cuenta ante la mirada asesina de su pupilo, les explicó los motivos del joven para buscar pelea. Los abuelos escuchaban atentamente mientras contemplaban los diferentes cambios en el rostro de Rafael.

—La información que yo tengo de lo sucedido entre Lucky y Pedro es bien distinta —soltó de repente Strauss que con la mayor displicencia colocaba las bolas en el centro de la mesa dentro del triángulo.

—Entiendo que la defiendas porque es tu nieta, pero yo sé lo que vi —contestó Rafael enfadado.

—¿Has hablado con ella? ¿Has permitido que se explicara? —Schäfer con el taco en la mano lo tanteaba.

—Hagamos una cosa —cortó el interrogatorio Strauss—. Si tú ganas te diremos lo que realmente ocurrió, si pierdes, abandonarás

esta casa y no te acercarás a ninguna de mis nietas nunca más. Te buscaré un empleo en cualquier otra agencia.

La apuesta que el alemán le proponía era demasiado injusta y severa. Algo se le escapaba, porque si no sus anfitriones no se hubiesen tomado aquella partida de billar tan en serio. No quería perderlas, a ninguna de las tres, era una apuesta arriesgada y en un momento dado estuvo a punto de no aceptarla. Quizás, solo quizás los abuelos sabían alguna cosa que a él se le escapaba. A lo mejor, solo a lo mejor, debió dejar su orgullo a un lado y coger el teléfono en alguna de las ocasiones en las que Lucky lo llamó.

La partida duró casi dos horas, en las que Jacinta, Avelina, Elisa y Elsa desistieron en llamarlos cuando los reclamaron para cenar por quinta vez. Los cuatro jugadores sudaban la gota gorda, sobre todo Rafael que se jugaba su futuro personal y profesional.

Cuando finalmente la última bola entró, la partida se dio por terminada. Rafael les ganó y esperó la ansiada respuesta.

—¡Enhorabuena Rafael! Hacía años que no me divertía tanto — le estrechaba la mano Schäfer.

—Bien, ahora decidme lo que quiero saber.

—Antes de contarte nada, permíteme decirte con todo mi cariño, que eres un idiota y un orgulloso.

## 30.

El estribillo del famoso tema de Mecano "... allí me colé y en tu fiesta de planté, Cola-Cola para todos y algo de comer..." no serviría para ilustrar el tipo de celebración que se llevaba a cabo en la villa de los Strauss-Schäfer. Rafael pudo ver a muchos famosos, guapos y millonarios. La casa estaba engalanada dejando claro que la fiesta era un homenaje al lujo, la riqueza y la belleza.

Lo que más le gustaba a Rafael era como estaban adornados los jardines. No habían reparado en gastos, pues contrataron a uno de los arquitectos de fama internacional, que cada verano adornaba los jardines de la Serpentine Gallery de Londres con una temática diferente.

Rafael se encontraba vestido con un esmoquin. Jamás se había puesto uno y tenía que admitir que era de lo más cómodo. Cuando se enteró de lo que costaba, intentó desistir de estar en la fiesta, pero las ganas de ver a Lucky y pedirle perdón eran más grandes que su orgullo por llevar semejante prenda.

Se encontraba con Johan Schäfer cuando un grito procedente de su derecha lo sacó de la conversación que mantenían.

Silvia apareció con otras diez personas, vestidas como si fuesen a una boda real. Todos estaban emocionados por estar allí: Rogelio, Clara, Paqui, Javi, Toño... El que más le impactó a Rafael fue Rogelio el mesonero de "El botijo" quien, con un fuerte apretón de manos le dijo:

—Si le vuelves a hacer daño a mi niña, iré a por ti.

Rafael al igual que los abuelos, se quedaron un poco descolocados. Rafael no veía a Lucky por ningún sitio. Ensimismado en sus pensamientos no le prestaba atención al parloteo de Silvia.



—Lucky es un amor. Hemos venido todos con ella en un autobús que ha contratado para que nos trajeran.

—¿Ella ha venido con vosotros? —preguntó Strauss.

—Sí, sí... pero se ha encontrado con Bardem y supongo que vendrá enseguida. Nunca he asistido a una fiesta como esta. Creo que ustedes están acostumbrados a verla vestida con vestidos largos pero esta vez...

Las palabras de Silvia eran llevadas por el viento mientras Rafael la veía aproximarse rodeada de un aura. La descripción que Silvia le hacía a los abuelos de Lucky se quedaba corta con lo que Rafael veía: una mujer preciosa con un vestido largo negro donde la parte de arriba imitaba a una coraza de una guerrera sexy hasta el extremo, marcando su fina cintura mientras una falda hasta los pies de tul negro emitía un frus-frus al caminar. El pelo en una coleta alta, enmarcaban los sutiles rasgos de Lucky quien con los ojos tiznados resaltaban aún más su belleza. La sencillez de unos pendientes de zafiro, eran el único adorno que completaba el look total black.

—Hola —lo saludó Lucky al ver como la miraba con la boca abierta.

—Estás increíble Lucky —Rafael hizo amago de aproximación para darle un beso pero se frenó en el último momento. Hacía diez días que no se veían y antes debían mantener una conversación pendiente.

Lucky se marchaba cuando un brazo la frenó en su avance.

—Me gustaría que me dedicaras cinco minutos para poder aclarar las cosas —le pidió Rafael.

—Te he llamado setenta y tres veces y no me has cogido el teléfono, ni contestado a los whatssaps ni a los mensajes de voz. No sé de qué quieres hablar conmigo —Lucky se deshacía del agarre—,

pero aunque sea para decirnos adiós, te daré esos cinco minutos.

La actriz empezó a conversar con muchos de los invitados allí presentes. La fiesta estaba siendo un completo éxito y muchas caras conocidas del panorama nacional e internacional le pedían instantes robados para poder charlar con ella.

Rafael no le quitaba el ojo de encima. Después de enterarse de lo que realmente ocurrió aquel funesto día, se tenía más que merecido el desplante y la soberbia con la que le contestó. De repente notó como alguien tiraba de la chaqueta de su esmoquin. Elsa estaba preciosa con un vestido color rosa que imitaba al de una bailarina y con el pelo suelto sujetado con una diadema del mismo color.

—¡Qué guapa estás, cariño!

—Gracias Rafael —La niña le hizo un gesto para que se acuclillara porque necesitaba decirle una cosa al oído—. Tenemos un problema con Elisa.

—¿Qué le pasa ahora?

Elsa jugaba con la pajarita de su esmoquin con la mayor naturalidad.

—Las abuelas han invitado a muchos papás. Han venido compañeros míos y también de Elisa pero ella no quiere salir de su habitación.

Ambos emprendieron camino hasta la casa y cuando llegaron a la habitación de Elisa, Rafael llamó a la puerta.

—Eli, ábreme, solo quiero hablar contigo.

La adolescente abrió y Rafael se quedó impactado. Llevaba un vestido largo color turquesa, muy sencillo y nada sensual, lo propio

para su edad. La habían maquillado sutilmente y recogido el pelo en un moño francés.

Rafael y Elsa entraron en la habitación y se sentaron en la cama.

—¿Por qué no quieres bajar a la fiesta? —preguntó Rafael.

—Mírame, estoy horrorosa, parezco... parezco...

—Pareces una mujer. Estás realmente guapa Eli.

—¿Tú crees? ¡Aaay no sé, no sé!... Nunca me había vestido así... ¿Y si se burlan de mí?

—Elisa —Rafael se levantó de la cama y se dirigió a ella cogiéndole una mano y levantándole el mentón para que lo mirara a los ojos—. Sabes que te quiero mucho y quizás pienses que te he hecho un piropo por obligación, pero si tuvieses quince años más, me quedaría prendado de ti.

—¿En serio estoy tan guapa?

—¡Bromeas! ¡Estás espectacular! A muchos de los que están ahí abajo les va a dar un patatús cuando te vean.

—Gracias papá... perdón, Rafa.

Los tres se incorporaron a la fiesta y Rafael, tras dejar a Elsa con sus amigas, llevaba del brazo a Elisa para darse un paseo por la fastuosa celebración. No se equivocó en nada. Muchas de sus compañeras iban arregladas pero no llegaban al punto de glamour que ella emitía. No tardaron en hacer corrillo a su alrededor y preguntarle por el vestido o los zapatos.

En ese momento Lucky, acompañada de sus cuatro abuelos, subía a una tarima para agradecer a los asistentes su presencia y dar un pequeño discurso por la nominación a los premios. Los vítores y

los aplausos inundaron el mágico lugar y la fiesta se reanudó.

Lucky se tomó un pequeño descanso. Sonreír durante tanto tiempo hizo que la mandíbula le doliera horrores. Se dirigió hacia la piscina cubierta, engalanada para la ocasión con velas por todos lados que desprendían aroma a jazmín. Por fin un poco de paz y tranquilidad. La sensación de ser observada hizo que se girara para comprobar quien invadía su momento. Era Rafael, impresionante con su esmoquin, con las manos en los bolsillos quien la miraba con sus ojos avellana deseándola pero manteniendo las distancias.

—Espero que no te importe que te haya seguido —Continuaba en la misma posición.

—Tranquilo.

—Lucky... yo... yo... —Las malditas palabras no querían hacer acto de presencia en su boca, no era capaz de emitir ningún sonido.

—Creo que quizás la que debería pedir disculpas en un primer momento soy yo —Lucky lo notó nervioso—. Aquel día te dejé plantado y salí corriendo sin darte una explicación. Lo siento.

—Te dejaste olvidado el móvil y fui al hospital. Cuando te vi con él, los celos me cegaron, no sabía que estaba ocurriendo. Estabas a punto de besarlo y pensé que...

—¿Qué había perdonado a mi maltratador? ¿Qué te traicioné después de decirte que te quiero?

Rafael asintió, agachando la cabeza de pura vergüenza.

—Sé que mis abuelos te han contado parte de la historia pero como me has pedido cinco minutos, me gustaría que escucharas la versión completa.

—Faltaría más.

—Cuando recibí la llamada algo dentro de mí saltó como un resorte. Acababa de recibir la nominación a los premios Lions y el hombre del que estoy enamorada me esperaba en los servicios. Decidí que era el momento apropiado para cortar con el pasado de raíz así que fui derecha al hospital. Estaba encamado, con golpes por todas partes y con una vía en el brazo. Era vulnerable, no podía agredirme así que le dije todo lo que llevaba guardando dentro durante este último año: que en los últimos meses de matrimonio me miraba diferente, que cuando me abrazaba no sentía su calor, que al discutir siempre tenía que llevar la razón haciéndome sentir como una estúpida y como la culpable de sus problemas. Le dije que de mí ya había tomado suficiente y que no iba a ayudarlo más, si él no quería curarse no era mi problema y que no me volviera a llamar. Lo conocía demasiado bien, sus triquiñuelas, sus mentiras. Él insistía en que sería la última vez que me pedía ayuda, lo juraba y perjuraba. Esas escenas ya las había vivido y con mucha pena, le dije que no. En ese momento me cogió del brazo y me acercó a su cara, supongo que fue el momento en que entrabas en la habitación y pensabas que íbamos a besarnos. Le dejé claro que ahora estaba con otra persona, con alguien que me quería y me respetaba, que no me degradaba, ni humillaba y que no lo iba a echar todo por la borda cada vez que él me llamase... o al menos eso pensaba.

—Lucky... —La actriz hizo un gesto con la mano para que la dejara proseguir.

—Me estaba haciendo mucho daño en el brazo, pero saqué fuerzas de flaqueza. Por una vez la sartén la tenía yo por el mango, ya no le tenía miedo, nunca más le tendré miedo. Me insultó de todas las formas imaginables, usó insultos que jamás había escuchado, pero por una vez sus palabras no me hirieron, no me hicieron sentir pavor. La verdad era que ya no me inspiraba ningún tipo de sentimientos. Me amenazó de muerte y también sobre que jamás me dejaría ser feliz. Le dije que me daban igual sus amenazas y me marché de allí —Lucky lo miró directamente a los ojos—. Quise llamarte en ese mismo momento pero me di cuenta de que me olvidé

el móvil en la oficina. Llegué a casa y tus cosas no estaban. Llamé a León y tampoco sabía dónde estabas. En ese instante supe que me habías dicho adiós.

Lucky recorrió la enorme piscina mientras observaba como Rafael asimilaba la información que le había proporcionado.

—Sabiendo que mis primas iban a pasar aquí las vacaciones de Semana Santa, había planeado un viaje para nosotros dos —hablaba para sí misma sin darse cuenta de su oyente—. Iba a llevarte a Menorca para salir del espantoso frío de Barcelona, para pasar una semana solos, tú y yo y tener el valor de proponerte...

—¿Proponerme qué? —Rafael se acercaba despacio hacia ella.

Estaban uno frente al otro, casi podían tocarse, pero Rafael no realizó ningún gesto porque no sabía muy bien cómo actuar.

Lucky, que se enfrentó a sus miedos, a sus propios demonios, se encontraba más segura y fuerte que nunca. Sabía por qué estaba Rafael en casa de sus abuelos, cómo ayudó a Elisa en el centro comercial. Lo amaba con locura pero tenía miedo de que él volviera a desaparecer.

—Proponerme qué, Lucky —insistió Rafael.

—Que te casaras conmigo.

El corazón de Rafael empezó a latir deprisa, casi entraba en taquicardia, al escuchar como la mujer más increíble, inteligente y preciosa que había conocido, quisiera pasar el resto de su vida con él.

—¿La proposición sigue en pie? —Rafael la agarró del óvalo de la cara para perderse en la inmensidad de los ojos azules que lo miraban nerviosa.

No podía negarlo, estaba locamente enamorada de él.

Engañarse a sí misma solo le haría más daño.

—Rafael de Sáez y Torres —Lucky se arrodilló ante él—, ¿quieres casarte conmigo?

Rafael la irguió de la posición y comenzó a besarla como si no hubiese un mañana. La deseaba pero ante todo la amaba. La arrinconó en uno de los ventanales y con urgencia se deshizo de la chaqueta y de la pajarita, mientras su lengua atacaba sin piedad la boca que lo hizo claudicar de su amada soltería, de ser un trepa con las mujeres.

Lucky respiraba con dificultad. El corpiño ceñido presionaba sus pechos haciendo que prácticamente se le salieran, mientras las manos de Rafael, recorrían sus piernas por debajo de la falda de tul, buscando el monte de Venus.

Rafael desgarró la fina prenda interior y pudo insertar dos dedos en ella, notando sus fluidos, señal inequívoca de su pasión por él.

—No puedo respirar... —le dijo Lucky apartándose un momento de sus labios.

Rafael le dio la vuelta y tras desabrochar cinco corchetes, notó que la presión del corpiño disminuía sobre los senos de Lucky. Pensó en penetrarla en esa postura pero se lo pensó mejor. Necesitaba verle la cara cuando llegaran al clímax, necesitaba decirle que la amaba, que la quería, y sobre todo, tenerla de frente para darle una respuesta a su proposición.

Levantó una pierna y se la apoyó en la cadera. La penetró con todas sus fuerzas, haciendo que la actriz dejara caer todo su peso sobre él mientras recibía cada embestida. Pero a Rafael no le llegaba, así que cogiéndola en volandas, le pudo hacer el amor como quería, fuerte, posesivo, hasta el fondo.

—Te quiero Lucky.

—Rafa, por favoor... —suplicaba en completo éxtasis.

La embistió tres veces más dejándose ir con un fuerte gruñido. La depositó en el suelo despacio, dejando que se apoyara en él para mantener el equilibrio, mientras sus miembros aún permanecían unidos debajo de la falda de tul.

—Sí —pronunció Rafael.

—Sí ¿Qué? —preguntó Lucky mientras acariciaba sus labios con sus dedos.

—Te amo Lucky. Sí me casaré contigo.

—¡Por fin os encuentro! —Aparecía Silvia, inoportuna como siempre —. Perdón... yo...

—¡Fuera! —gritó Rafael.

—Pero es que... —Silvia tenía que decirles algo importante.

—¡Fuera, fuera, fuera, ya! —Insistió Rafael que no se separaba del cuerpo de Lucky ya que tenía los pechos desnudos y él aún permanecía en su interior.

Silvia se tapó la cara con las manos y se dio la vuelta pero no hizo conato de marcharse.

—Solo quería deciros que Pedro, tu exmarido está aquí con una joven que se llama Patricia y está destrozando todo el mobiliario.



## 31.

Quince días antes, Pedro conversaba con uno de los jugadores VIP de una sala de juego comentando la noticia que los dejó a todos mudos. Uno de los habituales en los casinos de España y partidas en las que se apostaba muchísimo dinero, entre los que estaba Pedro, se había suicidado tras perder seiscientos mil dólares, después de una mala racha tras participar en el campeonato Latin Series of Póker. Su novia colombiana, quien residía en Colombia, informó a la policía que se comunicó telefónicamente con su pareja: "Me dijo que había perdido mucho dinero. Su voz denotaba una profunda tristeza. Lo alenté, pero fue en vano". Desde ese día, la joven perdió contacto con Bastianoni y viajó a Lima para denunciar su desaparición ante la Dirección de Investigación Criminal de ese país. Tras recurrir a la embajada de Italia en Lima, se logró rastrear la señal vía satélite del teléfono de su novio para ubicarlo. Estaba muerto en un apartamento que había alquilado en el tercer piso de un lujoso edificio ubicado en el distrito limeño de Miraflores, sur de la capital, abrazado a su ordenador y en un avanzado estado de descomposición. En la misma habitación se halló una parrilla al carbón, que se presume encendió intencionalmente, además de toallas y cinta aisladora para sellar cualquier salida en puertas y ventanas. La aspiración del monóxido de carbono fue lo que provocó su deceso. Según el diario La República, también fueron hallados un maletín con 140.000 dólares y una carta escrita de su puño y letra en la que solicitaba emplear ese dinero para incinerar sus restos.

—Bueno, supongo que tú eres demasiado cobarde como para quitarte la vida —le recriminaba Quílez, un cincuentón podrido de dinero, soltero y putero—. La estrellita del cine siempre vendrá a socorrerte.

—¡Cierra la puta boca! —lo enganchó Pedro de la solapa de la americana.

Cada vez estaba más harto de esa mierda, pero al mismo tiempo la adrenalina que circulaba por sus venas cuando se sentaba en la mesa y veía que las dos cartas que mantenía en la mano podían hacer que ganara la partida con la combinación de las otras cinco descansando sobre el tapete, era lo único que le daba sentido a su asquerosa vida.

En sus tiempos de futbolista, todo el mundo lo respetaba, le pedían entrevistas, salía en las mejores portadas tanto de diarios como revistas del corazón. Aún tenía treinta y cinco años, era un hombre joven y muy guapo, pero en su interior era consciente de que el juego lo consumía a un nivel desorbitado pero ¿qué podía hacer?

Cuando se casó con Lucky Strauss las puertas del paraíso se abrieron ante él: iban a todas las fiestas, a todos los festivales de cine, a premios... hasta que se dio cuenta que él era un hombre objeto que simplemente acompañaba a su famosa mujer para mostrar la cara de la felicidad. Le frustraba sobre manera que ella siguiera siendo alguien aun después de ganar un Oscar y retirarse de su carrera como actriz. ¡Joder! ¿Por qué tuvo que apartarse de los focos? Hubieran vivido a todo tren, viéndose quince días cada dos meses. Él podría seguir con sus juergas, sus infidelidades, aunque tenía que admitir que su único y verdadero amor eran las cartas.

Aquella preciosa e inteligente mujer se puso a trabajar en la agencia de publicidad de sus abuelos. ¡Sus abuelos! Como los odiaba. Siempre contando batallitas de cómo fueron rescatados de los campos de concentración, de lo mal que se lo hicieron pasar... ¿A quién cojones le importaba toda esa mierda?

Cada vez dependía más de Lucky a nivel económico. Ya no lo llamaban para entrevistas o para ser reportero de algún partido. Se sentía tan frustrado que solo podía calmar sus ansias maltratándola.

—Pedro, tú hablas —le decía uno de los jugadores.

—Paso —contestó dejando que el siguiente jugador hablara y así tantear lo que podían llevar los demás.

Las horas pasaban y los jugadores eran eliminados poco a poco, dejando sobre la mesa una cantidad ingente de dinero, los billetes morados de quinientos euros sumaban una cantidad de cuarenta mil euros.

Al final tan solo quedaban dos jugadores, Pedro y un joven de cuarenta años, jugador profesional, que se había afincado en Barcelona tras ser expulsado del último casino tras perder cuatro millones y por hacer trampas.

Hicieron un pequeño receso para templar los nervios antes del último uno contra uno, donde las partidas eran muy rápidas, muchas veces incluso no miraban ni las cartas que esperaban a ser puestas en pie para ser observadas por sus dueños, haciendo apuestas inimaginables, para saber quién de los dos tenía más huevos.

Pedro, con su segundo cubata en la mano contemplaba a su rival, que permanecía sereno en la mesa, jugando un solitario.

Jordan Colt era un californiano de cuarenta años que había ganado una fortuna en partidas y campeonatos de diferentes modalidades del póquer. Antes de que reservase en agosto de 2012 una mesa privada y pidiese una crupier china en el casino Crockfords del barrio de Mayfair, ya había algo extraño en el empeño que mostró en los meses anteriores en batir a casinos en un juego estúpido de puro azar, el Punto Blanco, una variedad del bacarrá donde gana quien se acerque más a nueve. La apuesta se hace antes del reparto de las cartas. El 10, la Jota, Reina y Rey no valen nada. Si dos o tres cartas suman más de diez, se descuenta diez de su valor. Las cartas más deseadas para la victoria son sietes, ochos y nueves. Jordan había llamado al Crockfords de Londres, que no objetó a su petición de una crupier china, porque la estrella del circuito mundial del naipe llegaría acompañada de Cheung Yin Sun, una mujer del norte

de China, de una familia rica, conocida en casinos de Estados Unidos que se comunicaba por señas ya que no sabía hablar inglés.

Los casinos saben que los apostadores suelen ser gente maniática que piden cosas extrañas para atraer la suerte que necesitan. En este caso, Jordan pidió también que el casino incluyese en los dos días que planeaba jugar allí una baraja de la marca *Angel*, fabricada por una empresa de Estados Unidos, porque le daba suerte. El casino incluyó la baraja. Sun había descubierto que esa baraja tenía una asimetría. La impresión de la pauta de diamantes no termina igual en los dos bordes más largos del reverso de las cartas. Sun se había asociado con el famoso jugador y en los últimos meses habían ganado mucho dinero en mesas de bacarrá. Hacía falta tener buena vista para identificar la diferencia, pero la estrategia funcionaba.

El primer día perdieron dinero pero, en el segundo, en busca de “cualquier cosa para tener más suerte”, Sun pidió a la crupier en chino mandarín que girase ciento ochenta grados los siete, ocho y nueve antes de meter las cartas en el mezclador automático. Esos nuevos artilugios de los casinos permiten a los jugadores ver el reverso de la primera carta que se va a repartir y a la extraña pareja le permitía identificar si sería una buena carta.

Así ganaron ocho millones y medio de euros y los gerentes del casino entregaron a Jordan el correspondiente pagaré. El día siguiente era festivo, los bancos cerraban, le enviarían el dinero a su domicilio en Estados Unidos. Pero los responsables de Crockfords se encerraron con todos los vídeos grabados por las cámaras de seguridad, que captan también el sonido, para estudiar qué había ocurrido. Decidieron no pagar a Jordan, que denunció al casino ante los tribunales británicos, célebres por la imparcialidad de sus sentencias. Los jueces no le dieron la razón en instancias inferiores y Jordan mantuvo el pulso hasta la última carta posible, el Tribunal Supremo de Inglaterra y Gales. No había disputa sobre los hechos. El argumento de los abogados de Jordan era que no obtuvo sus

ganancias mediante el engaño sino «mediante el despliegue de una ventaja perfectamente legítima». No podía acusársele de deshonestidad puesto que no aceptó que lo que hizo fuese una trampa. Los jueces del Supremo avalaron la opinión de un magistrado en el Tribunal de Apelación. Si Colt se hubiese aprovechado de la asimetría de las cartas de la marca Angel para tener ventaja en sus apuestas contra el casino, no habría cometido una falta. Pero lo que hizo, con la ayuda de su cómplice, Sun, fue engañar a la croupier, a la que persuadieron para que alterase la forma de ordenar las cartas, convenciéndola de que era algo inocente cuando ellos sabían que alteraba el juego a su favor.

—Señores a la mesa por favor —comentó el crupier.

Pedro y Jordan se sentaron frente a frente. El crupier mezcló la baraja y repartió las cartas. Cada uno tenía cincuenta mil euros en fichas, así fueron poniendo las cantidades indicadas a medida que el crupier ponía carta tras carta sobre el tapete.

Llevaban diez partidas rápidas cuando Pedro pensó que por fin había llegado su momento de gloria. Tenía dos reinas en la mano y dos reinas yacían sobre la mesa, tenía póquer de reinas. No podía perder.

Acumulaba un bote de setenta mil euros y lo apostó todo. Gritó: *all in.*

Pensaba que Jordan se retiraría, que tiraría su mano pero se sorprendió al ver que su rival ponía sobre la mesa sus ganancias, cien mil euros.

<<Iluso>> pensó Pedro con una risa sardónica al destapar sus cartas y ver al resto de jugadores eliminados aplaudirlo.

Sobre la mesa había a parte de las dos reinas, dos ases y un siete.

Jordan, al ver como Pedro estiraba los brazos para recoger las ganancias, lo frenó.

—Nou tan rápidou amigou —dijo con su acento californiano tan marcado.

Al destapar su mano, Jordan tenía dos ases que junto a los que esperaban en la mesa, lo alzaban como vencedor con un póquer de ases.

Pedro comenzó a sudar. ¡Era imposible! Hasta que se dio cuenta de que dos de los ases eran diferentes a los que había en la mesa.

—¡Has hecho trampas, cabrón! ¡Esas dos cartas no son de la baraja! —gritaba poseído.

Todos se acercaron a la mesa al ver como el americano ni se inmutaba mientras Pedro escupía espuma por la boca.

—¡Exijo que se verifiquen las cartas!

El crupier cogió las cartas que yacían boca arriba delante de cada jugador y aunque apreció la diferencia entre el as de picas y de corazones, el reverso era exactamente igual que el resto de los naipes.

—Lo siento señor, pero las cartas son correctas.

—¡Qué estás diciendo idiota! ¡Eres una mierda al igual que él! ¡Estáis compinchados! ¿Es eso? ¿Cuánto dinero te ha prometido?

—Señor, soy totalmente imparcial, por favor cálmese. Soy crupier profesional y el dueño del local me lo ha pedido como favor personal.

—Entonces con quien estás compinchado, ¿es con el dueño, yanki de mierda?

Jordan permanecía impasible viendo como su rival perdía los nervios.

—Vamos Pedro, déjalo ya y paga la apuesta —lo frenaba en su avance uno de los participantes a la timba ilegal.

—¿Qué pague la apuesta? ¡Son doscientos mil euros, joder! ¿De dónde voy a sacar tanta pasta?

—A lo mejor puedes pagar mitad de la apuesta como la última vez —dijo otro de los jugadores haciendo un gesto asqueroso con la boca, ya que fue el beneficiario de follarse a Lucky.

—¡Hijo de puta! —Pedro se adelantó y lo golpeó.

—You no cobrrraré la deuda a base de que apueste la dignidad de una muger, señor Vélez —dijo de repente el americano.

—No sabe lo que dice —volvió con las mismas el jugador—. Lucky Strauss es una mujer preciosa y podrá hacer con ella lo que quiera, por delante y por detrás. Además se queda quieteciita hasta que...

Pedro arremetió contra él con todas sus fuerzas. Era un cobarde, un soberano cobarde. Haberla apostado en aquel momento fue la única alternativa que tuvo ya que su rival en ese momento le condonó la deuda si le permitía acostarse con la famosa actriz. El resto de jugadores se abalanzaron sobre él y le dieron la paliza de su vida. Golpearon, apalearon y le dieron patadas en todo su cuerpo: cabeza, extremidades, torso. Pedro noto varios sonidos secos y supo que le habían fracturado varias costillas y quizás el tabique nasal.

Malgrado en el suelo, retorciéndose como la alimaña que era, ensangrentado y dolorido, vio unas zapatillas deportivas la mar de horteras al lado de su cara.

—Tiene veinte días señor Vélez, sinou se lo quitaré todou, hasta

su asquerosa vida.



## 32.

Salió del hospital con un vendaje en el torso recordando la conversación con Lucky. Aquella zorra se negaba a ayudarlo argumentando que estaba enamorada, seguramente del niño y que nunca jamás acudiría en su ayuda. Necesitaba encontrar ese dinero, como y de quien fuera, para saldar su deuda y salvar su vida. De Lucky se ocuparía más tarde, se juró a sí mismo.

Tiró de contactos. Llamó a determinadas emisoras de radio y productoras de televisión para que lo volvieran a contratar como comentarista deportivo, pidiendo previo pago la deuda contraída. Pero nadie lo quería fichar. Su fama lo precedía pero no como ludópata sino como maltratador.

—¡Putita zorra! —colgaba el teléfono con fuerza ante la última negativa.

Caminaba por su casa, devanándose los sesos para encontrar una solución, otro golpe de suerte que le permitiese salir airoso de la situación en la que él solo se había metido. Hasta que de repente, una bombilla se iluminó en su malévolos cabeza.

Llamó a casa de uno de los diputados con el que había coincidido en uno de los prostíbulos más conocidos de Barcelona. El chantaje era su última opción.

—Sí ¿dígame? —La voz de una mujer joven lo sorprendió al otro lado de la línea.

—Buenos días. Necesito hablar con don Albert Triay por favor.

—¿De parte de quién? —Patricia odiaba hacer de secretaria de su padre.

—Soy Pedro Vélez de Eza.

—¿El exmarido de Lucky Strauss? —Patricia no se lo podía creer.

—Efectivamente. ¿Sería tan amable de pasarme con don Albert?

—Soy su hija Patricia. Porque no viene esta tarde a casa a tomarse un café, seguramente lo recibirá.

—De acuerdo. Muy amable Patricia.

Cuando colgaron el teléfono, Patricia ya estaba tramando su próximo movimiento. Hacía tiempo que no iba al pub que Rafael solía frecuentar. La última vez salió escaldada al verlo enamorado de la puñetera actriz que tenía a todos los hombres dejando un reguero de babas allá por donde ella pisaba. Pero el resto de los hombres le daban igual, a ella solo le interesaba Rafael y aquel sería su momento.

La casualidad de que el exmarido de Lucky llamase para hablar con su padre sería aprovechada por ambos. A Patricia le daba igual lo que tuviesen que hablar, en realidad la vida de sus padres, que era una completa fachada se la traía al paio, mientras ella tuviese dinero en abundancia para gastar, el resto... ni fú ni fa.

Pedro apareció en casa del diputado a las cinco de la tarde.

Patricia fue quien le abrió la puerta y tras dos besos en la mejilla a modo de presentación lo acompañó al despacho de su padre.

—Si no le importa me gustaría hablar con usted cuando haya finalizado con mi padre —Patricia desplegaba sus encantos y su cara educación con el exfutbolista.

—Trátame de tú que no debe haber tanta diferencia de edad.

—De acuerdo —contestó Patricia—. Dile al servicio cuando termines que me hagan llamar.

Pedro entró en el enorme despacho donde el diputado se encontraba con un montón de papeles sobre su mesa. Estaban siendo tiempos convulsos con tantas llamadas a la independencia de Cataluña con tanto imputado, encarcelado y demás. Las noticias no hablaban de otra cosa que no fuese el *procés*, pero a Pedro poco o nada le interesaba lo que pasara en el mundo.

—¿Cuánto tiempo sin verte? —extendió la mano el diputado y le pidió que se sentara—. Bien, a que debo tu visita.

—Albert, no me voy a andar por las ramas. Tengo un problema de cojones y necesito que me ayudes.

—Tú dirás —El diputado se recostó en su sillón en actitud chulesca. No iba a ayudarlo lo tenía claro, pero ante todo las formas. Los políticos son todo caballerosidad y educación.

—El otro día perdí doscientos mil euros contra Jordan Colt. Ese hijo de puta hizo trampas. Los ases que llevaba no pertenecían a la baraja con la que estábamos jugando pero nadie me creyó y recibí una paliza que poco más y acaba conmigo.

—Has venido para que te deje dinero —No lo preguntó, afirmó con cara de póquer, valga el eufemismo.

—Sí.

—Es mucho dinero y como comprenderás yo no tengo...

—¡Eres político, no me vengas con monsergas! Si no me das lo que te pido saldré de aquí y me iré directo a la redacción de OK diario, La Vanguardia o donde sea y destaparé tus gustos sexuales.

—¡No te atreverás! —se puso el diputado en pie rojo como un

pimiento.

—Tal y como están ahora las cosas en Cataluña y sobre todo en tu partido, un escándalo sexual acabaría con todo lo que pretendéis hacer. La noticia sería la mar de jugosa: “Diputado que acude tres noches a la semana al Cleo’s para mantener relaciones sexuales con hombres más jóvenes y que además él es el pasivo”.

—¡Cabrón desgraciado! ¡Sal ahora mismo de aquí! —El diputado estaba fuera de sí. ¿Cómo se atrevía a chantajearlo en su propia casa? Sin embargo, viendo la pose de Pedro, de aquí no me muevo hasta que me des el dinero y observando su convicción, hizo memoria para saber de cuánto podría disponer. Los partidos políticos poseen millones de euros que se utilizan muchas veces, como sucedió recientemente, para pagar a los abogados de los imputados por el *procés* y para pagar las fianzas de otros muchos para que no pisaran la cárcel —. Tengo que realizar unas llamadas.

—Tengo todo el día y este sillón es muy cómodo —contestó Pedro con una sonrisa triunfal.

Pocos eran conocedores de los vicios del diputado. Entre ellos, uno de los abogados que trabajaba para el partido. Tras una llamada de más de una hora lo único que pudo ofrecerle el político a Pedro eran cien mil euros, cantidad que no llegaba para saldar su deuda.

Harto de tanto diles y diretes, Pedro cogió su móvil y realizó una llamada falsa, haciendo el paripé ante el diputado de que estaba llamando a uno de los periódicos más importantes del país para revelar una noticia jugosa.

El diputado lo miraba con los ojos fuera de sus órbitas cuando escuchó como tuteaba a una persona, persona totalmente ficticia ya que Pedro era el rey de los faroles. Cuando el exfutbolista estaba a punto de revelarle a su fingido interlocutor el bombazo del año, el diputado, tras un ¡cuelga el teléfono, conseguiré el dinero!, Pedro

guardó su móvil.

— Dame un día más y lo tendrás.

El jugador salió de allí contento pero con la mosca detrás de la oreja. La apuesta fue muy arriesgada, no las tenía todas consigo. Quizás ese capullo llamase a la policía o a los Mossos d'Esquadra para que lo detuvieran por extorsión o vete tú a saber.

No tenía otra cosa que hacer y buscó a Patricia. Tras subir a la segunda planta de la masía donde vivían, ésta la esperaba con una gran sonrisa. Mientras el exfutbolista estuvo reunido con su padre, su plan fue tomando forma en su cabeza. Primero tenía que averiguar para qué quería ver a su padre por si se podían ayudar mutuamente.

— ¿Te apetece tomar algo? He pedido al servicio que nos hicieran café.

— Preferiría algo de alcohol — contestó Pedro.

Tras servirle un vaso de whisky, Patricia se sirvió una taza de café solo con dos terrones de azúcar, se sentó frente a él y no se anduvo con rodeos.

— Necesito que me ayudes a recuperar a un hombre...

La carcajada de Pedro, ante la frase que ella no terminó, le pusieron los pelos como escarpas. Sabía muchas cosas del exmarido de Lucky Strauss y debía andarse con ojo. Quizás no fuese un hombre tan fácil de manipular.

— Eres una mujer guapa y preciosa Patricia, no sé cómo puedes pedirme que te ayude a...

— Se trata de la nueva pareja de tu exmujer — Patricia se llevó la taza a los labios y lo miró por encima de las pestañas comprobando que su respuesta lo había dejado totalmente descolocado. Se recostó

sobre la silla, cruzó las piernas y continuó hablando—. Sé muchas cosas de ti, al igual que cuando estás metido en un aprieto económico es a ella a quien recurres. Estarás de acuerdo conmigo en que, si ahora tiene un nuevo novio, y créeme porque conozco a ese hombre demasiado bien, hará lo posible para que no vuelva a ayudarte jamás.

—¿Qué propones? —Pedro tenía el corazón desbocado ante la realidad que lo golpeaba con fuerza.

—Separarlos como sea. El sábado, los abuelos de Lucky dan una fiesta en su casa de verano en honor a su nieta por la nominación a no sé qué premios de la publicidad. Mis padres y por extensión yo, estamos invitados a la fiesta. Serás mi pareja para que te dejen entrar. Cuando nos vean aparecer juntos les diremos que nos hemos conocido no hace mucho, que tú has cambiado y que vas a hacerte cargo del hijo que espero.

—¿Estás embarazada de Rafael?

—No estoy embarazada pero así crearemos la duda en la pareja. Imagínate, Lucky te ve como un hombre nuevo, un caballero que se enamora de la idea de la paternidad, mientras la persona a la que ella ama se queda mudo, porque en realidad no sabrá si lo que digo es cierto o no. Generar una duda es lo mejor para separar una pareja.

—Aunque saliese bien, Lucky nunca volvería conmigo, le he hecho demasiado daño... —¿Había arrepentimiento en las palabras de Pedro? ¡Increíble!

—Lo que yo quiero es que Rafa vuelva conmigo —dijo con voz severa importándole una mierda si la estrellita de cine volvía con él o no.

—Tengo un precio Patricia. Seguramente al evento acudirá parte de la prensa y de la televisión y la que se puede montar puede ser muy gorda. Mi reputación...

Ahora era Patricia la que se reía de la manera más sardónica que había visto en su vida y eso lo enfadó.

—¿Tu reputación? ¡Por favooooor! Eres un maltratador, un putero y un ludópata, ¿de qué reputación me estás hablando?

Pedro se levantó de la silla y se encaró a Patricia, apoyándose con toda su estatura en los brazos de la silla, amenazante.

—Si vuelves a insultarme, niñata engreída, te arrepentirás.

Patricia temblaba. El café se le cayó al suelo y emitió un grito al tener tan cerca a la bestia que amenazaba con agredirla. Se había equivocado por completo.

—Lo... siento... lo...

—Si eres capaz de conseguir para mañana dos cientos mil euros, haré lo que pides —Sacó su cartera y le extendió una tarjeta con su número de móvil. En tres zancadas salió de la habitación y dejó a Patricia que se recuperara de la impresión.

## 33.

Como personalidades que eran, el diputado, su esposa y su hija Patricia fueron invitados a la fiesta en honor de Lucky.

Pedro esperaba en la entrada de la gran casa a la hija del político y entraron como pareja. Cuando el diputado lo vio con Patricia, sus ojos comenzaron a echar chispas como si fuesen las fallas de Valencia. No sabía que se traía entre manos pero determinó que lo mejor sería mantenerse alejado de él.

Su hija, la tarde en la que el exfutbolista vino a chantajearlo, le pidió una suma descomunal de dinero para comprarse un coche nuevo. A pesar de que él no podía negarle nada a su princesa, como él la llamaba, y tras los pucheros que su niñita le ponía para que le transfiriese la suma del vil metal a su cuenta corriente, el diputado no pudo negarse. Los días siguientes esperaba a que trajesen del concesionario el coche que con tanta insistencia le rogó, pero el automóvil no aparecía por ninguna parte. En ese momento, en el instante en el que vio a Pedro Vélez de Eza portando del brazo a su hija, pensó que quizás se parecía a él en determinados asuntos oscuros y que la había extorsionado de alguna forma.

Fue recibido como se merecía por los cuatro anfitriones y dejó de lado la idea del chantaje. Ya se ocuparía de ese malnacido en otro momento y ya charlaría con su hija para que le explicara cómo se hallaba su estafador con ella.

Las horas pasaban y se divertían de lo lindo. Vieron como Lucky subía a una tarima improvisada y emitía un discurso de agradecimiento ante vítores y aplausos.

Pedro se fijó en lo guapa que estaba su exmujer y como su niño se acercaba a ella. La expresión de Lucky denotaba lo enamorada que estaba. Notaba como entre aquellos dos fluía algo



que él jamás pudo darle: amor.

Verla tan radiante y como el éxito la sonreía una vez más mientras a él se le cerraban todas las puertas hizo crecer en su interior una rabia desmedida. Se acercó a una de las barras y comenzó a pedir whisky tras whisky. Patricia no le quitó el ojo de encima en ningún momento y cuando el exfutbolista iba por su sexta copa se acercó a él pidiéndole que dejara de beber.

—¡Déjame puta! —le escupió casi en la cara.

—Tenemos un trato Pedro y no te voy a consentir....

La carcajada exagerada y burlona de Pedro le pusieron los pelos como escarpías.

—¿Tú? ¿Tú no me vas a consentir a mí el qué? —Cogió aire y soltó toda la mierda que llevaba dentro. Necesitaba desahogarse, romper algo para soltar la frustración que lo carcomía por dentro—. ¡En el poco tiempo que estuve con Lucky hice lo que me dio la gana y cuando me dio la gana! ¡Tú, zorra, no le llegas ni a la suela de los zapatos!

¡Zas! Hostiazo que se comió.

Patricia, harta de que la tratase de aquella manera se percató de cómo los invitados cesaron sus conversaciones para fijarse en ellos por el espectáculo que estaban dando. Pero la joven no conocía el malhumor del que fuera uno de los mejores jugadores del deporte rey del país.

Pedro giró la cara, se irguió con toda su estatura y le devolvió la bofetada tirándola al suelo. Después la emprendió con la barra en la que estaban apostados tanto los camareros como diferentes licores tirándolo todo al suelo con brutalidad.

Los Strauss-Schäfer se acercaron a la zona y viendo quien era el

causante del escándalo que se llevaba a cabo en su propio hogar, hicieron llamar a los de seguridad que habían contratado para que lo echaran de allí. Pero un hombre llevado por el alcohol y la rabia, hace que su fuerza se cuadriplique y los dos de seguridad no eran capaces de aplacarlo, sino que se vieron inmersos en una pelea en la que recibían más que daban.

Elsa se acercó a la escena y empezó a pegarle patadas en la espinilla al jugador hasta que éste se fijó y la cogió del cuello ante la exclamación de angustia de los presentes.

—¡Suéltala ahora mismo, hijo de puta! —gritaba Strauss al ver la impasividad de los presentes que no hacían nada más que mirar el espectáculo sin echarle una mano a la niña.

—¡Lucky, zorra asquerosa! ¿Dónde te escondes?

Lucky y Rafael corrían, después de ser avisados por Silvia para evitar que algo malo sucediese. Pero era tarde, muy tarde. Pedro tenía apresada a la niña por el cuello, agarrándola con su antebrazo a la altura de su hombro. Elsa casi no podía respirar y pataleaba en el aire intentando dar alguna patada para que ese monstruo la soltara.

—¡Pedro! —Lucky respiraba con dificultad tras el carrerón con los altos tacones—. ¡Suéltala!

—¡Aquí está la puta de mi mujercita! —se relamió los labios y acto seguido, al ver quien la agarraba por la cintura, una náusea se apoderó de él. Se fijó en que ambos tenían las mejillas arreboladas y que estaban un poco despeinados. Estaba seguro de que habían estado echando un polvo—. Si quieres que la suelte, cámbiate por ella y ven conmigo.

—*Ich werde dich töten, du Bastard!* —La amenaza de muerte de Schäfer le hizo mucha gracia y se rio de él a la cara, lo que al anciano no le gustó y se abalanzó al joven con las fuerzas que tenía.

—¡Nooo! —gritó Avelina la mujer de Schäfer, pero el octogenario recibió un puñetazo que lo dejó en el suelo, llevándose las manos a la nariz que sangraba profusamente.

Tanto Strauss como Rafael mantenían los puños cerrados entorno a su cuerpo sin saber muy bien lo que hacer. En ese momento, Jacinta salió disparada hacia la casa. Los presentes pensaron que iba a llamar a la policía o que se retiraba porque estaba muerta de miedo o de vergüenza.

Lucky, junto a su abuela, se encontraba arrodillada ante Schäfer e intentaba pararle la hemorragia con su precioso vestido. Estaba cansada, harta de esa persona, porque lo de tratarlo como ser humano era un calificativo demasiado agradable para definirlo como tal. Empezó a llorar llevada por la impotencia y en un momento, se tranquilizó, se puso en pie y se acercó a Pedro.

—¡Lucky! ¿Qué cojones crees que estás haciendo? —gritó Rafael. Si se le ocurría hacerle daño a alguna de sus chicas, no le importaría entrar en prisión por haber matado a ese malnacido.

—Déjala, estoy aquí, me iré contigo —Las palabras sonaron amables y tranquilas de la boca de la actriz.

Pedro soltó a la chiquilla de cualquier forma. Elsa corrió a los brazos de Rafael llorando y temblando, mientras el joven la intentaba tranquilizar de la mejor manera, diciéndole palabras de consuelo.

Elisa, quien había sido llamada por su abuela Jacinta, se acercaba con ella tranquilamente.

Pedro cogió a Lucky de la misma manera que tenía apresada a Elsa no hacía ni un minuto y caminaba hacia atrás para que los dos salieran de allí. Sin embargo, un disparo al aire cortó su breve huida.

Jacinta tenía un arma en las manos apuntando al cielo. La pistola aún humeaba tras escupir la bala perdida.

—Solo voy a decírtelo una vez, suelta a mi nieta.

La carcajada profunda y de borracho que emitió Pedro los dejó con la sangre congelada.

—Ten cuidado con el cacharro que llevas en las manos, vieja, no te vayas a hacer daño —declaró Pedro con tremenda calma. Ya tenía lo que quería, a Lucky. Aquel vejestorio no iba a intimidarlo porque llevase una pistola.

Jacinta sonrió mirando al suelo y tras alzar la mirada le dijo:

—Siempre has creído que somos unos snobs, que nos gustan las fiestas, los barcos, viajar y jugar al *brige*. Nunca te has interesado en lo más mínimo por esta familia, por sus orígenes.

—¿Vas a soltarme una charla? —Pedro se estaba divirtiendo pero algo en los ojos de la anciana cortó su sonrisa mordaz.

—Avelina y yo hemos pasado por una guerra civil y nuestros esposos fueron prisioneros en los campos de concentración. Nosotros sí hemos tenido que sobrevivir e incluso matar.

—¡No me hagas reír! ¡Prrr, me abuuurres! —Pedro quería largarse de allí.

—Todo lo que piensas de nosotros es cierto pero hay detalles que sabrías si te hubieras dignado a ser un marido y no un mequetrefe. Fui campeona olímpica de tiro Pedro, así que solo voy a hacerte una pregunta.

Mutis total. El silencio solo era roto por la brisa que pasaba veloz por las briznas de la hierba recién cortada.

—¿Quieres que te deje ciego, estéril o... muerto?

—¡Soy el rey de los faroles, vieja! —Apretó más contra sí a

Lucky, haciendo que ella tuviese que agarrarse a su antebrazo para dejar algo de espacio y poder coger aire—. No serías capaz de darle ni a mi hombrera derecha sin...

¡Bang!

La hombrera derecha voló por los aires.

Pedro comenzó a sudar. Jamás imaginó que las extravagantes abuelas de Lucky tuvieran *hobbies* tan raros. La mirada de la anciana no dejaba lugar a dudas, sería capaz de meterle una bala entre ceja y ceja sin pestañear.

Pedro tiró a Lucky hacia la abuela que lo apuntaba y salió pitando de allí, mientras Rafael y otros hombres salían tras él para darle su merecido.

—¿Estás bien cariño? —le preguntaba Lucky a Elsa—, ¿estás bien? Lo siento tesoro, lo siento muchísimo... —Se aferraba a su prima abrazándola con fuerza mientras escuchaba como sus abuelos daban por terminada la fiesta.

Elisa cogió a Elsa y la llevó dentro de la casa, mientras Jacinta le pedía a Lucky que también se metiera en el interior para esperar noticias sobre el malnacido de su exmarido.

Lucky no podía con la tensión, había transcurrido media hora y la casa estaba en completo silencio. Un silencio sepulcral, que te recorre el cuerpo como cuando uno se adentra en plena noche en un cementerio. ¿Por qué? ¿Por qué no la dejaba tranquila? ¿Por qué no la dejaba rehacer su vida? Haberlo conocido era el peor error que había cometido en su vida. Pensó que tras su negativa en el hospital durante el tiempo que estuvo ingresado le había dejado claro que ya no le pertenecía, que ya no iba a salvarlo nunca más. ¿Cómo había entrado en la fiesta?

Abrió el agua de la ducha y se metió bajo ella con su elegante

ropa. Su perfecto maquillaje empezó a correr por sus mejillas, estampando en los azulejos del suelo unas perfectas gotas negras, como piedras que caen al suelo simbolizando su alma que caía trozo a trozo.

Se sentó en el suelo de la ducha y lloró. Lloró por haber expuesto así a su familia, a Elsa, a la dulce Elsa. ¿Cómo se había atrevido a cogerla, a amenazarla? ¡Tan solo era una niña indefensa!

—Te mataré —dijo en voz alta—, juro que algún día te mataré.

Se quedó allí, bajo el agua que empezaba a perder su calor y comenzaba a salir fría. Tenía las manos arrugadas por el tiempo que llevaba bajo la cascada pero no se levantó. Se castigó a sí misma por ser una cobarde, por no haberlo denunciado cuando tuvo que hacerlo para que ese hijo de puta pagara todas las vejaciones, todos los maltratos que sufrió en su propia carne, para que se pudriera en la cárcel.

## 34.

Rafael regresaba abatido a la casa. Aquel cabrón se les había escapado cuando tras perseguirlo y dar la vuelta en una esquina vieron cómo se metía en un taxi. Tras despedirse de los hombres que lo acompañaron en la caza y de agradecerles su ayuda, entraba en la casa. En el salón Elsa, dormía sobre las piernas de Elisa, quien también dormitaba con las manos apoyadas en la cabeza. Los cuatro abuelos permanecían callados hasta que se dieron cuenta de su presencia y se levantaron como resortes para tener noticias.

Rafael les dijo que se les escapó con la mandíbula tan apretaba que casi podía escuchar sus propios dientes al chocar unos con otros.

—Mataré a ese cabrón, lo juro por mi vida —decía Schäfer, quien tenía la nariz hinchada y bajo los ojos comenzaban a aparecer las marcas violáceas por el golpe en la nariz.

—Desde luego tenemos que hacer algo —dijo Rafael—. Es la segunda vez que ataca a las niñas.

—¿Cómo que la segunda vez? —preguntó alarmada Avelina quien intercambiaba miradas inquietas con Jacinta.

Las pusieron al corriente de lo acontecido hacía unos meses y las abuelas se abrazaron llevadas por la histeria.

—Tenías que haber matado a ese malnacido Jacinta —dijo Strauss.

—Sabes que soy católica, apostólica y romana. No pienso matar a nadie a sangre fría aunque no fuera por falta de ganas.

Rafael aún no daba crédito a la actuación de la anciana, a su puntería y a que fuera campeona olímpica de tiro. Le preguntaría los

detalles a Lucky a quien por cierto no veía por ninguna parte.

—¿Dónde está Lucky? —inquirió.

—Se fue a su habitación hace más de una hora. Pensamos que lo mejor era dejarla tranquila. Ya ha tenido bastante por esta noche —explicó Avelina.

—Y nosotros también. Lo mejor será que nos vayamos todos a dormir.

Cada uno de los abuelos cogió a una de sus nietas y se fueron a sus habitaciones.

Rafael entraba en la quinta puerta de la derecha tras subir la escalinata de la lujosa casa. Era la habitación de Lucky, una de las más apartadas de la casa, cuyos ventanales hacían esquina dándole la visión de casi toda la costa.

Al entrar no la vio en la habitación pero sí escuchó el agua de la ducha correr.

Estaba sentada en el suelo, tiritando como un pollo, con los labios amoratados por el agua helada que emanaba de la ducha.

—¡Dios mío Lucky! ¿Qué estás haciendo? —preguntó alarmado al verla en aquel estado de hipotermia.

La sacó de la ducha e intentó quitarle el vestido pero no fue capaz. Estaba tan mojado que le resbalaba en las manos. Encontró una tijera en el espacioso baño y sin dudarlo ni un momento, destrozó el carísimo vestido para quitárselo, al igual que la ropa interior que estaba completamente mojada.

Sin dilación se despojó del esmoquin y en cuero vivo, la atrajo hacia él para hacerla entrar calor.



Lucky se agarraba a sí misma, mientras las manos de Rafael frotaban su espalda para que su cuerpo encontrara el calor que necesitaba.

—¿Por qué has hecho esto? —Rafael seguía frotando los brazos y la espalda, mientras su mentón descansaba en la coronilla de la actriz—. Puedes ponerte enferma, coger una pulmonía, neumonía o lo que sea.

—Tengo... muuu... chooo... fríiii...o —logró decir.

Rafael la tapó con una toalla enorme y la cogió en volandas. Destapó la cama y tras quitarle la toalla, la abrazó por la espalda.

La respiración tranquila de Lucky le hizo saber que se había quedado dormida tras media hora en aquella postura en completo silencio.

A las tres de la madrugada, un fuerte grito lo sacó de su duerme vela y tras encender la luz de la mesilla de noche, se dio cuenta de que Lucky estaba gritando, con la frente empapada en sudor pero completamente dormida.

—Lucky cariño... Lucky... despierta, es una pesadilla.

—No me toques, no me toques...

—¡Lucky! —Rafael la incorporó en la cama intentando despertarla y zarandeándola un poco para que despabilara.

Lucky se sentó en la cama y se tapó la cara con las manos intentando situarse en el espacio y tiempo, dejando atrás el asqueroso y real sueño protagonizado por el hombre que la tocaba y manoseaba para pagar la deuda de Pedro.

—¿Estás un poco mejor? —indagó Rafael que estaba realmente preocupado por ella.

Lucky, al escuchar su voz se situó inmediatamente. Estaba en casa de sus abuelos y Rafael estaba con ella en la cama. Solo fue una pesadilla. Apartando las manos de su rostro contempló al hombre del que estaba enamorada y sin más preámbulos se tiró a sus brazos. Necesitaba refugio y que mejor que los fuertes brazos de Rafael para encontrar la paz que tanto ansiaba.

Rafael acariciaba el sedoso pelo, mientras no dejaba de besarle la cabeza, transmitiéndole tranquilidad y paz.

—Gracias —dijo Lucky cerca de su cuello.

—No hay porque darlas cariño. ¿Estás un poquito mejor?

Lucky asintió varias veces con la cabeza mientras se apartaba un poco de él para poder mirarlo a los ojos.

—A veces ese asqueroso recuerdo inunda mis pensamientos sin más...

—Ya pasó. Ahora estás a salvo, estás aquí conmigo.

Lucky lo besó en los labios para apartar de una vez por todas, el mal sabor de boca que le dejó la pesadilla. Se levantó de la cama ante la mirada atónita de Rafael, se dirigió hacia su cómoda y cogió una caja. Volvió a la posición inicial, sentada a su lado y le tendió la caja.

—¿Qué es esto? —preguntó Rafael.

—Ábrelo.

Rafael abrió la cajita y se encontró con una alianza de oro.

—Lee lo que hay grabado dentro —pidió ella con las mejillas sonrojadas ya que él no había pronunciado una palabra.

—Tres de febrero de 2017, el día que cambiaste mi vida.

Un silencio inundó la habitación. Rafael contemplaba la sencilla joya sin saber muy bien cómo reaccionar. Le daba vueltas sobre sus manos, leyendo y releendo lo escrito hasta que se dio cuenta de la respiración entrecortada de Lucky. Alzó la cabeza para encontrarse con la profundidad de los ojos azules, que esperaban ansiosos que dijera algo pero Rafael no era capaz de articular palabra.

Llevada por los nervios, fue ella quien rompió el incómodo mutismo, armándose de valor para realizarle la pregunta que horas antes había formulado en la piscina.

—¿Quieres casarte conmigo Rafael?

—Lucky... yo...

De repente la mirada de Lucky se entristeció. Él había aceptado su proposición después de que se tomaran el uno al otro de la manera más salvaje posible contra los ventanales de la piscina. Seguramente ahora estaba arrepentido de haberle dicho que sí.

—¿Tres de febrero? —Buscó sus ojos inclinándose ante ella para que levantara la cabeza.

—Fue el día que me rescataste, el día que nos conocimos, pensé... pensé que... —Lucky seguía sin levantar la cabeza. No quería encontrarse con los ojos castaños que enmarcados por las espesas pestañas negras, la estaban rechazando.

—Sí quiero Lucky, quiero casarme contigo.

La actriz levantó su cabeza rápido para encontrarse con el hombre más guapo que había visto en su vida, que la miraba con los ojos henchidos de un amor infinito.

—Aunque quien debería pedírtelo tendría que ser yo —le dijo con una sonrisa—. ¿Me pones la alianza?

Lucky cogiendo la pieza de orfebrería la deslizó por el anular izquierdo. Encajaba perfectamente en su largo dedo.

—Oficialmente soy un hombre prometido —Rafael levantaba la mano para contemplar la joya que reposaba en su mano como hacen las mujeres—. Tengo que cambiar mi estado en el Facebook.

Lucky comenzó a reírse como una loca. Le gustaba todo de él, su fuerza, su valentía pero sobre todo las locuras que salían por aquella pecaminosa boca que la dejaba sin aliento.

—¿No me vas a dar un beso? —reclamó Rafael.

—¿Solo uno? —le contestó pícaro ella.

—¡Pues sí que empezamos bien si a tu futuro marido le niegas lo que por ley le corresponde!

—¡Estás loco! ¡Locooo! —dijo riéndose como nunca al ver la cara de indignación de Rafael.

—Estoy loco por ti desde antes de saber quién eras. Me enamoré de ti desde que te salvé aquella noche, desde que me besaste en la nuca con aquel efímero beso. Nadie me había besado así nunca y desde ese momento supe que eras especial, una mujer excepcional como hay pocas en la vida. Eres preciosa por fuera pero sobre todo por dentro.

—Sí que te has puesto prosaico.

—No sabes la de veces que me he masturbado con tu película, pero conocerte, sentirte y amarte es lo mejor que me ha pasado en la vida. Te quiero Lucky Strauss y te lo demostraré todos los días de mi vida.

No hicieron falta más palabras de amor, más declaraciones románticas. Que más se podía decir. Se acostaron en la cama y Rafael

se dedicó a venerar el cuerpo que yacía bajo él, besándolo, lamiéndolo, haciéndole el amor en todas las posturas que se imaginaron, llegando a orgasmos increíbles, jadeando sus nombres entre gritos que podían oírse a diez kilómetros de distancia.

Tras el segundo asalto, Rafael permanecía con la cabeza apoyada en su mano contemplando a la belleza que descansaba a su lado, intentando respirar con normalidad, con el pelo alborotado, los labios hinchados y las mejillas arreboladas. Con la mano que tenía libre, acariciaba la suave curva que formaba la figura de sus pechos, mientras se miraban sin decir una palabra.

—¿En qué estás pensando? —preguntó en un susurro Rafael.

—Si te lo digo voy a acabar de pervertirte —le contestó con una preciosa sonrisa.

—¡Traviesilla! ¿Te has quedado con hambre?

—Estoy saciada pero...

—¿Pero? —Aquello se estaba poniendo interesante, muy interesante.

—Rafa, quiero que esta noche sea muy especial para los dos ahora que acabamos de comprometernos.

—Te escucho —Pobre Rafael, no sabía lo que se le venía encima.

—Quiero cumplir una de tus fantasías —estaba muy segura de las palabras que iba a pronunciar a continuación—. Quiero recrear contigo las escenas eróticas con las que te masturbas.

Rafael trago saliva y de repente empezó a ponerse nervioso. ¡Qué le estaba pidiendo aquella mujer! ¡Joder! Él no podía compararse con el protagonista, con el altísimo, guapo y macizo Brandon Routh, quien fue nominado al premio de la academia y que

finalmente no se lo llevó, a pesar de que después del film, su carrera ascendió como la espuma.

Rafael no pasaba de la primera escena erótica. De hecho no había acabado de ver la película.

—Lucky, tengo que confesarte que... —se sentó en la cama, nervioso—. ¡Joder!

—¿Qué ocurre? ¿Te he parecido demasiado atrevida? Siempre me has dicho que...

—No he podido acabar de verla. ¡Ala, ya está dicho! Cuando veo la primera escena mi polla clama por salir y liberarla. ¡Mierda!

Lucky empezó a reírse de él.

—¿De qué cojones te ríes? ¿Tanta gracia te hace? ¿Por qué no estás enfadada? ¡Coño Lucky que te estoy diciendo que no sé de qué va la película! Deberías sentirte...

—Encantada —respondió.

—¿Qué?

—Si no la has visto mejor. Si crees que el primer encuentro sexual es excitante no sabes lo que te has perdido.

—¿Es más porno todavía?

—Erótica, si no te importa —matizó la actriz.

Lucky le fue contando la película desde el principio hasta llegar al tercer encuentro entre los amantes. Veía como los ojos de Rafael tenían un brillo lujurioso y como su miembro erecto hacía pequeños movimientos involuntarios.

La actriz se depositó sobre él a horcajadas y comenzó a

cabalgarlo con sensualidad extrema, tocándose los pechos, sacando la lengua, lamiéndose los labios e inclinándose hacia atrás para sentir más profundamente el miembro de Rafael.

El hombre que yacía bajo ella estaba en éxtasis total, con la mirada nublada ante el deseo y la lujuria, contemplándola en todo su esplendor, salvo que lo que ambos sentían era real, muy real.

Rafael estaba a punto de correrse y notaba los espasmos previos en Lucky antes de llegar al clímax. Sin embargo antes de alcanzar el orgasmo, Lucky salió de él, tiró de sus manos para que se levantara y con la voz más sensual y erótica de su vida le susurró al oído una de las frases más míticas del film.

—Aún tengo un agujero que desvirgar y quiero que tú seas el primero.

Loco, como una moto. Las venas de su pene estaban más hinchadas que nunca, incluso su miembro parecía que había crecido unos centímetros. ¡Bendito Dios! Estaba siendo el momento más sensual, erótico y sexual de toda su vida. En sus treinta y cinco de años de vida, nadie había conseguido ponerlo tan cachondo. Al ver como Lucky se ponía a cuatro patas ante él, mostrándole su precioso trasero, Rafael no lo dudó. Con la palma de la mano pasó parte de los fluidos de la vagina de Lucky por el ano para lubricarla. Nunca había practicado sexo anal, pero intuyó que no sería la última vez. Introdujo en dedo y la espalda de Lucky se arqueó ante el contacto.

—Mete dos dedos... Rafa.

Aquello era surrealista total. No podía más, no aguantaba más, enfiló su miembro hasta el tenso agujero y la penetró con todo su ser, escuchando el grito de dolor de Lucky.

—¡Lucky, de verdad eres virgen!

—Calla y fóllame Rafa, quiero que penetres todos los agujeros

de mi cuerpo.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! No era real, aquella mujer no podía ser real. Pero sí que lo era, su prometida.

Embistió con todo su ser consiguiendo un placer nuevo que no conocía. Notar la estrechez del conducto en su miembro le estaba dando un placer irreal, el orgasmo no iba a tardar aunque notaba que los sonidos de Lucky no eran gemidos de completo placer, había algo de dolor mientras la desvirgaba. Apretó el clítoris con una mano, tirando de él, moviendo sus dedos en círculos y notó que se relajaba y disfrutaba.

—Penétrame con tres dedos Rafa...

—¡La madre que te parió! —Cumplió su deseo y la embistió con más fuerza—. ¿Te gusta la doble penetración cariño?

—Me gusta... tu... doble... penetr... ¡Estoy a punto... a punt...!

—Pídemelo Lucky, pídemelo.

—¡Clávala, clávala!

—¡Jesús, María y José...! ¡La hostia bendita! —se derramó en su interior de manera brutal, viendo como su propio semen desbordaba el ano, corriendo por el interior de los muslos de la mujer a la que entregó su corazón.

Tendidos en la cama Rafael la besó tan salvajemente que Lucky no podía respirar. Le descoyuntaba la mandíbula ante la brutal invasión de su lengua, que saboreaba la cavidad bucal mientras amasaba los pechos.

—Hemos dejado bueno al santoral... —rio con ganas Rafael apoyando su frente en la de Lucky.



—Solo espero que mis abuelas no nos hayan escuchado... ¡Con lo practicantes y creyentes que soon!

—Te quiero Lucky Strauss futura señora de Sáez.

—Te amo Rafael, con locura —Lucky estaba completamente agotada y emitió un pequeño bostezo que tapó con una mano.

—¿Dormimos un poco? —Rafael la atraía hacia su pecho.

Al no escuchar la respuesta, la miró embelesado. Lucky ya estaba dormida con una sonrisa en sus labios.

## 35.

A primeros de Septiembre Lucky y Rafael se incorporaban de nuevo al trabajo tras unas idílicas vacaciones. La tercera campaña publicitaria tenía que estar lista antes de los premios de la publicidad y el trabajo se les acumulaba en las respectivas mesas.

Se tomaron quince días de vacaciones en la preciosa isla de Menorca, tras coger el ferry nocturno para poder desplazarse por ella en la moto de Rafael.

Lucky vestía impecable hasta en las vacaciones pero ya no se maquillaba a penas. Necesitaba sentir el calor, el sol en su cuerpo y disfrutar de las maravillosas playas con sus aguas cristalinas y turquesas, mientras admiraba el espectacular cuerpo del hombre que tomaba el sol junto a ella en la playa.

Aquel viaje había sido como su pre-luna de miel, donde se pasaban las mañanas recorriendo la isla para conocerla y descubrir restaurantes y playas apartadas en las que pasaban las tardes antes de regresar al hotel donde se demostraban su amor, dejando muchas veces la habitación hecha un cisco.

Mientras Lucky contemplaba una de las fotos que se habían hecho juntos y que descansaba en un precioso marco sobre su mesa, recordó el día en la que se la hicieron esbozando una gran sonrisa.

Macarelleta era una de las calas más famosas de Menorca por practicar nudismo. Solamente se podía llegar allí desde otra cala llamada Macarella. Les había llevado veinte minutos llegar en la moto de Rafael para después continuar a pie hasta llegar a uno de los paraísos más increíbles que los ojos de Lucky habían contemplado jamás. Las dos calas estaban muy juntas una de la otra. Mientras Macarella poseía restaurantes y zonas de juego ya que era más familiar, Macarelleta estaba un poco escondida para poder practicar

el nudismo. Rafael no las tenía todas consigo, nunca había practicado el quedarse como su madre lo trajo al mundo, pero con Lucky estaba descubriendo cosas nuevas y quería experimentarlas todas con ella.

Encontraron un hueco un poco apartado entre tanta gente desnuda. Lucky depositaba las toallas y la sombrilla en la fina arena y Rafael dejaba la nevera de playa al lado de la sombra de unas rocas, ya que su intención era pasar el día allí.

—¿Sabes que esta cala se ha hecho más famosa todavía desde que rodaron aquí el anuncio de Estrella Damm? —le comentaba Lucky mientras se desprendía de toda su ropa ante la atenta mirada de Rafael.

—¿De verdad me tengo que quedar en bolas? —bufaba un poco nervioso.

—Ya lo hemos hablado Rafa. Además, si te fijas todo el mundo está en pelota picada. Si te quedas con el bañador puesto desentonarás una barbaridad.

—No quiero quemarme los huevos —dijo un poco enfadado.

—Pues ponte cremita —le contestó risueña.

Ante la negación de Rafael a quitarse el bañador, Lucky lo dejó plantado mientras se dirigía al mar, mostrando su perfecto cuerpo ante la mirada de muchos hombres quienes volteaban la cabeza para contemplarla.

—Muy bien, pues tú te lo pierdes. Yo me voy derechita al agua —le gritó mientras se alejaba.

—¡Joder! —exclamó Rafael, que hervía de celos mientras se quedaba desnudo — ¿Por qué señor, por qué? ¡Qué cruz me ha tocado con esta mujer! Voy a acabar en un manicomio, ya lo verás —hablaba consigo mismo.

La llamó a gritos para que lo esperara cuando mucha gente giró la cabeza para darse cuenta de quién era la mujer en cuestión. En seguida se formó un corrillo a su lado, un montón de móviles los grababan y le hacían fotos, aunque casi todos eran hombres. Muchas mujeres, se erguían de sus toallas y se fijaban en él, en el musculoso cuerpo que se aferraba a Lucky para que nadie la fotografiase desnuda.

—¿Quieres que nos vayamos? —sugirió Rafael.

—No voy a permitir que nadie me estropee el día que tengo planificado contigo —Lucky se soltó del fuerte abrazo e hizo algo que lo dejó con la boca abierta—. ¿Podéis escucharme un momento, por favor? Os agradecería que me dejaseis disfrutar de un maravilloso día de playa con mi prometido. Soy una persona normal y como a todo el mundo le gusta su privacidad.

La plebe enseguida se marchó ante la petición de Lucky. Rafael la agarró y le dio un beso que la dejó sin aliento.

—¿Te das cuenta de que la prensa se va a poner las botas ante tu desnudez y la primicia de tu compromiso?

—Me importa un pimiento —le contestó—. Francamente, me han visto desnuda muchísimas veces, no hay nada nuevo. Sin embargo tú sí serás la noticia.

—¿Yo?

—Por favoor, si miras discretamente verás que no hay fémina que no te saque los ojos de encima, guapetón.

Pasaron un día estupendo, bañándose, comiendo en la playa y cenando en el hotel en el que se hospedaban. Rafael le pidió a uno de los camareros que le sacaran una foto de recuerdo y la fotografía ahora descansaba en el despacho de Lucky.

Como no pudo ser de otra manera, las revistas del corazón se hicieron eco de las vacaciones de la actriz con su prometido. Las cadenas de televisión repasaban su vida y su carrera incluso averiguaban cosas de Rafael, que lo hacían tener un humor de perros.

La semana en la que regresaron a Barcelona, mientras cenaban todos juntos incluidos los abuelos en la casa de Lucky, Rafael recibió una llamada de lo más inesperada.

Mientras se dirigía a la habitación que compartía con Lucky, escuchó los lloros de su madre, pidiéndole explicaciones de lo que estaba haciendo con su vida, poniéndole al tanto de que su padre se había enfadado tanto que decía abiertamente que ya no tenía hijo. Su madre le pidió una y mil veces que fuera a visitarla para poder hablar con él, para poder darle un abrazo. Llevaban demasiados años sin verse y tener noticias tuyas por la prensa le estaba acabando con la salud.

—Sabes perfectamente porqué me fui mamá —hablaba cansadamente Rafael ante la retahíla de reproches que su madre le daba al otro lado de la línea.

—¿Te vas a casar con ella? Rafael piénsalo bien. La gente de la farándula no es de fiar, hoy están con unos y mañana con otros. Imagínate la vergüenza que estamos pasando.

—Mamá, te quiero, te quiero muchísimo. Si nunca te he dado explicaciones de mi vida no te las voy a dar ahora. La quiero, estamos enamorados, me voy a casar con ella y no hay más que hablar.

—Rafael, por favor, recapacita. Sabes cómo se pone tu padre cuando algo se le escapa de las manos.

—Lo siento mamá, pero, ni voy a recapacitar ni voy a volver a casa. Adiós.

Rafael tiró el móvil sobre la cama con rabia. Su madre siempre

lo hacía sentir culpable de todas las decisiones que tomaba en su vida, de todas. Ella era una esposa abnegada, que tapaba los trapos sucios de su familia por el qué dirán porque se había casado ante los ojos de Dios para toda la vida. ¡Estúpida! Su madre jamás abriría los ojos, jamás.

—¿Va todo bien? —le preguntó Lucky desde el marco de la puerta. Cuando Rafael abandonó la mesa corriendo para atender la llamada, Lucky le dejó el espacio y la intimidad que necesitaba ante el rictus serio que el joven llevaba en la cara.

—No —contestó secamente—. Era mi madre y... ¡Aaaah! —exclamó exasperado.

—Rafa, sé que el tema de tus padres es harto complicado pero si necesitas hablar, desahogarte, estoy...

—Mi madre es una de las mejores personas que conozco: buena, generosa, entregada a su esposo e hijos, pero al mismo tiempo es una mentecata total. Vive por el que dirán y tapa todo lo que ocurre en su casa.

—¿Y tu padre?

—Mi padre... mi padre... —Cogió aire mientras Lucky cerraba la puerta y se sentaba a su lado cogiéndole una mano para darle fuerzas —. Mi padre es “el hijo de puta” con mayúsculas, subrayado y en negrita.

—Un grandísimo hijo de puta, vaya —apostilló Lucky.

—¿Quieres que te cuente por qué me fui de Granada y no quise hacerme cargo de la empresa familiar? ¿Por qué puse tierra de por medio?

—Solo si tú quieres contármelo —esbozó una tierna sonrisa Lucky.

—Me estaba convirtiendo en él Lucky, pero abrí los ojos y decidí apartarme a tiempo para ser yo mismo, para encontrarme. Mi padre era un señorito que llamaban antes de la alta sociedad granadina. Mis antepasados crearon la fábrica de tabaco, la que fue pasando de generación en generación. Me parezco, no... soy igualito a él físicamente. Un clon.

—Un hombre muy guapo, con un hoyuelo que me trae por la calle de la amargura y con una nobleza sin par —Lucky intentaba suavizar la situación. No lo consiguió pese a los piropos.

—Todas las mujeres querían cazarlo, todas. Viendo que podía tener a quien quisiera llevaba su soltería por bandera hasta que mi abuelo le dijo que tenía que casarse. La empresa era familiar y con sus cuarenta años iba siendo hora de que asentara la cabeza. Se había cepillado a más de la mitad de las mujeres de Granada, estuviesen solteras o casadas, incluso creo que debo tener algún hermanastro por ahí perdido. Mi abuelo, sabiendo la fama que tenía y que la boda no podía ser con una de las mujeres con las que se había acostado, decidió que se casara con mi madre, la hija de uno de los socios, una mujer educada en un colegio de monjas que en aquel entonces era lo más y que estaba preparada para ser la perfecta casada. Mi madre jamás tuvo voz ni voto en la familia. Lo que mi padre decía iba a misa y punto, eso sí, él podía seguir con sus juergas mientras su esposa se quedaba a cargo de los niños, que para eso es para lo que vale una mujer. Son palabras de mi padre, no mías.

—Si no quieres continuar...

—Me viene bien desahogarme. Hace tanto tiempo que pasó que casi lo tenía olvidado.

—Sin embargo aún te duele —le dijo Lucky.

—Me llevo diez años con mi hermana. Soy el mayor de los dos. Estaba acostumbrado a hacer lo que me diera la gana y cuando me

diera la gana hasta que cometí un error, un enorme error —se llevó la mano suelta al pelo, cerrando los ojos ante la revelación que iba a hacerle.

—Continúa.

Rafael la miró de manera nerviosa pero viendo la seguridad en sus ojos azules y que aún seguía cogida de su mano prosiguió con el relato de su vida.

—Dejé embarazada a una chica, le pedí que abortara y abortó. Mi padre me felicitó por cómo había resuelto la situación para no poner en tela de juicio el buen nombre de la familia de Sáez y Torres. Empecé a sentirme enjaulado en mi propia casa, comencé a darme cuenta de cómo mi padre ninguneaba a mi madre incluso a mi hermana, mientras él se follaba a putas, pagándole un extra al dueño del prostíbulo para que mintiera por él. Mi hermana llegó un día llorando. Estaba embarazada. Contaba con diecinueve años y no sabía quién era el padre. Mi padre le dijo que abortara, que no podía tener un hijo de quien no se sabía. Mi hermana no hacía más que llorar y llorar, diciendo que lo quería tener, que era lo que crecía en sus entrañas, que era suyo nada más y que no le importaba quien fuera el padre.

Las lágrimas se estamparon en el suelo de la habitación sin que Rafael se diera cuenta. Estaba vertiendo toda la mierda que tantos años lo carcomió por dentro, por no ser más valiente, por no haber parado a su padre en ese momento. Se tapó la cara con las manos y se dejó llevar, sintiendo el abrazo de la mujer que amaba, consolándolo en silencio.

—¿Qué pasó? —quiso saber Lucky cuando lo vio más tranquilo.

—Mi hermana subía a su habitación que estaba en el primer piso para hacer las maletas y largarse de allí. Mi madre y yo éramos los espectadores de la discusión que se llevaba a cabo entre mi padre



y mi hermana. Yo no era capaz de reaccionar... no... Era un gilipollas, un soplagaitas, un cretino... Mi padre tiró por las escaleras a mi hermana y perdió al niño. Lo que más me dolió, aparte de quedarme clavado en el sitio fueron las palabras de mi padre: "Problema resuelto".

Si puedes estar sentado junto a una persona durante treinta minutos sin decir nada, y aun así estar cómodos a pesar del silencio, entonces esa persona y tú tenéis una conexión completa. Manejar el silencio es más difícil que manejar la palabra. La vida es muy peligrosa. No por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa.

—La vida es un arco iris que incluye el negro, Rafa. Todos tenemos nuestros propios demonios, fíjate en mí. Rompiste con todo para no ser como él.

—Lucky...

—Rafa, lo dejaste todo, te licenciaste y te has mantenido de manera independiente todo este tiempo sin pedirle nada a nadie y lo más importante, viviendo la vida como quieres vivirla. De alguna manera has seguido siendo tú, con tu chulería, tus ligues, tu soltería... pero más maduro y más seguro de tus actos y alejándote de todo lo que no quieres ser.

Lucky se arrodilló ante él para que la mirase a los ojos.

—Todos cometemos errores en nuestra juventud. Sé que no eres como tu padre porque tú tienes algo de lo que él carece: bondad. Me salvaste aquella noche, a una desconocida. Ayudas a Elisa y a Elsa desinteresadamente. Eras un viva la virgen, un jueguista, que se follaba a todo lo que llevaba falda —La mirada de Rafael denotaba que sus palabras lo estaban convenciendo.

—Un... aquí te pillo aquí te mete mano Luismariano —se rio con tristeza.

—No eres él. Tus actos los demuestran. Eres simpático, encantador, guapo a rabiar, súper sexi, con un culillo que...¡Madre mía! Pero ante todo eres bondadoso, entregado y noble.

—¡Me lo voy a acabar creyendo!

—Créetelo y perdónate a ti mismo.

—Eres increíble Lucky. Gracias por escucharme, por no juzgarme, gracias por todo lo que me haces sentir.

—¡Si es que eres un pedazo de pan! —Lucky se puso en pie y Rafael la agarró de la cintura, apoyando su cabeza en su vientre—. Por cierto, cuando me has dado las gracias por todo...

Rafael rio por fin, dejando su sosegada alma a un lado y la tiró sobre la cama. Empezó a hacerle cosquillas hasta que las miradas se encontraron. Acercó sus dedos a la boca de Lucky y se la abrió con los dedos en un gesto lento y sensual mientras le acariciaba los labios. Con suavidad y lentitud adentró su lengua en la boca de la que ahora era su prometida, agradeciéndole la ayuda que le había prestado.

—¡Ay que ver como besas condenado!

—Le dijo la sartén al mango —Rafael la instó para que se levantara y acudir de nuevo al comedor para cenar.

—Rafa...

—Dime.

—Tengo hambre de... otra cosa... —Lucky fue desnudándose lentamente.

—¡Tus abuelos y las niñas están fuera!

—Vas a privarle a tu futura mujer lo que por ley le pertenece...

Rafael cerró la puerta y se abalanzó como un torbellino para comerle la boca y ambos se adentraron en el baño, para cumplir como la ley manda.

## 36.

—¿Señorita Strauss? —la llamaba Rafael por el teléfono interno.

—Dígame señor de Saéz y Torres.

—Su abuelo Schäfer está aquí.

—Hágale pasar.

Los dos hombres entraron en el despacho de Lucky, momento que Rafa aprovechó para darle un beso en los labios antes de dejarlos solos para que hablaran de sus cosas y antes de acudir a la reunión para un futuro anuncio publicitario.

—¿Qué te trae por aquí abuelo?

—Sé que hoy tienes la reunión con los directivos de Salazar e hijos. Son viejos amigos y me gustaría saludarlos.

—¿Me tienes que pedir permiso para eso? —le contestó con una sonrisa Lucky.

—Sé que no, pero así aprovechaba para comentarte una cosilla en la que hemos estado pensado Strauss y yo.

—¿Sobre la campaña del restaurante Rice?

—No tiene nada que ver con publicidad. Vamos a la sala de juntas, luego te cuento.

Lucky, acompañada de su abuelo y de Rafael entraban en la sala de reuniones. Los directivos de Salazar e hijos, los saludaron e intercambiaron durante diez minutos una conversación con Schäfer, recordando anécdotas de cuando trabajaron juntos.

Lucky, sentada en el lugar de honor esperando a que empezase la reunión, estaba encantada con la propuesta de su abuelo. No pudo con la intriga y lo interrogó conociendo lo que los ancianos se traían entre manos y que implicaba directamente a Rafael. Salió de su abstracción, imaginando cual sería la reacción de su ahora prometido cuando le contara lo de su ascenso, cuando notó el ambiente enrarecido, con una tensión en la atmósfera que no sabía muy bien de dónde provenía.

Cuando Rafael le hizo un comentario al oído, saltó la chispa. Uno de los directivos chasqueó la lengua de manera desagradable dejando a los presentes con el ceño arrugado.

—¿Hay algún problema? —A Lucky no le gustaba nada la expresión del joven ejecutivo.

—No, no, ninguno —contestó apretando la mandíbula y fijando su mirada en Rafael.

—Puede hablar abiertamente —le dijo Rafael viendo que el ejecutivo tenía los ojos clavados en él.

—Gutiérrez, ¿qué es lo que pasa? —preguntó malhumorado su jefe—. Hable de una santa vez.

—No pensé que me iba a encontrar con este... este fantoche —escupió las palabras dejando a los presentes boquiabiertos.

—¿Cómo me has llamado? —Rafael se puso en pie ante el insulto.

—Fan...to...che —repitió Gutiérrez.

—Por favor caballeros vamos a mantener las formas... —Schäfer no daba crédito.

—No, no, Johan deja que se explique —pidió Rafael.

—Has dado el braguetazo de tu vida ¿eh? ¡Hijo de puta!

Rafael saltó sobre la mesa para darle dos hostias al hombre que tenía enfrente.

—¡Parad los dos! ¡Basta! —exigió Lucky, antes de que el puño de Rafael acariciara la cara de Gutiérrez—. Señor de Sáez, vuelva a su asiento.

Rafael la miró con cara de pocos amigos pero obedeció la orden.

—Explíqueme porque ha insultado a mi asistente.

—¿A su asistente o a su prometido, señorita Strauss? —Realizó la pregunta con el mayor sarcasmo que pudo.

—¿Cómo se atreve a...? —Saltó Schäfer ante la desfatachez del joven.

—*Nein! Ich kann es alleine lösen, Opa* —cayó Lucky a su abuelo diciéndole que podía resolverlo sola—. El tiempo es muy valioso señor Gutiérrez. Si nos lo va a contar hágalo ya, sino puede irse de la reunión.

—¡Este cabrón se acostó con mi novia y me abandonó! ¡Me has arruinado la vida, joder!

—No sé quién es tu novia pero si me la he follado será que no estaba muy convencida de lo vuestro —contestó Rafael con un rictus en los labios.

—¡Eres un hijo de puta! Te dedicas a follártelas y luego si te he visto no me acuerdo, sin saber el daño que provocas. Desde que te la follaste, puto gigoló de mierda, me paso los fines de semana buscándola en los pubs para que vuelva conmigo. ¡Ha roto conmigo y sé que no hace más que intentar encontrarte! Desde aquella noche, Miriam no hacía otra cosa más que buscar fotos y vídeos de Álex

González ¡Joder! Sé que no tengo tu musculatura, tu estatura, tu físico y ese hoyuelo en el mentón... ¡La quiero y tú me la has robado!

—Yo no te he quitado nada, te lo vuelvo a repetir —Rafael estaba muy incómodo con la situación que se desarrollaba en la reunión y solo quería partirle la cara al desafortunado cornudo.

—No seas chulo y no me tomes por idiota. ¡Claaaro! Como ahora estás con la actriz porno...

—¡Gutiérrez! ¡Es suficiente! Abandone la reunión —le dijo su jefe.

El hombre salió de la reunión y tenía más que seguro que al acabar el día, encontraría la carta de despido sobre su mesa.

—Lo siento mucho señorita Strauss —se disculpó Velázquez, el presidente de la compañía Salazar e hijos.

—¿Nos ponemos a ello? —Lucky tenía unos celos que la comían por dentro y al mirar a Rafael comprobó que él no estaba mucho mejor. Tenía las mejillas arreboladas de ira, los puños blancos de tanto apretarlos y no hacía más que mascullar con su mandíbula.

—Lo justo sería que también se fuera de la reunión el señor de Sáez —comentó Aguado, el vicepresidente de la empresa.

—¿Por qué? —La pregunta le salió de los labios en un tono más enfadado de lo que pretendía Lucky.

—Porque, seguramente el señor Velázquez despedirá a Gutiérrez en cuanto llegemos a la empresa y le puedo asegurar que es uno de los abogados más brillantes que hemos tenido. A fin de cuentas, sus problemas domésticos los podrán arreglar en la cama... —se pasó la lengua sutilmente por los labios.

—¡Maldito capullo! ¡Qué estás insinuando con eso! —Rafael

explotó como un globo al que se le pincha.

—Siéntate Rafael —ordenó Lucky en tono grave.

—Pero...

—Hazle caso a tu dueña como buen perrito faldero que eres —  
espetó Aguado.

Lucky no iba a consentir que la insultaran en su cara, en su propia empresa, delante de su abuelo y fundador y menos iba a consentir que le faltara el respeto al amor de su vida.

—Soy Lucky Strauss Utrilla, señor Aguado, directora de esta empresa. Manejo con mano de hierro mi departamento haciéndole la vida imposible a alguno de mis empleados, hasta el punto de hacerlos dimitir. Me parece increíble que en pleno siglo veintiuno, cuando la mujer es la que tiene, la que posee el control, cuando la mujer es la que dirige, se la ponga en entredicho cuando hace exactamente lo mismo que un hombre que ostenta un alto cargo en su empresa.

—Señorita Strauss... —quería meter baza Velázquez.

—No he acabado —Lucky se levantó de la mesa con la expresión más seria que jamás había puesto en su vida, ni tan siquiera detrás de las cámaras y con un ligero enfado que hacía que los presentes se removieran en sus asientos inquietos—. Vosotros, hombres casados y con hijos, tenéis *affaires* con vuestras secretarias y todo el mundo os aplaude vuestra hombría, porque con el poder, con la erótica del poder que otorga vuestro cargo, podéis hacer lo que os venga en gana, así sea destruir la reputación de una trabajadora. Pero cuando la mujer empresaria es quien lo hace, se la tilda de puta, de facilona y los hombres como vosotros, en vuestras mentes asquerosas y retorcidas empezáis a imaginaros que, si alguien de mi estatus puede acostarse con un subordinado, también lo hará con uno de vosotros para tener más facilidad en cerrar un trato. Rafael de Sáez y



Torres comenzó siendo mi asistente, pero el destino quiso que nos enamoráramos y estamos a punto de casarnos. No voy a consentirle a ninguno de ustedes que lo infravalore o que piense de él que es un trepa, que ha dado el bragazo de su vida liándose con su jefa. Rafael de Sáez y Torres cometió errores de juventud como los hemos cometido todos, pero eso no les da derecho a insultarlo y más cuando desde hoy se va a convertir en el director económico de la empresa SYS.

El barullo que se montó en la sala en un momento era ensordecedor y Rafael no daba crédito a lo que acababa de oír.

—La reunión ha terminado —concluyó Lucky.

—Pero ¿qué hay del contrato? —preguntó Velázquez.

Lucky cogió los papeles y los rompió en dos, saliendo de la sala de juntas con aire de empresaria intratable.

Media hora más tarde, tras haberse tomado dos cafés con Schäfer en la sala de descanso del personal y escuchar el ascenso al que querían proponerlo, Rafael tenía un mal presentimiento. Se despidió del abuelo de Lucky y se acercó al despacho para poder hablar con ella de lo acontecido en la reunión. En ese momento su móvil vibró y decidió cogerlo para darle algo más de tiempo a la actriz y poder pensar mejor las cosas.

León lo llamaba para quedar esa misma noche y tomar algo. Desde que se mudó a casa de Lucky los veía cada quince días o tres semanas. El plan le pareció bien: un billar, unas copas y una charla entre amigos le vendría de lujo para quitarse de encima la nube tormentosa que flotaba sobre su cabeza amenazando con tormenta.

Decidió llamarla por el teléfono interno y comprobar su estado de ánimo, así sabría cómo actuar.

—¿Señorita Strauss?

—Dígame señor de Sáez y Torres —La voz de Lucky sonaba dura, muy dura al otro extremo.

—Me gustaría hablar con usted si es posible.

—Tiene cinco minutos.

Rafael entró en el despacho y la vio concentrada en el ordenador, tecleando a toda prisa. Lo estaba ignorando deliberadamente. Tanteó su estado de ánimo comentándole los planes de esa noche con sus amigos.

—Lucky, quería decirte que esta noche saldré con León y los demás.

—Estupendo —Lucky no apartaba los ojos del ordenador y escuchaba la respiración de Rafael que se mantenía en pie como un niño que está pidiendo permiso—. ¿Es todo?

—No, no es todo. Siento lo que acaba de pasar ahí dentro...

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes? Acabamos de perder a uno de los empresarios más importantes del país, uno con los que llevamos trabajando veinte años y tú simplemente lo sientes.

—No seas cínica Lucky y no me trates así. No sabía... no...

—Por tu promiscuidad hemos perdido una de las grandes campañas de este año.

—¿Qué quieres que te diga Lucky? ¡Joder! No sabía quién era ese hombre. ¿Cómo iba a saber yo que me iba a saltar con algo así en mitad de una reunión?

—Sé que eras un canalla con las mujeres pero jamás pensé que tendría que escuchar de un hombre cómo le has destrozado la vida.

—¿Es por eso que estás así? ¿Por qué me folle a su novia? Sabes quién soy Lucky, yo mismo me definí ante ti como calavera, un follador que no le importaba con quien se acostaba, hasta que tú apareciste. ¿Sabes qué? Siento que hayas perdido la campaña pero no tengo porque aguantar esto.

Aferrado al pomo de la puerta para abandonar el despacho, la voz de Lucky lo frenó:

—Señor de Sáez y Torres, antes de marcharse localice a Silvia la limpiadora y dígame que venga a mi despacho.

—Lo que usted ordene... señorita Strauss —le respondió en el tono más soez que pudo.

Dando un portazo se fue.

## 37.

Silvia aparecía con todos sus bártulos de limpieza tras ser avisada de que la jefaza quería verla. Cuando llegó a la mesa de Rafael, lo vio centrado en unos papeles que tenía en la mesa y tecleando cual poseso en el ordenador.

—¿Cómo estás, precioso? —lo saludaba Silvia.

—¡De coña! —Rafael se levantó del escritorio con desaire y se dirigió hacia la sala de descanso para prepararse un café.

Tras llamar a la puerta y escuchar un “adelante”, Silvia se encontró con Lucky que tenía el mismo semblante serio y concentrado que su asistente barra prometido.

—¿Qué le pasa al pichón? ¡Menudo humor que se gasta!

—Ha sido un día duro para todos. Siéntate por favor.

Silvia nunca la había visto tan seria, quizás de ahí venían los rumores de que era una jefa intratable aunque ella la conocía un poco mejor que los demás. Sus conversaciones con los parroquianos de “El Botijo” mostraban su cara más afable y humana, no la de ogro que ponía en esos momentos. Silvia decidió tratarla con las mejores formas que sabía, dejando a un lado la familiaridad con la que se trataban fuera del trabajo.

—¿Para qué me buscaba, señorita Strauss?

Lucky levantó la cabeza tras el tratamiento formal. Debía de emanar malas vibraciones o tener un semblante lo más grotesco posible para la que ella consideraba su amiga, la tratase con dicho formalismo.

—¿Señorita Strauss? —Decidió sonreír por primera vez en ese aciago día—. ¿Dónde ha quedado lo de Fortu?

—Bueno es que tienes una cara hija, que cualquiera te tose —le dijo Silvia seriamente.

—Perdona, como te he dicho ha sido un día bastante duro — carraspeó para relajarse un poco y continuó hablando—. ¿Te importaría pasarte con tus hijas esta tarde por mi casa? Hace días que no se ven y me preguntan mucho por ellas.

—¡Joder, qué susto me has dado Fortu! ¡Pensé que ibas a despedirme! —soltó el aire que llevaba conteniendo en los pulmones—. Claro que iremos. Mis hijas también tienen ganas de estar con Elisa y Elsa.

—Me gustaría que después tú y yo nos fuésemos a tomar algo al bar, necesito una amiga.

Silvia, al ver los ojos azules teñidos de cierta tristeza, se levantó de su silla y se acercó a ella instándola a que se levantara y darle un achuchón.

—Ainsss, ¡pues claro que sí chiquitina!

El apelativo le hizo mucha gracia a Lucky. Si tenemos en cuenta que Silvia no llegaba al metro cincuenta y cinco y que ella con sus tacones sobrepasaba el metro setenta y cinco, el abrazo entre ambas era un poco cómico, ya que Silvia le llegaba al pecho de Lucky.

Rafa se encontraba a las ocho de la tarde en un pub con León, Salva y Gustavo. Su humor no había cambiado nada desde la discusión con Lucky y no tenía muy claro si aquella noche volvería a la casa de la actriz. Desde luego ni se despidió de ella y según salió del trabajo fue al encuentro de sus amistades.

Hablaron de sus respectivos trabajos y León les dio la noticia de

que había decidido marcharse a Londres durante un año a una empresa que lo había contratado hacía un mes. Sin tener muy claro donde dormiría esa noche, prefirió no ingerir más alcohol de la cuenta para conducir después. Por lo menos, el coger velocidad con su Harley encontraría la poca libertad que le quedaba por decisión propia. Tenía tan metida bajo la piel a Lucky, así como a las niñas y a sus abuelos, que ya no concebía la vida sin ellas.

—¡Rafa, sacas tú! —Lo sacó de sus pensamientos Gustavo para dar inicio a la partida de billar.

Rafa se posicionó para romper el perfecto triángulo que formaban las ocho bolas, cuando alguien desde atrás frenó su taco de billar.

—¡Qué es lo que llevas en el dedo, tío! —exclamó León.

—¡Hostia puta! ¿Es una alianza de oro? —prosiguió un estupefacto Salva.

Viendo la cara de sorpresa de sus amigos, Rafa dejó el taco apoyado sobre la mesa y les contestó:

—Voy a casarme.

—¿Con Lucky Strauss? —León tenía los ojos fuera de las órbitas.

—No, con el monstruo de las galletas, no te jode. ¡Pues claro que con Lucky!

De repente un silencio se instauró entre los cuatro amigos, quienes se miraban los unos a los otros asimilando la noticia.

—Bueno, ¿es que no vais a decir nada? —Rompió el mutismo Rafael.

—¡Enhorabuena capullo! —le dijo Salva y lo abrazó.

—¡Hijo de putaaa! Con Lucky Strauss ni más ni menos. Te prometo que no volveré a masturbarme viendo su película —le dijo Gustavo haciendo una cruz sobre el pecho—. A las mujeres de los amigos se las respeta.

León simplemente se abrazó a él y ambos se palmearon la espalda, gesto típico masculino.

—Veo que has domado a la bestia —dijo por fin León—. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer? No te ofendas.

—Estoy hasta las trancas por esa mujer, me vuelve loco —Rafael se tocaba el pelo de forma nerviosa. Los hombres no suelen abrirse en canal para expresar sus sentimientos abiertamente.

—¡Madre mía! ¿Quién lo iba a decir? No es solo que estés pillado por una tía sino que estás enamorado como un quinceañero. Han cazado al cazador —espetó Gustavo riéndose.

—La verdad es que sí. La quiero con locura. Cuando ella me pidió matrimonio...

—¿Fue ella? —preguntó un alucinado León.

Rafael se dedicó a contarles durante tres horas todos los momentos vividos con Lucky, obviando el sexo, incluyendo al malnacido del exmarido hasta llegar al momento de la petición de mano. Les relató lo sucedido esa mañana y la discusión que mantuvieron. Sus amigos lo escuchaban atentamente, haciendo terapia de grupo para animarlo a que no se preocupara y que seguramente todo quedaría en una anécdota.

—¡Por cierto! Mañana es tu cumpleaños —dijo León—. ¡Felicidades!

—¡Felicidades Rafa! —contestaron los otros dos al unísono.

—Gracias, gracias —Hizo una reverencia Rafael en agradecimiento.

—Así que te toca pagar las rondas que nos tomemos hoy, porque supongo que mañana no te veremos el pelo —apostilló Salva.

—¡Sois unos cabrones! —contestó Rafa riéndose—. Siempre aprovecháis para pillar una gorda a costa de los demás.

A las once de la noche, Rafael decidió retirarse dejando a sus amigos en un estado más que lamentable. Subido en su moto, que parecía que tenía vida propia y se vio de repente frente a la casa de Lucky.

—¡Joder Harley, no me ayudas nada! —le dijo a su moto a modo de regañina.

Entró en la casa y se encontró con las cinco niñas quienes estaban jugando a la Wii por turnos. Era viernes noche y al día siguiente no tenían que madrugar, así que no le extrañó que estuviesen levantadas. Le llamó la atención que, primero las hijas de Silvia estuviesen allí y segundo que ninguna de las dos adultas no estuviesen en la casa.

—¿Cómo vais chicas?

—Ahora no Rafa, estamos metiéndoos un palizón —contestó Jessi, la hija intermedia de Silvia.

—¿Dónde están Lucky y Silvia?

—En “El Botijo” —contestaron las cinco al mismo tiempo sin apartar los ojos de la gran pantalla.

Dejándolas con su juego y viendo que tendría un rato para él,



fue a darse una ducha.

Lucky había quedado en “El Botijo” tras finalizar su jornada laboral. Cuando cerró su despacho a las siete y cinco de la tarde, Rafael no estaba en su mesa. Apesadumbrada porque no supo cómo manejar su enfado, decidió ir a su bar favorito para poder hablar con alguien y desahogarse.

Su sorpresa fue mayúscula cuando en la terraza encontró a Clara, Paqui, Toño, Javi y por supuesto Silvia, quienes con tres mesas juntadas, la esperaban.

—¿Qué hacéis todos aquí? —preguntó sorprendida.

—Silvia nos avisó. Ya va siendo hora de que nosotros te echemos una mano. Siempre nos escuchas y nos das consejos, así que ahora es nuestro turno —le contestó Paqui.

—Por cierto estás muy guapa hoy —le dijo Toño —. Ya nos habíamos acostumbrado a verte como una mortal más.

—¡Tonto! —le contestó Lucky ante la risa de los demás.

—Bueno, cuéntanos que es lo que te pasa —se puso seria Silvia para que Lucky se sincerase con ellos.

—Veréis, la reunión de esta mañana ha sido un auténtico desastre. La agencia que nos había contratado llevaba trabajando con nosotros cerca de veinte años. Mi abuelo vino a la reunión exprofeso para saludar al presidente de la empresa y se armó la tercera guerra mundial. El abogado que los acompañaba empezó a insultar a Rafa echándole en cara que se había follado a su novia, que la chica rompió con él y que no hacía otra cosa que buscarlo para volver a follárselo —Lucky cogió aire—. Fue muy desagradable. Tuve que pararlo para que no le rompiera la cara. ¡Imaginaos la situación! Entraron en un rife verbal que parecían dos niños a punto de partirse la cara, ¿me entendéis?

Los convocados a su alrededor asintieron con la cabeza sin emitir ninguna palabra y Lucky continuó desahogándose.

—Total, que el abogado fue expulsado de la reunión. Luego, para más inri, tuve que defender mi posición como directora de la empresa de mis abuelos, porque solo les faltó decir que era una puta que se acuesta con sus subordinados. Defendí mi relación con Rafa con uñas y dientes y...

—¿Y? —preguntaron todos conjuntamente.

—Decidí marcharme de allí rompiendo el contrato en dos.

—¿Has hablado con Rafael? —curioseó Clara.

—Teníais que ver la cara del guaperas cuando Lucky me llamó a su despacho. Se le marcaban tanto las venas de esos brazos que tiene que parecía Hulk —aclaró el estado de ánimo del joven.

—Pero hablaste con él o no —insistió Clara.

—Me pidió hablar conmigo pero era para decirme que saldría con sus amigos por la noche.

—A ver si me aclaro, ¿cuál es el problema en realidad? — Rogelio estaba de pie con ellos, mientras atendía a las mesas de la terraza—. Que has perdido un contrato, la discusión entre Rafa y el otro tío o que haya salido con sus amigos.

—No lo sé —sentenció Lucky—, realmente no lo sé.

—Vayamos por partes como dijo Jack el Destripador —se metió en ese momento Paqui quien escuchó todo lo relatado y aún no había dado su parecer—. ¿No firmar ese contrato te ha enfadado?

—Sí. La cara de mi abuelo era un poema. El presidente de esa empresa es un hombre muy serio con el que llevamos trabajando

mucho tiempo. Era un contrato millonario y lo hemos perdido.

—Bien. La discusión de Rafa y el otro tío... —enumeró Paqui.

—Ahí estoy un poco perdida. Cuando conocí a Rafa me dejó perfectamente claro cuál era su estilo de vida, un mujeriego insaciable que valoraba su soltería por encima de todo. Bueno creo que valoraba más su moto que su soltería.

Los presentes hicieron un pacto de silencio al ver como Lucky se llevaba las manos a la cara para poder reflexionar. Le dejaron su espacio, cinco minutos de reloj para que pudiera abrirse a ellos y contarles cómo se sentía. Pero la actriz no abría la boca, simplemente respiraba fuerte, soltando algún que otro bufido de vez en cuando.

—Creo que te valora más a ti que a su moto y por supuesto ya no está soltero —empezó a decir Toño—. Todos hemos visto cómo se comporta contigo las veces que lo has traído aquí. Seguramente él necesitaba salir esta noche y estoy completamente seguro de que se está comiendo el coco igual que tú. Todos tenemos un pasado y él lo ha dejado atrás por ti, Lucky.

—Tienes razón —respondió la actriz—, pero...

—No hay peros chiquitina. Antes de entrar a tu despacho vi en qué estado se encontraba y no era mejor que el tuyo. Por cierto ahora entiendo porque te llaman Shrek —dijo Silvia.

—¿Y a ti por qué te ha dado hoy Silvia? Primero Hulk y ahora Shrek —la sermoneó Rogelio.

—La cara de Lucky completamente seria y con el ceño fruncido acojona que no veas —le respondió Silvia.

—Cariño —le cogió la mano Clara, la mujer de Rogelio—. Vete a casa y habla con él. La vida es muy corta, hoy estás y mañana no. Vais a casaros y no podéis estar así.

—¿Y si no está en casa? —Hizo la pregunta con voz temblorosa.

—Pues dale su espacio por esta noche y mañana será otro día. Hazme caso. Estar preparado es importante, saber esperar lo es aún más, pero aprovechar el momento adecuado es la clave de la vida. Aquel que tiene un porqué para vivir se puede enfrentar a todos los "cómos".

—Eso es Lucky, Clara tiene razón. ¡Carmen Díez, Lucky! ¡Carmen Díez! —soltó Silvia sin pensar mucho lo que estaba diciendo.

—No querrás decir "Carpe diem" ¿verdad, Silvia? —comenzó a reírse Lucky, contagiando a los demás.

Tras media hora contándose los chismes del día, Lucky le dijo a Silvia que ella iría a dar un paseo por la Barceloneta antes de enfrentarse a Rafa. Se despidió de ellos hasta la mañana siguiente, repartiendo besos por haberla escuchado y cogiendo un taxi se marchó al lugar donde todo había comenzado.

## 38.

Tras acabar de ducharse decidió que ya iba siendo hora de que las niñas dejaran de jugar y optó, tras muchas peticiones, por contarles un cuento.

—Porfaplis, porfaplis cuéntanos la verdadera historia de la Bella Durmiente —le rogaba Jenny a Rafael.

Hacía una hora que Silvia había hablado con Arantxa, diciéndole que se podían quedar a dormir con Elisa y Elsa, ya que no sabía cuánto tiempo estaría con la actriz.

La hija mayor de Silvia se lo comunicó a Rafa, quien quedándose más tranquilo, cumplió el deseo de contarles el dichoso cuento para que se fueran a dormir y así, en cuanto Lucky llegara, poder mantener con ella la conversación que tenían pendiente.

—¿Estáis seguras? —preguntó siendo perfectamente conocedor de la respuesta—. Está bien, pero, os aviso que podéis tener pesadillas eeestaaa nooocheee —puso voz melodramática y agitó los dedos de las manos para darle más emoción.

—Empieza ya, empieza ya —reclamó Elsa.

—Allá voy. La Bella Durmiente no se llamaba Aurora sino Talía, la hija de un gran rey que corre el riesgo de pincharse con una astilla envenenada oculta entre el lino, según le dijeron al soberano los sabios y astrólogos.

—¿Qué es un astrólogo? —preguntó Jessi.

—Uno que lee en las estrellas, ¡y cállate ya! —la reprendió su hermana mayor.

—Bueno, pues el rey decide prohibir la entrada de lino a palacio y evitar así que la princesa sufriera ningún percance. Siendo adolescente, encuentra una rueca para hilar lino y se clava una astilla bajo la uña, cayendo muerta. El rey, afligido por la pérdida e incapaz de enterrarla, deposita el cadáver de su hija sobre una tela de terciopelo, cierra el palacio y lo abandona. Hasta aquí parece que la historia es más o menos la misma. Sin embargo, es a partir de ahora cuando parece que lo que conocemos no acaba de concordar con el original —Rafael hizo un silencio para mantener la expectación de sus oyentes—. Un noble que solía cazar en el bosque siguió a su halcón, que lo llevó al palacio abandonado donde estaba la princesa. Enseguida queda prendado por su belleza y, no contento con besarla, tras intentar despertarla, mantuvo... relaciones sexuales con ella.

—¿La violó? —preguntó Elisa con los ojos como platos.

—¿Qué es violar? —Jessi no lo entendía.

Elsa de repente se tapó las orejas ante la palabra escuchada.

<<¡Joder! En menudo berenjenal me he metido>> Se daba bofetadas mentales Rafa.

—Lo que quiero decir es que practicó con ella para hacer bebés porque la princesa era tan guapa que cayó rendido a sus pies —Viendo que había amainado el temporal prosiguió con su relato—. Nueve meses después, la princesa Talía aún durmiente, dio a luz a dos gemelos, un niño y una niña cuyos nombres fueron Sol y Luna. Los niños fueron cuidados por las hadas del castillo que protegían a la princesa aunque ésta permanecía dormida. Un día el niño trata infructuosamente de cogerse al pecho de su madre, encontrando finalmente su dedo. Empieza a chuparlo y logra, casualmente, extraer de su piel la astilla envenenada. En ese preciso momento Talía recupera el conocimiento, unos cien años después de haber caído “muerta”. Como veis el que despierta a la Bella Durmiente no es un príncipe azul, sino un bebé, hijo de la misma princesa y de un noble

viola... y de un noble.

—¡Aaalaaa! —exclamaron las pequeñas.

—Pasa el tiempo y el noble, recordando los “buenos momentos” vividos con la muchacha durmiente decide acudir de nuevo a palacio, las intenciones ya las podéis imaginar. Para su sorpresa, la princesa está despierta y además no está sola, sino que la acompañan sus dos criaturas. El noble se da cuenta de que son sus hijos y así se lo explica a Talía, que en vez de enfadarse decide iniciar una relación con él. La pareja pasa una semana de cuento de hadas y entonces el noble se marcha, sin mencionar que el motivo de ello es el obligado retorno con su esposa.

—¡Capullo! —exclamó Elisa.

—No digas palabrotas Elisa o se lo diré a Lucky —la amonestó Elsa que estaba centrada en el cuento.

—¿Sabéis que pasó? Pues que la esposa del noble se entera y pasa lo que tenía que pasar —Rafael con su profunda voz se puso un poco más melodramático—. El noble menciona en sueños, los nombre de Talía, Sol y Luna y con ello la esposa del noble se entera de todo, conociendo así la existencia del palacio, de la princesa que en él vive y de los hijos bastardos de su marido. Enfadada hasta más no poder, hace secuestrar a Sol y Luna, que acaba entregando al cocinero, dando la orden de degollarlos y de hacer con su carne un sabroso plato.

—¡Qué mala persona! ¡Pobres niños! —dijo Jessi.

—La esposa, no contenta con ello, decide quemar viva en la hoguera a Talía, también capturada. En el momento de llegar a la hoguera, Talía solicita poder quitarse primero sus prendas más delicadas, a lo que la mujer accede. Con cada prenda que se quita emite un grito de dolor, sonidos que el noble acaba oyendo. La esposa le explica a su marido que Talía ha sido quemada en la

hoguera y que, durante la comida, “¡te has comido lo que es tuyo!”, es decir, a sus hijos. En ese instante el noble ordena que su esposa, el secretario y el cocinero sean quemados también en la hoguera. Sin embargo, Talía no llega a quemarse y el cocinero le explica que no ha sido capaz de hacer daño a los niños y que los ha sustituido por carne de cabra. El noble y la princesa Talía se casan y el cocinero recibe el título de tesorero real.

—¡No pienso volver a comer nunca más ningún plato que lleve carne picada! —dijo Jessi llevándose los dedos a la boca en acción de vomitar.

—Y ahora a la cama —dijo Rafa.

—Yo no voy a poder dooormiir —dijo Elsa con miedo.

—Jenny dormirá contigo, ya verás como no pasa nada.

Las pequeñas empezaron a quejarse por si se encontraban a alguien que las secuestraba, sobre todo Elsa después del suceso con Pedro, y las hacía picadillo para comérselas después.

En ese momento alguien llamó al portero.

Silvia se adentraba en la casa sola, saludando a las cinco niñas.

—¿Lucky no viene contigo? —interrogó Rafael.

—Me ha dicho que quería dar un paseo... algo del mar o así.

Rafael sabía perfectamente donde encontrarla.

Tras decirle a Silvia que se fuera a casa y que las niñas estarían perfectamente solas, ya que él se encargaría no solo de cerrar la puerta con tres vueltas de llave, sino con el código, dejó a Silvia en casa y emprendió camino en busca de Lucky.



Era viernes por la noche y la Barceloneta estaba a rebosar de gente, tanto fuera como dentro de los locales de moda. Aún era muy temprano pero Rafael sabía perfectamente a dónde debía dirigirse.

Faltaban unos pocos metros cuando, debajo de la farola donde la encontró por primera vez, la imagen etérea de Lucky con el vestido vaporoso que se había puesto ese día, ya que estaban a primeros de septiembre, hacía de ella una imagen difícil de olvidar. Estaba sentada en el mismo lugar, pero las circunstancias ahora eran bien distintas. Aparcó la moto justo a su lado y la observó unos instantes tras la pantalla del casco. La fina brisa ondeaba su pelo al igual que la falda del vestido, dejando ver sus muslos cuando la ráfaga de viento era un poco más intensa.

Lucky levantó la vista y se encontró con la misma imagen de aquel tres de febrero, el motero que no sabía si iba a ayudarla o simplemente a interesarse por ella.

Rafael se quitó el casco y se sentó a su lado, en la acera, debajo de la farola donde todo empezó.

—Hola —comenzó Rafael la conversación.

—Hola.

—¿Qué hace una chica tan guapa como tú aquí tan sola?

Lucky viendo la sonrisa de Rafael le siguió el juego. Tuvo tiempo suficiente para desahogarse con los parroquianos del Botijo y el paseo hasta la Barceloneta le hizo comprender que se había comportado como un ogro con Rafael.

—Estoy esperando a mi novio.

—¡Mecachis! Pensaba que podía tener alguna posibilidad contigo.

—Llegas tarde —se rio Lucky ante la expresión defraudada de Rafael.

—Y ¿cómo es tu novio? Espera, espera, no me lo digas... Seguro que es uno de esos gilipollas que van por ahí acostándose con cualquiera, sin importarle nada ni nadie, porque es muy guapo, simpático, encantador y cachas y luego resulta que es un tonto a las tres, que pierde al amor de su vida por meter la pata.

—Un poco tonto sí que eres, sí —rio con ganas Lucky.

—Perdóname Lucky —La cogió de la mano Rafael—. Siento mucho la situación tan comprometida en la que te puse esta mañana...

—El que debería perdonarme eres tú. No me gustó nada lo que oí y los celos me cegaron, por no hablar de los trogloditas que estaban allí también.

—¡Estuviste increíble! Tienes los ovarios muy bien puestos, un par de cojones para defender tu posición como lo hiciste, y es una de las cosas que me enamoraron de ti.

A Lucky aquellas palabras la hicieron ruborizar. No se portó bien con él y sin embargo allí estaba una vez más, había ido a buscarla.

—¿Nos vamos a casa? —le pidió Lucky.

—¿No te apetecería más dar un paseo por la playa? ¡A lo mejor nos podíamos dar un bañito!

—¡Mira que eres! —Le dio un tierno beso en los labios y se levantó de la acera—. Prefiero estar con las niñas, no las he visto en toda la tarde.

—Como quieras.

—Rafa —De repente a Lucky se le ocurrió una idea—, ¿me dejarías conducir tu moto?

—¿Lo cual? —la expresión le salió sin pensar.

De repente un sudor frío empezó a descender por su espalda. Su moto era su vida, nadie la había conducido salvo él, nadie, ni tan siquiera aquella vez en que León llegaba tarde a una cita a las afueras de Barcelona y tuvo que coger un taxi y pagar cincuenta euros por el trayecto.

Estaba en una disyuntiva como pocas veces en la vida. Amaba a Lucky con todo su ser. Si le decía que no, podía enfadarse porque podía pensar que quería más a su moto que a ella, pero si le decía que sí... ¡Joder! Podían tener un accidente y acabar con la moto, con lo que le costó ahorrar para comprarla.

Estaba inquieto intentando dilucidar cuál sería la mejor respuesta, pero no encontraba ninguna.

—¿Me dejas cinco minutos? —pidió Rafael para pensar un poco mejor su respuesta.

—Claro, no me moveré de aquí —Lucky estaba disfrutando como nunca al haberlo puesto en aquella tesitura.

Rafael se apartó un poco y comenzó a hablar solo en voz baja.

—Empecemos. Los hombres debemos aceptar que la mayoría de estudios o investigaciones que se han realizado al respecto dictaminan que la mujer conduce mejor un vehículo que nosotros, pero no dicen nada de las motos. ¡Joder! Las mujeres son más prudentes y pacientes al conducir, mientras que los hombres somos más agresivos e impulsivos. Las chicas tienen una inclinación natural a evitar el riesgo por eso son menos temerarias. Además, ellas son más respetuosas con las normas de circulación. ¡Esto va de mal en peor Rafa! ¡Tú mismo no te estás dejando en buen lugar! —Se reñía a

sí mismo como un completo loco—. Piensa y respira. Piensa y respira... Los hombres somos más hábiles que las mujeres para conducir cualquier vehículo, tenemos mejor técnica y una excelente percepción del espacio, tanto en altas como a bajas revoluciones y para maniobrar en el aparcamiento, ¡somos los putos amos! Claro que el exceso de confianza es la principal razón por la que somos tachados de temerarios.

Lucky estaba disfrutando al ver a Rafael tocando, acariciando su moto, hablando solo con una mano sobre su mentón y cómo a veces, caminaba diez pasos, se daba la vuelta, diez pasos se daba la vuelta.

—En cuanto a la concentración, las mujeres son más dispersas que los hombres, ¡Por favoor si se distraen con el móvil, la radio o en pintarse los labios! ¡Mierda, mierda, mierda! Nosotros estamos más atentos y somos más resolutivos pero también somos más agresivos... ¡Coño!

Su soliloquio fue interrumpido por una risueña Lucky.

—Rafa.

—Un minuto más...

—Raaafa —volvió a llamar su atención.

—Lucky, voy a dejar que conduzcas...

—¡Era una broma! —Se desternilló de risa ante la incrédula cara de Rafael—. Ni de Blas conduzco yo ese cacharro.

—¡Me cago en la puta! —empezó a reírse liberando tensión—. ¡Mira que eres mala!

—Cuando lleguemos a casaaa... —le dijo en un susurro—, voy a demostrarte lo mala que puedo llegar a ser. Mañana es tu cumpleaños y... como has sido un chico muy malo... voy a castigarte.

La mandíbula se le cayó al suelo al escuchar aquellas palabras.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —Tragaba saliva ante la expectación.

—Me he comprado un tanga de cuero minúsculo, una chupa de cuero taaan ceñida que al abrocharla se me salen los pechos... — Lucky caminaba a su alrededor hasta que se paró frente a él y lamiéndose los labios prosiguió con la descripción de su vestimenta —, unas botas hasta mitad del muslo, unas gafas de sol...

Se montó raudo en la Harley y solo pudo meterle prisa.

—Estas tardando, Lucky Strauss Utrilla.

—A sus órdenes —Y se dirigieron a casa.

## 39.

Pedro se encontraba en uno de los puticlubs de lujo de Barcelona, el Night Club Numancia 12. El centro nocturno era uno de los cinco locales de Haima, el cual ofrecía los mejores servicios de la ciudad para pasar una excelente noche en compañía de las más bellas mujeres. Además una de las características principales de sus servicios eran los precios, los más bajos del mercado lo que le permitía disfrutar aún más del lugar.

—Cuando pagas menos, te gusta más —Este era el slogan del reconocido puticlub de Barcelona y lo que comentaba uno de los asiduos que se sentaba a su lado en la barra americana, a pesar de que tan solo eran las nueve de la noche.

El lugar tenía todas las comodidades tomando en cuenta hasta el más mínimo detalle para sus clientes, una gran variedad de bebidas y licores que permitían a sus consumidores elegir hasta las bebidas más estrambóticas. Sus instalaciones estaban a la vanguardia y complementado con el servicio de escorts, las damas de compañía ofrecían numerosos servicios: acompañante, atención para parejas, despedidas de soltero, ducha erótica, acompañantes a domicilio, francés, fantasías sexuales, orales, lesbianismo, sexo anal y un ciento de cosas que dejaban libre a la imaginación.

Personalmente, Pedro había contratado el servicio Duplex, dos mujeres con un hombre, con la salvedad de que las mujeres no mantenían relaciones entre ellas sino solo con el hombre, puesto que eran todas heterosexuales.

Como hasta las once de la noche las chicas no aparecerían por el local, estaba en la susodicha barra tomándose un bourbon, mientras no se quitaba de la cabeza las imágenes que tarde tras tarde se emitían en la televisión, y más concretamente en los programas del

corazón, donde su exmujer Lucky Strauss se pavoneaba desnuda junto a su “niñero”, como su madre lo trajo al mundo, en las preciosas playas de Menorca. Llevaba mucho tiempo sin follar y tras la racha de buena suerte que estaba teniendo con las cartas y una vez pagada la deuda de doscientos mil euros al americano, una noche de sexo le vendría de vicio.

Pedro no solo quemaba el dinero en el juego, bien parecía que los bolsillos de sus pantalones tuviesen agujeros, porque el vil metal le quemaba en las manos y lo único que quería era liquidarlo.

En ese momento de la noche, como suele ocurrir en los pubs de alterne la música suele ser suave y las baladas sonaban una tras otra. Él nunca fue un hombre romántico, pero las palabras emitidas por Alejandro Fernández, hicieron mella en su ponzoñoso corazón.

Porque no te bese en el alma cuando aún podía

Porque no te abracé la vida cuando la tenía

Y yo que no me daba cuenta cuanto te dolía

Y yo que no sabía el daño que me hacía

Cómo es que nunca me fijé que ya no sonreías

Y que antes de apagar la luz ya nada me decías

Que aquel amor se te escapó, que había llegado el día

Que ya no me sentías, que ya ni te dolía.

Me dediqué a perderte

Y me ausente en momentos

Que se han ido para siempre

Me dediqué a no verte...

—¡Tú, Rubia! Ponme otra —pidió con el ceño fruncido mientras la letra de la canción se le clavaba hondo. Parecía que el cantante le estaba echando en cara todo lo que le había hecho a Lucky y sus nervios y rabia estaban creciendo por momentos.

Y me encerré en mi mundo y no pudiste detenerme

Y me alejé mil veces

Y cuando regresé te había perdido para siempre

Y quise detenerte y entonces

Descubrí que ya mirabas diferente

Me dediqué a perderte

Me dediqué a perderte

Porque no te llené de mí cuando aún había tiempo

Porque no pude comprender lo que hasta ahora entiendo

Que fuiste todo para mí y que yo estaba ciego

Te dejé para luego este maldito ego.

Me dediqué a perderte

Y me ausenté en momentos

Que se han ido para siempre...

Salió del local intentando coger aire.

—¡Joder, hostia, puta! —Se llevaba las manos a la cabeza aún



con la copa en la mano—. Tengo que salir de aquí, tengo que salir de aquí.

—Señor, ¿se encuentra bien? —le preguntó uno de los seguratas.

Pedro lo miró con el mayor desprecio que pudo, y tirando la copa al suelo destrozándola en mil fragmentos, se levantó la solapa de la americana para aplacar el frío de aquel mes de octubre.

Su cuerpo no necesitaba en ese momento sexo, necesitaba apostar, necesitaba la adrenalina de un mano a mano y sabía perfectamente a donde iría.

El Casino de Barcelona al que se dirigía una hora más tarde, ya que primero tuvo que ir a su casa a cambiarse por las normas de etiqueta que ofrecía el local, elegante informal, calzado cerrado y sin ser necesario el uso de corbata, se encontraba en la zona más pija de la ciudad condal, frente al Port Olímpic, en el bajo del hotel Arts, rodeado de restaurantes de lujo y bares de copas. Como en todos los casinos, hay una sala de juegos de azar y otra para jugar en mesa a juegos como la ruleta, póquer o Black Jack. A los amantes del póquer se les ofrecía torneos regulares, que era lo que necesitaba Pedro en ese momento. Pagó la entrada y recorrió el local. Avistó la zona de restaurantes dentro del propio casino y antes de ponerse a jugar, se dirigió a la zona de buffet para llenarse el estómago.

Mientras cenaba, un habitual de las partidas clandestinas en las que participaba lo saludó con un gesto de cabeza. Pedro pensó que seguramente estaba en la misma situación que él; sin familia, sin muchos amigos por no decir ninguno y que necesitaba quemar el dinero que llevaba en el bolsillo.

Un crupier emitió el aviso de que en breve se abriría una mesa de póquer para jugar en *cash* —un tipo de juego de póquer en el que apuestas dinero real y por tanto no existen limitaciones horarias,

jugando el tiempo que quieras y levantándote de la mesa cuando uno lo desee—. En seguida diez personas se unieron a la mesa entre ellos Pedro.

Por lo menos las horas que estuviese jugando, puliéndose el dinero, apartaría de su mente a Lucky y a su niño.

Debía encontrar la forma de que ella volviese con él, tenía que destruir la relación de Rafael con la actriz. Era él o el niño, y en esa partida de cartas, Pedro Vélez de Eza sería el ganador.

## 40.

La primera semana de noviembre estaba siendo de locos en la oficina.

Rafael asumió el cargo de director económico de la empresa SYS y por fin podía demostrar su valía. Le habían dado un despacho en el otro extremo de la oficina, bastante separado del de Lucky, pero pasaba en él poco tiempo.

Con la próxima campaña en marcha y la entrega de premios a la vuelta de la esquina, las horas en la oficina volaban y cuando llegaban a casa continuaban con el trabajo para no dejar nada al azar.

A Lucky le asignaron una nueva asistente. Una joven de casi treinta años que bebía los vientos por Rafael a pesar de ser consciente de que no tenía ninguna posibilidad con él.

—Alejandra, pásame con Lucky —le pedía Rafael por la línea telefónica.

—Ahora mismo, señor —realizó la tarea solícitamente.

—Dime Rafa —contestó Lucky.

—Cariño, creo que tenemos un problema con el presupuesto para la próxima campaña. Creo que sería necesaria una reunión urgente con los directores del producto.

—Ven a mi despacho y lo hablamos tranquilamente.

—No hace falta que me lo digas dos veces, ya voy.

Rafael, perfectamente trajeado se dirigió al despacho de Lucky y saludó a Alejandra, tuteándola, lo que hizo que la asistente se

pusiera roja como un tomate.

— A tu asistente le va a dar un infarto cualquier día de estos —le dijo negando con la cabeza.

— Eso es porque eres endiabladamente guapo y estás para mojar pan... por no hablar del precioso culo que te marcan los pantalones de pinzas —le contestó Lucky riéndose.

— ¡Pillina! ¡Cómo se nota de lo que hablas!

— Mira que eres tonto... —Lucky le pidió que sentara para comprobar que era lo que pasaba—. Cuéntame.

— Antes voy a darte un beso.

Rafael la puso al tanto del exhaustivo balance económico para pagar los derechos de autor así como el presupuesto para el rodaje del anuncio. Las cifras no cuadraban. La empresa que los contrató, al saber de la fama de Lucky y de su nominación a los premios de la publicidad, pedían una cantidad ingente de dinero, casi el triple.

— Creo que deberías ponerles freno —dijo secamente Rafael.

— Crees que intentan estafarnos —afirmó con la cara seria.

— La verdad es que sí. Llevo dos horas en mi despacho estudiando las leyes sobre derechos de autor y, aunque pueden pedir lo que quieran, siempre existe la trampa.

Rafael le enseñó la documentación y ambos decidieron que tenían que concertar una reunión con los directivos de la empresa contratante para dejar claros algunos puntos y finalizar así sin continuaban o no con el spot publicitario.

Alejandra llamó a la puerta interrumpiendo la conversación.

—Perdóneme señorita Strauss. Señor de Sáez le traigo su móvil. Por lo visto lleva sonando un rato y se lo dejó olvidado en su despacho.

—Gracias Alejandra —Rafael lo cogió y Alejandra desapareció.

León lo había llamado cinco veces. Sin dilación, lo llamó preocupado por si había sucedido algo.

—¿Qué pasa León? ¿Estás bien?

—Sí, sí, es solo que quería decirte que me voy el lunes a Londres.

—¿El lunes ya? —Rafael volvió a sentarse frente a Lucky, mientras mantenía la conversación con su amigo.

—Tengo que incorporarme a mi nuevo trabajo.

—Comprendo. Espero que no te vayas para siempre. No es que te vaya a echar de menos... ya sabes. Somos machos y los machos no... —estaba contento por su amigo pero le daba pena que se marchase.

—No tíiii, solo durante un año. Creo que es una oportunidad que no puedo dejar escapar.

Lucky escuchaba la conversación y sonrió, contenta de que su antiguo asistente hubiese encontrado un nuevo empleo, aunque ello implicara alejarse de Rafael. Se reconoció a sí misma que León fue uno de los mejores subordinados que había tenido y se alegró por él, desde lo más profundo del corazón.

—He pensado que quizás podríamos despedirnos yéndonos de fin de semana a Ibiza, ya sabes, los cuatro.

—¿A Ibiza? —Rafael miraba a Lucky y lo sorprendió asintiendo

con la cabeza.

—Sé que estás a punto de casarte y todo eso, pero considéralo como si también fuera tu despedida de soltero. No sé si podré ir a vuestra boda que por cierto, aún no sé cuándo se celebrará.

—Todavía no hemos elegido fecha —Rafael se estaba perdiendo en la conversación.

—Bueno pues así celebramos mi partida y la tan terrible pérdida de tu soltería. ¿Qué me dices?

—De acuerdo, pero no preparéis algo de lo que luego podamos arrepentirnos.

—¡Vas a casarte con Lucky Strauss! Ninguna mujer podría competir con ella, y no es por desmerecer al género femenino, es que no te fijarías en ninguna con lo enamorado que andas.

—¡Capullo!

—Sí, sí... lo que quieras, pero te tiene bien agarrado por los huevos.

—¿Sabes que está escuchando toda la conversación? —le espetó de repente Rafael.

Mutismo total al otro lado de la línea.

—¿Leóoon?

—Llámame cuando tengas un rato, voy a ver si logro que el oxígeno me llegue a los pulmones.

Tras reírse durante un rato por la conversación, Lucky le comentó a Rafael que, primero no tenía que pedirle permiso para ir con sus amigos a Ibiza pues el hecho de que estuvieran

comprometidos no la convertía en su carcelera y que no se preocupara por nada. Ese fin de semana lo aprovecharía para trabajar, mandando a las niñas con los abuelos a la casa de la playa.

Lucky y Rafael, junto con su equipo creativo se encontraban en la sala de juntas con los directivos de la empresa que los contrató para visualizar el nuevo spot publicitario, tras arreglar los asuntos legales y las altas tasas que les pedían en un principio.

El spot publicitario era para acercar los restaurantes con estrellas Michelin al pueblo. Es bien sabido que este tipo de restaurantes con su comida minimalista y de fusión no son del aprecio de la gente del buen yantar. Por eso cuando a Lucky se le ocurrió la idea de que dos de los mejores chefs de España lo grabaran, uno haciendo de camarero y el otro de cliente, el anuncio no dejaría indiferente a nadie.

Lucky pidió que se apagaran las luces y que se diera paso a la reproducción del anuncio.

El chef David Muñoz, con su estilismo personal y vestido como un perro flauta, sin ánimo de ofender a nadie, aparecía como comensal mientras que un Jiménez Borrego, engalanado de punta en blanco como gerente del restaurante Rice, le pedía que quería tomar.

—Jefe, ¡ven pacá! —le hacía gestos con la mano David.

—Señor, aquí tiene la carta —contestaba remilgadamente Jiménez Borrego.

—A ver, jefe, ¿qué es lo que tiene? Y como siempre decís que cantáis la carta, ahí te quiero ver, cantándomela.

—¿Que qué es lo que tengo? ¡Qué tengo de tó! —se arrancaba Jiménez Borrego con expresión seria—. Teeengo gambas, tengo chopitos, tengo croquetas, tengo jamón, tengo morcilla, tengo ensaláaa, tengo unas huevas mu bien aliñáaas...

Tras el desconcierto de David Muñoz ante el arranque de Jiménez Borrego, quien tras cantarle la carta, literalmente, había regresado a su pose seria, el chef le preguntó:

—Y bien señor, ¿qué le apetece probar?

—Unas torrijas de fusión.

La pantalla se apagó y al encenderse las luces, los asistentes a la reunión se secaban las lágrimas de la risa al recordar el arrollador y exitoso anuncio de aquel verano del 2013.

—Gran trabajo Lucky, muy buen trabajo —la felicitaban los presentes.

—Muchas gracias —Repartía apretones de manos Lucky con una gran sonrisa.

—¿Cuándo se emitirá? —quiso saber otro de los integrantes del grupo ejecutivo del restaurante.

—Entre veinte días y un mes. Pero no se preocupen, que los avisaremos. Siempre suelen notificarnos cuando se retirara un anuncio y así pactamos con las cadenas de televisión cada cuánto queremos que se repita nuestro spot y a qué horas.

—Excelente, excelente —le volvió a agradecer uno de los presentes.

Terminada la reunión, Lucky y Rafael decidieron dar por finalizada esa jornada laboral y fueron a comer a “El Botijo”. Esa noche Rafael se iría a Ibiza a pasar el fin de semana y querían a provechar cada minuto.

Lucky le pidió a Rogelio una ración de tortilla española de las que hacía Clara, acompañada con una buena ración de pan y vino tinto de la casa para acompañar. Rafael por su parte pidió un



bocadillo de lomo, bacon y queso y una cerveza bien fría.

Como dos enamorados, se agarraban de la mano sobre la mesa y se besaban, haciéndose confidencias al oído, hasta que el resto de los habituales parroquianos comenzaron a llegar y se sentaban en las otras mesas para darles privacidad.

—Este bocadillo está de muerte —hablaba Rafael con la boca llena.

—Te lo dije.

—¿También tienen postres caseros? —averiguaba Rafael.

—Sip. Pero espera a que te los cante Rogelio, es para partirse.

Ambos se rieron al recordar lo bien que había quedado el anuncio que se emitiría en un mes.

Una llamada los interrumpió. Era Alejandra que quería hablar con Lucky. La actriz le pidió a Rafael que siguiera comiendo mientras ella se levantaba de la mesa y se situaba a poca distancia para hablar con su asistente sin que nadie de los presentes se enterara de la conversación.

En ese momento llegó Silvia, que sin pensárselo dos veces cogió una silla y se sentó junto a Rafael. El resto de parroquianos y por ende amigos de Lucky, la imitaron, juntaron varias mesas y de repente Rafael se vio rodeado de siete personas. ¡La comida romántica se fue a la porra!

Todos hablaban sin parar, intentando averiguar que ocurrió con el exmarido de Lucky en la malograda fiesta ofrecida por sus abuelos por la nominación a los premios de la publicidad.

Rafael les explicó lo acontecido y una nueva horda de voces, comentando lo que le harían o le dejarían de hacer a ese malnacido,

convirtió la tranquila comida en un puesto de verduras, todos gritando sin ton ni son.

Lucky volvió a sentarse con una sonrisa en los labios. Le dio un beso en la boca a Rafael y de repente le espetó:

—No puedo dejarte solo ni dos minutos, enseguida estás rodeado de féminas.

—¡Es mi chechapil, nena! —le rio la gracia.

—¡Oye Lucky! ¡Qué nosotros estamos aquí! —dijo Javi ofendido refiriéndose a los tres hombres que conformaban el grupo.

—¿Qué quería Alejandra? —preguntó Rafael—. Por tu cara debe ser algo muy bueno.

—Y tanto. Las casas BMW, Mercedes Benz y Lexus quieren que les hagamos sus campañas para el año que viene.

—¡Enhorabuena! —gritaron todos al mismo tiempo.

—Estoy muy orgulloso de ti, cariño, mucho —Y la besó sin contemplaciones, ante las exclamaciones de los presentes con frases como: ¡Dejadlo ya! ¡Iros a un hotel! ¡Ya me gustaría a mí que me besaran así!

Rogelio trajo los pedidos en dos tandas, ya que los cafés se consumían más rápido que un vaso de agua para un sediento en un desierto.

—Hay un anuncio de un coche que siempre me ha gustado mucho —dijo Toño —, el del que sale una mano haciendo olas contra el aire por una ventanilla de coche y de repente oyes: ¿te gusta conducir?

Todos conocían el anuncio.

—La idea fue de mi abuelo —aclaró Lucky.

—¿En serio? —dijo Rafael.

—¿Os cuento la historia? —sonrió Lucky al ver como los presentes le prestaban toda la atención—. Un día mi abuelo Schäfer iba con mi abuela en coche. Era verano y decidieron hacer una escapada romántica a Toledo. Mi abuela sacó la mano por la ventanilla e hizo el famoso gesto con la mano, con la cara totalmente relajada y en completa paz. Mi abuelo le dijo que le encantaba conducir solo por verla en ese estado, y de ahí surgió la idea.

—Por cierto, hablando de historias —dijo Silvia dándole un fuerte golpe en el musculado brazo de Rafael—, ¿se puedo saber qué tipo de cuentos le cuentas a mi Jenny? El otro día me preguntó si hacer bebés era lo mismo que violar y no sabes tú las que tuve que ingeniar para explicarle a mi hija lo que era cada cosa.

Rafael intentó explicarse pero no encontraba las palabras para tranquilizar a la madre. Tras media hora de charla, ambos regresaron a casa y se despidieron en condiciones antes de que Lucky dejara a Rafael en el aeropuerto.

De lo que ninguno de los dos se dio cuenta fue que Pedro los vigilaba. El exfutbolista, ya no sentía la necesidad de gastar el dinero que no tenía en timbas de póquer, no le daban el subidón de adrenalina que necesitaba. Saber que su exmujer era feliz, que tenía amistades y que desde luego, cada vez era más inaccesible, le hacía hervir la sangre. Lucky era suya, solamente suya y mientras el corazón de Lucky latiese, se aseguraría que solo lo hiciese por y para él.

# 41.

Ibiza atrae a una gran variedad de turistas, desde los que vienen atraídos por su legendaria vida nocturna hasta familias y parejas en busca de tranquilidad y de sus bonitas calas y playas.

Los cuatro amigos alquilaron un coche para poder disfrutar de la isla —que se recorre en cuarenta y cinco minutos—, y poder llegar al hotel donde se alojarían, que estaba en la parte sur, la que atrae a la mayor parte del turismo que visita la isla, la que tiene mayor concentración de hoteles y donde se encuentran las discotecas más famosas de Ibiza.

Como León le había comentado, quería despedirse de sus amigos a lo grande ya que el próximo año permanecería en Londres. También aprovecharían para celebrar la despedida de soltero de Rafael, y que mejor lugar que la Playa d'en Bossa que posee todo tipo de servicios: bares, restaurantes, beach clubs con tumbonas, camas balinesas, Djs pinchando musiquita chill out... vamos, la zona más fiestera de Ibiza.

—¡Por León! —Alzaba la tercera copa Rafael en honor a su amigo de la infancia—. ¡Qué tiene los cojones cuadrados! ¡Se va a Londres sin saber una puta mierda de inglés!

—¡Por León! —contestaron Salva y Gustavo.

Tras beberse los chupitos de golpe, Rafael le pidió a una de las camareras que sirviera otra ronda, y otra, y otra. Casi todos llevaban un pedal más que importante y tan solo eran las doce de la noche, pero bien se lo merecían.

Lo malo del alcohol es que hace que se suelte la lengua y muchas veces, lo que se llega a decir no es lo más acertado según el momento.

—¡No sé qué me jode más, hip! ¡Qué este cabrón se vaya a la Gran Bretaña o que este hijo puta se case, hip! —soltaba todas las perlas Salva.

—¡Esooo es enviidia, compañeero! —Apoyaba su peso Gustavo en Salva, con una melopea descomunal.

—¡Prrr! ¡Enviidiii! ¡Qué me estás container! —respondía Salva soltando su aliento alcohólico en la cara de Gustavo—. ¡Este cabrón tiene resuelta su puta vida, para siempre!

—Salva, es mejor que te estés calladito —lo amonestó León, que estaba bastante despierto después de vomitar y eliminar parte del alcohol ingerido.

—¿Cómo tiene las bufas, Rafa? —Salva seguía con su retahíla de chorradas.

—Voy a pedirte un café con sal a ver si se te pasa la tontería —le dijo Rafael, quien tan solo había tomado tres chupitos y era el que realmente estaba sobrio.

—¡No quiero café, quiero alcohol, quiero follarme a dos o tres tías, hip!

—Vaaamos Rafa —le siguió Gustavo—, tienes que decirnos como es en la caaama, seguramente es más puta de lo que parece.

Rafael cogió a Gustavo por las solapas de la camisa y alzándolo casi hasta su altura lo amenazó.

—Estás como una cuba y no te voy a partir la cara, pero muestra respeto a la que va a ser mi mujer.

Gustavo se empezó a reír como un poseso y Salva lo siguió.

—Si me llegan a decir que hace un año este mamón iba a

casarse hubiese apostado los huevos y los hubiera perdido. ¡Eres patético Rafa! —De repente Salva cambió el tono de sarcástico a enfadado y soltó todo lo que llevaba dentro—. ¡Joder! Nos has dejado de lado completamente por un coño, pero no por un coño cualquiera, por el coño de Lucky Strauss y además te has convertido en un calzonazos y en una puta niñera.

—Solo digo las cosas una vez Salva, no me hagas perder la paciencia —Rafael apretaba los puños para no estampárselos a su amigo de tantos años en la cara.

—¡Mira! Se le ha pegao hasta lo de mandar, ¡eres un cretino hijo de puta!

—¡Salva, vale ya! —León se puso en medio de los dos porque aquello solo podía acabar a hostia limpia.

—¡Quítate del medio, cooño! —Apartó a León temblorosamente ya que casi no se mantenía en pie—. ¿Te crees mejor que nosotros porque estás con ella?

—Me voy al hotel —sentenció Rafael que estaba harto de todos los disparates que estaba escuchando.

Llamó a la camarera y depositó un billete de cien euros para pagar todas las consumiciones cuando Salva cogió el billete y lo rompió en dos, delante de sus narices, dejándolos atónitos.

—¿Es el dinero que ella te da por tus serviicios, Rafa?

Rafael no pudo aguantar. Lo cogió del cuello y lo sacó a la calle para no montar un espectáculo en la discoteca. Si montaban una gresca los de seguridad podían sacarlos de allí a patadas o peor aún, que los arrestasen por una pelea y acabar detenidos.

Fuera del local, Rafael lo soltó de malas maneras pero Salva, con la adrenalina a tope por la reacción de su amigo, empezó una pelea

en la que Rafael no quería participar. No solo era porque con un golpe lo podía dejar k.o. en el suelo, sino que además, desde que aprendió algunas técnicas con Fede, sabía dónde podía pegar para infligir el mayor daño posible.

—¡Defiéndete nenaza! —Salva seguía intentando alcanzarlo en algún golpe.

Rafael, viendo que su amigo no iba a parar, le profirió un golpe seco en la nariz rompiéndole el tabique nasal que comenzó a sangrar profusamente.

—¡Hijo de puta! ¡Me has roto la napia! —se retorció Salva en el suelo mientras León y Gustavo acudían en su ayuda.

—Eso espero, gilipollas —Y se marchó de allí en dirección al hotel.

La Vila o ciudad de Ibiza, tiene un atractivo turístico innegable y fue a lo que se dedicó Rafael para calmar sus nervios tras lo que tuvo que aguantar por parte de los que creía que eran sus amigos. Hay un dicho que reza: “Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad”. Pues bien, ahora sabía a pies juntillas lo que opinaban sus supuestos amigos de su relación con Lucky. Se dedicó a caminar pausadamente por el centro histórico medieval perfectamente conservado. Su recinto amurallado de Dalt Vila era patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y sus callejuelas estaban abarrotadas de tiendecitas tradicionales, boutiques de diseñadores muy conocidos, restaurantes y bares que a esas horas de la noche aún permanecían abiertas por el gentío que inundaban las calles. Echaba de menos su moto. Le hubiera gustado alejarse de allí y despejar su cabeza recorriendo la isla, notando la brisa del mar sobre su cara y olvidarse de los insultos proferidos contra Lucky por quienes, hasta ese momento, él consideraba sus camaradas.

En una pequeña terraza, decidió tomarse una cerveza y

contemplar la estampa que se abría ante sus ojos. ¡Qué curiosa es la vida! Todo lo que veía eran padres con sus hijos, de distintas nacionalidades, disfrutando de unas pequeñas vacaciones. ¡Quién se lo iba a decir! En parte Salva tenía parte de razón, pero cuando uno está enamorado lo deja todo de lado, pero es que a él era la primera vez que le pasaba algo así. Nunca se había enamorado, jamás, hasta aquella noche en que rescató a Lucky sin saber quién era. Aunque el destino los unió, le hubiese dado igual que ella fuese una actriz de fama mundial. Él se enamoró de una desconocida que le agradeció con un sutil beso en la nuca que la hubiese rescatado.

Fue mala idea ir con sus amigos a Ibiza. Ahora tendría que esperar hasta el domingo para regresar a Barcelona. El billete que compraron era un pack de fin de semana y, o regresaban los cuatro juntos o tendría que comprarse un billete de vuelta que en esas fechas estaba por las nubes.

Cogió el teléfono con intención de llamar a Lucky, necesitaba escuchar su voz, pero eran las dos de la madrugada y no iba a despertarla. Ella también necesitaba su espacio y sabiendo que las niñas pasarían ese fin de semana con sus abuelos, estaba seguro de que se habría acostado temprano para comenzar bien de mañana a planificar la estrategia para las próximas campañas publicitarias.

Rafael le dio un beso al móvil, a la foto que tenía de fondo de pantalla, se acabó la consumición y se fue derecho al hotel para descansar.



## 42.

Lucky se levantó esa mañana de sábado con las pilas cargadas pero con una sensación de vacío. Era la primera vez en muchos años que tenía la casa para ella sola. No había gritos, ni peleas por parte de sus primas por ver quién se quedaría con el mando de la televisión. Pero sobre todo ese vacío provenía de Rafael.

Se había acostumbrado a él, a tenerlo siempre cerca, a compartir su día a día y sobre todo sus noches.

Fue una lástima que el día anterior no pudieran despedirse como les hubiese gustado, ya que cuando llegaron a casa después de comer en “El Botijo” a Lucky le bajó el período.

Tras organizar toda la casa y adecentarla como a ella le gustaba, posicionó su móvil al lado del portátil por si Rafael la llamaba. Ella no lo iba a hacer, quería que disfrutara de su fin de semana en compañía de sus mejores amigos y que recordase el viaje con todo cariño.

Llevaba tres horas buscando información sobre las tres compañías a las que realizaría el spot publicitario, anotando en su agenda los números de teléfono de los directivos con los que se pondría en contacto el lunes y organizando la semana para las posibles entrevistas con sus directivos.

De repente un mensaje le llegó al móvil. Activó la aplicación en el portátil para verlo en grande y lo que observó la dejó al borde del desmayo: Elsa y Elisa amordazadas. Miró quien era el remitente y se estremeció al ver que era Pedro.

¿Qué hacía ese malnacido con las niñas? ¿Por qué Elsa y Elisa no estaban con los abuelos?

Cogió el teléfono para llamarlos y que le dijeran donde estaban sus primas, pero un nuevo mensaje se coló en el ordenador.

*“Estoy con tus primas delante del hotel Palace. Tienes media hora para llegar. Reserva la habitación 408. Si llamas a la policía, las mataré”*

Desesperada ante la situación, comenzó a teclear deprisa para encontrar el número de teléfono del hotel. La atendieron al segundo tono y tras calmarse y decir quién era, consiguió la susodicha habitación.

Los nervios los tenía a flor de piel. No tenía tiempo que perder. Dejó una nota manuscrita sobre la mesa, cogió su bolso en el que introdujo un cuchillo, las llaves del coche y se dirigió a su destino.

Mientras conducía no podía quitarse la imagen de sus primas amordazadas, llorando, angustiadas por lo que ese cabrón les podía llegar a hacer. Se prometió a sí misma que ese día uno de los dos acabaría muerto. Tenía una vida, una familia a la que cuidar, un amor por el que pelear y ese desgraciado pagaría por todo lo que le había hecho en el pasado y en el presente. En un semáforo, abrió el bolso y vislumbró el cuchillo que había metido dentro. Tenía que ser lista, mucho más lista que él.

Aparcó justo delante del hotel y manteniendo su pose de actriz, entró en el hall. La recepcionista le tendió la llave en forma de tarjeta de la habitación reservada bajo la atenta mirada de los botones que no le quitaban el ojo de encima.

Un simple acto de la vida cotidiana como abrirse las puertas de un ascensor y subirse a él, puede hacer que tu corazón palpite a toda velocidad. Lucky nunca sufrió de claustrofobia pero el miedo la asfixiaba en el espacio cerrado, justamente por verse enjaulada en un cubículo sin el suficiente aire para respirar y pensar que quizás no llegaría a tiempo. El ascensor se burlaba de ella, marcando con pausada lentitud cada planta. Un ataque de pánico originó que

golpear los botones, intentando despertarlos de su letargo para llegar lo más deprisa posible a la maldita cuarta planta. Estaba taquicárdica, sudorosa, desesperada y empezó a marearse. Por fin la puerta se abrió y ante ella un pasillo, que por su estado le pareció angosto, la incitó a que se adentrara en él.

Lucky avanzaba con paso indeciso, tambaleándose, agarrándose a las paredes que a su parecer se estrechaban cada vez más y más. Miró hacia arriba buscando los indicadores para saber si tenía que torcer a izquierda o derecha y así dirigirse al final del pasillo, al final de su camino o al final de su vida o la de Pedro. La claustrofobia se apoderaba de ella y avanzaba como mejor podía, sus piernas no parecían querer obedecer la orden de su cerebro de poner un pie delante del otro. Se aproximaba a la habitación, con una palpitación en la sien y con el corazón desbocado. Quería encontrar a sus primas sanas y salvas, quería acabar con Pedro Vélez de Eza, quería un final feliz. Quería saber... lo que había tras la oscuridad, tras la maldita puerta de la habitación 408.

Las manos le temblaban. Sacó la llave tarjeta del bolso y se le cayó al suelo. Unas gotas de sudor resbalaron por su frente. Retiró la humedad que mojaba su frente con la palma de la mano y acertó a pasar la tarjeta por la ranura. Un simple clic le indicó que la puerta se había abierto. La empujó despacio y tan solo escuchó silencio, tan solo vio oscuridad.

Contuvo la respiración. Aquello no auguraba nada bueno. Quizás sus primas estaban muertas o quizás solo inconscientes porque ese hijo de puta las había drogado o golpeado. Se animó a sí misma diciéndose que era una mujer valiente y que, aunque pagase el precio de su propia vida, jamás permitiría que nada les ocurriese a sus hijas, porque eso eran para ella, sus hijas.

Un fuerte empujón la metió completamente en la oscura habitación y oyó la puerta cerrarse. Alguien estaba allí con ella y no tardó en averiguar quién era. Pedro subió los fusibles que

previamente había bajado para que cuando Lucky entrase, las luces no se encendieran automáticamente. Cara a cara por fin podrían solventar el problema que los había llevado hasta allí.

Lucky miraba en todas las direcciones de la pequeña estancia intentando encontrar un atisbo de donde las tenía retenidas.

—No están aquí, estúpida.

—¿Dónde están? He hecho lo que me has pedido, ¿dónde están!?! —gritó desesperada.

—Pooobre Lucky. La dulce e inocente Lucky. Veo que no te has fijado mucho en las fotos...

<<¿Que le estaba contando aquel demente?>> Pensó la actriz.

—Era consciente de que no te habías enterado de lo que sucedió en tu viaje a EE.UU. Tus abuelos, tus primas o tú niño no te pusieron al corriente, ¿verdad?

Pedro le contó con todo detalle como entró en su casa, amordazó a las niñas e hizo que sus abuelos le entregaran dinero si no querían verlas muertas.

—Quizás pienses que soy un depravado pero... les hice unas fotos por si en algún momento necesitaba usarlas.

—¡Cabrón! ¡Hijo de puta! —Lucky intentó abalanzarse sobre él, pero un puñetazo en el estómago la hizo caer al suelo.

Pedro se aproximó a ella, que seguía retorciéndose de dolor y le habló muy cerca de su cara.

—Voy a decirte lo que quiero de ti. Vas... a volver conmigo.

—Es... estás... loco —A Lucky le faltaba resuello, no le llegaba

el aire.

Pedro la agarró del pelo, la alzó para ponerla en pie y poder mirarla directamente a la cara.

—Mientras tu corazón lata, será únicamente mío. No permitiré que seas feliz con otra persona que no sea yo, nunca.

Le soltó la larga cabellera y la abofeteó sin piedad, viendo como las mejillas se tornaban rojas por los golpes que le infringía, como sus dedos, sus manos, quedaban marcados en la cuidada piel. Sin soltarla, le estampó el puño directamente en el centro de la cara. Escuchó perfectamente como acababa de romperle la nariz. Con el mayor desprecio, la dejó caer de rodillas para que se recuperara un poco mientras la abundante sangre manaba de sus fosas nasales.

Pero Lucky había ido a pelear por los suyos, por su propia vida. Se puso en pie como medianamente pudo y con las pocas fuerzas que tenía, conteniendo el sangrado con el antebrazo izquierdo, se dirigió al bolso a coger el cuchillo, intentando distraerlo, hablando con él, aunque recibiera la paliza de su vida y su cara quedase totalmente destrozada.

—Mi corazón... no te... pertenece... Mi cora... —Tosió por la falta de aire—, mi corazón... es de Rafael. Sin ti... sigo siendo... yo.

—¡Mírala ella! ¿Qué valiente te has vuelto de repente?

Lucky se aproximaba a su bolso caminando hacia atrás.

—No te tengo miedo, ¡nunca más! —le espetó con el poco aire que le entraba en los pulmones—. ¿¡No eres nadie, nada!?

—¡No soy nadie porque tú me convertiste en lo que soy! ¡Un títere sin cabeza, un puto ludópata por tu culpa, únicamente por tu culpa!

—Convéncete de lo que te dé la gana. Yo nunca te pedí que me pusieras las manos encima, cabrón. Eres un maltratador, un violador. Lo único que siento por ti es desprecio —Lucky le escupió en la cara momento que aprovechó para acercarse al bolso y coger el arma blanca. Pero sus fuerzas eran escasas. Pedro enseguida se lo arrebató de las manos y la amenazó con él.

—¿Venías a matarme, zorra? ¿Tú?

Pedro, que sostenía a Lucky abrazándola por la espalda, deslizó el filo del cuchillo por el suave cuello, trazando una semicircunferencia.

—¿¡Hazlo!? —gritó de repente Lucky—. ¿¡Hazlo de una puta vez!? ¡No volveré contigo! ¡No volveré a ayudarte! ¡No voy a convertirme en un número más! ¿Me oyes? Mi muerte será recordada, soy Lucky Strauss Utrilla. Tú sin embargo serás señalado toda tu vida, hundirás a tu familia hasta el punto de que quieran suicidarse por haber creado a un monstruo.

Pedro la giró para tenerla de frente y aún con la cara hinchada, amoratada y la nariz sangrando, la mirada de Lucky era desafiante a más no poder. Sus preciosos ojos azules destilaban odio hacia su persona pero sobre todo convicción en sí misma.

Lucky notó como la inmovilizaba sin más, sujetándola por los brazos. Pedro le propinaba puñetazos en la cara, en las costillas, la tiraba al suelo para volver a levantarla y continuar con la brutal paliza. La actriz sintió la súbita violencia de cada golpe, el chasquido de alguno de sus huesos al romperse. La lluvia de golpes le provocó múltiples contusiones y cortes en el rostro, no sentía dolor, no sentía nada hasta el punto que era incapaz de articular palabra. El golpe final, un directo a la mandíbula la hizo sentir como su cerebro rebotaba contra su cráneo al caer al suelo, rebotando dos veces por la inercia del propio impacto.

Inmóvil. Quieta. Indolente.

—¡Levántate, puta! ¡No he acabado contigo! —gritaba a pleno pulmón, llevado por una ira incontrolable—. ¡Levántate!

Pero Lucky no se movía.

—¡Qué buena actriz eres! ¿Crees que te puedes hacer la muerta conmigo? Cariño —chasqueó la lengua— lo has hecho muchas veces en la cama y no cuela, ahora estás más viva que entonces.

Lucky continuaba yerta en el suelo.

Pedro se aproximó a ella y contempló su obra. La actriz tenía la cara totalmente desfigurada por los golpes y un charco de sangre se empezaba a formar desde el oído derecho. Se arregló la ropa, se recompuso para salir del lujoso hotel, no antes de coger del bolso el talonario que ella siempre llevaba firmado para emergencias.

Acercándose a ella, la tocó con el pie y la actriz no reaccionó. Como último gesto de cariño le propinó una patada en la cabeza.

—Es mejor así. Muerta la perra... se acabó la rabia.

## 43.

El fin de semana que prometía ser una despedida en varios sentidos se convirtió en un infierno. León intentaba poner paz entre sus tres amigos pero lo único que conseguía era que las cosas fueran de mal a peor.

Rafael decidió que regresaría con ellos el domingo pero que el resto del tiempo que le quedaba lo disfrutaría por su cuenta.

No le apetecía ir a las playas que estaban llenas de turistas borrachos que habían decidido ese destino con el único fin de estar alcoholizados las veinticuatro horas del día y de follarse a la primera chica que estuviese a tiro. Así que eligió ir a alguna cala donde podría relajarse y tomar el sol.

Lo que su amigo Salva le aseveró en estado de embriaguez era cierto. Desde que conoció a Lucky su vida dio un giro de ciento ochenta grados, pero la vida es así. Si no la hubiera conocido, ahora mismo estaría disfrutando con ellos de las vacaciones que todos los jóvenes quieren: borracheras, chicas y follar sin parar.

Él estaba enamorado, no entendía que era lo difícil de entender. Y no solamente Lucky ocupaba sus pensamientos, también lo hacían Elisa y Elsa, con sus diabluras, con sus contestaciones. Jamás pensó que la vida familiar pudiese llegar a llenarlo tanto. Él, que toda la vida rehuyó de todo aquello porque no se veía capaz de querer a una familia, de protegerla, de cuidarla. No quería ser como su padre, eso lo tenía claro, pero tuvo que aparecer una muchacha, con las peores pintas que uno se puede imaginar en un sábado noche para poner su mundo patas arriba.

Resolvió no llamarla para dejarle espacio, aunque estuvo tentado más de un millón de veces en apretar la tecla de llamada para escuchar su voz.



Pasó un estupendo día de playa en Cala d'Hort una de las mejores playas de Ibiza. Nada más llegar a esa cala descubrió que poseía algo especial y mágico gracias al imponente islote de Es Vedrà, que se alzaba a 385 metros del mar frente a la playa. Su figura inconfundible y su impresionante tamaño la convertían en omnipresente desde todos los rincones de Cala d'Hort, haciendo imposible apartar la mirada de tan magnética roca. El entorno natural, prácticamente intacto y las buenas opciones gastronómicas en la zona, hicieron su deleite al comer arroz y pescado. Se dijo así mismo que realizaría un viaje con Lucky para mostrarle la maravilla de isla. Al fin y al cabo, ella ya lo hizo por él cuando pasaron aquella increíble semana de vacaciones en Menorca.

Al ponerse el sol regresó al hotel, se duchó y cambió de ropa, con intención de ir a cenar, él solo, a una de las calles ibicencas más lujosas, el Paseo de Juan Carlos I, calle situada en la primera línea del puerto deportivo y que recorría casi todo el paseo marítimo, lo que la dotaba de vistas espectaculares a sus viviendas. Pero su intención, aparte de cenar, era la de comprarle una sortija de pedida a Lucky. Desde que ella le puso la alianza de oro en su anular, no se lo había quitado en ningún momento, sin embargo ella seguía llevando sus manos desnudas.

Encontró lo que buscaba en Maier's Goldschmiede, una joyería con un estilo muy acorde al de la isla y regentada por un auténtico orfebre. Inspirado por la naturaleza, Reinhard Maier creaba colgantes, anillos, pendientes y pulseras con la forma de hélices de barcos, la silueta de la isla de Ibiza, conchas, sus famosas salamandras.... Todo ello en oro, plata y las más valiosas con diamantes.

El orfebre le comentó que podía hacer cualquier diseño que él quisiera y que tardaría un mes en realizar la pieza, pero Rafael tenía prisa. Una joya le llamó poderosamente la atención: un agua marina engarzada con brillantes. Le recordaba los preciosos ojos de Lucky y fue la alhaja elegida.

Regresó al hotel y no salió de allí hasta que León lo avisó de que el taxi los esperaba abajo para llevarlos al aeropuerto.

El silencio sepulcral tanto en el viaje en taxi como en el avión, bien semejaba que iban a un funeral por las caras largas y desencajadas que los cuatro mostraban.

Cuando llegaron al aeropuerto de Barcelona, Rafael solamente se despidió de León, deseándole un feliz viaje a Londres y que lo llamara de vez en cuando para contarle como le iban las cosas.

Se fue a su casa y se duchó para quitarse la pesadez del viaje pero sobre todo para mitigar la tensión generada durante el fin de semana. Cogió la Harley y fue derecho a casa de Lucky. Aunque era temprano, necesitaba estar con ella un rato a solas y contarle todo lo ocurrido. Las niñas no llegarían hasta la hora de cenar, tiempo suficiente para demostrarle cuanto la había echado de menos y realizarle la petición de matrimonio como era debido.

Aparcó justo enfrente, tecleó el código de seguridad y entró en la casa.

Vio el ordenador abierto sobre la mesa. Consideró la idea de que quizás se había tomado un descanso, porque conociéndola como la conocía, seguramente se hubiese pasado un montón de horas delante de procesador recogiendo información para las nuevas campañas publicitarias.

La buscó por todas partes pero no la encontró. Fue a la mesa y en ese instante, su corazón sufrió un colapso al ver la nota manuscrita.

*“Estoy en el hotel Palace, habitación 408. Pedro tiene secuestradas a las niñas. Venid a por nosotras”*

Rafael, con las pulsaciones a mil por hora giró la pantalla del ordenador y vio las fotos de Elisa y Elsa amordazadas. En seguida se

dio cuenta de que las fotos no eran recientes, sino que procedían del día que ese malnacido las secuestró en su propio hogar mientras Lucky permanecía en EE.UU.

—¡Inconsciente! —bramó desesperado—. ¿Por qué no me llamaste?

Cogió su móvil y realizó la llamada a los abuelos preguntándoles primero si las niñas estaban con ellos y luego comentándoles la situación. Ellos se encargarían de llamar a una ambulancia y a la policía para que fueran raudos al hotel para ver con qué se encontraban.

Se presentó en el hotel en diez minutos, a pesar de que tráfico le dio el alto por exceso de velocidad. Si tenía que pasar un par de noches en el calabozo no le importaba, lo que quería era encontrar Lucky, lo que quería era... encontrarla viva.

## 44.

Lucky llevaba casi veinticuatro horas, tirada en el suelo.

En su inconsciencia descubrió lo que se sentía antes de morir. No quería morir, temía al encapuchado que sostenía en sus manos la temible guadaña que segaba la vida. Desterró la presunción inicial del miedo y con la muerte cerca, experimentó una sensación inesperadamente positiva, de sosiego, de paz que clamaba con mayor asiduidad dentro de su cabeza, recordando los momentos felices de su infancia, el amor de sus padres, de sus primas, de sus abuelos... de Rafael. Esos pensamientos, inconexos por otra parte, la ayudaron a sofocar la ansiedad por el inexorable deceso.

Un ruido estridente, un *piiii* agónico resonó con fuerza en sus oídos, sacándola del estado comatoso. Abrió los ojos pero era incapaz de enfocar ningún objeto. Lo peor de todo era que su cerebro daba la orden de que moviera alguna extremidad pero sus miembros se negaban a responder. Notó que estaba apoyada sobre algo pegajoso y que olía a metal, pero era incapaz de mover la cabeza para saber de qué se trataba.

—A...yu...da —pidió con casi una voz inaudible, ni ella misma se escuchaba por el zumbido ensordecedor que emitían sus oídos—. A...yu...da —Intentaba gritar pero sus cuerdas vocales se negaban a emitir ningún sonido.

Las imágenes de lo acontecido le venían una y otra vez a la cabeza, los golpes, la brutal agresión por parte del exfutbolista, sus amenazas de que jamás la dejaría ser feliz.

De repente, el suelo vibró, cimbrió como una manada corriendo despavorida huyendo de un depredador. Notaba como la levantaban con toda suavidad del suelo, aunque algo le impedía levantar la cabeza.

La mancha reseca de sangre tenía atrapado parte de su oscuro cabello y notaba los tirones, como pequeñas agujas que se clavaban en su cabeza.

—¿¡Lucky, cariño!?! —Una voz conocida le llegaba a sus oídos de manera muy tenue, casi imperceptible—. ¡Lucky, mírame por favor!

—¿Ra... Ra... fa? —consiguió pronunciar su nombre.

—¡Dios mío! ¿Por qué has venido sola? ¿Por qué no me avisaste?

Rafael la sostenía en el regazo, llorando profusamente al contemplar lo que le había hecho aquel ser inhumano. Los abuelos de Lucky, que llegaron cinco minutos después, presenciaban la escena como si estuviesen contemplando la famosa escultura de La Piedad de Miguel Ángel pero a la inversa. Veían como Rafael la acunaba y le acariciaba el maltrecho rostro. La cara de su nieta antes dulce, jovial y preciosa se hallaba castigada, sin vida, pálida, deforme.

Lucky había encontrado por fin la paz. Se encontraba protegida entre los brazos de la persona por la quien daría su vida. Lucky, al sentir como él llevaba su mano hasta su rostro y se la besaba, consiguió dibujar una leve sonrisa. Sin embargo un dolor punzante en la cabeza y el pitido chirriante se apoderaron de sus oídos haciendo que fuera perdiendo poco a poco la consciencia.

—¡Lucky, cariño, mírame! ¡No te duermas! —le dijo desesperado al ver como ella se desvanecía—. ¡Lucky por favor, no me dejes mi vida! ¡Tenemos que casarnos, tenemos que hacer nuestra vida juntos!

—Te... qui...te... quiero —emitió débilmente.

—¡Eres mi vida Lucky! ¡Lucha por favor! ¡Mantente despierta!  
—La desesperación lo estaba consumiendo—. ¿¡Dónde cojones está la ambulancia?!

—Ya tendría que estar aquí —contestó un compungido Strauss que salió como alma que lleva el diablo en busca de alguna persona que le dijera por qué no llegaba el socorro.

Un botones entró rápidamente para avisarlos de que, debido a un accidente de tráfico que cortaba la vía de acceso al hotel, la ambulancia se retrasaría cinco minutos.

—¡Mi nieta no tiene cinco minutos! —le gritó Schäfer al botones.

—Lo siento señor, pero si le sirve de consuelo, la prensa sí que está abajo.

—¿¡Que has dicho!?! —soltaron Rafael y Schäfer la misma pregunta al mismo tiempo.

—Es Lucky Strauss. Cuando reservó la habitación, yo pensé... pensé —El botones acababa de firmar su sentencia.

—¡Me encargaré de arruinarte la vida! ¡A ti y a toda tu estirpe! —lo cogió por las solapas Schäfer.

—¿Qué quería que hiciera? Necesitaba dinero extra y bueno... Todos hemos visto la última película...

—¡Sal de mi vista ahora mismo si no quieres que te muela a palos, hijo de puta!

—La ambulancia está entrando en el parking —anunció Strauss que entraba corriendo en la habitación.

—Cariño, vas a ponerte bien, ya lo verás. Eres la mujer más fuerte, entregada, generosa e inteligente que conozco. Eres una luchadora nata Lucky, aguanta un poco más mi vida.

Pero el ramalazo de dolor que Lucky sintió fue mucho más

fuerte que el anterior. Notaba la garganta seca y sus pulmones estaban extenuados de intentar coger aire.

—Da... me... un... beso.

Rafael la beso con toda la ternura que pudo, mientras las lágrimas no dejaban de mojarle la cara.

—Recuérdame —Y la oscuridad se la llevó.

—¡No, no, nooo! ¡Lucky despierta, por favor despierta! ¿¡Lucky, Lucky!?! ¡Nooo!

Rafa la tendió en el suelo. Comenzó a hacerle el boca a boca, e inició un infructuoso masaje cardíaco, enloquecido de dolor, exasperado, pero Lucky no reaccionaba.

Schäfer se apostó de rodillas y puso sus piernas a modo de almohada para que su querida nieta volviese a la vida, viendo los esfuerzos de Rafael al transmitirle aliento mientras lloraba sin ningún tipo de vergüenza.

—Respira Lucky, respira —Un, dos, tres... diez golpes en el corazón—. Vamos, vamos, vamos...

—Señor tiene que dejarnos... —El médico del 061 entraba atropelladamente en la habitación seguido de su equipo, tropezando con Strauss. Con un Adler Strauss compungido, con un dolor lacerante en el corazón al haber sido testigo de los últimos momentos en vida de su nieta. El anciano se llevó una mano al corazón y cayó desplomado al suelo.

—¡Código rojo, código rojo! —gritaba el médico que no sabía a quién atender primero.

El director del hotel fue llamado con urgencia por si había algún médico hospedado en el hotel. El maldito accidente no

permitiría llegar una nueva ambulancia.

Rápidamente un médico americano llegó a la habitación para atender a Strauss mientras que el 061 apartaba a Rafael del lado de Lucky y le ponía las palas para intentar revivirla.

—Un, dos, tres... ¡descarga! —El cuerpo de Lucky se arqueaba pero no había respuesta—. Un, dos, tres... ¡descarga! —Sin respuesta cardíaca—. ¡Sube el voltaje! —exigía el médico al enfermero—. Otra vez. Un, dos, tres... ¡descarga! ¡Necesito la camilla, hay que llevársela al hospital ya!

—Pero doctor, no reacciona... está... está... muerta.

—Nunca se me ha muerto un paciente y ella no va a ser la primera. Continuaremos con el RCP avanzado hasta que llegue la camilla.

Los sanitarios que acudieron le estuvieron aplicando maniobras de reanimación cardiorrespiratoria avanzada durante más de media hora. Por fin un tenue rayo de esperanza, la máquina dibujaba en el monitor unas pequeñas ondas. Había pulso.



## 45.

El monitor emitía un sonido constante, lo que implicaba que la persona a la que estaba conectaba se encontraba estabilizada.

Lucky se encontraba en el hospital Clínic de Barcelona, en la unidad de cuidados intensivos, donde las visitas solo podían entrar media hora por las mañanas y media hora por las tardes. Pero tras lo sucedido Rafa no se apartó de la puerta en ningún momento, acompañado de Elisa y Elsa.

Por desgracia debían preparar el funeral de Strauss.

—Chicas, voy a llamar a Silvia para que se quede con vosotras, ¿vale?

—¿Y tú no vas a venir? —preguntó Elisa.

—Quiero estar aquí por si hay alguna novedad.

—Papá, llevas cuatro días sin dormir. Tienes que estar muy cansadito.

Rafael rompió a llorar por el trato cariñoso con el que Elsa lo adjetivaba.

Las niñas al ser menores no podían entrar a ver a Lucky y, aunque hubiesen podido, él no lo hubiera consentido. Tenía la cara tan desfigurada que no quería crearles un trauma.

Además las niñas no encajaron bien la muerte de su abuelo y se encontraban desubicadas totalmente. Sus abuelos lloraban, Lucky estaba en coma y no sabía que más hacer.

Media hora más tarde Silvia se presentó en el hospital con sus

hijas. Rafael le pidió que se encargara de las niñas y que se quedara en la casa de Lucky el tiempo que hiciera falta y que hicieran de ella su hogar. Él no se movería de allí.

El entierro de Strauss fue en su Alemania natal dos días después. Se realizó con todos los honores, como merecía. Por lo que le contaron casi mil personas asistieron al sepelio y los programas especializados le dedicaron un programa en recuerdo de lo que fue su vida, recordando su grandeza como persona y como empresario.

Tras seis días en el hospital fue al piso que había compartido con León para darse una ducha y afeitarse. Quería estar presentable para cuando ella despertase. Sin embargo en seguida cambio de idea. Necesitaba verla, oírla aunque fuese en idioma anglosajón, volver a percibir la luz y el brillo de los preciosos ojos azules que lo habían conquistado desde el primer momento.

Puso la famosa película y se deleitó con cada gesto, con cada mirada, con cada palabra. Las escenas eróticas las pasó a modo rápido. En una de las escenas en las que el personaje, perfectamente ataviado y maquillado se derrumbaba, llorando dolorosamente, el maquillaje comenzaba a correrse y un primer plano de la cara de Lucky invadía la pantalla. Rafael paró la imagen y la observó en silencio. Sus mejillas volvían a mojarse por las lágrimas derramadas. Así era como la había conocido, hecha un estropicio.

—¡Qué bonita eres mi amor! Preciosa... —se tapó la cara con las manos y se dejó llevar por el dolor.

La puerta de su casa se abrió y al mirar hacia ella, vio a León, Salva y Gustavo.

Las rencillas quedaron aparcadas, los reproches olvidados. Se levantó del sofá, con la imagen de Lucky en la pantalla y se abrazó a sus amigos en busca del consuelo que necesitaba en ese momento.

—¿Qué haces aquí León? ¿Y vosotros?

—Somos amigos Rafa, no lo olvides nunca. Llevo cuatro días peleando con los jefes para que me dieran un par de días libres desde que me enteré por las noticias de lo sucedido. Al hablar contigo sabía que tenía que venir, que teníamos que venir.

—Gracias, chicos, muchas gracias.

—Rafa... yo...—Salva estaba avergonzado por todas las palabras humillantes que salieron de su boca durante el fin de semana. Cuando León los llamó no dudaron ni un segundo en ayudar a su amigo a pesar de que no las tenían todas consigo.

—¡Olvídalo! —Y se abrazó a él, lo que hizo que Salva también comenzara a llorar.

Les costó mucho convencerlo de que se duchara mientras pedían una pizza. Veían el estado demacrado en el que se encontraba y, ahora que ellos estaban allí no iban a permitir que bajara más peso o que su estado de ánimo decayese.

Rafael contestó a todas las preguntas que sus amigos le hicieron sobre las niñas, los abuelos de Lucky, el funeral, el estado de la actriz, la prensa y como estaban gestionando el dolor y el duelo. Rafael se abrió en canal, desnudó su alma y su corazón, lloró desconsolado mientras, los cuatro amigos sentados en el sofá eran observados por la imagen de Lucky paralizada en la pantalla. En un momento de sosiego Rafael les relató que dos días después del trágico suceso, el presidente del evento que otorgaba los premios de publicidad, se había puesto en contacto con él para decirle que realizarían un homenaje durante el acto dedicado a Adler Strauss y que si Lucky resultaba ganadora, él mismo lo recogería en su nombre.

—¿Qué sabes de Pedro? —preguntó León una vez finalizada la pizza y teniendo en cuenta que en veinte minutos saldrían hacia el hospital para la media hora de visita.

—Nada. Pero os juro por mi vida que averiguaré donde se

esconde y lo mataré con mis propias manos.

—¿La policía no os ha dicho nada? —preguntó Gustavo.

—Ese hijo de puta se llevó la chequera de Lucky y están esperando a que haga algún movimiento para darle caza —explicaba Rafael—. Aunque todo el mundo sabe que fue él quien le dio la brutal paliza, se aseguró de que en el hotel no quedase registrado su nombre. Reservó la habitación de enfrente, la 410, con un nombre falso para guardarse las espaldas y que no lo relacionaran.

—¡Joder, además lo hizo con alevosía! ¡Qué hijo de la gran puta!

Llegaron al hospital y una enfermera daba paso a las visitas que tan solo duraban media hora. León, Salva y Gustavo le comentaron que lo esperarían en la cafetería para que se tomase después un café con ellos.

Rafael se dirigió por el pasillo hasta la última cama, que dándole la privacidad que requería alguien como Lucky, la separaban del resto con un biombo. Los médicos decidieron que así fuera cuando vieron como alguien de la prensa se coló, haciéndose pasar por un familiar de otro enfermo y empezaba a hacer fotos para venderlas al mejor postor. Era la noticia del momento. Después de llamar a seguridad, al periodista le quitaron la cámara, la rompieron en mil añicos y lo denunciaron por intrusismo.

—Hola cariño, como estás esta tarde —depositó un tierno beso en la comisura de los labios ya que permanecía entubada y se sentó a su lado. Le cogió la mano y empezó a hablar con ella relatándole como estaban sus abuelos y las niñas—. Hoy me he llevado la sorpresa del día. Te conté lo que pasó en Ibiza y cuando fui a casa para ducharme aparecieron León, Salva y Gustavo, para estar conmigo en estos momentos. Cuando acabe la media hora de visita bajaré a tomar un café con ellos a la cafetería del hospital.

Con la mano que tenía libre cogió su móvil y llamó a Schäfer,

haciendo una vídeo-conferencia para que ellos pudiesen verla.

—Hola Rafael, ¿cómo está Lucky hoy? —preguntaba la reciente viuda.

—Ahora mismo os la enseño.

Rafael dirigió el móvil hacia Lucky para que sus abuelos hablasen con ella. Se había informado mucho y sabía que el oído era lo último que se perdía. Si todos le hablaban quizás, solo quizás, despertase del coma en el que se encontraba sumida.

Los abuelos le dijeron cosas como: tienes que ser fuerte, eres una luchadora, pelea por tu vida pero sobre todo, le dijeron que la querían y que harían lo imposible para hacerle pagar a Pedro lo que había hecho.

—Rafa, regresaremos a España en tres días, una vez dejemos resueltos ciertas legalidades aquí en Alemania.

—Me parece bien. Pero no os preocupéis por nada, tomaros vuestro tiempo. Las niñas están bien atendidas por Silvia y por parte de los parroquianos de “El Botijo” que no las dejan ni a sol ni a sombra. Hablo con ellas diez veces al día y sé que están bien.

—Es una suerte que te hayas cruzado en su camino Rafael, Lucky se puede considerar una mujer afortunada —le dijo Schäfer.

—La quiero Johan, es lo mínimo que debo hacer por ella, cuidarla —le respondió Rafael.

—Lo sé hijo, lo sé.

—Mañana vuelve a llamarnos por la mañana ¿de acuerdo? A ver que te dice el médico —le pidió Avelina.

—Dadlo por hecho.

Rafael colgó la llamada. Le quedaban cinco minutos antes de que acabase la media hora establecida para concluir la visita. Se levantó de la silla y fue repartiendo pequeños besos por la cara y las manos de Lucky, repitiéndole hasta la saciedad que la amaba, que tenía que luchar por su vida, que se merecía ser feliz y que él se encargaría de que fuera así.

La cara de una enfermera tras el biombo le anunció que la hora de visita había concluido. Se despidió de Lucky hasta el día siguiente y comentó una vez más a la sanitaria, que pasaría la noche en el hospital por si hubiese algún cambio.

Fue el último en abandonar la UCI. Se disponía a coger el ascensor para ir a la cafetería, cuando una mujer, que permanecía sentada en las incómodas sillas de la sala de espera de la UCI se levantó y fue a su encuentro.

—Mamá, ¿qué estás haciendo tú aquí?

—Hola hijo. He venido porque es mi deber como madre estar contigo en estos duros momentos. Me equivoqué Rafael, me equivoqué en tantas cosas... —Esperanza comenzó a llorar y Rafael, viendo a su madre en ese estado, la abrazó con fuerza, dejando que se desahogara.

Esperanza levantó el rostro impregnado de lágrimas. Vio a su hijo demacrado y con los ojos hinchados por todo lo que estaba soportando sobre sus espaldas.

—¿Serás capaz de perdonarme algún día, hijo?

—¿Qué tengo que perdonar? ¡No me acuerdo de nada y no sé de lo que me estás hablando! —le contestó emocionado con una sonrisa traviesa.

—Mi Rafael. Siento mucho lo que te está pasando hijo mío.

A pesar de que Rafael quería permanecer en hospital no podía obligar a su madre a que se quedase con él. Llamó al timbre de la UCI, le dijo a la enfermera que se iba a casa con su madre y que lo avisasen a cualquier hora de la noche o del día por si había cambios.

## 46.

Rafael llevó a su madre a casa de Lucky. Necesitaba que le contara como tomó la determinación de ir a Barcelona, dónde estaba su padre y su hermana, pero sobre todo quería que conociese a Elisa y a Elsa.

Rafael aparcó la moto y esperó a que su madre apareciera con el taxi, ya que se negó en rotundo a montar con él en la motocicleta.

Esperanza se quedó muy impresionada cuando vio la urbanización y la propia casa, pero lo que más le gustó fue ver como dos de las cinco niñas lo recibían, abrazándose a él y acribillándolo a preguntas.

Rafael le presentó a Silvia y a sus hijas explicándole el papel que estaba desarrollando en ese momento atendiendo a las primas de Lucky, mientras él permanecía en el hospital y los abuelos estaban en Alemania.

—Mamá, quiero presentarte a Elisa y a Elsa.

—Hola —saludó tímidamente Esperanza—. ¿Quiénes son?

—Son mis hijas, mamá —afirmó con rotundidad.

Ante tal declaración de intenciones, Elsa lo cogió de la mano e hizo que se agachara para quedarse a su altura.

—¿Quién es esta señora, papá?

—Es mi madre, vuestra abuela —Miró a su progenitora y la vio con los ojos llenos de lágrimas al ver en el tipo de hombre en el que se había convertido Rafael. Sabía de sobra quienes eran, pero que él las considerara como sus hijas y que las niñas lo trataran como su



padre, la llenó de un enorme orgullo.

—Hola abuela —le dijo Elisa acercándose a ella y dándole un fuerte abrazo—. Yo soy Elisa y esta pequeñaja es Elsa. Ven Elsa, dale un beso a la abuela —la apremió Elisa.

Elsa se tiró a los brazos de Esperanza y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¿Y la abuela no viene con un abuelo? Siempre vienen en packs.

—¡Elsa! —la amonestó Elisa.

—Tranquila cariño, Elsa tiene razón. Pero el abuelo Luis, que así es como se llama está en Granada y vuestra tía Victoria está en Cádiz.

—¡Ahora también tengo una tía! —Elsa estaba emocionada—. Bueno supongo que a veces la vida te quita a personas que quieres y te da otras.

Los presentes enmudecieron ante el razonamiento de la niña.

—Mi prima Lucky, bueno... mi mamá —Miró a Rafael quien se tapaba la boca emocionado y abrazaba a Elisa por cómo denominó Elsa a Lucky, ya que jamás la llamó así— está muy malita en el hospital y a mi abuelo le dio un dolor tan grande en el pecho que se murió —Elsa comenzó a llorar y se agarró fuerte a su nueva abuela, quien, devolviéndole el abrazo dejó escapar unas lágrimas al ver lo compungida que estaba la niña.

—¿Qué os parece si vais con Silvia y con sus hijas al cine? —Rafael no podía más con la opresión que sentía en el pecho y además necesitaba estar con su madre a solas —. Silvia, ¿es pedirte demasiado?

—Haré lo que haga falta Rafael, tranquilo.

—¿Podemos ir después a cenar pizza? —preguntó Jessi.

—Por supuesto que sí —Rafael sacó la billetera de su bolsillo de atrás pero fue frenado por su madre quien le dio dos billetes de cincuenta euros a Silvia para que pagase lo que a sus hijas y ahora a sus nietas se les antojasen con tal de verlas sonreír.

Una vez solos, Rafael preparaba café y servía unas galletas en un plato. La conversación que iban a mantener madre e hijo iba a ser larga.

—Cuéntame por qué has venido mamá —le pidió con voz dulce.

—Me porté muy mal la última vez que hablamos hijo, te dije cosas horribles sobre ella. Pero cuando me enteré por las noticias de lo ocurrido y te vi entrando con ella en la ambulancia, tu cara... dije basta.

—No te entiendo mamá, explícate mejor.

—Tuve una discusión tremenda con tu padre. Le dije que teníamos que venir a acompañarte en estos momentos y él llegó a insinuar que quizás la paliza se la propinaste tú, por que las mujeres que se dedican a la farándula son todas unas putas y que a lo mejor la pillaste con algún amiguito.

Rafael contraía la cara, apretando fuerte la mandíbula y cerrando los puños. Su madre, al ver cómo se contenía, le cogió de las manos para tranquilizarlo y continuó con su explicación.

—Lo llamé de todo y le dije que yo no había criado a mi hijo para ser un monstruo que pega a las mujeres. Le dije que estaba harta de ser siempre la mujer resignada, la que mira para otro lado por el bien del apellido de la familia y que si no ejercía de padre, de mí que se olvidara. Intentó retenerme pero le di dos leches bien dadas, hice la maleta, me fui a Cádiz a casa de tu hermana y después cogí el avión para Barcelona.

—¿Mi hermana vive en Cádiz?

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste de casa, hijo. Tu hermana también se hartó. Conoció a un chico, que es una bellísima persona y se fue a vivir con él. Cuando la llamé para decirle que abandonaba a tu padre y que mi sitio estaba aquí contigo, aplaudió mi decisión. Ella vendrá la semana que viene si te parece bien.

—Me parece estupendo. Yo también necesito resarcir mi alma con Victoria, pedirle perdón por cómo me comporté con ella, por no reaccionar.

—Hace mucho que Victoria te perdonó, hijo.

—Me alegro de que estés aquí, mamá.

—Y yo hijo, y yo. Pero dime ¿cómo está Lucky?

Rafael le contó que se mantenía estable, con un montón de cachibaches en el cuerpo y entubada. Los médicos pasaban todos los días a verla y le hacían exploraciones completas de casi dos horas por si hubiese algún vestigio de recuperación o reacción.

Rafael, apoyando los codos en las rodillas, se llevó las manos a la cara ante la desesperación e impotencia que sentía.

—¿Cuántos días llevas sin dormir y sin comer decentemente? — indagó su madre.

—Seis.

—Bueno, pues ahora que estoy aquí, vas a dormir y a comer como Dios manda. Y si me lo permites, me encargaré de mis niñas. La cara de Silvia también denota cierto cansancio.

—¿Lo harías?

—¿Por mi hijo y mis nietas? ¡Por supuesto que sí! Soy tu madre Rafael de Sáez y Torres y las madres tenemos una fuerza y una paciencia infinita —le dio un beso en la mejilla—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Me he estado informando sobre Lucky y el día que despierte le pediré perdón. Las revistas del corazón al igual que algunos programas de televisión solo nos muestran lo que ellos quieren, pero por lo que he averiguado, debe ser una mujer increíble.

—Lo es, mamá.

—Hijo... ¿Me dejarás ir a visitarla? Así tú puedes dedicarte a las niñas, nos podemos turnar...

—Gracias mamá, por todo.

Madre e hijo se dieron un abrazo como cuando Rafael era pequeño y necesitaba el consuelo de su madre.

Rafael la instaló en una de las habitaciones que estaban libres y cuando las niñas regresaron del cine, le dijo a Silvia que ellos se ocuparían de todo y que se fuera a disfrutar de sus hijas. Le dio las gracias un millón de veces, y aunque intentó pagarle, Silvia rechazó cualquier tipo de compensación económica. Ella le debía mucho a Lucky y cuidar de Elisa y Elsa, era la manera de demostrárselo, sin ningún tipo de interés.

Rafael se fue a la habitación que compartía con Lucky y dejó la puerta abierta por si alguna de las niñas necesitaba dormir con él.

Eran tantas las emociones las que peleaban dentro de su ser: la llegada de sus amigos para darle apoyo, su madre que había dejado a su padre y que estaba ahí por y para él... y Lucky, siempre Lucky.

Sentado en el borde de la cama no pudo evitar derrumbarse una

vez más. Con los codos apoyados en las rodillas, se tapaba la cara con las manos y se dejaba ir por la desesperación, por la tristeza.

Sin darse cuenta inició un soliloquio rememorando una canción que escuchó en el hospital. Una canción que definía perfectamente la situación en la que se encontraba inmerso.

—Una y otra vez tu cabeza vuelve a pensar en él. No le dejes irse, no... Oyes voces sin control, voces que dicen que él lo superó y te tocó perder, te torturas sin razón... Ya no las oigas por favor, sólo escucha mi voz porque aquí estoy yo... Pronuncia mi nombre Lucky, el tren pasa una vez y prometo que... Te llevaré conmigo aquí —se llevó instintivamente la mano al corazón y a la cabeza— a sitios donde él no quiso ir, no temas al amor, entiéndelo... Él no soy yo mi vida. Dibujaré sin dudar la paz en tu mirada frágil como el cristal... Él sólo fue dolor, entiéndelo... Él no soy yo.

Se dejó caer a los pies de la cama y abrazado a sus piernas contemplaba el techo, continuando con la pegadiza canción de Blas Cantó mientras las lágrimas seguían brotando sin control.

—Noche tras noche ves cómo su fantasma vuelve otra vez, te olvidas que me tienes tú... Él sólo es un déjà vu... Te pido por favor que escuches mi voz porque aquí estoy yo... Pronuncia mi nombre Lucky... Él sólo fue dolor, entiéndelo... Él no soy yo... Él no soy yo... Pronuncia... mi nombre...

—¿Por qué lloras papá? —La voz de Elsa en el marco de la puerta hizo que se secara las lágrimas—. ¿Es por qué mamá está malita?

—Si cariño, es por mamá.

Elsa se sentó a su lado, en el borde de la cama y se abrazó a él.

—Estás muy triste y sé que tienes miedo, pero si quieres puedo dormir contigo para que estés un poquito mejor. ¿Quieres que

duerma contigo?

—Tengo mucho miedo Elsa —Levantó la vista y vio a Elisa que los contemplaba desde la puerta. Rafael estiró el brazo haciéndola entender que también la necesitaba a ella—. Eli, quiero que también duermas conmigo hoy, os necesito a las dos.

—Mamá va a ponerse buena papá. Como bien dice su nombre es afortunada —Razonó en su ingenuidad Elsa.

—Lo sé... lo sé... Os quiero tanto —Rafael le dio un beso a cada una en la coronilla y se metieron en la cama.

No pudo dormir nada aquella noche, pero tener a las que consideraba sus hijas a cada lado de su cuerpo, abrazándolo y dándole la fuerza que él precisaba en ese momento lo hizo sonreír.

—¿Papá? —preguntó Elisa en voz baja ya que Elsa dormía profundamente.

—Dime Eli.

—Quiero ver a mamá un día de estos...

—Intentaré arreglarlo —Depositó un suave beso en la adolescente cabeza.

—Vamos a salir de ésta papá, ya lo verás. Lucky... mamá siempre ha sido muy fuerte... ¿Sabes una cosa?

—¿Qué cariño?

—Un día Elsa me preguntó que quería ser de mayor y le respondí que aún no lo tenía decidido. Ahora ya lo sé.

—¿Y qué quieres ser de mayor, Eli?

—Quiero ser como mis padres Rafael y Lucky.

Los abuelos de Lucky como prometieron regresaron a los tres días. Se instalaron en la casa de su nieta e hicieron muy buenas migas con Esperanza, la madre de Rafael.

Los días se convirtieron en semanas. Lucky llevaba en aquel estado dos meses y se mantenía exactamente igual que el primer día. Todos se iban turnando para verla en la escasa media hora que se les permitía por la mañana y por la tarde. Rafael, aunque a veces no podía entrar, ya que solo permitían el acceso a dos personas, siempre se quedaba en el hospital, sabiendo que los abuelos de Lucky, su madre, la familia de "El Botijo" incluso León, Salva y Gustavo, se ocupaban de que las niñas estuviesen perfectamente cuidadas y atendidas.

Llegó a casa a las once de la noche y se encontró con Schäfer despierto viendo la televisión.

—¿Alguna novedad? —interpeló el único abuelo que le quedaba a la actriz.

—Nada —respondió cansado Rafael.

—Me gustaría hablar contigo de dos temas un poco importantes —comenzó la conversación Schäfer apagando el televisor.

—Tú dirás.

—Verás Rafael —Suspiró para elegir las palabras adecuadas—, la vida continua. Creo que ha llegado el momento de que todos volvamos a nuestra rutina y la mejor manera es... que ocupes el lugar de Lucky en la empresa.

—¡Estás hablando como si mi mujer estuviera muerta! ¡Lucky está viva y yo...!

—Déjame terminar. Si todos volvemos a nuestros quehaceres diarios, ese ¡*Hurensohn, Bastard!*... pensará que nos hemos olvidado

de él y ese es el segundo tema del que quería hablar contigo.

—No te voy a decir que no he pensado en más de una ocasión que con los contactos que tenéis no le hubieras dado caza ya —habló tranquilamente ya que perdió los nervios al escuchar a Schäfer pedirle que ocupase el lugar de Lucky.

—El período de duelo por el que está pasando esta familia, con Lucky en la UCI y con la muerte de mi amigo, mi hermano y compañero podemos vivirlo de otra manera. Jacinta, que llora por las esquinas por la muerte de su marido y por el estado de su nieta, clama venganza — Schäfer se puso en pie y Rafael lo siguió acompañándolo hasta uno de los ventanales—. Es una sabandija que se está escondiendo porque tiene miedo, está muerto de miedo. Pero cometerá un error, el más tonto que te puedas imaginar. Aún no ha tocado ningún cheque de los que le sustrajo a Lucky, pero es un enfermo. Algún día se le acabara el dinero y hará uso del talonario.

—Continúa.

—Si volvemos a la normalidad, si atendemos a la prensa, podemos hacerle creer que nos hemos olvidado de él y entonces cometerá un error y podremos darle el toque de gracia, por Lucky y por Strauss.

—Lo tenías todo pensado, ¿verdad?

—Soy un superviviente del holocausto hijo, aprendí que siempre hay que ir cuatro pasos por delante de tu enemigo.

—Pues entonces, que así sea.



## 47.

Habían pasado otros dos meses, cuatro en total y Lucky permanecía exactamente igual.

Tras varias reuniones y enfrentamientos con directivos de la empresa SYS, Rafael se convirtió en el nuevo director general, sustituyendo a Lucky en sus funciones.

Pese a dar normalidad a sus vidas, Rafael siempre se encontraba con algún reportero entrometido que le preguntaba por la salud de la actriz. Él, haciendo caso de los consejos de su madre, su hermana y los abuelos de Lucky, contestaba con la mayor naturalidad, con la mayor educación, agradeciendo a los medios de comunicación la preocupación por el estado de su prometida y terminando siempre con la misma frase: “No sabemos quién fue el causante de la agresión”.

Rafael dejó muy claro desde el principio que pasaría dos horas fuera del SYS por la mañana y por la tarde. Las visitas diarias a Lucky, verla, besarla y hablar con ella de lo que habían decidido y del trabajo que desempeñaba en ese momento, era su prioridad. No iba a tirar la toalla jamás. Lucky era su vida, su amor, y el poco tiempo que pudiera pasar con ella, lo aprovecharía al máximo. Los médicos además le proporcionaron un pase especial. En vez de la media hora de rigor que exigía el protocolo de visitas en la UCI, a él le permitían estar casi dos horas.

Rafael aprovechaba esos momentos para ayudar a las auxiliares a asearla, girándola cuando ellas se lo pedían. La peinaba, ayudaba a vestirla e incluso a ponerle el pañal. Además una vez que la dejaban lista, le ponía canciones románticas que él le tarareaba para que jamás se olvidase, dentro de su inconsciencia, de que él estaba allí y que la amaba con locura. A Elisa no le permitieron la entrada pero él

aprovechaba por las tardes para hacer una vídeo-conferencia y que Eli pudiese verla, hablar con ella de las cosas del colegio, de cómo se encontraba Elsa... Para Rafael era una forma más de sentirse útil en los cuidados que ella precisaba.

En cuanto al trabajo, se convirtió en un jefe duro y exigente. El nivel de Lucky no podía decaer en ningún momento, y como la conocía tan bien y sabía lo que ella se implicaba en su labor, él decidió hacer lo mismo. Al fin y al cabo, ella fue su maestra en ese terreno.

Tuvo que despedir a Alejandra, la que fue por un breve período de tiempo asistente de Lucky por incompetente y volvió a contratar a León. El joven no quería dejarlo solo y tenía aún menos ganas de volver a Londres, así que renunció a su puesto y volvió a sus comienzos como asistente del director general del SYS.

Estaban en el mes de Enero y a pesar de que las navidades fueron tristes, tener a toda su gran familia con él y las niñas era lo que lo mantenía en pie y lo que le inculcaba fuerzas para seguir luchando día a día.

—¿Rafael? —lo llamaba León por la línea interna.

—Dime.

—Ayer nos olvidamos por completo de que se entregaban los premios de la publicidad. Recuerda que tuvieron que aplazarse por el terrible ataque terrorista en Lyon. Bien, quiero que entres en *Youtube*, en esta página que te mando ahora mismo y lo veas. ¡Se acaba de hacer viral!

Rafael hizo lo que su amigo de la infancia le dijo. Dos presentadores daban paso a los nominados como mejores publicistas del año.

—...*And the best publicist of 2016 is...* —Mantén el suspense la

presentadora abriendo el sobre con el nombre del ganador—, ¡*Lucky Strauss from SYS company!*

Los aplausos invadieron el recinto en el que se entregaban los prestigiosos premios, poniendo a todos los asistentes en pie entretanto el mismísimo presidente lo recibía en su nombre. Una foto de Lucky con su abuelo Strauss, ambos sonrientes, eran el telón de fondo. El presidente agradecía el premio y hacía una reivindicación contra la violencia de género que hizo nuevamente estallar en aplausos y poner a los presentes en pie en honor a Lucky y a su abuelo.

Rafael estaba emocionado. Lo había vuelto a conseguir.

Su móvil sonó y casi se cae de la silla al ver el número del hospital.

—¿Rafael? Soy el doctor Ladrón de Guevara.

—¡Qué pasa! ¿Lucky está bien? —le temblaban las manos.

—Hay reflejo palpebral y movilidad manual espontánea —dijo el médico.

—En cristiano por favor que me va a dar un patatús.

—Será mejor que vengas —La voz era risueña al otro lado—. Ha movido las manos y está abriendo los ojos.

Rafael salió disparado del despacho. Le pidió a León que avisara a todo el mundo y que se reunieran con él en el hospital. Le rogó que llamara a Gustavo y Salva para que fueran a por las niñas al colegio, las necesitaba junto a él en ese momento.

—León, te quedas al cargo.

—¿Cómo que al cargo?

—Lucky está despertando y no pienso salir del hospital.

—¡Joder! ¡Acaba de despertar y ya está fastidiando! —le dijo con una sonrisa al ver como su amigo se ponía la chaqueta para salir pitando.

—Es Lucky Strauss amigo mío, si no fastidiara a la gente no sería ella —La sonrisa le cubría la cara.

—Si... es nuestra Lucky Strauss —León vio como Rafael corría hacia el ascensor—. ¡Ten cuidado con la moto!

Rafael llegó en un santiamén al hospital. El médico lo estaba esperando y lo llevó junto a Lucky. La encontró en mejor estado: tenía mejor color de cara y la habían desentubado, por lo que parecía que solo estaba dormida.

—Sé que habrás avisado a toda la familia, pero este es un momento crítico. Te dejaré con ella diez minutos ¿de acuerdo?

—Muchísimas gracias doctor —Y le dio el apretón de manos más sentido de toda su vida.

Cogió la silla y se sentó a su lado como hacia siempre. Le cogió las manos y sintió que estaban más calentitas que de costumbre, señal inequívoca que estaba recuperándose. Se la besó y dio gracias porque por fin hubiese salido del coma.

—Sabía que lo conseguirías Lucky, estaba seguro. Tengo que confesarte que en algún momento de estos cuatro meses perdí la esperanza de que despertaras y la razón es porque había perdido el miedo, estaba desesperado. Pero una mujer muy sabia, tu abuela Jacinta, me dijo: "Mantente fuerte porque quien vive de esperanza aviva sus sentimientos".

Rafael la contempló unos segundos, deseando que abriera sus preciosos ojos. Sin embargo lo que pasó a continuación lo dejó

completamente petrificado.

—*Shook me... all... night... long... (Me sacudiste toda la noche)* — cantaba Lucky en voz baja. Era la canción que cantó Rafael en la oficina, después de hacer el amor por primera vez.

—¿Lucky? —le temblaba todo el cuerpo. ¿Cómo era capaz de tener aquel recuerdo?

—*Now... I'm back... in the ring... to take... another swing (Ahora regreso al cuadrilátero para volver a la carga)* —Ese era el grito de guerra de Lucky. No se había dejado vencer y estaba dispuesta a una nueva pelea con la vida.

—Sí cariño, esa eres tú —Rafa estaba emocionado, exaltado, feliz a más no poder. Se acercó a sus labios y la besó, cerrando los ojos para sentirla una vez más.

Cuando se separó de ella, la inmensidad de los ojos azules, lo traspasaron por completo. ¡Estaba despierta!

—Hola —fue la primera palabra que emitió completamente consciente.

—Hola mi vida —Rafael no daba crédito y se secó las lágrimas —. Ya era hora de que despertaras, Bella Durmiente —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Síiii... —Lucky hizo un movimiento para acomodarse en la cama—. Rafa... Tú no eres él... Nunca has sido él... por eso te quiero.

—Y yo a ti mi amor, con desesperación —Rafael volvió a besarla.

En ese momento el equipo del doctor Ladrón de Guevara recorría el biombo.

—Rafael, déjanos solos. Tenemos que explorarla. Saldré a comentarte como está.

—Esperaré fuera —le dijo Rafa a Lucky.

—Eres afortunada, Lucky —le dijo una enfermera—, casi tenemos que montar una habitación para él en el hospital. No se ha movido de la sala de espera en cuatro meses.

El equipo médico realizaba su trabajo mientras un pletórico Rafael se reencontraba con su familia y les contaba que estaba despierta y que lo primero que hizo fue ponerse a cantar. Se abrazó a Elisa y Elsa, sus hijas, a su madre, a los abuelos de Lucky, a sus amigos y esperaron pacientemente a que el médico les comentara que pasaría a partir de ahora.

Rafael andaba de un lado a otro nervioso. Los minutos se convertían en horas y estaba desgastando el suelo de tanto caminar. El médico le había dicho que solo tardaría unos minutos y ya había pasado una hora y media.

El médico finalmente salió y les dio las buenas nuevas. Lucky mantenía la coordinación en sus extremidades, su cerebro no estaba dañado, tenía memoria reciente y pasada aunque debería pasar un mes más en el hospital, en la UVI, para ser sometida a rehabilitación, volver a coger tono muscular para poder hacer las actividades de la vida diaria y reincorporarse a su rutina.

Schäfer veía en el semblante del médico preocupación. Alguna secuela le había quedado.

—Ahora díganos las malas noticias —aseveró Schäfer.

El médico resopló de forma cansada.

—Ha perdido completamente la audición del oído derecho, es donde el traumatismo fue más contundente, al igual que en el oído

izquierdo, la pérdida es del sesenta por ciento.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó Elisa.

—La someteremos a cirugía para ver si podemos hacer algo.

—Si se le pone un audífono, ¿volverá a oír? —preguntó la madre de Rafael que veía a su hijo en shock.

—Si no recupera la audición podemos intentar, siempre con el consentimiento firmado de la paciente, la inserción de un nuevo dispositivo.

El médico les explicó en qué consistía la inserción de implantes cocleares. Mediante la estimulación eléctrica de las fibras nerviosas de la cóclea, con dichos implantes le permitirían a Lucky percibir el sonido. Aunque la primera intención sería recuperar la audición por cirugía, el coclear era el último cartucho que les quedaba. Si tuviesen que recurrir a ello, Lucky volvería a disfrutar de la música, participar activamente en conversaciones, incluso en las situaciones que presentan una mayor dificultad para la escucha.

Fuera del hospital el revuelo mediático era increíble. Siempre había algún periodista haciendo guardia y cuando vieron llegar a la familia completa de la actriz, los medios de comunicación se adueñaron de las escalinatas del hospital. Schäfer aprovechó el momento para comentarle al médico que no hiciese ninguna declaración oficial sobre el estado de Lucky y le explicó sus motivos.

Una vez su nieta estaba fuera de peligro comenzaba la caza. Solo faltaba saber dónde se escondía el zorro, claro que, como animal escurridizo, a lo mejor había que darle un incentivo para sacarlo de su madriguera.

## 48.

Pasadas las navidades Pedro necesitaba alguna partida clandestina para saciar su hambre de jugador de póquer.

No se atrevió a aparecer en ninguna después de lo que le hizo a Lucky cuatro meses atrás. A pesar de que la noticia de la brutal paliza perdió fuelle, Pedro no se atrevía a salir a la calle por temor a que alguien lo matara.

Con las últimas ganancias fue subsistiendo como mejor pudo, teniendo el tren de vida al que estaba acostumbrado. Se alimentaba con poca cosa, hacía los pedidos por internet y los pagaba con tarjeta de crédito para no encontrarse con nadie, sobre todo con la prensa, quienes, a lo mejor lo señalaban como verdugo y podía ser detenido y llevado a prisión.

Todas las noches recordaba la violencia usada contra Lucky. Admitió que se le fue de las manos al ver como ella se le encaraba, pero Lucky le pertenecía, solo a él. El famoso talonario continuaba en su mesilla de noche y no sabía cómo utilizarlo sin levantar sospechas. Claro que a esas alturas, quizás Lucky estaría postrada en una cama de por vida o, con la mayor de las suertes, muerta.

Los cuatro meses de reclusión autoimpuesta lo estaban desquiciando. Necesitaba salir de casa. Jugaba partidas *on line* pero eso no satisfacía sus ansias por sentarse en una mesa y sujetar las cartas, mirar a sus contrincantes a la cara, analizar las estadísticas para ver si podía echarse un farol o hundirse en el fango.

Le llamó poderosamente la atención un mensaje privado en su cuenta de Facebook. Se iba a celebrar una partida privada con solo diez jugadores elegidos por el dueño y él estaba siendo invitado.

Su ánimo cambió súbitamente. Leyó las condiciones que se



precisaban para jugar: cada jugador debía llevar cincuenta mil euros en metálico y el ganador se llevaría un millón de euros. Leyó la lista de los otros nueve participantes, todos viejos conocidos y malos jugadores. No podía perder. La adrenalina corría por sus venas cegándole la razón y llenándolo de una euforia aplastante. Con pulso firme confirmó su asistencia.

Lo que Pedro no sabía era que le estaban tendiendo una trampa. Una meticulosa trampa orquestada por los abuelos de Lucky para que saliera del agujero en el que se escondía y darle su merecido por asesino y maltratador.

Durante el mes en el que Lucky fue sometida a dos intervenciones quirúrgicas para intentar que recuperara la audición, operaciones que fueron un estrepitoso fracaso y que al final tuvieron que implantarle los cocleares, Schäfer se pasaba veinte horas al día contactando con casas de apuestas, casinos, viejos conocidos... para saber con qué tipo de gente apostaba su dinero el exfutbolista. Lo que el alemán averiguó no fue nada halagüeño: muchos odiaban a Pedro por su sucia manera de jugar, por sus faltas de respeto y sobre todo, la gran mayoría, recordaban como utilizó a Lucky como moneda de cambio apostándola en una partida.

Le acarreó mucho tiempo y dinero, todo hay que decirlo, pero el vil metal era lo que menos preocupaba a Schäfer, la venganza era lo importante.

La trampa tenía que ser real. Así que tras hablar con varios peces gordos de Barcelona que eran los que preparaban las partidas clandestinas y cerciorarse de que los jugadores más malos participarían en la farsa, su plan se llevó a cabo.

Confirmada la asistencia de Pedro a la timba ilegal, su corazón comenzó a latir deprisa. El día estaba cerca, muy cerca, pero debía mantener la calma o todo se iría al traste. La muerte es una vieja historia y, sin embargo, siempre resulta nueva para alguien, aunque

sea algo inevitable. Cuando un hombre ha hecho lo que él consideraba como su deber para con su familia, puede descansar en paz. No sería el caso de Pedro. No había realizado el mínimo esfuerzo por cuidar de Lucky, a la que se suponía que tenía que adorar y proteger. La muerte no existe, la gente sólo muere cuando la olvidan, si puedes recordarlas, siempre estarán contigo, en caso contrario, aunque estés dos metros bajo tierra, tu nombre y el de tu familia permanecerán en los anales de la historia, cubiertos de tanta mierda que se apartarán como si de la misma peste se tratara.

Pedro eligió el dinero por encima de todo y de todos, pensado que le daría la felicidad o una sensación parecida y esa sería su perdición.

—Las cartas están sobre la mesa, bastardo, y jugarás tu última partida apostando tu asquerosa vida.

Cuatro días más tarde, Pedro se dirigía a la cita que cambiaría su vida para siempre. En la Ronda Universitat de Barcelona se celebraría la timba ilegal a cargo de un viejo conocido. Llegó al lugar que estaba registrado como un hogar de jubilados donde los ancianos podían jugar al ajedrez, y tras dar su nombre, fue acompañado por un joven hasta la parte trasera del local. Desde luego nadie podía imaginarse lo que allí ocurría, ya que muchos retirados se encontraban viendo la televisión, leyendo el periódico y jugando al ajedrez.

Se encontró con los nueve participantes que junto a él conformaban los diez jugadores que optaban al succulento premio de un millón de euros. El anfitrión pidió que cada uno de ellos depositara los cincuenta mil euros necesarios para jugar y ahí es donde Pedro comenzó a ponerse nervioso. No pudo sacarlos en metálico porque levantaría sospechas, así que tanteando su suerte, le dio un talón perfectamente cumplimentado y firmado por Lucky Strauss. Al verificar que todo estaba correcto, el anfitrión, con un gesto afirmativo de cabeza, le dio el *ok* y Pedro pudo por fin relajarse

y ocupar su silla.

En realidad hubiese dado lo mismo, iba a ser aceptado en la partida sí o sí.

Comenzaron la partida y las horas fueron pasando, mientras la estancia se llenaba de olor a sudor, alcohol y una densa humareda debido a los cigarrillos y puros de los asistentes que se tomaban un pequeño receso para descansar.

Tras cuatro horas continuadas, el anfitrión dijo que todos debían descansar una hora por lo menos, para poder refrescarse o aliviarse. Uno a uno, fueron saliendo salvo Pedro, que decidió quedarse solo para planificar la estrategia a seguir, más bien las trampas para conseguir el sustancioso trofeo.

Llevaba media hora en soledad, cuando notó que la puerta se abría. Oyó pasos a su espalda y pensó que alguno de los participantes necesitaba lo mismo que él, planear una táctica para sacarlo de la partida.

Cuál fue su sorpresa, que al levantar los ojos de la baraja de naipes que estaba barajando se encontró con Johan Schäfer, Jacinta, Avelina y Rafael.

El sudor brotaba por todos los poros de su piel de manera fría, empapándolo en unos segundos. Su boca permanecía cerrada, era incapaz de hablar. Su lengua se movía dentro de su cavidad pero la notaba engrosada, acartonada. Si ellos estaban allí era porque Lucky finalmente estaba muerta y él era el único responsable.

—La última vez que nos vimos te formulé una pregunta y no la respondiste —Jacinta fue la primera en hablar.

No se podía mover, por primera vez en su vida tenía miedo, estaba aterrorizado al ver como la cara de las cuatro personas que tenía delante lo miraban con sentencia en sus ojos.

—Yo... yo... Lucky... está...

—¡No te atrevas a mentarla! ¡Qué tu asquerosa boca no vuelva a pronunciar su nombre jamás! —lo amenazó Rafael.

—¿Qué... qué... queréis? ¿Su talonario? —Tenía que escapar de allí—. Lo he traído conmigo. Os lo devolveré todo.

—¿Todo? ¿Todo? —Jacinta no pudo aguantar más y sacó el arma que llevaba en el bolso—. ¿Vas a devolverme a mi marido? ¡Murió de un infarto al ver como habías dejado a mi nieta!

—Lo siento... lo... No era mi intención.

—¿Y cuál era tu intención? —preguntó Schäfer—. Hay maridos tan injustos que exigen de sus mujeres una fidelidad que ellos mismos violan, se parecen a los generales que huyen cobardemente del enemigo, quienes sin embargo, quieren que sus soldados sostengan el puesto con valor. Es curioso este juego del matrimonio: la mujer tiene siempre las mejores cartas y siempre pierde la partida. Cuando el amor ha sido una comedia, forzosamente el matrimonio tiene que derivar en drama.

—Por favor, no me matéis... haré todo lo que me pidáis. Me marcharé del país, no volveréis a saber de mí, os lo juro por mi vida.

—Tu vida... no vale nada —sentenció Rafael.

—¿Recuerdas la pregunta que te hice en mi casa cuando celebrábamos la fiesta para Lucky? —insistió Jacinta.

Pedro hizo un esfuerzo de memoria hasta que se acordó de la dichosa pregunta. Jacinta preguntó si prefería quedarse ciego, estéril o muerto. Tenía que pensar y hacerlo rápido. Si le daba la razón como a los locos a lo mejor ellos le perdonarían la vida.

—La recuerdo, la recuerdo perfectamente —contestó Pedro.

—No hace falta que la contestes, nosotros lo haremos por ti — dijo Avelina.

—¿¡Quééé!?! ¡No, no, nooo! ¡Por favooor....!

—Muerto —contestaron Schäfer, Jacinta, Avelina y Rafael al unísono.

¡Bang!

La primera bala impactó en el hombro derecho.

¡Bang!

La segunda bala impactó en el hombro izquierdo.

¡Bang!

La tercera bala le reventó los genitales.

—¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! —Se retorció de dolor y encima no podía mover los brazos—. ¡Debí matarla, mutilar su cara, violarla como la puta zorra asquerosa que...!

Los cuatros sujetaban la pistola que remataría a aquel ser vil, inhumano, despiadado y cruel.

—¡Por Adler Strauss! —exclamó Jacinta.

—¡Por Lucky! —clamó su nombre Rafael.

La bala impactó en el centro del corazón, una diana perfecta.

Por fin el monstruo había muerto. Por fin ajustaron cuentas. Por fin... se había hecho justicia.

El anfitrión compinchado con los nueve jugadores, entraron en la habitación y se llevaron el cuerpo de Pedro. Lo dejaron a las seis de

la madrugada en medio de las Ramblas, con la talonera de Lucky bien a la vista y un cartel que pendía de su cuello: "Por maltratador he recibido mi castigo".

La prensa se hizo eco de la noticia desde que el cadáver fue descubierto, siendo la primicia del día. Durante las siguientes semanas salieron a la luz los devaneos de Pedro Vélez de Eza con el juego, su perfil como maltratador, recogiendo entrevistas a antiguas novias que también sufrieron el maltrato del exfutbolista antes de que se hiciera famoso. Intentaron hablar con la familia de Pedro pero éstos estaban muertos de vergüenza y además, en Madrid donde ellos vivían, ya no podían salir a la calle. La gente los increpaba por haber criado a un monstruo y al final tuvieron que abandonar el país por el estrés de la prensa.

Al mes de la muerte de Pedro, se hicieron públicos las informaciones que, el que en su momento se le apodó como el "Veloz", guardaba en su ordenador y el escándalo salpicó al diputado Albert Triay, quien debido a su puesto de trabajo, malversaba fondos llevando una vida de jeque árabe. Nadie de la familia se libró. Patricia, que nunca en su vida tributó a hacienda, ahora era acusada de fraude fiscal y además se pudo demostrar que ella quería la muerte de Lucky para poder apartarla de Rafael.

Patricia, recibió en sus propias carnes el castigo de una vida de excesos pensando que por ser la hija de papá podía hacer y deshacer a su antojo.

## 49.

—¿Señora Strauss?

—León, ¿cuántas veces tengo que decirte que me llames Lucky?  
—lo reprendía por la línea interna.

—Es la costumbre.

—Dime, ¿qué ocurre?

—Su maridito por la línea dos. Está que se sube por las paredes.

—Pásamelo anda. Cariño... ¿qué te pasa?

—No puedo con tanta incompetencia de verdad... —Rafael relajó el tono ya que con los implantes cocleares Lucky tenía un oído de elfo, parecía Légolas—. ¿Puedes dedicarme cinco minutos?

—Estás tardando Rafael de Sáez y Torres.

—Primero déjame irle a cambiar el agua al canario.

Lucky esperaba a su marido contemplando la foto de boda que descansaba en su mesa, mientras jugaba con su alianza de oro y el agua marina que Rafael le regaló como anillo de pedida.

¡Qué bien le sentaba estar de vuelta al trabajo!

Los meses de rehabilitación fueron muy duros. Perdido todo el tono muscular, necesitaba coger fuerzas para volver a caminar y realizar las tareas de la vida cotidiana. Cuando el sentido de la audición se pierde, también lo hace el equilibrio, así que mientras se adaptaba a los implantes ya que era capaz de oír cualquier mínimo ruido por muy superfluo que fuera, tenía que centrarse en aprender a caminar de nuevo, a coger los cubiertos y a valerse por sí misma.

La ayuda de sus abuelos fue inestimable, al igual que el de Elisa y Elsa que la ayudaban a pasear por los pasillos del hospital, haciendo horas extras en su recuperación para que volviese a casa.

Con la madre de Rafael congenió a las mil maravillas. Teniendo en cuenta que era una marujona, le encantaba pasar horas con ella. Esperanza le contaba cómo era Rafael de niño y ella se lo agradecía contándole secretos de los famosos.

Los parroquianos de “El Botijo” cuando regresó a tomarse su café por primera vez después de la tremenda agresión, la recibieron con una fiesta en su honor deseando que volviera a su rutina para entablar aquellas maravillosas conversaciones en las que ella escuchaba mientras los demás se desahogaban.

Pero la mejor parte fue la de Rafael. No la dejaba ni a sol ni a sombra, ayudándola en absolutamente todo y mostrando un amor y un respeto incondicional hacia su persona.

El día que ella le dijo que quería crear dos asociaciones, una en contra de la violencia de género llamada “Sin ti soy yo” y otra para las personas que por accidentes o por nacimiento perdieron la audición llamada “Tus labios me hablan”, Rafael se volcó completamente en el proyecto buscando locales, realizando actos de publicidad y animando a la gente a que no tuvieran miedo en denunciar, fueran hombres o mujeres, en caso del maltrato o que no se sintieran personas raras o apestadas en la sociedad por ser sordas.

Ese mismo día Rafael la sorprendió con una pedida de mano muy especial. Salieron a dar un paseo en la Harley de Rafael y se aparearon en el mismo sitio en que la encontró aquel sábado noche. Hincó la rodilla en el suelo y le pidió matrimonio. Rafael no se había quitado su alianza desde el momento en el que ella la depositó en su anular.

Se casaron en la más estricta intimidad, sin fotografías, sin



reportaje de boda en forma de exclusiva y lo hicieron en la casa de los abuelos.

Elisa, Elsa y las hijas de Silvia fueron las portadoras de las flores. La madre de Rafael, emocionada como nunca ejercía de madrina acompañando a su hijo al altar mientras contemplaba como su hija Victoria les sonreía luciendo una inminente barriga. Lucky fue acompañada por Schäfer y así, delante de los amigos de “El Botijo”, de León, Salva, Gustavo y Fede, Lucky y Rafael se convirtieron en marido y mujer.

—Hola cariño. Perdona que te gritara por teléfono —se disculpaba Rafael dándole un beso en los labios y sentándose frente a ella.

—Te perdonaré por esta vez, señor de Sáez y Torres —le dedicó una espléndida sonrisa.

—¡No empieces con ese juego que ya sabes cómo podemos acabar! —Rafael estaba encantado de que estuviera de vuelta, en todos los sentidos—. Voy a explicarte lo que está pasando en mi departamento.

Le relató el problema que tenía entre manos y ambos estuvieron sopesando la solución más cautelosa para salir del atolladero en el que los habían metido los subordinados de Rafael. Como director económico de la empresa, llevaba una gran responsabilidad sobre sus espaldas y podía hacer o deshacer con plena confianza, ya que demostró con creces su valía. Se convirtió en un tirano con sus empleados pero la empresa SYS tenía fama internacional y no iba a permitir que unos incompetentes tirasen por tierra todo el sacrificio y esfuerzo de los abuelos Strauss y Schäfer, y por supuesto el de su mujer.

Resuelto el problema, respiraron tranquilos tras dos horas de devanarse los sesos. Rafael le propuso a Lucky ir a los baños

comunes. Aquella zona se había convertido en su favorita para sus escarceos amorosos, pues en casa con una adolescente y una niña pequeña, a veces era imposible la intimidad entre los dos. Sobre todo teniendo en cuenta que la cama de matrimonio se convertía en el camarote de los hermanos Marx, ya que en ocasiones dormían los cuatro.

Se acercaba a su mujer para darle un beso como preámbulo de lo que tenía intención de hacerle cuando su teléfono sonó.

—Dime Eli, ¿qué ocurre?

—Papá necesito que me ayudes.

Rafael miró el reloj de su muñeca, contemplando el brillo dorado de su alianza y resopló.

—¿Estás en el recreo verdad?

—Síiii.... —Elisa no tenía mucho tiempo—. Papá, tienes que convencer a mamá para que me deje ir a la fiesta de cumpleaños de Ariadna.

—Creo que tu madre te dijo que no. ¿Por qué crees que voy a contradecirla?

—Porque si eres capaz de convencerla, te prometo que me quedaré de canguro de Elsa durante toodo un fin de semana y así podréis iros a Ibiza.

—¡Serás puñetera! —Rafael se reía.

—¿Qué ocurre? —Lucky se estaba poniendo nerviosa al ver la reacción de Rafael.

Rafael le pidió que no se impacientara, que le contaría lo que pasaba cuando terminase la conversación con Elisa.

—Eli, añade el que harás la colada y la cena toda la semana —A Rafael le encantaba picarla.

—¡Jo papá! ¡Es injusto!

—Lo tomas o lo dejas.

—De acueerdo... ¿Significa que puedo ir?

—Claro que sí hija. Y ahora vuelve al aula y espero que me digas que el examen de matemáticas te ha salido bien cuando tu madre y yo regresemos a casa.

—Sin presión, ¿eh? Me voy. Te quiero papá y dale muchos besos a mamá para que no se enfade mucho.

Tras lo ocurrido Elisa y Elsa consideraban a Rafael y a Lucky como sus padres y así los trataban. Rafael era el papá guay, que todo se lo consentía y Lucky era la mamá gruñona, la que se enfadaba y castigaba, llegando a tener peleas con las niñas que se solucionaban, con un Rafael en el medio de la discusión y acabando a cojinazo limpio.

—Así que la vas a dejar ir a la fiesta aunque yo le dije que no...  
—se apartaba Lucky de su lado.

—¡Qué bien hueles Lucky! —Intentó robarle un beso.

—Sabes de sobra que no me gustan los perfumes así que no intentes camelarme porque ésta vez la has cagado pero bien.

—¡Vaaamos cariño! Tu hija es muy buena negociando, ¿no sé de quién lo ha podido heredar?

—Rafa, hemos hablado de estos muchas veces. Eres demasiado blando y permisivo con ellas. Yo siempre acabo siendo el monstruo.

—No eres un monstruo, eres preciosa —la agarró de la cintura.

—¡No me cambies de tema que la tenemos!

—Te quiero Lucky —le robó por fin un beso al verla seria ante el asunto de las niñas.

—Y yo también te quiero... pero tienes que...

—Lucky, son mis hijas, déjame que las malcrie un poco por favor. Las quiero y las adoro tanto como a ti.

—Siempre acabas saliéndote con la tuya —se agarró a su cuello para besarlo —. ¡Te odio!

—¡Te tengo comiendo en la palma de mi mano! —se puso chulo.

—¿Eso crees? —se encaró Lucky.

—Con este hoyuelo y este culo... ¡Por favoor! ¡Estoy de toma pan y moja!

—Es cierto —Y le dio un azote en el trasero—, pero te olvidas de que estás casado con Lucky Strauss.

—*Touché.*

—Claro que pensándolo bien cuando los tobillos se pongan como el tronco de un árbol, tenga que cambiar de talla de sujetador y la barriguita empiece a crecer, tendrás que volver a masturbarte...

—¿Estamos embarazados? —Instintivamente posó su mano en el plano vientre.

Lucky apoyó su mano en la de Rafael y lo besó.

—Luché por mi vida Rafael, por la de mis hijas. Luché, por tener un futuro juntos. Quizás mis padres, mis tíos y mi abuelo

hablaron con San Pedro para que nos echaran una mano.

—La mano te la puse yo encima, deja a San Pedro tranquilo —  
rio emocionado—. Pensé que jamás podría dejarte embarazada.  
¡Joder, esto es más grande que lo del milagro de Fátima y Lourdes  
juntos!

—Todos los días están llenos de milagros corrientes. No hay  
que buscar muy lejos para encontrarlos. Creo que mi cuerpo  
rechazaba quedarse embarazado porque no era amado, respetado...  
Quizás solo se trate de encontrar a quien te sigue mirando cuando  
cierras los ojos.

—Te quiero Lucky, con locura. Algún día te explicaré a besos  
porque tiembla mi alma cuando me miras.

—Explícamelo ahora Rafael.

Se dirigían a los baños tras el lento, pasional y devastador beso  
en el que se fundieron.

Enamorado hasta las trancas y más allá, Rafael se encomendó a  
Santa Rita, patrona de los imposibles, para que el primer hijo que  
tendría con Lucky fuese varón. Se imaginó a un precioso niño de pelo  
negro azabache, preciosos ojos azules y un hoyuelo en el mentón.  
¡Qué importaba el físico! Rafael solo quería que, si era niño heredase  
la valentía de sus bisabuelos, de su madre... y que ante todo fuera un  
canalla, un calavera hasta que encontrase a la mujer que lo pusiera en  
su sitio, que le enseñase lo que era el amor y el respeto de verdad  
aunque la encontrase una fría noche de febrero sentada en una  
húmeda acera bajo la luz de una farola.

# EPÍLOGO

Me llamo Rafael de Sáez y Torres y esta es mi historia.

Toda mi vida he pensado que el atarte a una sola persona, tener hijos y no poder disfrutar de la vida era perder el bien máspreciado que un hombre puede tener, su libertad, su soltería. ¡Qué equivocado estaba!

Hace dos años, en una fría noche de febrero mi vida cambió por completo cuando salve, a la que hoy es mi mujer, de una posible hipotermia, secuestro y/o violación. Me ganó de la forma más humilde y sencilla, con un simple beso en la nuca. No me la podía quitar de la cabeza al igual que no podía dejar de masturbarme con una de las actrices más guapas del panorama cinematográfico internacional.

La vida da muchas vueltas y resultaron que la desconocida y la actriz eran la misma persona.

Estar a su lado me ha enseñado que no es oro todo lo que reluce. El hecho de tener fama y dinero no te libra de tener demonios como el resto de los mortales.

Siempre pensamos que la violencia de género se lleva a cabo en familias de clase media o media-baja, pero en realidad esta lacra social afecta a cualquier tipo de clase social, lo que pasa es que no se sabe.

Recuerdo la primera discusión que mantuve con Lucky. Tuve que hacerla reaccionar hiriéndola en lo más profundo de su ser porque defendía a su exmarido y no podía consentirlo. Que una mujer preciosa por fuera pero extraordinariamente bonita por dentro, con su inteligencia acudiera a salvarlo cuando él la llamaba me quemaba las entrañas. Tras esa discusión me acosté con ella, pero

no por el mero hecho de tener sexo sino porque estaba irremediablemente enamorado.

Y hablando de enamorado, mis hijas Eli y Elsa que ahora cuentan con dieciséis y siete años, me llegaron al corazón desde el primer momento: Elsa con la pregunta de si era su papá y Eli haciendo que fuera a rescatarla de quien intentó forzarla. Mis hijas son mi vida, al igual que mi mujer.

A Lucky le costó mucho adaptarse a su nueva situación tras la terrible paliza de su exmarido, a quien prefiero ni nombrar. Mientras realizaba rehabilitación para coger tono muscular y poder realizar las pequeñas cosas de la vida diaria, la terapia con los psicólogos la ayudaron a encontrarse a sí misma.

Las terapias las realizaba sola, a veces conmigo, a veces con las niñas quienes tuvieron que ser sometidas a tratamiento psicológico por las pesadillas que sufrían por la noche, pensando que quizás mientras Lucky estaba en el hospital, no volviese a despertar o que no volverían a verla. La muerte de su abuelo Strauss también fue un varapalo tremendo para mi familia, pero tengo que reconocer que poseen una fortaleza ante la vida digna de admirar.

Cuando los psicólogos concluyeron que Lucky y las niñas estaban preparadas, que el dolor ya no existía, decidimos casarnos. Fue una boda íntima y familiar como ella quería.

Camino al altar, mi madre, a quien recuperé tras años sin verla al igual que a mi hermana Victoria, se dirigía conmigo paso a paso siguiendo a mis hijas y a las hijas de Silvia, quienes esparcían pétalos de flores haciéndonos el paseílo.

Cuando la vi entrar del brazo de su abuelo, el mundo se paró. Estaba preciosa con un sencillo vestido blanco, con el pelo suelto, muy poco maquillada y con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. Nos dimos el sí quiero delante de las personas que ella más

quería: su familia del Botijo, mi madre, mi hermana, León, Salva, Gustavo, sus abuelos y Fede, quien me enseñó a base de hostia limpia que no podía comportarme como una nenaza y gracias a él, hoy estoy felizmente casado. Antes de que el cura nos declarara marido y mujer, yo ya le estaba comiendo la boca. Y es que desde que Lucky entró en mi vida me hizo postrarme a sus pies. Me enseñó lo que es el amor, el respeto, lo que realmente es importante en esta vida, que es la familia. Además me hizo el mayor regalo, convertirme en tutor legal de Elisa y Elsa. A todos los efectos, soy su padre.

Hablando de convertirme en padre, recuerdo el día que lleve a mi madre a casa y les presenté a las niñas como mis hijas. Elsa fue la primera vez que llamó a Lucky mamá. La emoción que recorrió mi cuerpo en ese momento me hicieron romperme en dos, pero lo mejor fue cuando las dos la llamaron así.

Una vez que Lucky subió a planta y por tanto podía tener visitas de manera continuada, las niñas fueron a verla un poco nerviosas. Lucky estaba completamente recuperada de los golpes, no existía ninguna marca en su cara de la paliza recibida y su oído se iba adaptando a los implantes cocleares. Las niñas, sin mediar una palabra le entregaron un ramo de rosas con una nota en la que ponía:

*“Te queremos mamá”*

Mi mujer comenzó a llorar emocionada y desde ese momento no han vuelto a llamarla por su nombre de pila. Ella siempre las había querido como sus hijas, pero ver esa maravillosa palabra escrita, la hizo sentir completamente plena.

La primera semana en la que mi mujer se incorporó al trabajo fue bastante dura. Su oído era como el de Légolas, fino y agudizado, no se le escapaba ni una. Pero poco a poco volvió a ser Lucky Strauss, la mujer, la empresaria, la madre, que no solo manejaba con mano firme su empresa sino también su casa.



Decía un poeta loco que conocerás al amor de tu vida cuando te sostenga la mano y notes que lo que te sujeta es el corazón, pues bien esta es nuestra historia.

Bueno, ahora os dejo porque tengo que cambiarle el pañal a mi hijo. ¡Sí! Tenemos un pequeñín de poco más de un año que se llama Damian, como el padre de Lucky. Mi mujer está ahora mismo dándole el pecho y me toca lo mejor, cambiarle el paquete, porque mi hijo es un cagoncente.

—Papá, quedamos en que ahora se lo cambiaba yo.

—No Eli, me toca a mí.

—¡Chicas! Esto solo lo podemos resolver con una guerra de cojines.

—Rafa, mira que eres tonto. Sabes que vas a perder...

—Lucky cariño, soy un macho y no me van a poder estás dos...

—Menudo cojinazo que acabo de recibir de Elsa.

—¿Has acabado de hablar con las lectoras? Porque me gustaría añadir algo.

—Ya les he contado nuestra historia cariño... ¿Qué más les vas a decir?

—Soy Lucky Strauss y estoy encantada de la vida por tener un canalla como marido y unas hijas tan estupendas. Damian ha salido clavado a su padre. ¡Hasta tiene su hoyuelo! Pero quiero decirles que pese al sufrimiento vivido, siempre hay luz al final del túnel y solamente hay que tener arrestos para saber enfrentarse a ellos y decir: ¡Basta!

—Que bien hablas mamá.

—Gracias Eli.

—¡Ah! Ahora que estamos hablando entre nosotras os voy a contar un secreto.

—Mamá ¿te das cuenta de que tanto papá, Eli y yo te estamos escuchando?

—Lo sé cariño. Bueno pues voy a dejar a mi marido con la boca abierta cuando se entere... de que vuelvo a estar embarazada.

FIN.

## Saludos, querido lector:

Espero que te haya gustado la historia y que la hayas disfrutado. Para todo escritor, la opinión de sus lectores es lo más importante, de esa manera podemos aprender y mejorar para no cometer futuros errores.

Por ello, me gustaría pedirte que dejes tu comentario en Amazon antes de comenzar con una nueva historia que ocupara tus horas.

Gracias por el tiempo que has dedicado a “Lucky” y te espero en mi próxima novela.

Con cariño.

Gloria Vilariño.

Si quieres hacerme alguna pregunta o tienes alguna duda puedes mandármela a mi correo electrónico:

[gloriavilarino@gmail.com](mailto:gloriavilarino@gmail.com)

O en Facebook me encontrarás por:

Gloria Vilariño.

## AGRADECIMIENTOS.

Esta novela ha sido realmente dura de escribir para mí.

Debo agradecer a mi madre todos los sacrificios que ha realizado y realiza todos los días, demostrando la gran mujer que es. Cuando leyó Lucky sus llamadas diarias, a veces riéndose y otras llorando, me hacían saber que iba por buen camino. Además cuando Schäfer dice: "... La mujer tiene siempre las mejores cartas y siempre pierde la partida. Cuando el amor ha sido una comedia, forzosamente el matrimonio tiene que derivar en drama" son palabras de mi progenitora que tuve que reproducir literalmente, porque tiene toda la razón y habla desde la experiencia.

A mi hijo Rodrigo, que cuando publique el libro ya tendrá dos añitos es el culpable de esta novela. Le encanta Britney Spears y el tema Lucky, de ahí surgió la idea. Eres mi vida Rodrigo, gracias por lo que me enseñas cada día, por tus abrazos y por todas las travesuras que realizas... mi delincuente.

A mí marido, siempre tú. Es inevitable que en todas mis novelas no ponga algo referido a ti: la canción de AC/DC sabes perfectamente porqué la he puesto, el tres de febrero es San Blas, tu santo. Gracias

por las discusiones, las risas, nuestras conversaciones y por seguir queriéndome y apoyándome en esta locura que es escribir.

Debo agradecer a los doctores Borrás Urtubia y López Oblaré la ayuda prestada en determinados capítulos. Aquella mañana en la que yo quería acuchillar a Lucky cerca del corazón y el doctor Borrás me decía: "... Si lo clavas aquí la matas, aquí la matas, aquí la matas" con su teatrillo me hicieron reír como nunca. El doctor López Oblaré me hizo un croquis espectacular de un cráneo con un cerebro rebotando con tan solo dos pinceladas y me ayudó mucho a imaginarme la situación, gracias.

A mis lectoras cero, mis Efectiviwonders, que con sus comentarios, sus audios cada vez que acababan un capítulo hicieron que cambiara determinados capítulos varias veces. Muchísimas gracias por TODO.

## PLAYLIST.

- 1.- *Eloise* de Tino Casal.
- 2.- *Lucky* de Britney Spears.
- 3.- *You Shook me all night long* de AC/DC.
- 4.- *Lucky* de Jason de Rulo.
- 5.- *Me dedicué a perderte* de Alejandro Fernández.
- 6.- *Él no soy yo* de Blas Cantó.

## SINOPSIS

Esta es la historia de una joven llamada Lucky: preciosa, exactriz de cine, ganadora de un Oscar de la academia y que ahora dirige con mano firme la empresa de publicidad de sus abuelos, el SYS. Sin embargo, lo único que quiere es ser una mujer normal, con sus rutinas, con sus amistades... Pero alguien se lo impide.

Esta es la historia de Rafael. Un joven que lleva por bandera su soltería, hasta que una fría noche de febrero tras salir de un pub, ve a una muchacha bajo una farola, temblando, con las medias rotas y el rímel completamente corrido.

Esta es una historia de amor atípica, donde cada uno de los personajes irá descubriendo que no es oro todo lo que reluce, donde el poder, el dinero y la fama no garantizan la felicidad. Donde las dificultades y los dilemas que nos creemos únicos de nuestras circunstancias seguramente sean más comunes de lo que podríamos pensar.